

Miles de estrellas



AINOHA FRANCO

MILES DE ESTRELLAS

Ainoha Franco

A todos los que piensan que los sueños no se cumplen. A ti que tienes el mío entre las manos

Esa sensación amarga que acompaña a todos los «y si...» que se desprecizan cuando ocurre algo malo y te preguntas si podrías haberlo evitado, porque la diferencia entre pasar de tenerlo todo a no tener nada a veces es tan solo de un segundo. Solo uno.

Alice Kellen, *Todo lo que nunca fuimos*

PRÓLOGO

Vega

Dicen que la vida hay que vivirla con emoción. Que si no tienes ilusiones tampoco tienes motivos. En ese momento me di cuenta de que era cierto.

Cuando me vi frente a mi ordenador encendido y con el corazón a mil.

Cuando la noticia que recibí no era la que esperaba.

Cuando me resigné a vivir una vida que no quería con tal de no decepcionar a nadie.

Y me fui apagando poco a poco hasta que no quedó en mí ni un haz de luz.

Hasta que dejé de ser yo para ser un espejismo de lo que algún día fui.

CAPÍTULO 1

Vega

Enero 2021

Milán. Una de las capitales mundiales de la moda y el diseño, y la ciudad con la que llevaba soñando más tiempo del que podía recordar. Fotos colgadas en mi habitación. Sueños murmurados a media voz que de repente se habían convertido en una realidad.

De golpe. Cuando había dejado de soñar.

Cuando ya había renunciado a todo aquello.

A mi madre casi le da un infarto cuando al fin le dije que me iba. Que aquella plaza ya era mía. Aunque no estoy segura si el motivo de su pena tenía que ver con el hecho de que soy su única hija e iba a echar vuelo o porque de verdad seguía dolida conmigo por no haber tenido la confianza suficiente para confesarle todo lo que me había estado rondando en la cabeza hasta tomar aquella decisión.

Pero tampoco es que lo hubiese tenido todo demasiado planeado. Hasta hace unas semanas mi vida simplemente era lo que se suponía que debería ser a mi edad. Ir a la universidad, graduarme y conseguir un trabajo, preferiblemente de algo relacionado con lo que había estudiado si se daba el caso.

Algo «sencillo» a lo que me había convencido yo misma que debía aspirar.

Me repetía mil veces que la moda simplemente podría ser un *hobby*, aunque la mayoría del tiempo intentaba no prestarle mucha atención a aquella vocecilla interior que me decía que estaba mintiéndome a mí misma, y tampoco me molestó mucho llegar hasta ese punto porque desde que era pequeña había soñado con ir a la universidad. Había fantaseado con llegar a la única época de la que todo el mundo hablaba maravillas.

Creo que lo idealicé demasiado, porque cuando el momento llegó me di de lleno con una realidad que no tenía en absoluto que ver con lo que me había podido llegar a imaginar. Me encontraba en un ambiente con el que no me sentía cómoda la mayoría del tiempo y en el que los objetivos que se suponía que debía tener en común con el resto de mis compañeros no me definían y ni siquiera podía imaginarme un futuro después de ellos. Me sentí atrapada y decepcionada por las expectativas y desde allí dentro no sabía cómo salir y dejarlas atrás.

Puede que a lo mejor todo aquello fue mi culpa. Y que quizás debí haber sido egoísta desde un primer momento y no meterme a estudiar una carrera que en verdad no me llenaba. Pero la única realidad es que no lo fui y tampoco me iba a servir de nada lamentarme después de haberlo hecho.

No podía retroceder el tiempo por más que me hubiese gustado hacerlo en varias ocasiones. Aunque también era consciente de que no debería haber dejado que mis padres se crearan unas expectativas que no podría cumplir ni aunque hubiese querido, porque sinceramente, la universidad no era algo para mí y había tenido que vivirlo para poder abrir los ojos de una vez. Había tenido que tropezarme para terminar descubriéndolo.

Pasé otra vez el subrayador de color naranja por el folio que tenía en la mesa frente a mí, intentando memorizar una y otra vez las partes que ya tenía resaltadas. Una sombra me tapó la

luz que alumbraba los apuntes que estaba subrayando mientras me tomaba un café en la cafetería de la universidad.

—¡Oye! ¿Cómo llevas el examen?—me preguntó Lara sentándose a mi lado en la mesa.

Mi amiga me sonrió y dejó una taza de café sobre la mesa, a la vez que se apresuraba a sacar

carpeta de su mochila de cuadros. No pude evitar fijarme en que Lara parecía intacta a pesar del ritmo mortal de las horas de estudio para exámenes, que a diferencia de ella, estaban acabando conmigo. Estábamos a mitades de enero, por lo que muchos de nuestros compañeros de la facultad habían empezado a presentar sus exámenes ya, y otros pocos nos encontrábamos estudiando a tope porque los tendríamos en breve.

Me encogí de hombros llevando mi taza de nuevo a la boca, aunque sin mucha energía. No me apetecía mucho sacar mi odio por la asignatura en aquella conversación, así que terminé mordiéndome la lengua para no hacerlo. Era la segunda convocatoria a la que me presentaba, y muy probablemente no hubiera sido la última de haber seguido estudiando allí.

Apenas había podido disfrutar de las pocas vacaciones que habíamos tenido en Navidad porque había tenido que empezar a estudiar el temario que se me llevaba acumulando desde que las clases habían empezado en el pasado Septiembre. Y si a las pocas ganas que de por sí tenía se le sumaban el que no me gustaba ni siquiera un poco lo que tenía que estudiar, el resultado no iba a acabar siendo bastante bueno que digamos. Miré de nuevo a mi amiga que esperaba mi respuesta sin decir una palabra.

—Bien, supongo —contesté al ver que su mirada me decía que mi gesto no la había convencido del todo.

Lara me imitó, sorbiendo su taza antes de preguntarme entrecerrando los ojos:

—Venga va, ¿qué te pasa?

Y clavó su mirada en mí, diciéndome sin palabras que no pensaba dejar que evadiese su pregunta de ninguna manera. Y yo sabía que no me iba a levantar de la mesa sin contarle todo desde el momento en que clavó sus ojos claros en mí, leyéndome con ellos.

Lo sabía porque Lara era risueña, extrovertida y también la persona más intuitiva que conocía. No había nada que a Lara le pasara desapercibido, no sabía cómo, pero ella simplemente se daba cuenta de todo.

Y aunque con su personalidad a nadie le cuadraba que quisiera estudiar Derecho cuando la conocimos, en cuanto vimos su capacidad de persuasión lo entendimos perfectamente. Tenía madera de abogada desde el minuto uno en el que la primera clase empezó.

En estos pocos meses se había convertido en mi mejor amiga, y en una de las pocas personas en las que confiaría ciegamente por el resto de mi vida, porque sabía que podría hacerlo sin dudar. Pero no por ello odiaba menos que me conociese tan bien.

—Vega... —insistió.

Levanté mi vista para mirarla cuando ella posó su mano sobre la mía, y al darse cuenta de que mis ojos se desviaron hasta el cuaderno que sobresalía por debajo de mi portafolio, no hizo falta que le explicase lo que me pasaba porque lo entendió perfectamente.

—¿Puedo? —preguntó señalando mi bloc de dibujo.

Cargaba con él a todas partes, como si fuese una extensión más de mí misma.

Era curiosa la manera que tenían de surgirme millones de ideas cuando más ocupada debía estar. Cuando debería haber estado estudiando, los colores y los diseños que se me venían a la cabeza solo eran un recordatorio de eso que se suponía que no podía tener.

Yo asentí con la cabeza y Lara empezó a ojear las páginas una a una. Se detenía en cada una

de ellas, detallando los colores y los motivos que había estado horas dibujando, y lo hacía de una manera maravillada, como si fuese la primera vez que los veía. Aunque hubiese hecho lo mismo miles de veces antes.

Siguió pasando páginas hasta llegar a una de las últimas que estaban empezadas. Había estado dibujando bastante la noche anterior, por eso tenía la tercera taza de café de esa mañana sobre la mesa. Lara señaló uno de los bocetos que ya estaba terminando entre muchos otros.

Era uno de mis favoritos y no había podido irme a dormir hasta que no lo dejé totalmente acabado.

—Este es nuevo, ¿no?

—¿Te gusta? —Le respondí con otra pregunta.

—Si es que eres una puñetera artista.

Bufé al escuchar su exageración y ella se hizo la ofendida al escuchar mi risa baja entre le murmullo de las personas que iban y venían a nuestro alrededor.

—¡De verdad! Es precioso, Vega, como todo lo que haces —afirmó posando su mano sobre la mía con un gesto cariñoso. Me miró con un gesto muy suyo antes de añadir—: Necesito que diseñes mi vestido de novia.

—¿Con quién te casas y por qué no me había enterado? —bromeé poniendo mi cara más seria.

Ella puso los ojos en blanco, haciendo como si le hubiese molestado mi comentario antes de devolverme el bloc y reírse.

—¿Seguro que no quieres intentarlo?

Otra vez aquella pregunta.

Se me había ocurrido hablarle sobre un curso que estaban ofertando en Milán a partir de Octubre y Lara no paraba de insistirme con que debería de matricularme y conseguir una plaza. Yo no estaba segura ni siquiera de que me la pudiese llegar a merecer.

—Estoy segura de que tu abuela te apoyaría al cien por cien.

Yo también lo estaba, pero no era eso lo que me daba miedo.

—Lara, no —negué viendo que seguía insistiendo en lo mismo—. No tiene sentido que deje la carrera por algo que son solo bocetos en un cuaderno.

Por mucho que fuera mi sueño era la verdad.

Puede que aunque a ella le parecieran preciosos para alguien más solo fueran garabatos. A lo mejor simplemente deberían quedarse guardados en un cuaderno.

—¿Estás segura? —insistió al no verme muy convencida.

—Tampoco está tan mal esto.

Hice un gesto en el aire refiriéndome a la universidad, pero ella solo se centró en la cafetería que era donde estábamos en aquel momento e hizo una mueca de asco.

—Pues huele a fritanga —murmuró para disuadir la poca tensión del momento, aunque a decir verdad sí que era un poco cierto.

—Ponte a estudiar, anda.



Las últimas semanas de Enero se fueron tan rápido como habían llegado, entre exámenes y entregas finales que me habían tenido al borde del colapso.

Me había propuesto dar el cien por cien en esos exámenes pero la realidad es que el tiempo se evaporaba aunque intentase que me rindiese al máximo.

Al final había acabado aceptando a regañadientes que era imposible llegar a todo, y que no

tenía que sentirme mal por ello.

Mi abuela abrió la puerta casi al instante después de que llamara y me llenó la cara de besos como si no me hubiese visto en un tiempo, aunque habíamos merendado juntas solo un par de días atrás. Agarró mi mano entre las suyas con un gesto cariñoso y me arrastró con ella hasta su salón.

La casa de mi abuela siempre olía a café. En mi mente ese era el verdadero olor de un hogar porque me recordaba a mi infancia, y a los momentos que había compartido con la mujer que en ese momento me daba la mano con cariño y me invitaba a sentarme con ella.

—Ven, mi niña. Siéntate conmigo.

Palmeó el sofá a su lado y dejó el bolso sobre una de las sillas antes de hacer lo que me había pedido sentándome a su lado. Su boca se curvó en una sonrisa cuando volvió la mirada hacia mí.

—¿Te acuerdas de cuando estuvimos hablando de la felicidad?

Me había hecho la famosa pregunta la última vez que estuve en su casa, y aunque hubiera dado todo por haber dicho un sí rotundo, la única verdad era que no estaba muy segura de cuál hubiese sido mi respuesta en realidad.

Por eso el corazón me dio un vuelco en el pecho en el momento que ella sacó un sobre con un logo que se me hizo conocido.

—Como tú no te decidías tuve que darte un pequeño empujoncito.

Me puso el sobre en las manos y yo solo lo miré sin saber qué hacer. Murmuré algunas palabras tan bajito que no creía si quiera que mi abuela me hubiese escuchado. Le di la vuelta y vi que venía a mi nombre aunque hubiese llegado a la dirección de mi abuela. Si era lo que yo pensaba que era no sabía cómo iba a reaccionar.

Levanté la vista del sobre a mi abuela que me miraba expectante.

—Ábrelo y verás.

La emoción que tiñó sus palabras me hizo deslizar las manos por el sobre beige y abrirlo poco a poco. Notaba el latir descontrolado en los oídos y a pesar de la intriga, quise tardar en abrirlo, como si nada fuera real y en el momento que acabase de hacerlo se acabara la magia.

Y lo que no sabía era que la magia solo estaba comenzando.

La primera frase me cortó la respiración.

La segunda hizo que empezara a hiperventilar.

La tercera me confirmó que aquella carta venía de una academia de moda en Milán, la misma a la que llegaban diariamente miles de solicitudes de acceso, y que a mí me estaban esperando allí.

CAPÍTULO 2

Vega

Me había costado mucho tomar la decisión de hacerlo y ya no había vuelta atrás.

Compré el billete de avión apenas un par de días antes y lo había guardado en una de las muchas carpetas que llenaban una parte de mi escritorio, como si por no verlo no hubiese estado allí.

Como si todavía no hubiese terminado de aceptar que era más real que nunca.

Me retorcí los dedos con nerviosismo en el silencio del salón de mi casa. Sentía las miradas de mis padres sobre mí y eso solo me hizo ponerme más y más nerviosa. No sé si hubiese preferido que se enfadasen conmigo y estallaran en el momento que acabé de hablar o si prefería su silencio.

Acababa de decirles que me iba a Milán, así de repente, y ninguno de los dos había dicho una palabra todavía.

La mirada de mi madre se cruzó con la de mi padre todavía en silencio. Aunque estaba sentada algo separada de ellos pude ver que en los ojos de ella se reflejaban las dudas y también algunos miedos.

—Te vas a Milán —intervino mi madre.

Fue más una afirmación que una pregunta, aunque su voz afectada me decía que no terminaba de creérselo.

—Sí —respondí yo bajito.

Mi madre asintió y la mirada de mi padre viajaba entre ella y yo esperando que siguiésemos hablando.

—Pero, Vega, ¿no estás bien aquí? —se le rompió la voz con la última parte de su pregunta.

—Marta... —intervino mi padre por primera vez y me entraron ganas de llorar.

Me estaba arrepintiendo de haber aceptado la plaza. No quería que mis padres sufrieran por mí ni tampoco que se pudiesen sentir mal. Tampoco sabía cómo sentirme todavía, pero la mano de mi abuela sobre la mía y el apretón que me dio me reconfortaron un poquito.

—Es lo que ella siempre ha querido —dijo mi abuela en voz alta al ver que yo no hablaba—. No se trata de la ciudad, sino de luchar por sus sueños.

Mamá volvió a asentir y mi abuela agarró también su mano para juntarnos a las tres.

—Cielo, ¿y la carrera?

Recordaba la emoción de mis padres en el momento que me aceptaron en ella. Me acordaba de los abrazos y de las miradas de orgullo.

—Al principio pensé que era lo que quería pero... —Me encogí de hombros. —No me hace feliz, mamá.

A pesar de que había sostenido siempre que sí.

A pesar de responder con un «muy bien» a todas las preguntas que me hacían sobre la universidad.

Mi padre se movió rápidamente hasta donde yo estaba sentada y se hizo un hueco a mi lado. Agarró mi otra mano entre las suyas y me dio un apretón.

—¿Por qué no nos dijiste nada, Vega? No tenías que haber aguantado sola todo este tiempo.

—No quería decepcionaros.

Era la única verdad. Quería que mis padres se sintiesen orgullosos de mí, que pudiesen presumir que tenían una hija que había cumplido sus metas. Quería que sintieran que todo el esfuerzo que habían hecho por mí desde el día que nací había valido la pena.

—No lo harías ni aunque quisieras —murmuró papá a mi lado y mi madre confirmó sus palabras con una sonrisa nostálgica—. Lo único que siempre hemos querido para ti es que seas feliz.

Me dio un beso en la frente y mi madre se levantó de donde estaba para acercarse a nosotros. Levanté la cabeza de nuevo para mirar a mi alrededor. Confesar lo que me pasaba me había quitado el peso más grande de mi vida de los hombros. Uno que ni siquiera debería de haber llevado auestas. Volví a sentirme en casa, a ser yo y no una extraña. A sentirme cómoda en mi propia piel.

—¿Cuándo te vas?



Miré el billete de avión que sujetaba entre las manos. Habían pasado un par de semanas desde que hablé con mis padres sobre mi viaje a Milán, y me habían apoyado en todo sin pensarlo. Me habían ayudado a llenar una maleta con mis cosas mientras soñaba en alto con lo que me esperaba allí y ellos lo hacían conmigo.

Guardé el billete en mi mochila pequeña y fijé la vista en mis padres. Ellos me miraban a mí con una emoción que hizo que empezase a temblar y garganta me ardiese mientras aguantaba las ganas de llorar. Lo habrían dado todo por mí si yo se lo hubiese pedido y les iba a agradecer eso toda mi vida. Me abracé a ellos y me volví a sentir como la niña feliz de siempre.

Escuché a mamá sollozar y me costó horrores no ponerme a llorar yo también cuando escuché que anunciaron el embarque de mi vuelo por megafonía.

—Cuídate mucho, por favor —susurró mi padre sobre mi pelo sin soltarme todavía.

Asentí ante su casi suplica. Los iba a echar mucho de menos, pero todo eso era por mí. Por mis sueños.

Abracé más fuerte a mi madre antes de despegarme de ellos y agacharme a recoger la mochila con mis cosas.

—Dile a la abuela que siento mucho no poder llevarme sus cientos de táperes con comida casera —añadí esbozando una sonrisa enorme que contagié a mi padre.

—El que lo va a sentir es el guardia que te los ha quitado, porque estoy seguro de que me va a hacer traerla solo para meterle una bronca.

Podría imaginarla haciendo aquello sin duda alguna y se me escapó una risa al pensarlo. Mi abuela era un amor de persona, pero era mejor no hacerla enfadar.

El sonido rompió el silencio cuando repitieron el llamado por megafonía y me despedí de nuevo de mi familia.

También me tomé un momento para despedirme de antigua Vega, porque la que un día volvería ya no sería la misma. Ni por asombro.

Agarré mi mochila y me la colgué al hombro mientras caminaba por los pasillos del aeropuerto intentando capturar hasta el más mínimo detalle de esos últimos minutos.

La gente andaba deprisa a mi alrededor, y sin saberlo, estaban compartiendo conmigo uno de los momentos más importantes que viviría nunca.

Aquellos pasos que marcarían un antes y un después en mi vida.

Porque en el instante que me montara en ese avión todo cambiaría para siempre.
Aunque no lo supiese en ese momento.

CAPÍTULO 3

Vega

Eran casi las once de la noche cuando aterrizamos en Italia por fin, por lo que el ambiente abarrotado de gente ya había cesado dando paso a uno más relajado.

Notaba los músculos entumecidos por el trayecto y aproveché el tiempo de espera en la estación de Bérgamo para moverme un poco por allí y estirar las piernas.

Entre todo el alboroto de gente yendo y viniendo con su equipaje, solo había un par de parejas mayores esperando a mi lado a que llegase nuestro tren, y junto a ellos, una familia con una niña pequeña que dormía en brazos de su padre.

A pesar de que todo estaba repleto de gente por todas partes, el viaje en tren desde el aeropuerto de Bérgamo a Milán también fue tranquilo.

Bastante, de hecho.

El silencio del vagón de tren era acogedor y durante el trayecto decidí dibujar algo para distraerme del cansancio bajo la atenta mirada de una de las señoras mayores que viajaba a mi lado. De vez en cuando veía cómo ella observaba cada trazo que yo marcaba sobre el folio con los ojos muy abiertos, como si se tratara de la mayor hazaña que hubiese visto nunca, aunque solo eran unos garabatos sin mucho sentido y por puro aburrimiento. Por lo menos para mí lo eran en ese momento.

Luego me di cuenta de que hasta eso es subjetivo, que las cosas tienen justo la importancia que cada uno le damos. Así que cuando indicaron que estábamos llegando cerca de mi destino me levanté y arranqué la hoja para regalársela.

Ella sonrió y la enseñó a sus acompañantes como quien presume un trofeo.



Solo habían pasado unos cincuenta minutos desde que me subí a un tren hasta el momento en que pisé Milán por primera vez, pero parecía que había pasado toda una vida.

Al llegar a la calle tuve la intención de pellizcarme para ver si lo que estaba viendo de verdad era real, o solo era un producto de mi imaginación como muchas otras veces.

La ciudad era mucho más grande de lo que era en mi cabeza o en las fotos que había visto por internet, y me entretuve mucho más tiempo del que hubiese pretendido perdiéndome por las calles arrastrando mi maleta. Confirmando con mis propios ojos lo bonito que era aquello.

No sabía bien si creerlo aún.

Estaba en Milán.

Esa ciudad mágica que hasta hace poco solo veía como un sueño y que en un parpadeo se había convertido en mi hogar.

Di un respingo cuando, andando por una de las calles principales, oí que alguien gritaba a mi espalda.

—¡Mino! *Basta por favor.* ¡Quédate ahí!

La gente observaba curiosa el espectáculo detrás de mí y me giré en la dirección que había

escuchado aquella voz.

De lejos alcancé a ver a un muchacho que iba detrás de un perrito que correteaba alrededor de las personas y que, por lo visto, no tenía mucha intención de pararse. Llevaba la correa arrastrando, por lo que no se me hizo difícil llegar a la conclusión de que se le había escapado. El cachorro seguía correteando animado para pesar de su dueño, pero al llegar a mi lado se paró inesperadamente y empezó a olisquear mi maleta y a mirarla con curiosidad.

Me agaché con cuidado y agarré la correa entre mis dedos para que no volviera a escaparse si se le ocurría echarse a correr de nuevo.

—Eres un travieso, ¿no? —le susurré mientras le acariciaba la cabeza y el cachorro me lamía la mano.

—¡Joder, Mino! Cualquier día de estos me matas! —exclamó su dueño agarrándose las costillas cuando llegó a mi lado.

Dejé de acariciarlo y levanté la cabeza ante el muchacho que respiraba agitado frente a mí. Su voz sonaba afectada por la carrera que había tenido que hacer para atrapar a su perro. Él también se agachó a mi lado y le devolví la correa que recogió rozando sus dedos con los míos.

—*Gracias por haberlo agarrado* —agradeció en su idioma.

Su voz hizo que esta vez no evitara fijarme en él.

Era alto y con la mandíbula marcada, pero lo que más destacaba sin duda era la sonrisa ladeada que me dedicó en agradecimiento y sus ojos de un tono verde intenso, que a pesar de la poca luz que había en la calle, pude ver que brillaban con el reflejo.

—De nada —respondí yo.

Responderle en español había sido de manera inconsciente y supuse que me iba a pasar bastante hasta que me acostumbrase a Italia, pero también lo había escuchado hablar en ese mismo idioma dirigiéndose a su cachorro. Su sonrisa se volvió más grande a la vez que su expresión se volvía dudosa.

—¿Hablas español? —preguntó con un acento marcado.

—Soy española.

—Ya, tiene lógica. Mino también —respondió rápidamente, pero se llevó la mano a la cara como arrepintiéndose de lo que acababa de decir y se rio un poco—. *Joder*, me refería a que entiende mejor el español que el italiano, o al menos suele hacer más caso.

Su manera de sonrojarse al explicarme aquello fue graciosa, pero no más que mientras lo hacía, el cachorro se dedicaba a morderle el bajo de los pantalones y él daba saltitos para impedirselo.

No pude evitarlo y acabé soltando una carcajada sonora ante la situación tan surrealista que estaba viviendo nada más llegar.

—Le encanta dejarme en ridículo —se excusó a la vez que lo tomaba en brazos—. Me llamo Enzo.

Extendió su mano a modo de presentación y yo hice lo mismo.

—Soy Vega.

CAPÍTULO 4

Enzo

Supongo que lo que pasó en ese instante es lo que muchos creen del hilo rojo.

Que cada uno tenemos un destino del que no podemos escapar.

Aunque yo no lo sentí así.

Sentí la luz cegadora de un foco, la que tienen las estrellas que iluminan la noche.

Ella fue mi estrella fugaz, y sin saberlo también fue el deseo.

CAPÍTULO 5

Enzo

Estaba acostumbrado a que mi vida diera tumbos sin sentido más a menudo de lo que de por sí me hubiese gustado, pero si esa misma mañana me hubiesen dicho que iba a terminar el día con un perro enano en brazos y paseando por las calles de Milán con una chica me hubiera reído.

Mucho.

Pero así era mi vida, a veces tan surrealista como impredecible.

Vega, como se había presentado un rato antes, arrastraba su gran maleta por las calles de piedra, y el repiqueteo de las ruedas sobre ella nos acompañaba en nuestro paseo hasta la residencia en la que se iba a quedar. Acababa de llegar a Milán y no sabía ni siquiera donde estaba, porque me lo había confesado entre risas un rato antes al preguntarme por la dirección del lugar en el que la estaban esperando.

—¿Primera vez en la ciudad? —quise saber mientras iba andando a su lado.

—Sí. Voy a estudiar un curso de moda en una academia nueva que han abierto aquí.

Me fijé en ella. No la conocía, pero por lo poco que había visto, me di cuenta de que era algo que pegaba con su personalidad.

—¿Y tú estuviste de erasmus en España?

Yo asentí con la cabeza.

Había empezado la carrera aquí, pero en cuanto tuve la oportunidad viajé hasta España para pasar un año estudiando allí. Pero luego ese año se convirtió en más tiempo de lo que hubiera esperado en un primer momento.

—Estuve en Valencia dos años. Hasta creí que me quedaría a vivir allí.

—¿Y qué te hizo volver?

Hice una mueca ante su pregunta.

No me pareció demasiado apropiado confesarle que había parado mi vida de lleno por la decepción de otra persona. Ella pareció captar el mensaje y apartó la mirada.

—Lo siento si te ha incomodado. Puedo ser un poco bocazas a veces.

—No te preocupes, yo te he preguntado primero —le quité importancia—. ¿Segura que no quieres que te ayude con eso? —Señalé su maleta.

Vega apretó los labios aguantando una sonrisa y una sensación extraña me recorrió por dentro, como si me hubieran cambiado la sangre por lava candente. No aparté mi mirada de ella ni de la sonrisa que finalmente se había acabado formando en su cara.

—¿De qué te ríes? —le pregunté curioso.

—De nada —me contestó ella intentando esconder la sonrisa que todavía curvaba sus labios.

Aguanté su mirada por un momento hasta que Vega volvió a hablar de nuevo.

—Es solo que hablas gracioso —confesó contagiándose su sonrisa—. Me gusta tu acento.

Se me escapó una risa al darme cuenta de que se estaba burlando de mi manera de hablar en español. A pesar del tiempo que había vivido en su país mi acento delataba mis raíces.

—¿Te estás riendo de mí?

Ella solo se rio y me pareció que pude ver cómo sus mejillas se iban tiñendo de un tímido

rojo. Tuve el impulso de decirle que no pasaba nada, pero no lo hice y seguí andando hasta que vi de lejos la puerta de la residencia.

Aunque la cara que en ese momento intentaba ocultar una sonrisa era la mía.

La residencia de estudiantes estaba ubicada en una de las calles más céntricas de la ciudad, y yo la conocía bastante bien porque pasaba a diario por allí cuando iba de camino a la tienda donde trabajaba.

Era un edificio antiguo, por lo que la fachada exterior no estaba apenas modificada, solo puede que un poco restaurada, pero la conservación era tan buena que parecía un escenario de otra época.

A Vega pareció encantarle lo que vio, porque abrió los ojos emocionada y se acercó rápidamente a la puerta para llamar al timbre. Se giró hasta mí antes de susurrar:

—Es precioso. Como todo, en realidad.

—Me alegro de que te esté gustando Milán.

La chica me dio una sonrisa amistosa que yo le devolví, y al momento la puerta de madera se abrió y una mujer salió para atendernos.

—*Buenas noches* —saludó cortésmente.

—*Hola, soy Vega Castillo.*

Para mi sorpresa, ella sí hablaba bien italiano. Y al parecer, yo no podría meterme con su acento ni siquiera de broma. La mujer sacó una libretita para comprobar el nombre que ella le había dicho y cuando la encontró en ella, hizo un gesto para que entrase antes de volver dentro del edificio. Vega se giró hacia mí.

—Gracias por acompañarme y por el mini tour.

—Ha sido un placer. Cuando quieras.

Se me habían escapado las palabras sin haberme parado a pensarlas. Seguro que ella iba a pensar que estaba loco, pero no había podido evitarlo y lo había soltado sin más.

Me había lanzado sin paracaídas, y lo que no esperaba era que en lugar de huir de mí ella sacara un trozo de papel de la libreta que llevaba bajo el brazo y me apuntase su número.

—Ya nos veremos por ahí.

—Seguro que sí.

Algo me decía que la iba a ver mucho más de lo que me imaginaba, aunque no sabía por qué.

Vega se despidió y cargó con su maleta para entrar en la residencia. Y yo me quedé ahí, mirando la puerta que la señora acababa de cerrar apenas un par de segundos antes. Asimilando lo que había pasado y lo sencillo que había sido todo porque, aunque en ese entonces no lo sabía, esa noche Vega llegaría a mi vida.

Y lo haría para quedarse.

CAPÍTULO 6

Vega

La primera noche en Milán fue mágica. Tal vez un poco más fría de lo que me esperaba, porque al estar acabando el mes de septiembre ya se empezaba a notar el cambio de estación, pero tampoco me importó demasiado.

La habitación de la residencia era más bonita de lo que lo era en mi imaginación. Tenía un par de muebles blancos que iban a juego con la colcha de la cama de ese mismo color y un pequeño escritorio pegado a la ventana por el que entraba mucha luz.

En el momento que se hizo de día y los pequeños rayos de sol se colaron por la ventana, supe que ese pequeño rincón sería el escogido para mis momentos de dibujar.

La noche anterior apenas había podido dormir porque, aunque estaba cansada por el viaje, necesitaba descubrir cada pequeño rincón de este cuarto que sería mi hogar durante un tiempo. En ese aspecto la curiosidad le ganó al cansancio y al sueño que pude haber tenido. Por la mañana ya tenía gran parte de las maletas desechas y varias cosas esparcidas un poco por todos sitios: el bloc de dibujo y algunos lápices por el escritorio, una de las maletas abiertas en el suelo y algunas prendas que todavía no había decidido donde colocar sobre la silla. Agarré una de las camisetas del equipaje y empecé a doblarla a la vez que Lara me hablaba.

—¿Y estaba bueno el italiano? —preguntó mi amiga al otro lado de la pantalla de mi ordenador.

Me había llamado por Facetime en cuanto se aseguró de que yo estaba despierta para que le diese detalles del viaje y de mi llegada a la ciudad, y cuando le conté lo que me había pasado, por supuesto que aquella iba a ser su primera pregunta.

Estábamos hablando de Lara después de todo.

—¡Lara! —exclamé—. ¿De verdad piensas que eso es importante?

—Claro que es importante —dijo dando un mordisco a su tostada de desayuno y hablando con la boca llena—. Es el factor que hace que toda esta historia sea muy emocionante o emocionante a secas. Y a parte de Fran no te he visto interés en nadie más.

—Pero si a mí nunca me ha interesado Fran.

—Gracias a Dios —murmuró burlándose porque según ella yo sí le gustaba a nuestro amigo, aunque yo no creía que estuviese en lo cierto.

Negué con la cabeza mientras seguía doblando ropa para guardarla en el armario. Mi amiga siguió desayunando mientras yo me giraba con un montón de ropa para guardarla en el armario.

—¿Tú no tenías clase? —le pregunté llevándome el ordenador y sentándome frente al escritorio.

Lara al escucharme agarró su móvil de donde lo tenía apoyado y, seguidamente, se tiró en la cama de una manera «casi nada» dramática.

—No me lo recuerdes —se quejó metiendo la cabeza bajo la almohada.

—Vas a llegar tarde y luego te cabreas por no tener un buen sitio en clase —le recordé.

Ella se levantó, todavía quejándose, y se empezó a vestir entre suspiros pesados que me hacían reír. A veces a Lara lo que más le costaba era el primer paso, y lo demás ya venía solo.

Era una de las cosas que más me gustaban de ella, la confianza con la que lo hacía todo.

Pensé en que ojalá me pasara a mí lo mismo cuando empezase el curso.

—¿Tienes planes?

—Deshacer maletas y poco más. Creo que aprovecharé para comprar algunas flores o algo para decorar un poco.

Ella terminó de ponerse unos vaqueros dando saltitos y se calzó los zapatos. Su mirada volvió a la pantalla para despedirse.

—Pues pásatelo muy bien, yo me voy a clase.

Lara me lanzó un beso y cortó la llamada. Yo dejé el portátil a un lado y rebusqué un bolso pequeño en mi maleta de equipaje, lo justo para que cupieran el móvil, las llaves y la cartera para no tener que llevarlo todo en la mano, y cerré la puerta antes de salir.

Las calles se veían mucho más bonitas de día que cuando las había recorrido al llegar por la noche, y eso ya era difícil. En la misma calle de la residencia había muchas tiendas, y el ambiente era tan bueno que me hizo sonreír. La gente parecía conocerse entre todos y algunos saludaban y charlaban animados. En ese sentido era casi como estar en casa, en el barrio de mi infancia.

Entré en una de las tiendecitas que había por allí para comprar algunos productos de limpieza, champú y poco más. Saludé al dependiente que apuntaba algo en una libreta y él me devolvió el saludo.

—Parece que esto ya es más que una casualidad.

Me giré hacia una voz conocida mientras sujetaba unos productos en las manos para encontrarme al mismo muchacho que me había ayudado a encontrar la residencia la noche anterior, que me miraba curioso.

—¿Trabajas aquí? —fue lo que se me ocurrió preguntar.

Señaló el delantal que llevaba puesto y que era el mismo que tenía el dependiente del mostrador, y me di cuenta de lo ridícula que había sido mi pregunta.

—¿Necesitas ayuda con eso? —me preguntó al ver que tenía las manos llenas. Asentí y cogió los jabones y un par de cosas más de mis manos.

—Gracias.

Él movió la cabeza para quitarle importancia y llevó las cosas hasta el mostrador, conmigo siguiéndolo detrás. El chico que apuntaba la libreta me miró antes de volver a mirarlo a él y, dándole una palmada en la espalda, se metió en el almacén diciendo que tenía que hacer inventario de algo. Yo saqué la cartera de mi bolso para pagar y ayudé a Enzo a acabar de guardar las cosas en las bolsas.

—Me he alegrado de verte —añadió a modo de despedida—. Espero que te estés adaptando bien.

—No se me olvida lo del tour —recalqué yo, saliendo de la tienda con las bolsas en las manos.

—Pues... —Pareció pensarse lo que iba a decir. — Salgo a las seis si te apetece dar una vuelta.

No tenía nada mucho más interesante que hacer. De hecho había pensado en ponerme una serie en cuanto llegase a la residencia, pero ese plan me parecía mucho más interesante.

Escuché cómo el otro dependiente carraspeaba un poco a su espalda y apreté los labios conteniendo una sonrisa.

—Claro.

CAPÍTULO 7

Enzo

Me quedé mirando la puerta un momento cuando Vega salió de la tienda. Le había dicho que la recogería al acabar mi turno y habíamos quedado en vernos más tarde en la puerta de su residencia. En cuanto ella se fue y la tienda volvió a quedarse en silencio, Mario no tardó ni tres segundos en salir del almacén para meter las narices en mis cosas. Decidí centrarme en lo mío e intentar ignorarlo pero su mirada insistente no me dejaba concentrarme. Dejé el trapo sobre el mostrador para volver a mirar a mi amigo.

—No empieces —le advertí al ver la sonrisita de burla que adornaba su cara.

—Yo no he dicho nada —se excusó volviendo a agarrar la libreta para apuntar un par de pedidos.

Mario me dijo que no necesitaba ayuda para cerrar y prácticamente me echó cuando el reloj marcó las seis. Preferí hacerle caso a su insistencia pero en el fondo sabía que le hacía gracia la situación y que solo iba a usar esa excusa para tener un nuevo motivo de burla conmigo. Nuestra amistad era un poco así.

No le quise dar más importancia de la que se merecía así que me despedí de él y dejé el delantal sobre el mostrador antes de ir a recoger la moto a casa.

Aparqué en una de las calles cerca de la suya y me guardé las llaves en el bolsillo. De lejos la vi esperándome en la puerta, pero ella no me vio a mí hasta que estuve casi a su lado.

No supe bien cómo saludarla porque apenas nos conocíamos, pero ella me dio un abrazo tímido quitándome el peso de decidir a mí.

—¿Llevas mucho esperando? —le pregunté mientras nos poníamos en marcha calle abajo.

Vega me miró y negó con la cabeza, guardándose el móvil en el bolsito pequeño que llevaba colgado.

—Qué va, acababa de salir cuando has llegado.

Siguió mis pasos de cerca hasta que llegamos a pie de calle, cuando me paré y me giré hacia ella. Su cara reflejó un deje de confusión que pareció evaporarse cuando saqué las llaves del bolsillo y empecé a quitarle el candado a mi moto mientras ella echaba un vistazo entre ella y las demás que había allí aparcadas.

—¿En serio? —Parecía alucinada.

—¿Muy cliché? —añadí yo aguantándome la risa al ver su cara—. No me digas que eres de la que no les gustan los clichés.

Vega sonrió, todavía mirando atentamente lo que yo hacía cuando guardé el candado bajo el sillón y saqué dos cascos de mi vespa para darle uno a ella.

—Me encantan los clichés —confirmó riendo mientras se abrochaba el cierre.

Esperé a que se colocase bien el casco antes de subirme a la moto y esperar a que ella hiciese lo mismo.

Vega me sorprendió cuando se subió a mi espalda sin siquiera rechistar y me agitó los hombros cuando no arranqué enseguida, porque me había quedado mirándola por el espejo retrovisor. Me dije a mí mismo que el casco le quedaba muy gracioso, porque al estarle un poco

grande solo le dejaba al descubierto los ojos grandes de color marrón oscuro y la sonrisa que no se borraba de su cara desde que nos habíamos vuelto a ver.

Me gustaba andar en moto por la ciudad, aunque la mayoría solía preferir el metro para ir de un lado a otro.

Me gustaba ver el movimiento de la gente que iba y venía y sentir el aire en la cara.

Vega a mi espalda miraba todo a su alrededor, parecía maravillada con todo lo que pasaba frente a sus ojos porque miraba de una manera dulce, especial. Estaba tan callada que podría haberme parecido que iba solo conduciendo si no hubiese sentido cada roce de sus manos agarradas sobre mi cintura.

Me desvié por una calle para volver a aparcar la moto cuando vi de cerca el primer sitio que había pensado enseñarle. Me había contado que estaba estudiando moda, y no se me había ocurrido otro mejor sitio para empezar nuestro tour improvisado que ese. Cuando se quitó el casco, la agarré de la mano arrastrándola hasta dentro del edificio que teníamos enfrente.

—Bienvenida a la galería Vittorio Enmanuele.

Casi todo el mundo conocía ese sitio, aunque no hubiese estado nunca en Milán. Solía ser una de las paradas preferidas por los turistas cuando visitaban la ciudad porque, aunque era un sitio mayoritariamente comercial, era algo precioso de ver. Vega abrió la boca contemplando las bóvedas del enorme edificio y mirando a su alrededor. Si andabas por el centro podías ver miles de tiendas a cada lado, las de diseñadores como Prada, Gucci o Louis Vuitton eran de las que la mayoría del tiempo estaban más llenas, pero lo más especial del edificio eran la cantidad de mosaicos pintados en el suelo. Guie a Vega hasta el mosaico del toro de Torino y le expliqué la famosa leyenda de girar tres veces sobre él para volver a Milán.

—¿De verdad tengo que hacerlo? —preguntó no muy convencida.

—¿No querías pasar el día como una turista? Todos hacen esto —afirmé con convicción—. Venga, te pones aquí y giras tres veces sobre el talón, sin parar y con los ojos cerrados.

Ella se puso sobre el sitio que le indiqué y, aun no muy convencida, siguió las indicaciones que le había dado y giró sobre el mosaico de colores.

Hacía demasiado tiempo que una tarde no se me pasaba tan rápido como había pasado aquella, y me di cuenta cuando noté la brisa un poco más fresca agitarme el pelo de la cara y Vega se pegó más a mi espalda.

Hacía mucho que no me reía a carcajadas hasta que me doliese la barriga y no me había dado cuenta de eso hasta que me había pasado con ella.

—Te presento la última parada de hoy.

El planetario impresionaba de cerca. La entrada era preciosa, adornada por columnas que le daban la apariencia de un templo. Ese era uno de los pocos días que abría a partir de las ocho de la tarde para poder ver el atardecer y las estrellas desde allí. Ella me miró entusiasmada y agarró mi mano.

—¿Entramos ya o qué? —dijo tirando de mí.

El edificio era precioso por dentro, y yo lo había visitado tantas veces que podría andar por los pasillos con los ojos cerrados sin miedo a tropezarme ni una sola vez. Había perdido la cuenta de las tardes que me había perdido aquí siendo adolescente, aprendiendo y observando cómo funcionaba todo allí dentro.

A Vega pareció encantarle el sitio. Parecía una niña pequeña recorriendo los pasillos del planetario y mirando cada cosa con curiosidad.

—Mira esto, no te lo puedes perder.

Una de las salas principales estaba abierta y mucha gente esperaba para poder ver las estrellas

desde allí con más calidad. Vega se puso a mi lado y levantó la mirada hasta el techo descubierto, donde se veía cómo estaba atardeciendo y la preciosa puesta de sol a la vez que la luna iba saliendo.

—Enzo, esto es precioso —susurró.

La gente observaba en silencio a nuestro lado la manera en la que el cielo iba cambiando su color poco a poco. Las tonalidades de naranja, rojo y rosa llenaron la sala entre murmullos bajitos y suspiros de asombro.

—Cuenta la leyenda que el Sol y la Luna estaban muy enamorados, tanto que la diosa Afrodita sintió celos de ellos e intentó separarlos —empecé a contarle bajito la historia que tanto me gustaba cuando era pequeño.

Vega me miró por un momento antes de volver su mirada al espectáculo del cielo.

—¿Y qué pasó entonces? —preguntó entre susurros cuando me quedé callado un momento.

—La diosa ordenó al Sol solo salir de día y a la Luna de noche, para que así no se pudieran encontrar —seguí contándole y ella hizo una mueca—. Pero entonces Zeus, conmovido por su amor, le prometió al Sol que si se esforzaba mucho podría volver a verla. Por eso los días que el Sol brilla mucho se puede ver la silueta de la Luna, cuando el Sol mira de lejos a su amor. También en los eclipses.

Era una de mis historias preferidas. Me acordaba mucho de mi abuela al recitarla y de las veces que le pedía que me la contase antes de quedarme dormido a su lado.

—Te encanta esto, ¿no?

—Es mi lugar favorito de la ciudad —admití.

Vega sonrió y se le achicaron los ojos, como siempre que lo hacía. Me dio un apretón cariñoso en la mano y cuando volví la vista arriba pude ver cómo ya casi había anochecido dando salida a la luna.

—Creo que desde ahora también va a ser el mío.

CAPÍTULO 8

Vega

Salí de la ducha secándome el pelo con una toalla pequeña y el sonido de mi móvil sobre la colcha de la cama me llamó la atención porque me habían llegado varios mensajes seguidos. Enzo me había dejado conducir de vuelta después de haberle insistido un poco y me había acabado entrando frío. Se estaba empezando a notar el cambio de estación, después de todo, Octubre estaba a la vuelta de la esquina. Mi mente viajó otra vez a la escena.

—¿Qué estás haciendo? —inquirí con voz aguda cuando noté las manos de Enzo sobre mi cintura.

—Sujetarme.

Enzo dio un pequeño brinco sobre la moto para incorporarse mejor y tuve que sujetar el manillar con fuerza ya que no llegaba bien al suelo.

—Habrás conducido una moto antes aunque sea, ¿no? Ya sabes, por eso de que no me apetece morir hoy —añadió con un tono de burla que más que molestarme me gustó.

—Pues sí, listo. Además, tengo carnet de coche desde los dieciocho —le contesté y me coloqué bien el casco antes de llevar mi mano al contacto para arrancar.

Escuché una risita a mi espalda. Me giré y me di cuenta de que la llave no estaba puesta y de que Enzo la sujetaba dándole vueltas.

—Creo que no me inspira mucha confianza que quisieras arrancar sin la llave —dijo colocándola y empujándome a mí en el proceso, pegando su cuerpo al mío.

Volví a mirarlo por uno de los espejos y Enzo me sonrió cuando sus ojos se encontraron con los míos.

—Venga, que con suerte estamos frente a la próxima Valentino Rossi.

—Prefiero ser Marc Márquez si me dejas escoger.

Metí las llaves en el contacto y arranqué. Él se sujetó más fuerte a mí.

—Española tenías que ser —se quejó riendo—. Anda vamos.

El móvil no dejaba de sonar y dejé la toalla a un lado para mirar quién era, aunque esa manera de mandar mensajes le pertenecía a una sola persona y lo reafirmé en cuanto desbloquéé el teléfono. Deslicé hacia abajo y solo me fijé en los últimos mensajes.

Hostia. No me lo creo.

Le has gustado a ese tío, te lo digo.

Y si sus mensajes todavía no eran lo suficientemente dramáticos, los acompañó con un sticker de Harry Styles con una taza en las manos y el texto «sips the tea» encima. Para Lara cualquier historia era una buena historia de amor y romance cursi.

Menos cualquiera que la involucrara a ella, claro. Tecleé mi respuesta y la envié antes de coger mi cepillo y empezar a desenredarme el pelo.

No vayas a empezar a montarte películas.

A ver si dices lo mismo cuando os caséis.

La pantalla de mi móvil se iluminó con una llamada de Facetime entrante y alargué el brazo sobre la cama arrastrando mi portátil para contestar mejor desde allí. Al hacer clic en el icono de responder la llamada, la cara de mamá apareció en la pantalla casi de inmediato.

—Cariño, ¿me escuchas?

Mamá agitaba la mano frente a la cámara del ordenador abierto mientras se escuchaba cómo papá trasteaba con algo a su espalda.

—No sé si lo he puesto bien, míralo tú —le pidió a mi padre que en dos segundos se colocó a su lado con sus gafas de ver puestas.

—A ver —le dijo él girando el portátil hacia su sitio—. Tiene todas las rayas del Wifi, mira. —Señaló lo que le decía con el dedo.

—Os veo perfectamente.

Papá seguía con las gafas puestas y detrás de él pude ver algunas fotos y decoraciones que se me hacían conocidas pero que sabía perfectamente que no eran de nuestra casa.

—¿Estáis con la abuela?

Ella apareció detrás de ellos con un sonrisa que me hizo sonreír a mí también.

—¡Hola, cielo! —canturreó felizmente—. ¿Estás nerviosa?

—Un poco —admití.

Los comienzos de algo nuevo eran algo que me ponía muy nerviosa. Desde siempre me he sentido insegura con lo desconocido y he tendido a ir con pies de plomo por miedo a que saliera mal. Las clases de diseño no eran la excepción y en el momento que atravesé la puerta de mi habitación, los nervios se me habían empezado a asentar en el estómago.

—Lo vas a hacer genial, cielo —me animó mi abuela—. Mucha suerte mañana.

Cuando ellos acabaron colgando, dejé el ordenador a un lado y me tumbé sobre la colcha de la cama. Mi familia había sido uno de los pilares más importantes de mi vida siempre. Sabía que contaba con ellos para lo que pudiese necesitar y ellos me acompañarían en cada momento importante aunque lo hiciesen desde la distancia.

A veces todavía parecía que seguía soñando, pero cada vez todo era más real. Me repetí a mí misma que iba a conseguir lo que sea que me propusiera y que no tenía por qué preocuparme. Inspiré hondo llenándome los pulmones de aire.

Y al cerrar los ojos solo pude ver ese cielo anocheciendo sobre mí y la voz de Enzo susurrando historias mientras se llenaba de estrellas.

CAPÍTULO 9

Vega

El tiempo parecía haberse acelerado desde que estaba en Milán. Octubre también había llegado como un parpadeo, y con él el primer día de clases por el que había esperado media vida.

No pensaba que me iba a acostumbrar tan rápido a Milán.

No pensaba que iba a olvidarme de querer volver pronto, aunque echase de menos a mi familia y a Lara.

No pensaba que me iba a hacer amiga de Enzo de una manera tan fácil como lo había hecho.

Me había acostumbrado a la compañía de Enzo, a sus bromas y a sus historias sobre las estrellas. A veces todo era tan sencillo como sentarnos a escuchar música un rato o ponerme a dibujar mientras sus ojos seguían mis trazos.

Mis días se resumían en eso, y no podría haber imaginado nada mejor. Había llegado a conocer la ciudad tan bien como la palma de mi mano, e incluso los rinconcitos especiales más remotos ya no eran ningún misterio para mí.

Apenas pude terminarme una taza de café porque los nervios me estaban revolviendo el estómago. Llevaba despierta desde casi dos horas antes de que sonara mi alarma, pero era incapaz de volver a dormirme. Los días importantes mi cuerpo parecía tener una alarma biológica que me mantenía alerta toda la noche y que hacía que me despertase cada poco tiempo con el miedo de quedarme dormida y no llegar a tiempo.

Me colgué mi mochila pequeña en un hombro y eché un último vistazo dentro, comprobando que no me dejaba nada allí. Vi que llevaba el bloc de dibujo, el móvil y el estuche de los lápices, las llaves las guardaría en cuanto cerrase la puerta, así que sí tenía todo listo. La misma mujer que me recibió el primer día me saludó cuando pasé por delante de la recepción de la residencia hacia la calle.

El sol brillaba alto y me dije a mí misma que sería un presagio de que todo iría mejor de lo que pensaba. Era temprano y algunas tiendas apenas acababan de abrir, pero aun así me vi a mí misma esquivando camareros y turistas hasta que por fin llegué a la puerta de la escuela de diseño.

La fachada del edificio era preciosa, parecida a la de la residencia por el aire antiguo que desprendía, aunque eso lo hacía mucho más interesante. En la entrada algunas chicas entraban charlando entre ellas y me acerqué para preguntarles si sabían dónde se iba a dar la clase. La academia parecía mucho más impresionante por dentro, se notaba que era un edificio antiguo aunque era casi increíble la manera tan perfecta en la que estaba conservado. Llamé a la puerta que me habían indicado y una mujer morena no mucho más mayor que yo abrió, saludándome.

—La señorita Vega Castillo, ¿verdad? —preguntó la que debía ser la profesora en un perfecto inglés británico.

Yo limité a asentir y buscar rápidamente un asiento libre en el aula. La mayoría de los que estaban allí iban más arreglados de lo que me hubiese imaginado en un primer momento y me sentí bastante ridícula al haberme puesto tan solo unos vaqueros y un jersey. La chica que estaba sentada a mi lado debió haber pensado lo mismo porque se inclinó hacia mí susurrando,

intentando no interrumpir lo que la profesora estaba explicando:

—Yo tampoco me había imaginado lo de la ropa —me dijo riendo bajito—. Error de novatas supongo, soy Hannah.

—Vega —me presenté yo.

La profesora, que se había presentado como Sandy, empezó a explicarnos las dinámicas de clase que impartiría en el curso y la manera cómo pensaba evaluarnos a la hora de crear nuestros propios diseños y prendas. Me pareció una persona sencilla y que disfrutaba de lo que hacía, se notaba en su manera de expresarse y de explicarnos las primeras lecciones básicas.

—No quiero agobiaros mucho el primer día así que vamos a dejarlo hasta aquí —añadió amablemente—. Me gustaría que mañana cada uno trajese un boceto de algún diseño, nada muy elaborado, solo para ir probando.

No era nada que no hubiese estado acostumbrada a hacer. Tenía un bloc lleno de diseños como prueba. Pero horas más tarde, sentada en la cama de mi habitación, había perdido la cuenta de las veces que había empezado uno antes de acabar borrando todo trazo por trazo. No sabía bien qué era lo que no me gustaba de ellos, o simplemente que era lo que sí que me gustaba.

Estaba mirando algunos de los últimos bocetos cuando el sonido de un claxon llegó hasta mis oídos.

Di un salto de la cama al darme cuenta de que el sonido venía de bajo de mi ventana y supe que era Enzo cuando alguien empezó a gritarle por haberse metido con la moto en una calle peatonal y él le sostenía que no iba a tardar en irse. Me reí y busqué mis zapatillas, calzándome rápidamente para poder bajar y que no se metiese en problemas. Mi mirada se cruzó con la suya en cuanto salí del portal y vi cómo la comisura de su boca se levantaba intentando ocultar la sonrisa que se le notaba en los ojos. La misma señora que le había gritado negó con la cabeza y volvió dentro de su casa.

Enzo me dio el casco para que me lo pusiera y yo no pude evitar reírme de su cara de seriedad fingida después de la bulla que se había llevado.

—No te rías —advirtió, esperando que yo me subiera en la moto a su espalda y fijándose en el retrovisor que tuviera el casco bien amarrado.

—No me río —mentí descaradamente—. ¿Adónde vamos hoy?

—A comernos el mundo.

CAPÍTULO 10

Enzo

Parece mentira cómo las cosas más sencillas pueden llegar a significar tanto.

El no valorar los pequeños momentos en los que una risa o simplemente el silencio daban sentido a toda una existencia.

Encontrarte de lleno con las razones que te llenan de vida aunque no fuera intencionadamente.

Vega llegó para enseñarme que el tiempo que no se vive al máximo es tiempo perdido. Y yo ya había estado demasiado tiempo encerrado en una burbuja, simplemente sobreviviendo.

CAPÍTULO 11

Enzo

Me desvié un poco del centro de la ciudad para llegar al destino que llevaba un par de días planeando. Estaba atardeciendo y quería llegar con suficiente tiempo para preparar todo sin tener que perdernos nada. Supuse que a Vega le extrañó la ruta de aquel día, pero no dijo nada hasta que poco después de poco más de media hora de paseo en moto llegamos. Ella miró a su alrededor antes de volver a mirarme a mí. Era un sitio pequeño, rodeado de árboles y con un pequeño lago, que más bien parecía un charco debido a su tamaño, en el fondo.

—¿Por qué me has traído aquí? —cuestionó ella extrañada.

Le había dicho que cogiese algo para abrigarse pensando en que nos podría entrar algo de frío al sentarnos allí en el suelo. Puse el candado de la moto y me eché la mochila sobre los hombros, tirando de ella hasta llegar al sitio que me gustaba porque había un claro entre todos los árboles que dejaba una vista perfecta del cielo.

—¿Puedo ayudarte al menos? —insistió Vega cuando puse la mochila en el suelo, haciéndome reír.

Asentí y agarró el otro extremo de la manta que había sacado de uno de los bolsillos para extenderla sobre el suelo. Me senté y di unas palmadas a mi lado para que ella hiciese lo mismo. Rebusqué en mi mochila y en seguida noté su cuerpo a mi lado. Levanté la mirada hacia ella, que estaba concentrada en curiosear lo que yo estaba haciendo.

—Se supone que dentro de quince minutos se podrá ver perfectamente la constelación de Pegaso.

Vega abrió los ojos con sorpresa. No sé qué sería lo que se estuviese imaginando pero me alegré de que en realidad pudiese haber llegado a sorprenderla. Me hacía feliz poder llevarla a uno de mis sitios favoritos y al ver su sonrisa vi que a ella también le parecía un buen plan estar allí.

—¿Esa también tiene una historia?

Sonreí y asentí dándole la respuesta a su pregunta. En el cielo oscuro ya se llegaban a apreciar los primeros destellos de luz.

—Pegaso era el caballo alado de Zeus. Se dice que fue el primer caballo que estuvo entre los dioses, pero a diferencia de ellos el animal era mortal —empecé a contarle a la vez que me acomodaba en el suelo a su lado—. El regalo que Zeus le hizo fue convertirlo en una constelación y así pasó a ser inmortal.

—Tiene que ser un poco triste ser inmortal y estar solo.

—No lo está. Si te fijas hay más estrellas que lo acompañan. —Señalé con el dedo—. Esa es Markab, las demás no se llegan a ver mucho hoy pero todas forman el cuadrante.

Ella siguió con sus ojos lo que yo le estaba señalando, escuchándome hablar atenta y preguntando de vez en cuando cosas que me hacían empezar a contarle nuevas historias.

Llevábamos tanto rato allí sentados solo hablando que las estrellas ya brillaban fuerte en un cielo completamente oscuro. Sonreí al sentir su cabeza sobre mi hombro. Estaba tan a gusto allí que no me importó demasiado que mi plan de ir a comer a un restaurante que quería enseñarle a

Vega se viese irremediabilmente sustituido por unas cuantas porciones de pizza callejera, que fue lo único que pudimos encontrar abierto a esas horas. Supe que a ella tampoco le importó mucho aquello porque la sonrisa no abandonó sus labios en todo el tiempo que estuvimos cenando, ni tampoco cuando agarré su mano hasta llegar a la puerta de un local.

—Este no es de mis planes preferidos, pero sin duda no puedes vivir en Milán y no venir a este sitio.

Era uno de los bares preferidos por los estudiantes y donde sabía que habría música para divertirse. Y uno de los pocos sitios que no le había enseñado porque no había ido más de un par de veces con mis amigos. Pero al parecer a ella sí le había gustado la idea, porque se inclinó para besarme en la mejilla y arrastrarme hasta dentro.

No disfrutaba demasiado de las fiestas, pero estando con ella quizás sí podría acostumbrarme.

CAPÍTULO 12

Vega

El local nos recibió con un ambiente fiestero donde la gente bailaba y cantaba animada entre las luces de colores. Agarré fuerte la mano de Enzo a medida que avanzábamos hacia dentro para no perderlo en medio del montón de gente. La música estaba muy alta, y combinaciones de pop y música de discoteca sonaban a través de los altavoces.

Me fijé en Enzo y en cómo sonreía intentando disimular que este era su ambiente, aunque definitivamente era todo lo contrario. A mí si me gustaba, pero si él hubiese preferido que nos quedásemos toda la noche en aquel sitio mirando estrellas no me hubiera quejado. Ni un poco.

Lo animé a bailar conmigo, y aunque al principio parecía darle un poco de vergüenza y lo hacía tímidamente se acabó animando, haciéndome reír al ver sus pasos improvisados entre toda la gente que bailaba también a nuestro alrededor.

Para ese momento su sonrisa era real, al igual que el cosquilleo que yo notaba dentro cuando se pegaba a mí al bailar.

Reconocí un par de canciones de una banda italiana que estaba de moda últimamente y de un momento a otro la música fiestera cesó y empezó a sonar una melodía que yo reconocí fácilmente. Miré a Enzo.

—¡Me encanta! —chillé por encima de la música.

—Creo que el dj ha entrado en depresión momentánea —murmuró él.

La canción no tenía nada que ver con las típicas canciones que ponían para bailar y supuse que alguien la había pedido expresamente. Algunas personas empezaron a bailar pegadas junto a nosotros y Enzo tiró de mi brazo para pegarme a él.

—¿Qué haces? —le pregunté y me eché a reír.

—Invitarte a bailar —simplificó pero empezó a reírse también.

Le seguí la corriente y pasé las manos por detrás de su cuello mientras nos movíamos al ritmo de la música. Enzo me puso un mechón de pelo detrás de la oreja y solté de golpe todo el aire que no sabía que estaba conteniendo. Creo que toda la sangre se concentró en mi cara porque de repente su gesto me había hecho ponerme nerviosa. Él no pareció notarlo cuando siguió tarareando la canción y me giró sobre mis talones haciéndome dar una vuelta cuando sonó el estribillo.

—Pensaba que no te gustaba la canción.

Se encogió de hombros.

—Me quejo poco.

El tiempo se aceleró hasta el punto de que a las seis de la mañana estábamos sentados en el suelo de un parque que no había visto en mi vida tomándonos un café y unos buñuelos.

El sol amenazaba con salir mientras la luna todavía iluminaba el cielo y me acordé de la leyenda que Enzo me contó ese día en el planetario. Me encogí y apoyé la cabeza sobre su hombro. Él se inclinó dándome un beso en el pelo.

—Este sí que es mi tipo de planes —dijo en un susurro.

Yo quise responderle que últimamente uno de mis planes favoritos era él, pero pensé que

quizás estaba loca y solo sonreí.

CAPÍTULO 13

Vega

Las clases de diseño eran mucho mejores de lo que hubiese pensado en un primer momento. Sandy, la profesora, era bastante amable y paciente con nosotros e intentaba ayudarnos a mejorar todo con la mejor actitud posible. En un par de semanas habíamos pasado de solo dibujar sobre papel a empezar a confeccionar nuestras primeras prendas y eso era algo que me tenía demasiado emocionada. Las telas de colores llenaban nuestras mesas, y Hannah, que se había convertido en mi compañera de mesa, parecía haber arrasado en la tienda de telas porque su espacio estaba lleno de todo tipo de retazos de colores y texturas diferentes.

Lo que más me gustaba de esas clases era que cada uno era especial a su manera y Sandy trataba de explotar ese potencial al máximo, respetando los gustos que tenía cada alumno. Cada uno estaba enfocado en su propio trabajo cuando Sandy dio unas palmadas flojitas para llamar nuestra atención.

—Como ya sabéis, las últimas semanas hemos aprendido y trabajado el estilo de diseño basado en los patrones de cada prenda, pero hoy quiero probar algo con vosotros.

Mis compañeros se miraron unos a otros, extrañados cuando la profesora nos hizo recoger nuestras costuras y empezó a repartir algunas cartulinas y carboncillos.

—Quiero que dibujéis algo, pero que no sea una pieza de ropa —explicó yendo de mesa en mesa repartiendo los materiales—. Algo que os guste y os llame mucho la atención.

En cuanto tuvimos todos una cartulina y un carboncillo, todos mis compañeros empezaron a hacer trazos en sus respectivos folios mientras que yo me quedé mirándolo fijamente apretando el carboncillo entre los dedos. Miré a mi lado cómo Hannah también había empezado a dibujar y lo hacía concentrada. Pensé en qué sería lo que podría dibujar.

El primer par de minutos simplemente dibujé trazos sin sentido, aunque en algún momento esos conectaron y entonces lo vi.

Vi la sonrisa que se le dibujaba en la cara al hablar de las estrellas. Al contar historias.

Lo dibujé a él, solo que de una forma muy particular.

Mis dedos se movían solos por la cartulina hasta el punto de que no me di cuenta de que todos ya habían acabado y yo seguía dibujando. Antes de acabar la clase Sandy se acercó a cada mesa una por una antes de dejarnos ir. Cuando se acercó a la mía miró mi dibujo con mucha curiosidad.

—¿Qué representa este dibujo para ti Vega? —me preguntó y pude distinguir un deje sincero de curiosidad en sus palabras.

Miré los trazos sobre mi folio. Muchas formas como intentos de destellos que había difuminado con los dedos y esparcidas por todas partes. Había marcado cada trazo de una manera casi inconsciente, pero al fijarme solo pude pensar en un montón de constelaciones agrupadas.

Miles y miles de estrellas.

CAPÍTULO 14

Enzo

El mes de Noviembre llegó como un soplo de aire fresco, barriéndolo todo a su alrededor. Había empezado a tener jornadas de más horas después de insistirle a Mario. Chiara, su mujer, cada vez iba menos a la tienda, aunque lo hacía a regañadientes, porque con su barriga de siete meses apenas podía hacer la mitad de lo que ella quería y se acababa frustrando.

Había sido así desde que éramos pequeños.

Todavía me acordaba su tenacidad en cada juego que Mario y yo nos inventábamos y que ella insistía siempre en ganar.

Ellos siempre habían estado en mi vida desde que tuve uso de razón, éramos inseparables y en algún momento del camino los dos se dieron cuenta de que se habían enamorado, lo que me dejaba a mí como el tercero en discordia y, en cuanto pude darme cuenta, en el futuro padrino de su primer hijo.

—¿Seguro que no te importa cerrar hoy? Como últimamente sales casi corriendo cuando acaba tu turno —me chinchó Mario con una cara inocente.

Su mujer puso los ojos en blanco y le quitó la libreta de la mano al ver que no estaba apuntando nada, sino que la usaba de excusa para mirar de reojo mi reacción a su burla. Me ahorré decirle que ya había quedado con Vega en que ella iría a buscarme al cerrar ese día, porque sabía que solo haría que me picase más. Mario le había cogido el gusto a bromear con que los había cambiado por Vega, aunque supiese demasiado bien que eso no era verdad.

—¿No tienes nada más divertido con lo que entretenerte? Como cuidar a tu mujer embarazada por ejemplo —ataqué.

—A mí no me metáis en vuestras peleas ridículas —escuché decir a Chiara desde el almacén.

—Venga, hombre. No te enfades. —Hizo una mueca escondiendo su risa—. A ver cuando presentas a la competencia.

Me giré hasta él y le tiré el trapo que le estaba pasando por encima a las estanterías y Mario lo agarró riéndose más fuerte.

—Eres un idiota.

—¿Ahora te has dado cuenta?

Chiara salió del almacén y se apoyó en el mostrador junto a él, tocándose la barriga instintivamente. Mario fue hasta ella y le dio un beso en los labios.

—¿Tú de qué parte estás, amor?

—¿Yo? De ninguna, sois los dos idiotas.

Cogió el bolso y señaló a su marido mientras yo seguía riéndome por su comentario.

—Anda, vámonos que al final llegaremos tarde a la cita del médico y todo.

Le di un abrazo cuando pasó por mi lado y ella me dio un apretón cariñoso. Chiara siempre había sido la más cariñosa de los tres pero el embarazo la hacía serlo el triple.

Aproveché el momento en que esos dos terminaban de salir de la tienda para hacer un repaso mental de lo que me quedaba por hacer antes de cerrar. Atendí un par de clientes que llegaron a comprar, barrí el suelo y estaba haciendo la caja del día cuando escuché el teléfono fijo sonar. Di

un respingo cuando alguien habló a mi espalda nada más colgar.

—¡Joder! —exclamé agarrándome el pecho con una mano mientras ella se reía a carcajadas, sin darse cuenta de que en verdad me había dejado al borde de un infarto—. ¿Me quieres matar?

—Qué exagerado —replicó negando con la cabeza.

Salté hasta Vega y le di un abrazo, intentando apretarla más de la cuenta para que se enfadara. Ella se removió en mi abrazo antes de separarse de mí.

—¿Cómo te ha ido en clase? —le pregunté.

—Bien, aunque no me termino de acostumbrar a que todos vayan tan arreglados todos los días. Yo siempre voy con estas pintas.

Señaló su ropa y yo no le vi nada malo a su cárdigan y a sus vaqueros. A mí me parecía que iba bien, pero la diseñadora era ella así que me limité a negar con la cabeza lo que había dicho.

—Vas muy bien así —añadí.

—No te burles de mí, italiano —amenazó apuntándome con el dedo índice.

—No me burlo de ti, ¿por quién me tomas? —repliqué poniéndome una mano sobre el corazón, como si me hubiese ofendido—. Estás muy guapa. Eres muy guapa.

No me explicaba cómo no se daba cuenta de eso. De la luz que desprendía.

Ella no apartó los ojos de mí cuando nos quedamos callados por un segundo, antes de que sacase su bloc de dibujo del bolso de clase y tras buscar en algunas páginas lo pusiera en mis manos.

—¿Y esto?

Le di la vuelta al folio para ver qué era lo que me quería enseñar y lo que menos esperaba encontrarme era aquel dibujo precioso lleno de estrellas que se alineaban formando una constelación.

Me pareció que se había basado en la que vimos cuando la llevé de noche a ver las estrellas.

Me alegraba saber que había disfrutado tanto ese ratito como lo hice yo.

—La profesora dijo que dibujásemos algo que nos gustase, y bueno, a mí se me vinieron a la cabeza las constelaciones porque me recuerdan a ti —añadió de manera tímida.

—¿Y yo te gusto?

Lo pregunté como una broma y me hizo gracia ver cómo ella se sonrojó cuando se me escapó la risa y le devolví su bloc. Acabó riéndose ella también aunque seguía colorada.

—Me gustan las estrellas, idiota.

—Ya, a mí me encantas. Y las estrellas también.

Esta vez ella no se volvió a sonrojar, sino que negó con la cabeza y me dio un manotazo en el brazo de manera amistosa.

Me gustaban los momentos así.

Instantes que se sentían bien y en los que podíamos bromear juntos como si lo hubiésemos hecho desde siempre.

—Deja de reírte de mí y termina eso.

Acabé de recoger y ordenar las estanterías después de terminar de hacer la caja y Vega me siguió hasta fuera y esperó a que cerrase con llave.

Empezamos a andar calle abajo y al poco tiempo me di cuenta de que la llevaba de la mano.

Y de que una sensación extraña hacía que me costase respirar.

CAPÍTULO 15

Vega

A veces resultaba difícil ver hasta qué punto llegaba a lastimar un amor.

El sentimiento de vacío que se instala en el centro del pecho y que presiona los pulmones arrancando el aire de un bofetón.

El dolor de un amor que no era correspondido pero que aun así se sentía muy real, porque en el fondo para alguien lo era.

Porque correspondido o no, no dejaba de ser amor.

Por mucho que doliese más.

CAPÍTULO 16

Vega

Sentía los dedos de su mano entrelazados con los míos en cada paso que dábamos por la calle. Ese gesto entre nosotros se había vuelto una pequeña costumbre, ir juntos a algún sitio y que de una manera casi automática su mano buscara el tacto de la mía.

Y me había dado cuenta de que me gustaba que lo hiciera.

Enzo no soltó mi mano hasta que llegamos a la pequeña heladería de la que llevaba días hablando. Me hizo un gesto con la cabeza para señalar una de las mesitas que había libres y me senté en una de ellas mientras él iba a pedir un par de helados. Dejé el bolso de clase a mi lado en una silla y mi vista se clavó en la ventana. La tarde estaba empezando a caer y me fijé en que el cielo se estaba empezando a llenar de algunas nubes.

—Los he pedido de vainilla porque son los que están más ricos.

Llegó con dos tarrinas y se sentó a mi lado.

Asentí y metí la cuchara en la tarrina y me la llevé a la boca saboreando la vainilla. Enzo tenía razón cuando dijo que eran la especialidad de la casa.

—¿Estás contenta? —me preguntó llevándose a la boca su helado.

Al principio me quedé pensando un poco en su pregunta. Milán me estaba haciendo vivir de verdad. Era más yo que nunca. Por primera vez había dejado de pensar en lo que se esperaba de mí para ser quién realmente quería ser.

—Estoy tan feliz que a veces pienso que en cualquier momento me voy a despertar por la mañana para volver a la universidad.

—Estudiabas Derecho, ¿verdad?

Asentí al tiempo que me metía otra cucharada de helado en la boca y él hacía lo mismo.

—¿Por qué lo dejaste? —inquirió—. Si puedo saberlo.

Levanté la vista de mi helado hasta Enzo. Podía entender su curiosidad, al final de cuentas diseño no tenía nada que ver con la carrera en la que había entrado y que acabé dejando un par de cursos después.

—Nunca me gustó. —Pareció que se me quitaba un peso de los hombros cada vez que lo decía en voz alta, porque me lo había callado demasiado tiempo—. Sinceramente ni siquiera esperaba entrar en la carrera, pero supongo no todo es como lo esperamos. Aun así hice casi dos cursos y tengo bastantes créditos aprobados. Casi la mitad.

Él bajó la vista un poco y me acordé que él tampoco había acabado la suya, pero según lo que me había dado a entender a él le quedaban muchos menos créditos que a mí.

—¿Qué esperabas entonces?

—¿Sinceramente? —Enzo asintió—. Quedarme fuera. Tener un motivo para no hacer la carrera y no tener que sentirme culpable.

No había sido tan sincera respecto a ese tema ni siquiera con mis padres. A ellos solo les había dicho que la carrera no fue lo que esperaba y no se imaginaban que en realidad no me había gustado desde un primer momento porque tenía la cabeza en otra cosa muy diferente.

—Tuvo que ser duro.

—Pero ahora estoy aquí.

—Sí —afirmó con una sonrisa que se dibujó en su cara al mirarme—. Estás aquí.

Un silencio cómodo nos envolvió y cada uno siguió centrado en su helado mientras se escuchaba de fondo bajita la música del local y algunas conversaciones de las mesas a nuestro alrededor.

El sonido de una llamada reventó nuestra burbuja.

Vi cómo Enzo colgaba tras mirar quien era y dejaba el móvil de nuevo en la mesa a su lado. Me llamó la atención que en cuanto lo hizo le sonaron también varios mensajes.

—¿No vas a contestar?

La mirada confundida de Enzo fue de mí hasta su móvil antes de darle vuelta para fijar su mirada en mí de manera definitiva.

—Prefiero hablar contigo —se defendió acariciando mis manos.

Y aunque lo dijo de verdad, cuando se inclinó hacia mí para colocarme mi mechón rebelde detrás de la oreja me di cuenta de que sus ojos habían dejado de brillar. Se habían vuelto opacos.

Quise darle su espacio.

Llevaba poco tiempo conociendo a Enzo, pero aun así sabía que había ciertos temas de los que le costaba mucho hablar. Sabía que necesitaba su espacio y que cuando se sentía desprotegido se cerraba por completo, como si de esa manera nada pudiese hacerle daño.

O tal vez no más del que ya le habían hecho.

Dejé que fuese él el que diese el primer paso. Con una sonrisa triste me empezó a hablar de su vida.

Me contó que ya no tenía mucha relación con su madre y noté cierta nostalgia en su voz, mezclada con el cariño que se notaba que le tenía porque me confesó emocionado que fue ella la que lo aficionó a la astronomía contándole cuentos sobre estrellas. Me dijo que le dolía estar lejos de ella, pero que no sabía cómo arreglarlo.

Supe también que no tenía hermanos y que su padre había muerto cuando era demasiado pequeño para recordarlo bien.

Que había empezado a estudiar astronomía porque su yo del pasado no se imaginó haciendo nada más.

Y aunque en el momento no entendí muy bien por qué, acabó hablándome de ella. De la chica de la que aún le dolía pronunciar el nombre.

Recreé en mi mente el momento en que se conocieron. Las primeras miradas furtivas en los pasillos de la facultad y el primer beso que nervioso le arrebató en el portal de su casa.

Los buenos momentos y también los no tan buenos. El presagio de la calma antes de la tormenta.

Revivimos juntos aquel instante que se rompió todo, y fue entonces cuando mirándome a los ojos pudo decir su nombre.

—Se llama Marina. Ella es la que me envió los mensajes de antes.

Me dolió comprobar que mis sospechas eran ciertas, que su dolor tenía un nombre.

Me dolió que sin ver siquiera esos mensajes me afectasen igual que a él, pero solo pude sonreírle y asentir mientras me contaba que la quería, dándome cuenta de que de alguna manera yo ya lo quería a él.

CAPÍTULO 17

Enzo

No me gustaba esa sensación.

Me asustaba el vacío.

En mi mente se repetía como un mantra que me había dejado de importar, que ya no sentía nada. Pero entonces llegaba algo que me empujaba de nuevo al borde y me dejaba a apenas un paso del precipicio.

Y de una manera irónica, y posiblemente mezquina, había momentos en los que me preguntaba si merecía la pena seguir aferrándome o si simplemente debía saltar de una vez.

CAPÍTULO 18

Vega

Sabía que las dudas que me habían asaltado en un primer momento no terminarían significando nada, porque me había convencido finalmente de que irme a Milán había sido la mejor decisión que había tomado en mi vida.

Me había quedado claro que nunca es demasiado tarde para hacer las cosas que de verdad quieres y estaba tachando metas y cumpliendo sueños uno tras otro.

A veces me preguntaba donde se había quedado la Vega a la que le daba miedo todo.

Las clases de diseño eran incluso mejores de lo que había imaginado, y en tan solo mes y medio ya estábamos aprendiendo a confeccionar nuestros propios diseños bajo la atenta mirada de Sandy. Mis compañeros de clase habían acabado siendo algo muy distinto a lo que sus apariencias me gritaron el primer día y me sentí un poco culpable al pecar de haberme tomado la libertad de sacar mis propias conclusiones sin conocerlos muy bien.

Fuera ya había oscurecido, y me fijé en la hora de mi portátil a la vez que tecleaba los apuntes que Sandy estaba explicando. Quedaban poco más de tres minutos de clase porque estaban por dar las siete de la tarde. Apagué mi ordenador y me despedí de Hannah, mi compañera de mesa, cuando la clase terminó.

Había pensado en irme a la residencia y pedir algo para comer viendo una película al ver que Enzo no me había escrito para proponerme algún plan como solía hacer casi a diario, pero me paré en seco cuando lo vi esperándome en la puerta con los cascos de la moto en la mano.

—¿Qué haces aquí?

—Bella, me encanta la emoción con la que me recibes —refunfuñó colgándose mi mochila al hombro y plantándome un beso en la mejilla.

Me sonrojé sin querer porque todavía no me terminaba de acostumbrar a sus gestos espontáneos. Aunque a esas alturas ya se estaban volviendo una costumbre.

—Te invito a cenar —agregó respondiendo a mi pregunta del principio—. El jueves te ibas ¿no?

Asentí y me acerqué para engancharme a su brazo mientras andaba a mi lado. Agarré uno de los cascos con la intención de quitarle un poco de peso así no fuese mucho.

En realidad, creo que era solo porque que necesitaba tener algo en las manos.

—Mi madre me llama todos los días para recordármelo, como si se me fuese a olvidar —negué con la cabeza.

El billete de avión había salido lo suficientemente caro al estar en vísperas de Navidad como para que se me ocurriese perder el vuelo.

—Parece que ya la estoy viendo montar una escena en el aeropuerto cuando tenga que volver.

Al final de la calle, la Vespa estaba aparcada junto a un par de motos más y Enzo se agachó para quitarle el candado a la moto, dándome también el otro casco para que yo lo sujetase mientras lo hacía. Se levantó con él en la mano y me sonrió al tiempo que lo guardaba debajo del sillón.

—Es normal. En tres días es Navidad y quiere tener cerca a su hija.

¿Echaría él también de menos a su madre? Las palabras prácticamente escaparon de mis labios.

—¿Tú vas a pasar Navidad solo?

Se me encogió un poco el corazón al pensar en que lo haría.

—Mino es una gran compañía aunque no lo creas —repuso sin perder su sonrisa.

Y no lo dudaba, pero sin duda no era lo mismo. No dije nada más y él se sujetó mientras me subía detrás suya a la moto. Enzo arrancó y dimos una vuelta por el centro de Milán, que estaba totalmente decorado de Navidad.

Muchísimas luces alumbraban las calles de la ciudad dándole un toque más mágico de lo que ya era de por sí. Había un árbol gigante en medio de una plaza y muchos niños pequeños lo rodeaban y correteaban a su alrededor.

No me apetecía irme de Milán, pero la Navidad era algo que no llegaba a imaginarme sin mi familia. Muchas de las callejuelas de tiendas y restaurantes también estaban decoradas con luces que colgaban de un lado a otro y flores de pascua en cada rincón.

Enzo paró la moto frente a un restaurante que no había visto nunca aunque, realmente, tampoco es que hubiese visitado muchos restaurantes en el tiempo que llevaba allí, ya que con Enzo era capaz de disfrutar más unos trozos de pizza callejera que un restaurante caro.

—Me parece raro que hayas escogido un restaurante hoy —dije sinceramente.

Él me miró de reojo quitándose el casco para guardarlo y se sacudió las manos cuando acabó de asegurarla con el candado.

—No soy tan cutre siempre —replicó con gracia—. Además, no querrás celebrar Nochebuena adelantada comiendo pizza del puesto de la plaza, ¿o sí?

—Este sitio está bien, pero si lo hubiésemos celebrado así tampoco me iba a quejar.

«Porque habríamos estado juntos de todas maneras», pensé.

Rápidamente, agarró mi mano para entrar al restaurante. Era muy bonito por fuera, con las luces que decoraban la fachada de piedra, pero era aún más precioso por dentro. Estaba decorado en tonos grises que contrastaban con los tonos claros de las paredes y el techo que se cerraba en bóveda. No había mucha gente, por lo que no esperamos mucho antes de que uno de los camareros nos guiase hasta nuestra mesa, dejándonos las cartas para que eligiéramos la comida.

Cuando se retiró finalmente con una sonrisa, Enzo lo miró de reojo y torció el gesto con una mueca de desagrado.

—Joder, menos mal que solo somos amigos. Creo que le has gustado al camarero —soltó de repente con una sonrisita.

Y yo, que estaba bebiendo un poco del agua que nos había dejado, empecé a toser con mi vaso todavía en la mano. Lo dejé en la mesa a la vez que me abanicaba intentando recuperar el aire.

—¿Qué dices? —le pregunté todavía sin creermelo lo que acababa de decir.

—A ver, que lo entiendo porque eres preciosa, —añadió haciendo que la situación me diese más vergüenza de la que ya me estaba dando—, pero un poco de respeto que podrías ser mi novia y él comiéndote con los ojos conmigo delante.

Me llevé el vaso de nuevo a los labios y bebí agua porque, de manera irónica, a pesar del frío que estaba haciendo fuera me notaba la cara ardiendo a la vez que él hablaba. Se me escapó una risa que le contagié y acabamos cenando entre risas y entre y varias miradas que Enzo le lanzaba al camarero cada vez que venía a traernos algo.

—¿Te imaginas que hago como que saco un anillo ahora? —bromeó levantándose de la silla un poco imitando el gesto—. Me encantaría ver su reacción.

Una carcajada brotó de mis labios pero terminó con un grito ahogado al darme cuenta de que lo había dicho en serio y de que era más que capaz de hacerlo.

—Ni se te ocurra.

—Bien, sin propuesta de matrimonio. Por ahora.

Me guiñó un ojo haciéndome reír. Sería algo gracioso. Él y yo juntos. Negué con la cabeza por su ocurrencia.

Enzo insistió en pagar él la cena alegando que había sido idea suya, pero me negué a que lo hiciese y pagamos a mitad igual que hacíamos siempre. Sabía que tampoco le sobraba el dinero y veía innecesario que lo gastase en mí.

—¿Te lo has pasado bien? —quiso saber él cuando íbamos saliendo del restaurante. Yo asentí.

—Como siempre que estoy contigo —le contesté con toda la sinceridad del mundo.

Enzo se acercó a mí y me apartó el pelo de la cara y me acarició la mejilla con los dedos suavemente. Sus ojos verdes se clavaban en cada peca y cada pequeña marca que tenía.

Sintiendo el contacto de sus dedos sobre la piel apenas escuché el sonido del trueno, como si fuera un presagio de algo, y a los pocos segundos cayeron las primeras gotas de lluvia.

CAPÍTULO 19

Enzo

No solía gustarme la lluvia, no cuando algunos la asociaban a la tristeza y a la nostalgia.

No solía gustarme hasta que ella cambió sin querer ese significado.

La lluvia de repente me recordaba a su risa estridente en mi espalda.

A la manera en la que sus manos se acoplaban bajo mi estómago para sujetarse mientras las gotas de agua nos caían encima.

La lluvia era su pelo mojado sobre la frente mientras corríamos empapados hasta el portal de mi casa.

La lluvia para mí ya no era tristeza porque desde ese instante siempre me iba a recordar a ella.

CAPÍTULO 20

Vega

La lluvia había empezado a caer enloquecida tras arrancar la moto y tanto Enzo como yo nos habíamos empapado por completo. El pelo me chorreaba sobre los hombros a pesar de que la mayor parte me la había cubierto el casco, menos en el momento de bajarnos y correr hasta dentro del portal de su edificio que era del que estábamos más cerca.

Aun así no entendía cómo él no había perdido la sonrisa cuando subimos hasta su piso y yo tiritaba en la entrada.

—Ten —me llamó y fui en busca de la toalla que me tendía.

Me la pasé por los hombros rápidamente y empecé a frotarme el cuerpo intentando quitarme un poco del frío que me calaba hasta los huesos. Pensaba que él se iba a cubrir con la otra que llevaba en la mano, sin embargo, de un manotazo se deshizo de su camiseta y la tiró al suelo a la vez que empezaba a andar hasta la cocina.

No sé por qué pero ese gesto provocó que se me secase la boca.

Cuando vio que me quedé en la entrada me hizo un gesto para que lo siguiera, y al entrar a la cocina vi cómo sacó dos tazas y una cafetera que puso a calentar en el fuego.

—Odio la lluvia —gruñí mientras me encogía bajo la toalla.

Estaba tiritando y él simplemente se secaba el pelo con la suya sin quejarse.

—Yo antes también la odiaba.

—¿Y ahora?

Enzo dejó la toalla sobre la encimera y se acercó hasta mí. Una sonrisa burlona llenaba su cara cuando me peinó el pelo enredado que me caía sobre la frente. Surgió entre nosotros un silencio raro, que aunque no era incómodo, a mí personalmente me ponía un poco nerviosa.

—Ahora ya no tanto —susurró él rompiéndolo.

No sabía qué se suponía que debía responderle a eso y por una vez el destino parecía estar de mi parte porque la cafetera empezó a hacer ruido avisando que el café estaba listo y Enzo se separó de mí para ir a servirlo. No entendía bien lo que me pasaba y tampoco sabía cómo debía sentirme, pero intenté dejar de pensar demasiado en ello. Enzo se dio la vuelta con las dos tazas en la mano y me hizo un gesto con la cabeza para que me sentara en el sofá.

Su casa era de lo más acogedora, aunque fuese pequeña. La cocina y el salón estaban en la misma habitación y solo se diferenciaban por la pequeña isla en la que tenía la vitrocerámica y la nevera al lado. Me fijé en el par de puertas más que había a mi izquierda y supuse que serían el baño y su habitación. Me dio mi taza al sentarse a mi lado y le di un gran sorbo intentando quitarme el frío.

—¿Quieres ver una peli? —ofreció dejando su taza sobre la mesita a nuestros pies.

Asentí. No había mucho más interesante que hacer mientras la lluvia paraba y pudiese irme a la residencia sin peligro de empaparme de nuevo. Enzo empezó a ojear la cartelera y de vez en cuando me daba miradas de reojo para comprobar si alguna de ellas me gustaba. Ninguna parecía interesarle demasiado y realmente a mí tampoco, así que después de dejarlo buscar películas un rato más, acabé robándole el mando con una sonrisita inocente. Le di al play cuando encontré la

que estaba buscando.

—¿Cuántas veces has visto esta película? —preguntó con una mueca.

Yo me incorporé sobre el sofá y agarré un cojín para ponérmelo sobre los muslos.

—No las suficientes —afirmé de manera rotunda.

Él se puso cómodo a mi lado y lo imité cuando se quitó los zapatos para subir los pies al sofá.

Era una de mis películas favoritas y Enzo empezó a reírse al verme cantar todas las canciones a pleno pulmón. Siendo realistas, ¿quién no se sabía de memoria la banda sonora de «Mamma Mia»?

Probablemente solo él.

Llevábamos casi la mitad de la película cuando de repente se escuchó un trueno al que siguió un relámpago, y sí, se fue la luz. Y mi alegría con ella.

Puse una mueca de horror al ver que nos habíamos quedado sin luz, con la peli a medias y que además de habernos quedado sin plan no tenía mucha pinta de que pudiese irme pronto. La tormenta parecía volverse más fuerte por segundos.

Me levanté del sofá mientras él rebuscaba unas lamparitas de pilas en unos cajones y fui hasta la ventana del pequeño balcón. Me asomé apartando las cortinas y vi cómo la lluvia caía sin cesar.

—Por mucho que la mires no va a parar —habló a mis espaldas haciendo que diese un respingo.

—Pues que mal porque me tengo que ir a la residencia —me quejé yo volviéndome hacia él.

—Puedes quedarte aquí —añadió encogiéndose de hombros—. A dormir —aclaró con una sonrisa pícaro.

—Es lo que había pensado en un primer momento, pero gracias por la aclaración.

Mi vista volvió a la ventana y suspiré cuando un relámpago iluminó el salón por completo. Me di la vuelta para volver a sentarme en el sofá. Él me siguió y se sentó a mi lado.

—En serio, Vega. Quédate —insistió—. No muerdo. A menos que quieras que te muerda.

Se mordió los labios intentando esconder la sonrisa burlona que amenazaba con escapársele.

—Qué gracioso estás hoy, ¿no?

Mi tono irónico no hizo que se pusiera serio ni por un momento, y pensándolo bien, la verdad es que con la que estaba cayendo la idea más coherente era quedarme a dormir con él por mucha vergüenza que me pudiese dar.

—Y si me quedo... ¿dónde duermo? —cuestioné consciente de que a esas alturas ya no había muchas opciones.

—En mi cama, obviamente —contestó como si su respuesta fuera lo más razonable del mundo—. Podemos dormir acurrucaditos igual que una pareja de ancianitos.

—Idiota.

Enzo siguió enumerando las razones por las que era un privilegio dormir con él y yo me aguantaba la risa escuchándolo decir chorradas. La luz parpadeó un par de veces hasta que volvió por completo y la habitación quedó de nuevo iluminada por completo.

Entonces fue cuando me di cuenta de mucho que me relajaba estando con él y de lo cerca que estábamos en ese mismo instante.

—¿Seguimos viendo la peli? —pregunté apartando mi mirada de la suya.

—Creo que prefiero que nos vayamos a la cama.

Fingió un bostezo y aunque se hiciese el inocente sabía que lo había dicho con doble intención para que yo le contestase. Lo miré con una ceja levantada y Enzo soltó una carcajada.

—Luego soy yo el que piensa cosas raras... ¿Qué te estás imaginando?

—Me estaba imaginando lo bien que podrías dormir tú solito en el sofá —contraataqué.

—Es mi cama —argumentó y no pude decir nada porque en realidad tenía razón—. Aprovecha. Te doy permiso para que me metas mano.

Me tapé la cara con las manos porque al final había conseguido que me diese vergüenza y él solo se reía más.

Me pasó un brazo por encima de los hombros y me estrujó contra él.

Dejé que me abrazase y noté cómo su pecho se agitaba bajo mi mejilla por la risa.

CAPÍTULO 21

Vega

El sol entraba por la ventana iluminando por completo la habitación, lo que me provocó abrir los ojos lentamente mientras me iba despierezando. Mi habitación era luminosa pero no tanto como aquello.

Cuando me desperté me di cuenta de que había un pequeño detalle que no me imaginaba: algo me estaba aplastando el brazo. Y esa no era mi habitación.

De un pequeño salto me incorporé y me quedé sentada en la cama. Entonces vi a Mino a mis pies moviendo la cola y ladrándome por haberle quitado su almohada, o mejor dicho, mi brazo izquierdo. Le acaricié la cabeza con mimo y se puso a dar saltitos por toda la cama deshecha. Una cabeza se asomó a la puerta de la habitación al escucharnos hacer ruido y apareció un Enzo sonriente y despeinado.

—Buenos días, bella —me saludó—. Hay café y tostadas.

Al escuchar la palabra tostadas me di cuenta de que tenía más hambre de la que creía y solté al perro en el suelo a la vez que me levantaba yo también de la cama.

—Voy primero al baño —le informé y Enzo asintió.

Con dos zancadas lo esquivé para meterme al baño. No me acordaba que iba vestida con una camiseta y unos de sus pantalones de deporte que me había dado la noche anterior para que durmiese más cómoda y así poner mi ropa en la secadora.

Me vinieron flashbacks de la noche anterior, cuando terminó accediendo a terminar de ver la película y después se puso a cocinar algo de cena.

También cómo silbó burlándose de mí cuando me puse su ropa y vio que casi desaparecí dentro de ella.

En un movimiento casi inconsciente me llevé la manga de su camiseta a la nariz y me di cuenta que no solo era el pijama lo que olía a él, sino que yo también lo hacía. Acabé vistiéndome rápido cuando mi estómago rugió, recordándome que Enzo me esperaba afuera con el desayuno en la mesa.

—Siéntate —me dijo al verme salir, sirviéndome el café en una taza.

—Desayuno rápido y me voy. Gracias por dejar que me quedase aquí.

Enzo me pasó el plato de las tostadas y cogí una. Le di un mordisco y bebí un trago de la taza.

—Yo te llevo —se ofreció—, así te acompaño un rato más antes de que te vayas.

Levanté las cejas y le sonreí masticando la tostada a la vez que él se levantó para dejar su plato en el fregadero cuando terminó su desayuno.

—¡Vaya! —me burlé—. Espero que no me eches mucho de menos.

Se giró para mirarme por encima del hombro y no me esperé lo que iba a decir hasta que las palabras salieron atropelladamente de su boca.

Como si ni siquiera se hubiese parado a pensarlas.

—Lo intentaré —contestó haciendo que casi me atragantase.

Me pasé la tostada y él se perdió por el pasillo para arreglarse y me dejó las llaves para que cerrase la puerta. Él se adelantó y yo aproveché para peinarme bien y despedirme del cachorro,

que correteaba a mis pies cuando salí del piso. Tras cerrar el portal de la calle miré hacia ambos lados en busca de Enzo y me resultó extraño que la moto estuviese aparcada en el mismo sitio que la dejamos el día anterior. Un claxon hizo que diese un salto y me agarrase más fuerte a mi mochila.

—¿Vamos? —preguntó asomándose por la ventana de una furgoneta pequeña.

—¿De dónde la has sacado?

Tenía sentido que no hubiese optado por la moto, teniendo en cuenta que el clima no había mejorado demasiado desde la noche anterior y el suelo seguía todavía bastante mojado y lleno de charcos.

—Es de la tienda. —Se inclinó hacia la puerta del copiloto y la abrió—. Bienvenida a su limusina, princesa.

No dijimos mucho más durante el camino hasta la residencia ni cuando emprendió el rumbo al aeropuerto, así que aproveché el sonido bajito de la música y la tranquilidad para sacar mi bloc de la mochila y ponerme a dibujar un rato.

Llevaba algún tiempo sin dibujar algo que no fueran diseños, y cientos de bocetos de vestidos y otras prendas llenaban las páginas que hasta hacía poco habían estado en blanco. Enzo de vez en cuando me miraba, pero me gustaba ver cómo conducía en silencio y que, como a mí, a él tampoco le molestaba el silencio de vez en cuando.

En el momento que anunciaron mi vuelo por megafonía Enzo me rodeó con los brazos abrazándome fuerte y yo lo correspondí encantada.

—Buen viaje, bella —susurró con un abrazo que acabó con un beso en el pelo—. Espero que me echés de menos.

—Lo intentaré —susurré yo también usando sus mismas palabras.

CAPÍTULO 22

Enzo

Siempre he creído mucho en el destino.

Que todo está escrito, que todo pasa por algo.

Sin embargo, a veces somos ciegos o tan estúpidos, que no queremos ver lo que nos grita.

Y terminamos aferrándonos a algo que simplemente no es y nunca fue para nosotros.

Mi destino siempre fue ella, y yo no me daba cuenta.

CAPÍTULO 23

Enzo

Me sentí raro al verla marcharse, aun sabiendo que volvería más pronto que tarde.

Incluso me imaginé a mí mismo corriendo tras ella para darle un último abrazo antes de que se subiera a ese avión.

Me había acostumbrado tanto a su presencia estos dos meses que volver a estar solo me aterraba.

Esa era la única verdad.

Y que aunque le había dicho que no me echara mucho de menos riéndome, en el fondo sabía que iba a ser yo el que la echase de menos a ella.

Cuando Vega desapareció por el pasillo del aeropuerto me di la vuelta y empecé a caminar hasta la salida. Mi teléfono empezó a vibrar en el bolsillo de mis pantalones y contesté rápido al ver el nombre de Mario en la pantalla.

—¿Puedes venir a la tienda? —preguntó en cuanto descolgué.

Me pareció raro que Mario me pidiese eso en mi día libre, supuestamente porque tenía que comentarme un asunto importante, así que le dije que llegaba en un rato y que me esperase allí.

Me guardé de nuevo el móvil al llegar a la furgoneta y al subirme noté una hoja de papel doblada con mi nombre escrito en uno de los lados.

Lo que menos me hubiese imaginado era que eso que ella había estado dibujando concentrada iba a ser yo.

La nota era un dibujo mío conduciendo.

Parecía casi irreal la manera en la que ella había captado toda mi esencia en ese dibujo.

Mi mirada al frente, concentrado en la carretera.

La postura de mis manos, una colocada en el volante y la otra apoyada sobre mi cabeza.

Le había repetido hasta la saciedad que se iba a comer el mundo, porque Vega tenía talento. Demasiado.

Pero ella no se daba cuenta del poder que tenía.

No veía lo especial que era.

Nunca está de más verse a uno mismo desde la perspectiva de los demás. Eres increíble, no lo olvides. Feliz Navidad.

Vega

Leer ese mensaje en el dibujo me produjo una sensación que me calentó el pecho y dibujó en mi cara una sonrisa que permaneció en mi cara por el resto del día.

Esa mujer iba a terminar matándome.



Conduje en silencio el camino de vuelta al centro de la ciudad y entré en la tienda agitando las llaves de la furgoneta en mi mano. Me fijé que Mario estaba en el mostrador y por la cara que

tenía, supuse que estaba bastante estresado. Podía llegar a entenderlo porque estaba asimilando que en aproximadamente un mes iba a convertirse en padre y sabía que Mario era de los que siempre querían tenerlo todo bajo control. No se dio cuenta de que yo estaba allí hasta que llegué a su lado.

—Aquí las tienes, jefe

Le dejé las llaves sobre la libreta en la que estaba apuntando y él levantó entonces la cabeza para mirarme.

—Pensaba que me ibas a dejar plantado.

—¿Cuándo te he dejado yo plantado? —repuse indignado.

Mario salió del mostrador y se puso a mi lado. Se pasó una mano por la cara y suspiró. No me hizo falta ser demasiado listo para llegar a la conclusión de que lo que fuera que me iba a decir no iba a ser, ni por asomo, idea suya.

—Mañana es Nochebuena —empezó a decir y yo asentí. Sabía qué día era no hacía falta que me lo dijese él—, y Chiara y yo queremos que te quedes con nosotros a cenar.

Ahí estaba mi respuesta.

Chiara creía que debía protegerme como si todavía fuese el niño que jugaba con ellos en la calle. No quería que sintiesen lástima por mí y tampoco es que me importase demasiado pasar Navidad solo, ya que tampoco era una festividad que me gustaba demasiado.

—Ni de coña —expuse tajante y, en el momento que lo hice, ella salía de la trastienda con una bolsa y resoplando.

Me fijé en que su barriga parecía más grande de lo que era hacía dos días y al ver mi sonrisa Mario me dio una mirada de advertencia, pero ignorándola saludé a su mujer con una de las burlas a las que ella ya estaba más que acostumbrada.

—¡Chiara! Estás muy... embarazada.

Ella dejó la bolsa sobre el mostrador y me dedicó una mirada envenenada antes de acercarse hasta donde nosotros estábamos y apoyarse en su marido. Mario le dio una caricia suave y le frotó los hombros.

—Eres muy observador Enzo, si no me lo dices no me entero.

—Quédate a cenar con nosotros —insistió Mario ante el codazo que le dio su mujer.

Adoraba a mis amigos como si fueran mi familia pero tampoco quería estar siempre en medio. Ellos eran una pareja y estaban a punto de convertirse en padres, no quería estorbar en lo que podrían ser uno de los últimos pocos momentos de intimidad que les quedaban juntos.

—No es discutible, Mario.

—¿Y la chica? —nos interrumpió Chiara.

—En su casa. Ha vuelto a Madrid por Navidad —le expliqué.

Ella asintió y la conocía demasiado bien como para saber que no iba a ser la única pregunta que iba a hacerme. Chiara tenía una pequeña obsesión con intentar emparejarme con alguien, y en esos momentos Vega era la opción que al parecer le parecía más viable.

—Y vosotros... —Me miró conteniendo una sonrisa.

—Es solo una amiga.

—No me lo creo —saltó de repente, como si ella llegase a saber algo que nosotros no.

—Chiara... —la reprendió Mario.

Le hice un gesto para que no le diese importancia y empecé a reírme. No necesitaba una novia en aquel momento.

—Una muy buena amiga.

A ella no pareció hacerle mucha gracia mi respuesta.

—Una pena —añadió antes de darse la vuelta y empezar a caminar de nuevo hasta la trastienda pero antes de entrar se volvió una vez más en mi dirección—. Nos vemos mañana.

Me pasé una mano por la cara sin poder aguantarme la risa. El carácter de Chiara se había vuelto más fuerte por las hormonas y a mí me resultaba gracioso ver la cara de Mario al intentar calmarla cuando yo la picaba.

Me despedí de mi amigo y antes de salir de la tienda di otro pequeño grito para que ella me escuchase desde dentro de la trastienda:

—¡No voy a venir mañana!

—¡Sí, ya veremos! —me gritó como respuesta.

CAPÍTULO 24

Vega

Tenía un revuelo dentro que ni yo misma entendía bien. Estaba emocionada por volver a casa, pero el día que me fui nunca me habría llegado a imaginar que me invadirían un millón de sentimientos encontrados al tener que volver.

La alegría de saber que tenía otra casa en Milán.

La nostalgia de saber que iba a echar de menos a Enzo.

Arrastré la maleta por la salida del aeropuerto y escuché que mi madre daba un grito al verme.

—¡Mi nena! —exclamó abalanzándose sobre mí y llenándome la cara de besos.

Sus brazos se anclaron a mí y me estrujó contra ella hasta el punto que me dolían los brazos, pero no me pude quejar porque había echado de menos sus abrazos. Mi abuela se acercó a nosotras y apartó a mi madre con disimulo para pasar a ser ella la que me abrazase y me acariciase la espalda suavemente. Me hizo apartarme para verme bien y me dio un apretón en los cachetes como hacía cuando era más pequeña.

Mi maleta prácticamente desapareció y me di cuenta de que mi padre se había encargado de llevarla al ver que mi abuela y mi madre no tenían mucha intención de soltarme pronto. Cada una ancló un brazo en cada uno de los míos y me llevaron así hasta llegar al coche.

Dejé que ellas subieran primero y fui en busca de mi padre, que abría el maletero para meter dentro mi equipaje. Me sonrió al verme a su lado y me abalancé hacia él para que me abrazara y él me dio un beso en la cabeza.

—Me gusta mucho verte feliz —murmuró todavía sin soltarme—. ¿Cómo te sientes?

Le sonreí antes de volver a abrazarlo más fuerte. Lo había echado mucho de menos.

—Mejor que nunca, papá.

Al subir al coche mi abuela se acomodó junto a mí en los asientos traseros mientras papá acababa de cerrar el maletero y mamá rebuscaba entre los viejos discos de música para la radio.

Vislumbré entre ellas carátulas de discos de música ochentera y noventera me habían acompañado desde que era muy pequeña, y de repente me entraron ganas de llorar un poco cuando mamá me dio una última mirada y la música llenó el interior del coche.

Me gustó comprobar que todo estaba como lo dejé. En casa de la abuela seguía oliendo a café recién hecho. No me di cuenta de lo que me gustaba eso hasta que no pude sentir el aroma por más de dos meses.

Pero, a pesar de saber que los había echado mucho de menos a ellos, a Lara y a las canciones noventeras que a papá le encantaban, me di cuenta que había estado mucho tiempo negándome a ser feliz. Y decidí que eso no iba a volver a pasar.

Un rato después, esperaba a mi amiga a unas calles de su piso cuando el sonido de un mensaje me hizo sacar el móvil del bolsillo de mi abrigo marrón.

Te acabas de ir y ya me están haciendo una encerrona

Creo que ya te echo de menos

Negué con la cabeza al leer el mensaje de Enzo. Solo me dio tiempo a contestarle con unos

emojis de risa antes de que alguien me abordase por detrás casi tirándome al suelo.

—¿A quién le sonríes así y por qué esa persona no soy yo? —gritó Lara abrazándome.

Mi amiga me abrazó casi más fuerte de lo que lo habían hecho ya mi madre y mi abuela.

—Yo también te he echado de menos —expresé de manera sincera cuando nos separamos—.

Aunque a tus gritos no tanto.

Casi me había dejado sorda al gritarme en el oído, pero ella se encogió de hombros alegando que me había echado mucho de menos antes de abrazarme otra vez.

—Cuéntamelo todo. Y cuando digo todo es todo, sin omitir detalles —insistió levantando las cejas descaradamente.

Sabía por qué lo decía.

—Venga, te invito a un café.

Ella negó con la cabeza y se enganchó a mi brazo echándonos a andar.

—Qué café ni qué café —replicó—. Yo quiero una cerveza.

Accedí a su plan para acabar dos horas después en uno de los bares de La Latina que solíamos frecuentar siempre que salíamos. Lara no paraba de hacerme preguntas sobre Milán y de vez en cuando soltaba una que otra indirecta sobre mi nuevo amigo. Estaba segura de que iba a ser una gran abogada algún día, porque según mis cálculos me había sacado mucha más información de la que en un principio pensaba contarle.

También puede que fuese un poco de culpa de la jarra de cerveza infinita que tenía delante.

—¿Y te quedaste? —preguntó mi amiga con una emoción poco disimulada.

El incidente de la lluvia había sido una de las cosas más de película, dicho por ella, que pudiese haberme pasado. Yo solo lo recordaba como una noche sin más con un amigo, y daba gracias por no haber pillado un resfriado al mojarme de esa manera. Asentí con la cabeza a su pregunta mientras daba otro trago a la jarra de cerveza. Lara soltó la suya en la mesa y se pegó más a mí.

—¿En la misma cama? —insistió. Me podía imaginar lo que su mente retorcida ya se estaba imaginando. Asentí con la cabeza—. ¿Y no pasó nada de nada?

Negué divertida. No sabía por qué eso le causaba tanta curiosidad. Le había dicho de mil maneras que Enzo y yo solo éramos amigos pero ella se había empezado a montar películas en la cabeza.

—Pues vaya mierda —soltó haciendo que casi me atragantase con la cerveza.

Resoplé y le coloqué un brazo encima de los hombros.

—Te lo he dicho, es solo un amigo. Ven, vamos a mandarle una foto —añadí sacando el móvil.

A Lara pareció olvidársele su enfado momentáneo en el momento que sus oídos registraron la palabra foto para posar conmigo a la cámara.

Con una sonrisa tonta miré la foto que nos acabábamos de hacer. Lara salía sacando la lengua mientras que yo solo sonreía con la cerveza en la mano.

Sin pensarlo mucho más le di al botón de enviar y lo volví a meter en el bolso.

CAPÍTULO 25

Enzo

Salí de la tienda después de que Chiara casi me echara y empecé a andar calle abajo hasta la plaza. Me acabé haciendo a la idea de que iba a tener que ir a cenar con Mario y Chiara en Nochebuena, así que hice de tripas corazón y decidí comprar un buen vino para nosotros y unos bombones para la embarazada, no fuera a ser que acabase arrepintiéndose de invitarme a su casa y me dejase sin cenar.

La calle estaba llena de gente haciendo las últimas compras navideñas y ultimando detalles para la noche del día siguiente. El móvil llevaba un par de días sonándome sin parar. Incluso llegué a pensar en apagarlo, pero no quería perder la comunicación con Vega ahora que no estaba en la ciudad.

No merecía la pena hacerlo solo por eso.

El sonido de las llaves al abrir la puerta de casa hizo que Mino diese una carrera hasta mis pies. Lo esquivé hasta la cocina para dejar las bolsas por allí y luego me agaché hasta él para acariciarle la cabeza. Se fue feliz después de que lo hiciese y aproveché para guardar la compra en el armario y meter el vino y los bombones en la nevera.

Me habían sonado un par de mensajes más no hacía mucho tiempo y aunque una parte de mí se resistía a mirarlos, la otra me decía que eran de Vega y acababa empujándome a querer leerlos.

Me senté en el sofá y Mino se unió a mí de un salto. Le acaricié hasta que se tranquilizó un poco y a la vez sacaba el teléfono del bolsillo. El corazón me latía más deprisa al leer uno de los últimos mensajes que me acababan de llegar, porque precisamente esos, no eran de Vega.

Acabé cayendo y entré al chat. Tenía más mensajes sin leer de los que me había imaginado, porque había estado borrando cada notificación en el momento que me habían ido llegando, pero al final había sido inevitable. Perdí la cuenta del tiempo que estuve simplemente sentado mirando ese último mensaje.

Tampoco sabía cómo sentirme al respecto, ni cómo calmar el dolor que se me había instalado en el pecho y que según yo hacía tiempo que estaba olvidado.

La intención de apagar el móvil y esconderme del mundo se hizo más grande en cada mensaje que leía pero el siguiente que me llegó evitó que lo hiciera.

Una foto.

Una foto de Vega.

No pensé, simplemente actué con un impulso y en milésimas de segundo el teléfono estaba marcando su número.

—Bella —saludé en cuanto descolgó.

De fondo se escuchaban risas y la voz de otra mujer que suponía que era su amiga de la foto. No sabía si mi llamada la iba a molestar por interrumpir el tiempo con su amiga, pero su voz animada me quitó cualquier tipo de duda.

—¡Hola, italiano!

—Iba a preguntarte cómo te lo estabas pasando pero por lo que escucho veo que muy bien.

Creo que verla feliz era una de las cosas más bonitas que me habían pasado en la vida, porque había acabado descubriendo que me gustaba sorprenderla o hacer un plan que sabía que le iba a encantar solo por ver cómo le brillaban los ojos cuando sonreía.

—Espera —dijo para mí y escuché cómo murmuraba para su amiga que salía un momento porque no escuchaba bien la llamada con la música.

El jaleo paró de repente. La música solo se escuchaba de fondo y bastante lejana e imaginé que ya estaba en la calle. Inconscientemente mi mente viajó al día que salimos juntos a un lugar parecido y a la manera en la agitaba los brazos para bailar.

Sentí un remolino en la boca del estómago cuando nos recordé bailando pegados y su risa al no esperarse mi gesto.

Pero el remolino se volvió una punzada de algo cuando su olor a vainilla cambió a un perfume caro y los ojos de la mujer que veía ya no eran de un color marrón brillante sino de un azul vacío.

Mi mente repitió la escena una y otra vez.

«Ya no te quiero».

Cuatro palabras que me habían destrozado por dentro y por fuera.

Mino ladró y entonces escuché de nuevo su voz llamándome, haciéndome salir de mis pensamientos.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Vega, supuse que creyendo que la llamada se había cortado o algo por el estilo.

—No, perdón —admití sincero—. ¿Qué me estabas diciendo?

—Que aunque encanta estar aquí otra vez, una parte de mí echa mucho de menos Milán.

¿Echaría de menos solo Milán o también me echaría de menos a mí? Porque yo la echaba de menos a ella y, aunque era un pensamiento un poco egoísta, en el fondo deseaba que a ella le pasase lo mismo.

Un sabor amargo me subió por la garganta al recordar el mensaje de Marina. Hice una pausa y me pasé la mano por la cara.

—¿Qué te pasa?

—Estoy más aburrido que de costumbre ahora que no tengo a nadie que me obligue a ver películas moñas.

Escuché su risa y me hizo sonreír un poco a mí también.

—Hablo en serio, Enzo. ¿Pasa algo?

No iba a engañarla. Había aprendido que las mentiras solo traen cosas malas con ellas. Vega se merecía mi verdad.

Ante lo que fuese.

Siempre.

—Marina está en Milán —susurré.

No la tenía frente a frente pero sentí la tensión de ella en ese momento. La misma tensión que sentí en sus hombros el día que me escuchó. Vega se limitó a suspirar sin decir ni una palabra. Ella me conocía. Me daba mi tiempo.

—Quiere verme —añadí.

Vega rompió su silencio por primera vez desde que cambió el tema de nuestra conversación.

—¿Y tú? ¿Qué quieres tú?

La pregunta resonó por un momento en mi cabeza. Mino saltó del sofá dejándome solo.

¿Qué quería yo? Que me dejase en paz. Que se olvidase de mí de una vez. Hubiese querido que la persona por la que lo aposté todo no me hubiese puesto los cuernos.

Me pasé una mano por el pelo, como si ese simple movimiento fuera a aclararme las ideas.

—Ojalá tú estuvieses aquí. —Suspiré sonoramente intentando quitarme un peso de encima—. Querría poder estar ahora mismo contigo viendo estrellas o hasta viendo esas películas de las que siempre me quejo. O simplemente hablando de tonterías. Porque cuando estoy contigo...

Me interrumpí a mí mismo al darme cuenta de la magnitud que tenían las palabras que habían estado a punto de salirme de la boca. Al pensar en la importancia que podrían tener también para ella.

—¿Qué? —preguntó con la voz temblorosa.

La verdad.

Siempre la verdad.

—Ya no duele. Cuando estoy contigo ya no me duele.

CAPÍTULO 26

Vega

No tenía un plan fijo para la Nochebuena de ese año, pero empezarla con resaca no era para nada uno de mis planes favoritos.

Al final las cervezas se nos acabaron yendo de las manos y terminamos llegando a mi casa casi a las seis de la mañana después de que Lara argumentase que llevábamos mucho tiempo sin vernos para convencerme de quedarnos. Habíamos hablado antes del poder de convicción de Lara, ¿no? Pues le había funcionado de maravilla.

Me dolía la cabeza, y el constante runrún de las palabras de Enzo repitiéndose en mi mente no estaba siendo de ayuda precisamente. Puse una mueca al oír que mi madre se había levantado contenta e inspirada cuando el sonido a todo volumen de la música salió de la cocina. Llevaba allí metida desde antes de las nueve de la mañana, porque según ella necesitaba dejar todo listo para esa noche.

Mi padre había intentado meterse en la cocina a ayudarla, pero a los cinco minutos me lo encontré yendo a sentarse a su sillón con cara de pena al haber sido desterrado. Desde su sitio nos echaba vistazos de vez en cuando a Lara y a mí que estábamos acurrucadas en el sofá.

—Aaaay —se quejó mi amiga dejando caer la cabeza en mi hombro derecho.

—¿No has tenido suficiente con dormir encima de mí toda la noche? —me quejé.

Me había despertado con la mitad del cuerpo dormido porque a Lara le había parecido una idea cojonuda dormir con medio cuerpo encima del mío. Ella me dio una mirada envenenada y levantó la cabeza. Agarró la botella de agua y bebió un sorbo antes de volver a mirarme y sonreír. Aunque la sonrisa no le duró mucho ya que enseguida volvió a recostarse sobre mí. No me quejé más porque sabía que igual iba a hacer lo que quisiese.

—No vuelvo a beber nunca más. Nunca. Nunca.

Mi padre levantó la mirada de su libro y negó con la cabeza divertido. Se lo estaba pasando de miedo viéndonos agonizar.

—Sí claro. Mañana me lo cuentas —repliqué.

—Que sí, de verdad. Esta vez es en serio.

Enfatizó sus palabras al separarse de mí y se puso una mano en el corazón a modo de juramento.

—Tengo que ir a recoger a mis padres y siento que voy a potar en el taxi —añadió.

—¿A qué hora tienes que ir por ellos? —le pregunté.

Lara se sacó el móvil del bolsillo tranquilamente pero al comprobar la hora dio un salto del sofá dejándome al borde del infarto.

—¡Mierda! Tendría que haber estado allí hace diez minutos.

Y como si la hubiese oído, una llamada entrante de su madre iluminó la pantalla del móvil. Se calzó los zapatos en un parpadeo para después agarrar su bolso y su chaqueta de golpe y se fue corriendo hasta la puerta, por la que salió disparada.

Se le había quitado hasta la resaca.

No era para menos, a sus padres no les iba a hacer mucha gracia tener que esperar un buen

rato en Atocha después del viaje en tren desde Málaga.

Me acerqué a mi padre sigilosamente, que estaba muy concentrado en su libro nuevo. Me causaba curiosidad lo que estaría leyendo porque nunca lo había visto tan motivado en algo. Tanto que ni me vio acercarme hasta que me senté en la hombrera del sillón.

—¿Qué lees?

Se quitó las gafas para mirarme y colocó el marcapáginas para cerrarlo antes de enseñarme su libro. Era un manual de italiano. Sonreí cuando lo escuché hablarme en el idioma como mejor pudo.

—*Estoy aprendiendo a hablar italiano.*

Yo lo miré y le levanté los pulgares dándole mi aprobación, pero lo cierto es que no tenía ni idea de lo que había querido decir. El pobre parecía que estaba hablando chino en vez de italiano. Me dejó el libro para ojear las páginas y me miraba orgulloso, parecía un niño pequeño ilusionado. Se lo devolví y él lo dejó en la mesa a su lado.

—¿Y eso? ¿Cómo es que te ha dado por aprender italiano?

—Me ha dado un «flus» de esos, como tú dices —me explicó—. Además tengo que saber comunicarme por si algún día vamos a verte.

Ir a verme. Con el miedo que le daban los aviones. No me cabía la menor duda de que mi padre era el mejor del mundo.

No sabía si al final acabaría yendo o no pero le di un apretón que sé que lo hizo feliz. Mi móvil sonó y volví a sentarme en el sofá a la vez que mi padre retomaba su lectura. Me fijé en que el número que me había enviado el mensaje tenía el prefijo de Italia y al abrir el mensaje vi que era Chiara, la amiga de Enzo con la que había hablado un par de veces en su tienda.

Me había enviado una foto en la que se veía a Enzo de espaldas, ayudando a Mario a colocar algo en el salón de una casa.

Acompañó la foto con un mensaje:

Este cabezota no va a cenar solo, tranquila

Lo hemos convencido

O puede que obligado un poco, pero no va a cenar solo que es lo que importa

Feliz Navidad

CAPÍTULO 27

Vega

No podía evitar pensar en él.

Me había acostumbrado a compartir una parte muy importante de mi vida con Enzo, y eso me había hecho echarlo de menos los días que llevaba de vuelta en casa. Me llegaban mensajes suyos todo el tiempo y estuve pegada al teléfono como si volviese a tener quince años, esperando cada uno de ellos como si al no recibirlos me faltase algo.

Me había dado cuenta de que mi cuerpo estaba aquí, en Madrid, pero mi mente seguía en Milán, en su casa.

Con él.

Esa misma tarde me había mandado mensajes deseándome un feliz año nuevo aunque todavía quedasen unas horas para que diesen las doce.

¿Feliz año?

Son las cinco de la tarde, Enzo

Ya, es que quería ser el primero en desearte un feliz año nuevo

No me gustaba la Navidad, a diferencia de mi madre que le encantaba. De ahí la razón por la que todos llevábamos gorros de Papá Noel en la cena de Nochevieja. Todos menos la abuela claro, que se había encargado de recordarle a su hija que esa moda era bastante old-fashioned. A saber quién le había enseñado esa palabra, pero papá y yo nos echamos unas risas con la cara que se le quedó a mi madre cuando la escuchó decir aquello.

Las fiestas de Navidad no eran mi fuerte, no desde que murió mi abuelo y nos tocaba celebrarlas a los cuatro solos. Su ausencia era constante en nuestras vidas, pero era en esas fechas cuando su asiento vacío se hacía notar mucho más de lo que ya lo hacía normalmente.

Por eso mi cabeza no paraba de recordarme que esa noche Enzo la pasaría solo y se me encogía un poco el corazón. Chiara me había dicho que esta vez no habían sido capaz de convencerlo para cenar todos juntos y que habían decidido darle su espacio. Me mataba la idea de que estuviese solo. No me gustaba que lo estuviese.

La hora de las campanadas llegó pronto, y de nuevo me vi con la boca atascada en uvas mientras mis padres y mi abuela me envolvían en sus brazos y me deseaban un feliz año.

Un deseo por cada uva y ese año no supe qué pedir porque sentía que lo tenía todo.

Papá llamó a mis tíos para desearles feliz año y yo me separé de ellos porque quise llamar a Enzo para hacer lo mismo, pero mi sorpresa fue que él ya me estaba llamando a mí.

Salí del salón donde dejé a mi familia hablando por teléfono mientras de fondo estaba puesta la gala de Nochevieja que emiten todos los años en televisión. Me metí en la cocina cerrando la puerta detrás de mí y descolgué la llamada.

—Feliz año nuevo, bella —fue lo primero que dijo en cuanto respondí.

—Feliz año, italiano —susurré.

No se escuchaba nada en la llamada, solo su voz. Ni siquiera el sonido de la televisión, mientras que en mi casa se oían las risas de mi familia y los villancicos que sonaban en el

programa de la tele.

—¿Qué estás haciendo?

Giré la cabeza para ver cómo mi abuela seguía empeñada en negarse a ponerse el gorro de Navidad ante las palabras de mi divertida madre.

—Escuchar a mi abuela y a mi madre discutir sobre cuán pasados de moda están los gorros de navidad.

Y entonces se escuchó cómo mi abuela le decía a mi madre, un poco bastante más alto de lo normal, que no tenía ni idea de moda. Lo escuché reír a carcajadas al otro lado de la línea.

—Creo que tu abuela me caería bien.

—Probablemente tú le cayeras todavía mejor a ella —contesté sin pensar.

No sabía bien por qué había dicho eso, pero de pronto la idea de Enzo en nuestra cena de Navidad no me sonaba del todo mal.

Él no dijo nada más y yo carraspeé un poco incómoda, pensando que quizás lo había descolocado mi comentario.

—¿Y tú? —rompí entonces el silencio.

Se escuchó de fondo el jugueteo de Mino y supuse que se le habría subido encima para que Enzo le hiciese caricias como el cachorro hacía conmigo siempre que me veía.

—Estoy en la terraza, mirando el cielo.

No era la respuesta que me hubiese podido imaginar, pero era lógico que entonces no se escuchase mucho ruido además de él.

—¿El cielo? ¿Por qué? —pregunté porque de verdad tenía curiosidad por saber qué se le estaba pasando por la cabeza.

—Porque me recuerda a ti. Las estrellas me recuerdan a ti.

Me quedé callada.

Incluso el ruido que venía de mi salón quedó bloqueado porque solo era capaz de escuchar los frenéticos latidos de mi corazón en los oídos.

¿De verdad me acababa de decir eso? ¿A mí?

Abrí la boca con intención de decir algo, pero las palabras simplemente no salían. Empecé a boquear como un pez y me pareció mejor idea callarme que empezar a tartamudear como una idiota. Enzo interrumpió el silencio que se había creado entre nosotros.

—Te dejo dormir, bella —murmuró a modo de despedida.

—Enzo —lo llamé por última vez antes de que colgara.

—Dime.

Me invadieron las ganas de decirle que yo también me había estado acordando de él toda la cena.

Que de manera irónica también lo había imaginado aquí conmigo.

Quise decirle que tenía razón y que al final sí lo estaba echando de menos, pero mis palabras cambiaron en el momento que salieron de mi boca.

—Solo quería volver a desearte un feliz año nuevo.

Casi lo vi sonreír al otro lado.

—Feliz año otra vez, Vega.

Y cuando el sonido del salón volvió a mis oídos, me di cuenta de que ya había colgado.

CAPÍTULO 28

Enzo

Habían pasado casi cinco días desde Nochevieja y no veía el momento en que Vega volviese. Chiara y Mario habían venido a mi casa el día de Año Nuevo para almorzar juntos y había estado bien, pero me hacía falta Vega.

«Te echo de menos».

Las palabras se me habían quedado atascadas en la garganta.

Tuve la intención de decírselo en la llamada pero me había acabado conteniendo de hacerlo. Me dio la impresión de que a ella le había pasado algo parecido.

Sabía que no tenía nada de malo en echar de menos a Vega, entonces ¿por qué no había sido capaz de decírselo?

Chiara entró en la tienda cargando con unas cajas mientras Mario corría histérico tras ella. Estaba a días de salir de cuentas pero ella seguía empeñada en ayudar, aunque a mi amigo estuviese a punto de darle un infarto cada vez que ella cargaba peso o hacía un movimiento brusco.

—Amor, ¿te puedes estar quieta, por Dios?

Mario se pasó las manos por la cara, como si ya no supiese qué más hacer para que parase, pero Chiara insistió en que quería dejarlo todo listo para cuando fuese hora de cerrar.

Ahora entendía por qué Mario respiraba tranquilo cada vez que ella se quedaba en casa. Me estaba poniendo nervioso hasta yo al verla correr de un lado para otro.

Me solidaricé y le di una palmadita en la espalda a mi pobre amigo antes de que saliera disparado tras su mujer, otra vez, que había aprovechado mi gesto para volver a meterse a trastear en el almacén. Mario desapareció tras ella y yo me di la vuelta hasta la estantería en la que estaba colocando los productos y cogí la pistola de los precios y seguir etiquetando.

—Hola, Enzo.

Casi se me cayeron las cosas de las manos de la impresión. Un escalofrío me recorrió la columna porque yo conocía muy bien esa voz. Y no podía ser cierto que fuese ella.

No allí.

No en ese momento.

Me levanté lentamente del suelo hasta quedar de pie frente a la estantería, buscando la fuerza de voluntad suficiente para poder girarme y mirarla a la cara, porque sin duda alguna era lo que menos me apetecía hacer en ese momento.

—Enzo —me volvió a llamar.

Negué con la cabeza.

No quería que me hablase.

La quería fuera de la tienda, de Milán y de mi vida.

Sentí su mano sobre mi hombro derecho, instándome a que me girara y lo aparté de manera brusca, más enfadado por momentos. ¿Qué es lo que quería ahora? ¿No se había cansado ya de hacerme daño? Tenía un nudo en el estómago y otro en la garganta, sin embargo, la rabia me ganó y terminé girándome hasta ella. La observé de abajo arriba y me quedé con la mirada fija en

su cara.

Sí que era ella.

Marina estaba allí.

—No vuelvas a tocarme en tu vida.

La voz me tembló más de lo que me hubiese gustado, y no supe bien si había sido por la rabia o por la conmoción del momento. Marina bufó y negó con la cabeza, como si mi respuesta hubiese sido una reacción del todo inmadura.

Como si hubiese sido ella la que había resultado herida después de toda esa mierda.

Como si yo no tuviese motivos para echarle nada en cara.

—Te he llamado varias veces para decirte que estaba en Milán, pero no has respondido ni una sola de mis llamadas —reclamó—. Tampoco al mensaje felicitándote por Navidad.

Tenía que estar escuchando mal. La situación me parecía totalmente surrealista. Ella se cruzó de brazos.

—¿Y por qué te sorprende?

—Pensaba que podíamos vernos y tomar un café, solo es eso. Hablar como adultos civilizados.

La ira que acumulaba dentro de mí se iba desbordando por momentos y se incrementaba viendo la manera tan fría con la que ella me decía las cosas, como si no hubiese pasado nada. No sé si ella pensaba que se me iba a olvidar de la noche a la mañana su engaño y todo lo que ello provocó en mi vida.

—¿Solo es eso? ¿Tú me estás vacilando? —gruñí.

—Enzo, yo solo pienso que podríamos seguir siendo amigos. Después de todo, lo que pasó fue una tontería. No significó nada para mí.

Eso fue la gota que colmó el vaso. Me estaba intentando manipular. De nuevo estaba intentando hacerlo. Solo que esa vez no iba a funcionar porque ya yo había abierto bien los ojos y sabía con quién estaba tratando.

—Me dijiste que ya no me querías, Marina, no fue una puta tontería —escupí con rabia.

Omití el hecho de que tampoco se me iba a olvidar su infidelidad, ni tampoco que me había gritado en mi cara que yo no era suficiente para ella.

No entendía qué buscaba después del tiempo en que no me había valorado.

Se escuchó un golpe en el almacén que hizo que ambos nos girásemos hasta allí. Al momento Mario y Chiara salieron.

—Amor, vas a terminar haciéndote daño y haciéndole daño al bebé —intentaba convencerla con dulzura mientras le acariciaba la tripa.

Chiara volvió la vista hasta nosotros y cuando su mirada se posó en Marina supe que se acababa de desatar la guerra. Llegó a nuestro lado en apenas un par de zancadas y con una intención clara en sus ojos.

—Sal de mi tienda ahora mismo antes de que te saque yo.

La aludida solo la miró y sonrió con superioridad. Mario dio un paso al frente entre Chiara y Marina, sabiendo que su mujer era bastante capaz de cumplir con su amenaza.

—Tranquila, no creo que estés en condiciones de hacer esas escenas —lo dijo refiriéndose al embarazo porque se fijó en su barriga redonda—. Nos vemos, Enzo —añadió mirándome a mí.

Se dio la vuelta y salió de la tienda. Solo entonces pude volver a respirar.

No sabía qué es lo que me había hecho querer de alguna manera a esa mujer, lo único que sabía es que en ese momento ya no quedaba nada de lo que un día pude haber sentido. Porque ella se había encargado de destruirlo todo y celebrar sobre los escombros.

Mario le acariciaba la espalda a su mujer pidiéndole que se tranquilizara y yo me sentí culpable por verla alterada de esa manera. La idea de hacerlos pasar un mal momento de alguna manera me pesaba como nunca. Me acerqué y le di un beso en la cabeza a mi amiga y un apretón en el hombro a Mario.

—Lo siento mucho —susurré apenado.

Y aunque sabía que no había podido controlarlo, sentía que de alguna manera todo terminaba siendo mi culpa.

CAPÍTULO 29

Vega

No lograba entender por qué estaba tan nerviosa. Llevaba queriendo volver a Milán desde que me fui, y aun así los nervios no me habían permitido comer nada antes de salir de casa ni mucho menos en el avión.

Esa vez no me había entretenido tanto de camino porque tenía bastante clara cuál iba a ser mi primera parada. Desconecté los auriculares de mi teléfono y lo guardé en el bolsillo de mis vaqueros antes de llamar al timbre.

—¡Sorpresa! —exclamé en cuanto abrió la puerta.

Enzo me miró con los ojos muy abiertos. Como si no fuera yo quien hubiese esperado encontrar al abrir.

Me dio la sensación de que casi me cierra la puerta en las narices, pero cuando me disponía a decírselo me levantó en volandas, haciendo que mi mochila se me resbalara de las manos y cayera en dándose un golpe seco contra el suelo. Su olor me envolvió por completo y una sensación extraña se apoderó de mí, porque de pronto con él me sentía otra vez en casa.

Me gustó la sensación de ese abrazo y lo atraje hacía mí un poco más, alargando el momento con mis manos rodeándole la espalda y su cara escondida en la curva de mi cuello.

—Al final ha sido verdad que me has echado de menos.

Él levantó la cabeza para mirarme a los ojos y esbozar una enorme sonrisa.

—No te imaginas cuánto.

El peso de sus palabras me dejó anclada al suelo. Enzo se retiró de la puerta e hizo un gesto invitándome a pasar. Yo levanté mi mochila del suelo y lo seguí hasta el salón de su casa donde dejó mi equipaje. Me hizo un gesto para que me sentara, afirmando que ya volvía y se metió en su habitación. Aproveché el momento para sacar de la maleta el paquete en el que envolví su regalo y me lo escondí a la espalda cuando él salió.

—¿Qué escondes? —preguntó enarcando una ceja.

Me había pillado de lleno el listillo. Aun así, yo intenté disimular.

—Nada... —carraspeé—. Nada.

Él soltó una risa dándome a entender que no me creía, pero no insistió más. Yo seguía con las manos detrás de la espalda, de manera que solo le daba la razón aunque no fuese directamente. Se sentó a mi lado en el sofá y me dijo que extendiera las manos y cerrase los ojos.

—Ni de coña.

—¿No te fías de mí? —cuestionó con falsa indignación.

—No mucho.

Enzo negó con la cabeza y se mordió el labio inferior divertido. No pude evitar mirar lo que hacía. De repente me costaba tragar saliva y me imaginé cómo se sentirían esos labios contra los míos.

¿Qué me pasaba?

Me regañé mentalmente a mí misma por pensar siquiera en ello y devolví la mirada a sus ojos. Sorprendentemente él también estaba mirando mis labios provocando que mis pulsaciones se

dispararan. Era diferente desde que había cruzado el umbral de la puerta. Había una sensación diferente entre nosotros, como si hubiese muchas cosas que ninguno de los dos lográbamos entender.

—Cierra los ojos, bella —volvió a pedir dulcemente y esta vez obedecí sin protestar.

Lo escuché trastear con unas bolsas y en un momento colocó algo pequeño sobre la palma de mi mano. Abrí los ojos cuando me dijo que lo hiciese y me encontré con una cajita con un lazo rojo que la adornaba.

—Tu regalo de Navidad —aclaró ante mi cara de duda.

Mi mirada fue desde su cara hasta la cajita. Le quité el lazo lentamente bajo su mirada y la abrí. Me costó horrores no echarme a llorar de lo bonito que era mi regalo. Levanté el collar y observé bien los colores de la piedra pequeña que colgaba en él.

—Es una piedra de luna —explicó—. En cuanto lo vi supe que tenía que ser tuyo. Ese collar lleva tu nombre, Vega.

Me abalancé sobre sus brazos conteniendo las lágrimas. Sin haberme parado a pensarlo. Enzo correspondió a mi abrazo al instante y me dio un pequeño beso en el pelo.

—Que asco te tengo, italiano —repliqué al separarnos.

—¿Gracias?

Su sonrisa contenida me confirmó la gracia que le había hecho lo que acababa de decirle.

—Por tu culpa ahora mi regalo es una mierda.

Saqué la bolsa con el jersey que Lara me había ayudado a escogerle. Enzo levantó las cejas diciéndome sin palabras que había tenido razón cuando me dijo que escondía algo, y empezó a romper el papel con delicadeza. Seguí el movimiento de sus manos mientras lo hacía. Me dio un beso en la mejilla cuando vio el jersey y me dijo que le encantaba. Y debía de ser cierto que le encantaba porque no tardó ni quince segundos en quitarse el que tenía puesto para remplazarlo por el mío.

—¿Un café? —preguntó en cuanto se lo pasó por la cabeza y lo colocó para que quedase bien.

Asentí y lo seguí hasta la cocina. Puso la cafetera en el fuego y volvió a mirarme. Me envolvió en un abrazo y besó mi mejilla. Fue un beso nostálgico. Como todos sus gestos desde que entré en su casa.

Y lo peor es que yo creía saber el porqué de eso, y que tenía nombre y apellidos.

—¿La has visto? —le pregunté directamente.

Él se separó de mí y observé cómo comprobaba que la cafetera se estuviese calentando en el fuego de espaldas a mí.

—Sí —admitió.

Tragué saliva intentando encontrar las palabras adecuadas para decirle después, pero no hizo falta que preguntase, porque Enzo apagó el fuego retirando la cafetera y se giró hasta mí.

—Me he dado cuenta de que ya no la quiero, Vega —confesó en un susurro y levantaba la cabeza hasta mí, encontrándose así con mis ojos—. Ya no.

CAPÍTULO 30

Enzo

Vega se había quedado dormida sobre mí y no pude evitar fijarme en lo guapa que era. El flequillo castaño le caía sobre la frente y tenía las pestañas largas y espesas que resaltaban sus ojos. También tenía un reguero de pecas sobre la nariz y las mejillas que me recordaban mucho a una constelación.

Había hecho bien al decidir llamarla bella, porque ella era preciosa.

Saqué mi brazo de debajo de su cabeza y me incorporé un poco con cuidado de no despertarla. A mi lado, Mino se removió inquieto y lo cogí en brazos antes de que le saltara a Vega encima para que jugase con él.

Me reí, porque así, invadido por estos dos, sentí que era feliz de nuevo después de tanto tiempo.

Al llegar a la cocina lo dejé en el suelo y empezó a corretear alrededor de los muebles. Puse un sartén al fuego para saltear unas verduras y acompañarlas con unos filetes que tenía en la nevera. No es que fuera el mejor cocinando, pero sí me defendía bastante bien, y suponía que ella debía de tener hambre después de haber estado durmiendo toda la tarde. Aparté la cena del fuego y cogí un par de platos para servirla antes de llevarla a la mesa.

Vega seguía dormida. Me acerqué a ella y me senté en el sofá. Mino saltó sobre nosotros.

—Bella durmiente —la llamé—. Levanta, he hecho de cenar.

Le aparté el pelo de la cara y no pude evitar dejar un beso en su frente. Vega abrió los ojos lentamente y acarició a Mino que se le había acoplado encima disimuladamente.

—De italiano sinvergüenza a príncipe azul... ¿sigo soñando? —añadió todavía adormilada.

—Depende de si los príncipes azules hacen esto.

Antes de que se diera cuenta la cargué en hombros levantándola del sofá para llevarla hasta la cocina. Vega se reía y pataleaba intentando bajarse mientras Mino corría tras nosotros y ladraba eufórico viéndola a ella colgada bocabajo.

En décimas de segundo la casa se llenó de ruido.

Nuestras risas se mezclaban con los ladridos del cachorro formando el alboroto y me dije a mí mismo que si la felicidad tuviese un sonido apostarí a que sería bastante parecido a ese.

Aparté una de las sillas de la mesa lo suficiente como para sentar a Vega en ella y después darle un beso en la frente. Todavía tenía los ojos brillantes por estar adormilada cuando me senté a su lado en la mesa y Mino pululaba alrededor de nosotros.

—¿Ya te has despertado? —me burlé pinchando un trozo de filete con el tenedor.

—Capullo.

Vega se llevó su tenedor a la boca y empezó también a comer.

Me contó que su padre se había propuesto aprender italiano de repente porque quería venir a visitarla aunque tuviera pánico a los aviones.

Que su madre y ella tenían una tradición de hacer galletas juntas todos los años.

Y entre risas también sacó su móvil para enseñarme la foto que se habían hecho frente al árbol y en la que todos llevaban el polémico gorro de Navidad menos su abuela.

De un momento a otro, Vega saltó de la silla al darse cuenta de que se nos había ido el tiempo y que debería haber estado en su residencia hacía tres horas. Empezó a recogerlo todo rápidamente y yo me levanté también, quitándole los platos de la mano y poniéndolos en el fregadero.

—No tengas prisa, ya llegas tres horas tarde. Un rato más, un rato menos...

Ella siguió recogiendo algunas cosas para meterlas en la mochila y resopló ante mi comentario irónico, aunque en realidad le había hecho gracia.

Salí de la cocina para seguirla adonde estaba y Vega se acercó hasta mí y me envolvió en un abrazo. Yo anclé mis brazos a su alrededor y la apreté más fuerte para no soltarla ni siquiera cuando ella se quejó de que lo hiciese.

—Gracias por la cena —murmuró separándose de mis brazos—. ¿Nos vemos mañana?

Levanté las cejas con diversión.

—La que dijo que no iba a echarme de menos —le eché en cara y ella sonrió un poco. Se le marcaban los hoyuelos de las mejillas al hacerlo.

—Tampoco es que haya sido la única, que ya nos conocemos.

Vega se inclinó hacia mí y me quitó su chaqueta, que en ese momento fui consciente de que llevaba entre las manos. Me quedé mirando sus movimientos seguros y la tranquilidad que toda ella desprendía cuando estaba conmigo. Supuse que me había quedado demasiado tiempo mirándola sin decir nada porque la oí preguntarme con tono de burla:

—¿Qué?

Que no sabía por qué, pero de repente quería besarla.

Iba a besarla.

Vega se quedó inmóvil cuando di un paso hacia ella acortando la distancia que había entre nosotros.

Tragué saliva.

No estaba pensando, solamente seguía ese impulso que me había poseído la mente y que me gritaba un «hazlo» desde lo más profundo de mi ser.

La miré y ella me devolvía la mirada sin saber qué hacer, pero tampoco se apartaba.

Ella sabía lo que estaba pensando. Sabía que quería besarla.

Sabía que si ella no se apartaba iba a hacerlo.

Me temblaban las manos cuando sujeté su mentón entre mis dedos. Me incliné hacia su boca.

No pude.

Dos segundos más habrían bastado. Dos segundos más y no me habría quedado con la duda de a qué sabía su boca. De si ella me hubiese correspondido.

Desvié mis labios y acabé besando la comisura de los suyos. Sentí cómo Vega soltaba todo el aire.

—Hasta mañana, bella.

Ella solo asintió antes de murmurar bajito su respuesta y desaparecer por el pasillo arrastrando su maleta. Cerré la puerta y me dejé caer en ella.

No sabía en qué estaba pensando.

No sabía por qué había sentido esa profunda necesidad de besarla.

Mino me miraba sentado en el suelo y yo ya me estaba arrepintiendo.

—Debería haberla besado, ¿verdad? —murmuré en voz alta sin dirigirme a nadie.

Sin embargo, el cachorro ladró como si entendiera lo que acababa de decir. Me reí y me agaché para acariciarle la cabeza suavemente.

—Ya, yo también lo creo.

CAPÍTULO 31

Vega

Enzo había estado a punto de besarme. Lo había visto en sus ojos.

En sus gestos.

En la manera en la que su mirada se había desviado a mis labios y cómo me costaba tragar saliva ante la expectación del momento.

¿Cuántas emociones puede contener un beso?

Al mirarlo sentí que el corazón se me iba a salir del pecho. Y en ese momento solo quise besarlo y olvidarme de todo por un momento. Incluso de que era una locura. Que él y yo lo éramos.

Cuando sujetó mi mentón y se acercó hasta mi boca mi corazón pareció saltarse un latido para luego dar uno tan fuerte que dudé si él lograba escucharlo. Pero en el momento clave vaciló y terminó besándome en la comisura de los labios.

¿Me habría apartado yo si se hubiese decidido?

«No».

La respuesta llegó tan rápido que por un momento sentí miedo, porque la verdad es que ni siquiera hubiese dudado en apartarme. Porque ni yo misma sabía cuánto quería ese beso hasta que me lo habían arrebatado de un plumazo.

—¿Te encuentras bien? —escuché preguntar a Sandy y distinguí un deje de preocupación en sus palabras.

Levanté la cabeza para darme cuenta de que a la que le había preguntado era a mí y me sonrojé de la vergüenza cuando vi que todos mis compañeros miraban hacia mí.

«Perfectamente, estaba pensando en cuanto me apetecía besar a Enzo y en que debería haberlo hecho», pensé para mí misma.

Asentí con la cabeza y Sandy se conformó con mi gesto por lo que prosiguió con la clase como si nada hubiese pasado. Necesitaba dejar de pensar tanto y concentrarme en algo, así que saqué mi bloc de dibujo y un par de colores para dar detalles al vestido que había empezado a dibujar por la noche.

Apenas llevaba un par de trazos desconcentrados cuando el móvil vibro en la mesa con un par de mensajes de Enzo.

¿Vamos al cine?

Sí quería ir al cine, y de hecho, él me había estado hablando de un estreno que tenía ganas de ir a ver, pero no sabía qué tan buena idea sería decir que sí teniendo en cuenta lo que casi había pasado la noche anterior. No sabía lo que debía de hacer con ello, si olvidarlo o qué hacer.

A pesar de todo, le contesté al momento que sí.

En seguida me llegó su respuesta en la que ponía que me pasara por la tienda y que cuando cerrase nos iríamos.

Volví mi vista a la clase dejando el móvil de nuevo en la mesa, pero apenas unos minutos después esta se acabó y mis compañeros empezaron a salir del aula. Enzo se había aprendido mis

horarios y casi a diario me hablaba un rato antes de que acabase para hacer planes para después.

No quedaba mucha gente en clase mientras yo recogía y Hannah se despidió de mí antes de salir también. Como siempre, yo era la última en irme porque me distraía guardando los mil trastos que traía. Al levantarme vi cómo Sandy estaba de pie al lado de mi mesa y me miraba con curiosidad.

—¿Puedo hablar contigo? —me preguntó sentándose a mi lado. Yo asentí—. He visto cómo coloreabas algo antes.

Una oleada de vergüenza me invadió y me sentí un poco idiota, porque después de todo lo que había pasado para poder estar allí me había pasado toda la clase pensando en un beso que no me dieron y coloreando en un cuaderno. Tuve la intención de disculparme por ello, sin embargo, ella negó con la cabeza y me hizo una pregunta que me dejó un poco descolocada.

—¿Puedo verlo?

Me pareció un poco rara su petición pero, aun así, metí la mano en mi mochila y saqué de nuevo el bloc que dejé entre sus manos. Sandy fue pasando las páginas hasta dar con el diseño que estaba sin terminar.

—Es muy bonito —admitió admirándolo antes de devolvérmelo—. Todos mis alumnos son muy buenos en lo suyo Vega, pero tú... Tú eres muy única.

Se me comprimió el pecho al escucharla hablar así de mí. No estaba muy acostumbrada a recibir cumplidos de ese tipo más que de Lara o de mi familia, y sinceramente, siempre una parte de mí había pensado que solo lo hacían porque me querían.

Es muy especial que alguien a quien apenas conoces te felicite por tu trabajo, que lo admire y que lo valore.

—He estado considerando una cosa que me gustaría ofrecerte —prosiguió.

Sandy metió la mano en el bolsillo de su blazer y sacó su móvil. Tecleó algo rápido y luego me lo enseñó. Leí cómo en su pantalla se aparecía un letrero que decía «Semana de la Moda de Milán». La miré confundida y ella me devolvió una mirada dulce con una gran pregunta implícita.

Aun así tuve que preguntarle qué significaba eso, porque no me lo terminaba de creer del todo.

—¿Te gustaría ser mi ayudante?

De repente me costaba respirar, pero me las ingenié para asentir con la cabeza

—También podemos aprovechar para incluir ese diseño en la colección —señaló mi cuaderno con el mentón—. Solo si quieres, claro.

¿Que si quería? No pude evitarlo y terminé abrazándola, aunque después de hacerlo me diese vergüenza. Sandy rio.

—Este es solo el comienzo de algo grande —vaticinó.

Cuando salí de la academia y me puse en camino hasta la tienda solo pude pensar en eso.

En la manera tan fácil en la que se me estaban abriendo una a una las puertas que un día yo misma me había cerrado.

Sandy me había dicho que ese era solo el comienzo de algo grande. Pero grande o no, era una oportunidad de cumplir mis sueños.

Y solo por eso ya valía la pena.

CAPÍTULO 32

Enzo

El amor es como aquel amigo inesperado. Viene sin que lo busques, y se va sin que lo echas.

Había vuelto por casualidad.

En el peor momento.

Y la única verdad es que yo estaba tan perdido en la vida, como ya lo estaba en sus ojos.

CAPÍTULO 33

Enzo

Si el día no acababa pronto iba a acabar volviéndome loco.

Chiara estaba un poco insoportable. Bueno. Bastante insoportable. No paraba de moverse de un lado a otro por toda la tienda y me estaba poniendo muy nervioso.

Según Mario había hecho lo mismo en su casa antes de venir y que había leído en Google que lo que le pasaba era que tenía el «Síndrome del nido». Se rio de mí cuando le pregunté qué tenían que ver los pájaros con la pesada de su mujer, y él me explicó que, por lo visto, las mujeres cuando están a poco tiempo de tener al bebé se ponen un poco intensas con el tema de la limpieza. Aunque ella ya era intensa antes de estar embarazada, por lo que tampoco le di mucha importancia.

Casi le di las gracias cuando Vega entró en la tienda saludando a todos. Yo me acerqué a ella y le planté un beso en la mejilla. Llevaba el pelo recogido en una coleta y estaba guapísima. Casi tuve que aguantarme un suspiro pero Mario me interrumpió corriendo tras su mujer.

—Chiara, amor, ¿puedes estarte quieta un poco?

Mario le quitó el trapo con el que había estado frotando la caja registradora. Si yo estaba a punto de volverme loco, él estaba a punto del colapso nervioso.

Sin embargo ella retomó lo que estaba haciendo y se agachó a recoger una caja para colocarla sobre el mostrador. Él ahogó una exclamación.

—¿Ves? No es para tanto —contestó poniendo los ojos en blanco.

Aunque un momento después pude ver cómo se movía raro y fruncía un poco el ceño. Se frotó la tripa un poco enfurruñada.

—¿Te has lastimado? —le preguntó mi amigo.

Ella no dijo nada y yo no pude evitarlo y acabé riéndome bajito ante la mirada envenenada que le lanzó Chiara a su marido, porque me parecía estar viendo en vivo una comedia romántica.

Vega me chistó pero yo no pude evitar dar un pequeño apunte.

—Estoy seguro que aunque se hubiese lastimado tampoco lo admitiría.

Chiara me miró como si quisiera matarme y hubiese jurado que en ese momento me iba a decir hasta de lo que me iba a morir, si no fuera por el pequeño detalle de que se agachó y con un gesto de dolor se puso las manos sobre las rodillas.

—Te iba a decir que te fueras a la mierda, Enzo —murmuró sin soltarse una de las rodillas—, pero creo que mejor nos vamos al hospital —añadió mirando a mi amigo, que se había quedado pálido.

Vega me miraba sin saber qué hacer mientras se ofrecía a ir a buscar el bolso de Chiara al almacén.

Mario, sin embargo, se había quedado en shock y no reaccionaba. Suspiré y le di una colleja. Él me miró descolocado, pero así al menos había recuperado un poco de color y parecía haber reaccionado al fin. No atinó a recoger el bolso que Vega había recuperado del almacén y Chiara resopló.

—Dale otra por mí —replicó mientras le apretaba la mano.

Llegamos al hospital un rato después. Chiara andaba tan tranquila. Solo se paraba a doblarle la mano a su marido cada vez que tenía una contracción, pero fuera de eso, todo normal.

Mario, en cambio, llevaba con arcadas desde que salimos de la tienda. Sin duda una anécdota que quedaría para la historia y que me encargaría de recordar en cada cumpleaños de mi futuro ahijado.

No había pensado que algún día iba a ser tío. Me sentía un privilegiado por poder tener a ese bebé en mi vida y por haberme convertido en tío a pesar de que no tenía hermanos de sangre, porque Chiara y Mario ya eran de mi familia.

Una enfermera se acercó a nosotros y empezó a tomar los datos de Chiara para después llevársela a la sala de parto mientras le daba una bata a Mario, indicándole que se cambiara y lo veían dentro. Él, después de darle un beso corto en los labios a su mujer se giró hasta nosotros, blanco como un papel. Empezó a abanicarse abrumado y me dio la sensación de que se iba a desplomar en el suelo de un momento a otro.

—Mario, ni se te ocurra desmayarte ahora —le advertí riéndome.

Vega me dio un codazo aguantando la risa también. Esperaba que el karma no me cobrara mi burla algún día, porque yo me estaba riendo demasiado de aquella situación.

—No la hagas esperar si quieres seguir casado muchos años más —se burló ella también.

Mario solo asintió y desapareció por el pasillo casi corriendo. Yo aproveché y agarré a Vega de la mano, llevándola a sentarnos en la sala de espera. Estuvimos horas esperando sentados en unas sillas de plástico bastante incómodas, pero ninguno se quejó mientras ella apoyaba su cabeza en mi hombro y yo le acariciaba las manos con un gesto tierno.

—Al final nos hemos quedado sin cine —susurré.

Ella abrió los ojos.

—Que el bebé no se entere que su padrino se quería perder su nacimiento por ir a ver la película nueva de Marvel.

—¡Oye no es mi culpa! Ha escogido un día malísimo para nacer.

Enfermeras y médicos se movían agitados por los pasillos del hospital mientras nosotros esperábamos allí sentados. Vega negó con la cabeza antes de mirarme pensativa.

—Veintidós de enero —susurró—. Es una fecha bonita de cumpleaños.

Me di cuenta de que había llegado a conocerla como la palma de mi mano pero que nunca habíamos hablado de nuestras fechas de cumpleaños. La miré para preguntárselo.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—¿No te sabes mi cumpleaños? Vaya amigo.

Y una sensación extraña me llenó, porque de repente la palabra amigo me había dolido un poco.

Vega esperó a que yo le dijese algo, pero me había quedado pensando, porque cuando ella vio mi mueca y rectificó sus palabras con un «mejor amigo» me di cuenta de que tampoco me gustaba ese término para referirse a nosotros. Y no sabía bien el momento en que eso había cambiado.

—Es el veinticinco de septiembre —dijo—. ¿Y el tuyo?

Solté una carcajada que sonó demasiado fuerte. Varias personas me chistaron y Vega sonrió. Me crucé de brazos simulando estar indignado, pero con ella simplemente no me salía.

—Me haces sentir mal y tú tampoco te sabes el mío. ¿Te parece bonito, bella?

Me interrumpí a mí mismo al ver a Mario salir a nuestro encuentro todavía vestido con la bata azul y los ojos empapados de lágrimas. Me levanté de un salto de la silla y Vega hizo lo mismo a mi lado.

—Felicidades.

Vega lo abrazó y él envolvió sus brazos a su alrededor de manera cariñosa antes de hacer lo mismo conmigo.

—Quién diría que ibas a ser el primero en tener un hijo, si no sabes ni cuidarte a ti mismo —añadí yo dándole unas palmadas en la espalda para felicitarlo.

Mario negó con la cabeza.

—Y encima vamos y te escogemos a ti de padrino. Pobre niño —añadió con un deje de diversión—. ¿Queréis conocerlo?

Vega asintió entusiasmada a mi lado y Mario nos guio por el pasillo hasta la zona de maternidad.

—Mi cumpleaños es el siete de mayo. Espero que me des algo bonito.

Ella sonrió y yo acabé guiñándole un ojo a la vez que entrelazaba nuestras manos de camino a conocer a Dante.

CAPÍTULO 34

Vega

Las estrellas nacen por casualidad, cuando partículas de gas y polvo que flotan en el espacio se terminan juntando gracias a la atracción gravitatoria.

La vida es un poco así.

Una pequeña casualidad que termina originando algo no tan pequeño. Porque de las casualidades a veces surgen cosas tan grandes como lo pueden ser las estrellas.

Y de una casualidad estaba naciendo algo que ni yo misma sabía cómo explicar.

Mis ojos se movieron en su búsqueda para verlo hablar entusiasmado y sonreír, intentando no decir en voz alta la pregunta que en mi mente seguía repitiéndose.

¿Sería él mi estrella?

CAPÍTULO 35

Vega

Después de dos días, Chiara, Mario y Dante seguían en el hospital, y Enzo y yo nos estábamos intentando encargar de todo para poder hacerles su nueva vida un poquito más fácil. Ayudaba a Enzo a prepararlo todo un poco en la tienda antes de irme a la academia y cuando acababa las clases iba a buscarlo por si necesitaba algo a la hora de cerrar. Esa misma mañana, justo antes de entrar a clase, los llamé por teléfono y me dijeron muy felices que esa era la última noche que pasaban en el hospital antes de volver a casa.

Sandy me recibió en la puerta con una sonrisa. La academia estaba vacía porque era sábado, pero habíamos quedado en que nos pondríamos manos a la obra para acabar con la campaña lo antes posible, además de que nosotras mismas nos íbamos a encargar de confeccionar a mano el vestido que yo había diseñado.

Al entrar en la clase dejé mi bolso sobre la mesa y me quedé alucinada al admirar la cantidad de telas y adornos que Sandy había traído. Todo estaba repleto de telas moradas y brillantes, además de muchos broches de color plata iguales a los que yo había dibujado.

—¿Empezamos? —preguntó ella a mi espalda.

Asentí desenrollando una de las telas sobre una tablilla.

No era la primera vez que confeccionaba ropa, y en clase nos habíamos acostumbrado a hacerlo, pero sí era la primera vez que iba a ser para algo tan importante.

Sandy y yo probamos diferentes patrones y texturas de tela hasta que las dos estuvimos de acuerdo en un par de ellas y acabamos seleccionándolas entre todo el montón. Estaba tan emocionada trabajando con ella que ni siquiera me di cuenta cuándo había anochecido.

Solo sabía que me dolía todo el cuerpo de no haber parado de hacer cosas todo el día y aun así, seguía teniendo una sonrisa enorme en la cara.

El diseño estaba más que planteado y cosido en algunas partes y ver cómo algo que había salido de mi imaginación iba convirtiéndose en algo físico me seguía emocionando igual que la primera vez que lo hice.

Ya era de noche cuando salí de la academia después de despedirme de mi profesora y me paré en seco cuando lo vi, apoyado sobre la pared de piedra esperándome.

—¿Y esta sorpresa? —le dije abrazándolo.

Enzo me dio un beso en la mejilla.

—He venido a recogerte y aprovechar para verte un poco. Te tienen explotada —exageró.

Era un exagerado, pero lo seguía queriendo igual. Me acomodé el bolso sobre el hombro a la misma vez que agarró mi mano con la para que empezáramos a andar calle abajo.

—¿Me vas a llevar a la residencia, príncipe azul? —me burlé.

—No. He venido a recogerte para ir a ver las Cuadrántidas.

No sabía lo que eran y él lo notó en mi cara porque en seguida me explicó a qué se refería.

—Las Cuadrántidas son una lluvia de estrellas.

Abrí los ojos emocionada. Sabía que según cada fecha tenían una denominación diferente, por eso cuando Enzo las había llamado por su nombre no había entendido lo que me había querido

decir. Había leído mucho sobre ello pero verlo en persona era definitivamente, otro nivel.

Me fijé en que la mano que no estaba entrelazada con la mía estaba vacía y entonces caí en algo que no me cuadraba.

—¿Y los cascos?

Él solo señaló la furgoneta de la tienda como respuesta.

—¡Vaya! Subimos de caché.

—Lo mejor para la princesa —se burló por haberlo llamado príncipe, haciendo una reverencia abriendo la puerta del copiloto.



Enzo conducía distraído mientras sonaba en la radio un tema que no había escuchado en mi vida. Me estaba acostumbrando a la música italiana cada vez que él me llevaba en coche y tampoco me disgustaba.

Me gustaba mucho todo lo que fuera la música, y descubrir grupos y artistas nuevos era algo que nunca iba a rechazar.

—Con mis padres siempre escuchamos pop y música de los noventa —comenté distraída refiriéndome a la radio.

Enzo agarró su móvil sin dejar de mirar hacia la carretera y me lo puso en la mano.

—A ver, deléiteme con esos «temazos», bella.

Tecleé en la pantalla y la música inundó el interior del coche con esa canción que a mí me sonaba como casa. Mis padres eran muy fans de los grupos españoles y de algunos solistas también. En mi casa no faltaba la música de artistas como Raphael o Alejandro Sanz.

—¿Te gusta esta? —le pregunté dándole volumen.

—Sí, pero no es de tu estilo. ¿no?

Sonreí, dándome cuenta de que ya me conocía mejor que nadie.

—Es de las favoritas de mi madre. Es «superfán» del cantante.

Llegamos cuando los últimos acordes de la canción se dispersaban. Él aparcó en lo que parecía que era una especie de descampado, pero que no tenía nada que ver con los que había en Madrid.

Enzo apagó el motor y me di cuenta de que había oscurecido bastante más el tiempo que habíamos estado de camino. Me puse la cazadora que llevaba en las manos y cuando Enzo salió del coche, yo me tomé un momento para pensar en que era una noche bonita.

Y lo que todavía no sabía era que la recordaría siempre.

CAPÍTULO 36

Enzo

Bajé del coche en cuanto aparqué y abrí una de las puertas traseras sacando una mochila donde llevaba la cámara de fotos, además de un par de bebidas y unos sándwiches que había improvisado por si decidíamos quedarnos más tiempo del que tenía pensado.

Estaba nervioso.

No entendía por qué.

Llevaba nervioso desde que la había recogido. Aunque me había repetido hasta el cansancio que era un plan que habíamos hecho ya mil veces, que solo era un plan de amigos. Me lo había repetido como un mantra desde que arranqué.

—¿Te ayudo? —preguntó Vega asomándose a mi lado.

Se había puesto la cazadora antes de salir del coche. Negué con la cabeza echándome la mochila al hombro y agarrando su mano.

El césped estaba algo mojado del rocío de la noche y saqué una esterilla que abrimos los dos para colocarla en el suelo y sentarnos a esperar que el espectáculo comenzara.

Vega estaba emocionada. Me gustaba verla feliz. Tanto que le brillaban mucho los ojos mientras me contaba todo lo que habían adelantado ella y Sandy ese día.

El pecho se me hinchaba de orgullo al oír la felicidad de la misma chica llena de miedos que había llegado a mi vida algunos meses atrás.

Vega se merecía todo lo bueno, aunque ella no lo creyera así.

—Perdón, no he parado de hablar —se cortó a sí misma.

—¿Por qué me pides perdón?

—Porque parece que me han dado cuerda. Seguro ya te estás aburriendo de escucharme decir tonterías.

¿Cómo podría pensar que me iba a aburrir de ella?

Si en los últimos meses ella había sido la que me daba vida.

—No son tonterías —repliqué—. Y si lo fueran estaría escuchando tus tonterías toda mi vida.

Ella me dio una sonrisa tímida que yo correspondí antes de percatarme que tiritaba. Me levanté y saqué una manta de la mochila. Menos mal que la había metido en el último momento. Se la pasé por los hombros antes de pegarme más a ella y pasarla también por los míos.

—¿Mejor? —quise asegurarme y ella asintió con la cabeza.

—Has pensado en todo. Parece una cita.

«Ojalá».

Era lo primero que se me vino a la mente al escucharla decir aquello, pero no se lo dije y me limité a mirarla mientras las primeras estrellas empezaban a verse.

Vega las miraba maravillada, hasta que en un momento volvió su vista hacia mí.

—¿Por qué me miras tanto?

«Porque eres preciosa. Porque me gusta tu boca y me encantaría mordértela. Porque cuando te sonrojas siento que me muero y cuando te brillan los ojos me gusta imaginarme que yo soy el motivo por el que lo hacen», exclamó mi subconsciente.

Mi mirada de posó en su boca antes de tragar saliva para decir algo. El pensamiento había sido tan rotundo que ni siquiera sabía qué decir para responder a su pregunta.

—Te creía menos egocéntrica, bella —contesté en cambio—. Pide un deseo —la animé, señalando el cielo con la cabeza.

Ella sabía perfectamente que había evitado contestarle, en cambio, hizo lo que le dije y cerró los ojos con fuerza mientras pedía el deseo. Yo hice lo mismo aunque tardé menos que ella, porque mi deseo ya estaba claro.

—¿Ya?

—Sí —confirmó volviendo a mirarme.

—¿Qué has pedido? —inquirí apartándole el flequillo de los ojos.

Tenía la piel fría a pesar de que ya llevábamos un rato con la manta encima. Ella soltó una pequeña risa que pronto se convirtió en una carcajada que me contagió. La miré entrecerrando los ojos.

—Ni de coña.

Su manera de reaccionar alimentó mi curiosidad y le insistí.

—Que no me mires así, que no te lo pienso decir.

Seguía riendo.

Vega volvió su cara hacia mí y vi que se había sonrojado.

Las estrellas seguían iluminando el cielo más que nunca, pero en ese momento yo solo pude verla a ella.

No me permití dudarlo. No iba a dejar que el momento pasara otra vez.

El corazón me latió frenético en el centro del pecho cuando agarré su mentón con la punta de los dedos. Acerqué su boca a la mía provocando el primer estallido.

Al principio fue un roce sutil. Un beso de niños. Ella me miraba con los ojos brillantes. Otro beso. Y luego otro más. Llevé mi mano de su mandíbula a su cuello, atrayéndola más a mí.

La quería más cerca.

La necesitaba más cerca.

Vega entreabrió más los labios, sorprendida por mi gesto, y entonces el beso se volvió real. Sus manos se movieron a mi pelo y las mías bajaron hasta sus caderas.

Con el primer roce de su lengua con la mía sentí que me moría, para luego darme cuenta de que en ese momento estaba más vivo que nunca. Le mordí la boca cuando jadeó, y ella respondió atrapando mi labio inferior con el suyo.

Me daban igual las estrellas, me daban igual mis miedos y me daba igual el puto mundo entero.

Porque en ese momento había pasado de no sentir nada a sentirlo.

Porque cuando sus ojos volvieron a abrirse para encontrarse con los míos, se sonrojó de nuevo y yo entonces supe que me iba a arrepentir de no haberla besado antes.

Porque hacerlo fue como besar a una puñetera estrella fugaz.

CAPÍTULO 37

Enzo

El miedo es el peor enemigo del ser humano.

Tenemos miedo de vivir.

Tenemos miedo de sentir.

Miedo de querer.

A veces el miedo nos condiciona y no nos deja pensar.

A veces el miedo rompe las oportunidades de vivir algo que apenas empieza a florecer.

CAPÍTULO 38

Enzo

Llevaba desde el día anterior dándole vueltas a lo que había pasado. La había besado. Había besado a Vega, y en lo único que podía pensar era en besarla otra vez. Pero también sabía quién era ella, y que se merecía alguien mejor que yo. Alguien que lo diese todo por ella. Alguien que no estuviese intentando enmendar uno a uno los pedazos que habían hecho de él. Porque yo había estado muy roto, aunque poco a poco ya me estuviese recuperando.

Solté un suspiro.

Mario recogió una de las cajas que el proveedor había dejado y la abrió sobre el mostrador, empezando a colocar los productos en la vitrina. Yo daba vueltas con el trapo en la mano, intentando convencerme de si debía o no debía decir en voz alta eso que me atormentaba, porque si no lo hacía terminaría volviéndome loco. Me acerqué hasta Mario con decisión, pero al final me arrepentí y me hice el tonto empezando a limpiar por al lado suya.

¿Y si la cagaba?

O peor, ¿y si ya la había cagado con Vega?

Necesitaba que alguien me diera su opinión.

—Mario —lo llamé.

Mi amigo dejó lo que estaba haciendo para girarse hasta mí, al ver que no seguí hablando. Una mueca de disgusto se dibujó en su cara.

—Suéltalo ya, Enzo.

Estaba empezando a perder la paciencia. Mario me miraba con los brazos cruzados, esperando que le soltara cualquier tontería, por supuesto. Así que, sin más, lo dije.

—Me gusta Vega... —susurré—. Mucho.

Era la primera vez que lo decía en voz alta, y al hacerlo se había vuelto mucho más real. Mario me miró incrédulo antes de empezar a reírse a carcajadas.

—¿Eso es lo que te pasa? —Se carcajeó en mi cara sin ningún disimulo—. ¿Por eso no dejas de dar vueltas desde que he llegado, como si tuvieses lombrices?

—¿De qué te ríes, idiota?

—De ti —contestó sin dejar de hacerlo—. Enzo, ya lo sabía.

Volvió a mirarme sin poder creérselo. Fruncí el ceño y lo miré sin entender nada. Mi amigo puso los ojos en blanco.

—Después el idiota soy yo —añadió dando la vuelta al mostrador y poniéndose a mi lado.

—Si vas a seguir riéndote de mí, te digo desde ya que no tiene ni puta gracia —lo amenacé apuntándolo con el trapo.

Él no perdió la sonrisa ni un momento.

—He visto cómo la miras.

Me pasé una mano por la cara, intentando calmar los nervios un poco.

¿Cómo no iba a mirarla? Si ella era preciosa.

—Creo que la he cagado —murmuré a media voz, inseguro—. La he besado, Mario.

Él levantó las cejas mirándome, aunque no parecía ni un poco sorprendido. Yo seguí hablando

sin parar, dejando al descubierto mis dudas y mis miedos, intentando explicarle a mi mejor amigo que me había dado cuenta de que sentía más por aquella chica de lo que me hubiese gustado pensar.

—Es mi amiga y, no sé. —Me pasé las manos por el pelo. —Es una putada.

Mario negó con la cabeza y me dio un apretón en el hombro.

—Si no lo intentas, sí, sería una putada —admitió él—. Deja el miedo, Enzo. Te mereces ser feliz. Y con ella lo eres.

¿Cómo se supone que se aleja el miedo?

¿Cómo? Si todo lo bueno que has tenido se ha roto, y lo ha hecho por tu culpa.

¿Cómo? Si había alejado a todas las personas que más me querían de mi vida.

No quería volver a depender de una persona. No quería volver a ser débil, ni volver a sentirme tan perdido que hasta a mí mismo me costó encontrarme.

Pero Vega merecía la pena.

Ella merecía el riesgo.

Vega no se merecía mis dudas, ni mucho menos enfrentarse a mis miedos. Tenía que correr ese riesgo.

Por Vega.

Por mí.

Tenía que dejar de tener miedo para empezar a vivir.

Lo que entonces no sabía era que desde que ella había llegado a mi vida, ya había empezado a hacerlo.

CAPÍTULO 39

Vega

Nunca fui muy avispada en el tema de los chicos. Tampoco me interesaba serlo. Ni habría podido serlo aunque hubiese querido, porque mis inseguridades no me lo hubiesen permitido.

Desde pequeña había sido un poco así. Insegura, con baja autoestima.

Incluso cuando recibía algún que otro cumplido me acababa extrañando porque, ¿cómo iba a ser cierto? Lo primero que se me veía a la mente era que seguro lo dirían por quedar bien o que se estarían riendo de mí.

¿Qué jodida es la cabeza a veces, no?

Y después de todo estaba el beso. El puñetero beso.

La razón por la que penas había podido dormir esa noche.

Mi mente viajó al momento que llegué a la residencia, cerré la puerta de mi habitación y me apoyé sobre ella. No podía creer lo que había pasado. En un gesto meramente instintivo me llevé una mano a los labios, sintiendo cada roce de los suyos en cada pequeño movimiento.

Enzo me había besado.

Cerré los ojos y lo vi de nuevo. Cómo me miraba entusiasmado cuando le contaba mi día.

Su risa.

Sus manos en mi cintura y las mías en su pelo.

Lo bien que olía.

El beso que Enzo me dio en la punta de la nariz antes de darme otro en los labios.

Al recordarlo sentía como si se me revolviera todo.

¿Eso era lo que todos dicen que es el amor?

No podía ser amor. No cuando él me veía como una amiga y seguía teniendo sentimientos por otra persona, porque aunque él me había dicho que ya no quería a Marina yo sabía que le seguía doliendo.

¿Acaso no era lo mismo?

Yo tampoco sabía bien cómo sentirme, o siquiera lo que en realidad estaba sintiendo, porque los nervios, las mariposas y el insomnio eran nuevos. No lo sentí cuando me dieron mi primer beso a los quince, ni cuando perdí la virginidad con el chico que me gustaba un par de años más tarde.

Todo eso era nuevo.

Y si ni siquiera sabía cómo me sentía yo, me aterrorizaba pensar cómo se sentiría Enzo. Pero había una cosa que tenía bien clara: no quería ser un parche.

No iba a serlo.

—Voy por un café, ¿quieres uno?

Una voz llamó mi atención, haciendo que soltase el costurero y lo dejase a un lado.

Asentí y Sandy me dio un pequeño apretón en el hombro mientras yo seguía marcando la tela por donde después iba a cortarla. Los preparativos para la semana de la moda me tenían nerviosa, sobre todo el tener que terminar mi vestido a tiempo para presentarlo junto a los demás, sumándole el miedo a las críticas y todo lo que eso conllevaba. Sandy volvió con los cafés y me

dio el mío, sentándose a mi lado.

—Te preocupas demasiado por todo —me dijo.

Asentí dando un sorbo a mi taza.

—Lo sé, lo sé. Todo esto es muy nuevo y me aterra.

—Te entiendo, yo pasé por lo mismo una vez... Pero también sé que no es solo eso lo que te preocupa, ¿o me equivoco?

Me sonrojé, dándole la respuesta indirectamente.

Era consciente de que había estado más distraída de lo normal, pero tampoco quería que se me notase todo con solo un vistazo. Ella se levantó de su silla y miró el reloj de su muñeca.

—Creo que por hoy está bien, vete y trata de despejarte un rato. Y deja de preocuparte.

Le hice caso y apenas me dejó ayudarla a recoger antes de que me hiciese salir una vez de la academia.

Me froté los brazos por el frío que hacía en la calle y empecé a andar sin pensar muy bien donde ir. Mis piernas actuaron por instinto y me llevaron en su dirección.

Al entrar en la tienda lo vi. Enzo me devolvió la mirada y se acercó a mí con una sonrisa. El corazón me dio un vuelco gigante dentro del pecho. Me saludó con un beso en la mejilla, como siempre hacía.

Sin embargo, esta vez rozó la comisura de mi boca con sus labios intencionadamente. En un gesto más íntimo.

Mis ojos se clavaron en los suyos antes de volver la vista hacia Mario, que nos miraba con una expresión burlona.

¿Sabría lo del beso?

Estaba segura de que si Enzo le había contado lo del beso sería porque se había arrepentido. Mi vista se despegó de ellos para fijarme en Chiara, que se acercó hasta mí con Dante en brazos. Era el bebé más bonito que había visto en mi vida. Una pequeña mata de pelo le cubría la cabeza y no pude evitar fijarme en sus mofletes sonrosados, que se movían al succionar el chupete con fuerza.

—¿Quieres cogerlo? —preguntó su madre.

Sí que quería, pero era tan pequeño que me daba demasiado miedo.

—¿Y si se me cae?

Chiara sonrió y lo puso sobre mis brazos, acomodando la pequeña cabeza de Dante para que quedase bien sujeta. Yo lo agarré con cuidado, intentando no hacerle daño de ninguna manera.

—Si no se le ha caído a este, no se te va a caer a ti.

Señaló a Enzo con la cabeza y el aludido se quejó. Me reí y el bebé abrió los ojos, mirándome fijamente con esos ojos azules que había heredado de su padre. Estaba más grande desde la última vez que lo había visto.

—¿Puedes ser más mono? —susurré acariciándole con cuidado las mejillas.

—¿Podemos hablar?

Enzo se colocó a mi lado y le acarició la cabeza con cariño antes de dirigirse hacia mí. Asentí y le devolví el bebé a su madre, mientras una presión me apretaba en el centro del pecho. Salimos de la tienda y Enzo cogió mi mano, entrelazando nuestros dedos mientras empezábamos a andar hasta la plaza de al lado de mi residencia.

—Supongo que ya sé de lo que quieres hablar y...

—Precisamente es de eso de lo que quiero hablar —admitió con decisión.

Dio un paso hacia mí y dejé de pensar con claridad.

Y entonces la cagué.

—Ya. Mejor no digas nada, no fue nada. Solo fue un beso sin importancia. No significó nada —intenté sonar lo más convincente posible.

Era mentira. El beso había significado más de lo que me hubiese gustado.

Enzo arrugó el ceño antes de mirarme. Supuse que mi bombardeo de palabras lo había tomado por sorpresa, pero lo que no me imaginaba era que la expresión de su cara se hubiese oscurecido un poco dejando ver un deje de dolor en sus ojos. Suspiré intentando aguantarme las ganas de llorar que me habían invadido de repente.

—Tengo... tengo que irme. ¿Nos vamos viendo?

Enzo asintió y se inclinó para darme un beso en la mejilla antes de volver a la tienda.

Nunca hice más rápido el camino hasta la residencia que ese día. Subí los escalones de la escalera de dos en dos, intentando llegar lo antes posible a mi habitación. Cerré con un portazo y me derrumbé.

Me sentía una cobarde, porque no podía sentir esto por él.

No podía enamorarme de él, y a la vez me daba miedo de que ya fuese demasiado tarde para evitarlo.

CAPÍTULO 40

Enzo

Había querido decirle a Vega que me gustaba, negarlo hubiera sido una autentica gilipollez. Porque esa era mi única verdad, ella me gustaba más de lo que nunca me había gustado nadie. Pero también me asustaba, porque me había acostumbrado tanto a ella que la necesitaba y verla mal me dolía.

Mucho más cuando pensaba que era por mi culpa.

—¿Por qué no le dices directamente que te gusta en lugar de seguir con todo el lío que estás armando?

Frené mis pasos en seco con Dante en mis brazos, mientras Mario se dedicaba a sacar cuentas tras la caja registradora de la tienda.

—Porque no quiero asustarla —confesé—. Había pensado en invitarla a salir un rato por ahí.

—Sí, sí. Eso me ha quedado claro. Una «cita no cita» —remarcó mientras yo asentía.

Le había explicado a Mario que quería intentar invitarla a salir pero de una manera que no fuera tan evidente, ya que después de lo que me había dicho el otro día me había hecho replantearme la situación.

«Solo fue un beso tonto», me había dicho. Pero yo no lo había sentido así y algo me decía que ella tampoco, e iba a hacer lo que fuese para comprobar que tenía razón.

—El problema es que no sé dónde invitarla. ¿Le gustará el karaoke?

Mario se empezó a descojonar en mi cara.

—¿Tú quieres ligártela o que se vaya corriendo a España? —se burló.

Resoplé ante el comentario de mi amigo y Dante me agarró el mentón con sus manitas pequeñas. Me acerqué hasta Mario y le devolví a su hijo, al que le hizo una pederreta en las mejillas en cuanto lo dejé en sus brazos.

—Joder, Mario. Ayúdame un poquito. ¡Y deja de reírte de mí!

Sus hombros se movían por la risa que estaba intentando silenciar. El bebé balbuceaba mientras miraba con curiosidad las caras que ponía al reírse el idiota de su padre.

—Estás más pillado por ella de lo que crees. Lo sabes, ¿no?

Asentí. Sí. Sí que lo sabía.

Sabía que no era capaz de desviar mi atención a otra cosa si ella estaba a mi alrededor.

Sabía que me gustaba hacerla reír.

Sabía que la echaba de menos aunque la hubiese visto hacía solo un par de horas.

—¿Tanto se nota? —Mario asintió—. Vale, ¿y ahora qué hago?

—Enzo Scianca pidiéndome consejos para conquistar a una chica. Ver y no creer.

Meció a su hijo en brazos y yo me quedé mirando cómo lo hacía. Le volvió a poner el chupete que se le había caído de la boca.

—Estás súper gracioso hoy —gruñí.

—Tampoco te has buscado un gran ayudante. Llevo con Chiara desde los diecisiete. Ya no me acuerdo de cómo se hace eso.

—¡Más te vale! —exclamó su mujer saliendo del almacén con el biberón de Dante en las

manos.

Llegó en un par de pasos hasta donde estábamos nosotros y le dio un beso en los cachetes a su hijo. Le pasó el biberón a Mario y yo volví a preguntar para que ella también me diese su opinión.

—¿Entonces karaoke?

Chiara puso cara de póquer. Supuse que eso era suficiente para que me quedase claro el mensaje.

—Llévala a dar un paseo en moto de los que le gusta, compra helado y luego dale un buen morreo —enumeró con tranquilidad.

A veces la sutilidad de Chiara brillaba por su ausencia.

—Te recuerdo que quiero conquistarla no una orden de alejamiento.

—Orden de alejamiento... —murmuró poniendo los ojos en blanco—. Anda hazme caso. Y vete ya, que es tu día libre.

Hizo un gesto con las manos para señalar la puerta en el mismo momento que me puse de pie.

—Tú estás cogiéndole el gustillo a echarme, ¿no?

—Sobre todo por ver la cara que pones —replicó y señaló la puerta con la cabeza—. ¡Vete ya, pesado!

Negué con la cabeza a la vez que recogía mi chaqueta del mostrador y le di un beso en la cabecita a Dante.

No sabía bien cómo podría terminar aquello, pero la única manera que tenía de comprobarlo era yendo a buscarla.

CAPÍTULO 41

Vega

Lara me miraba y solo se limitaba a asentir mientras yo hablaba y hablaba sin parar, como si le diera miedo de interrumpirme y yo no pudiese terminar de desahogarme. Sabía que probablemente ella ni siquiera lograra captar toda la cantidad de información que salía de mi boca a una velocidad desorbitada, pero no podía evitarlo.

Le conté todo.

Y ella me escuchó atentamente como si en realidad no tuviese nada mejor que hacer aunque yo sabía demasiado bien que no era así.

Era consciente de que Lara tenía muchas cosas entre manos pero aun así no había tardado ni seis segundos en llamarme en cuanto le había dicho que necesitaba hablar.

Le conté cómo me iba en clases y también sobre el trabajo extra que estaba haciendo con Sandy y ella se emocionó mucho por mí. Seguí con la noche de la lluvia de estrellas y no omití la parte del beso. Ella me miraba atenta mientras le contaba lo que había pasado hacía un par de noches y cómo había acabado llorando hasta dormirme.

—Lo sabía, ¿te gusta Enzo! —chilló mi amiga al teléfono.

No sabía si ella se creía que aquello era una de sus historias felices de amor, pero a mí el asunto no me estaba pareciendo divertido.

—No me gusta. Solo somos dos amigos que pasan mucho tiempo juntos y lo del otro día fue un beso tonto.

—Pero no dejas de pensar en ello —adivinó Lara.

Sí. Era la única verdad.

Mi cabeza revivía el beso en el momento menos conveniente que encontrase. Se me venía a la cabeza por la calle, o cuando estaba estudiando. Y si me permitía ponerme a pensar en ello antes de dormir, sabía que esa noche tendría que hacer malabares para poder conciliar el sueño.

Justo eso es lo que me estaba pasando en los últimos días.

Me tapé la cara con una almohada en un gesto «súper» maduro de mi parte.

Quería repetir ese beso. No tenía mucho sentido negarlo y mucho menos intentar ocultárselo a Lara, que al ver mi cara de circunstancias, empezó a reírse haciendo que me pusiera roja.

—Mierda, sí que me gusta Enzo —mascullé con la cara todavía enterrada en el cojín.

—A ver, alma mía —empezó a decir.

Lara suspiró por quinta vez desde que habíamos empezado la llamada.

—Recapitulemos porque creo que no me estoy enterando bien.

—Lara, no me vaciles —repliqué.

Yo me escondí más en mi almohada. Ella dio un sorbo a su café y dio golpecitos con su boli sobre la mesa de cristal.

No sabía por qué me sobrepasaba toda la situación. Tal vez porque acababa de admitir en voz alta que me gustaba mi amigo. Y había terminado de aceptarlo de esa manera, aunque el pensamiento llevase un tiempo dando vueltas en mi cabeza. Pero era la realidad, me gustaba Enzo. Y me seguía pareciendo ilógico solo el pensamiento de ello.

—¡Encima! —se quejó—. Lo que tienes que hacer es dejarte de gilipolleces. Si él te gusta y tú le gustas, ¿cuál es el problema?

Buena pregunta.

Aunque no me sentía muy preparada para darle una buena respuesta, o al menos una que no me doliese escuchar. Tampoco estaba segura de los motivos por los que Enzo me había besado aquella noche, ni de si serían los mismos por los que yo me pegué a él y respondí a su beso.

¿No se suponía que él seguía sintiendo cosas por otra persona?

—No sé si yo a él le gusto...

A Lara pareció no gustarle mi tono inseguro en aquella frase.

—Tampoco le has dado la oportunidad de que te lo diga. Además, ¡qué cojones! ¿Acaso Enzo va por ahí comiéndose la boca con gente que no le gusta?

Esperaba que no, desde luego, aunque yo no fuese la más indicada para meterme en lo que él hacía o dejaba de hacer y tampoco tenía derecho de hacerlo.

Pero me negaba a pensar que al final nuestro beso hubiese sido un impulso por algo y que él no había sentido nada al hacerlo.

—Que fina eres a veces, hija.

—Pero digo verdades como puños —repuso ella sin perder la compostura—. Llámalo y vuelve a estar con él como antes, si fue un beso tonto como dices lo olvidáis, y si no...

Sonrió y supe lo que estaba pensando incluso antes de que lo dijese en voz alta.

—Le das otro para confirmar.

A lo mejor debería olvidar el tema de una vez y seguir como si nada hubiese pasado, pero la posibilidad que me había presentado Lara me hacía plantearme si por casualidad, tal vez sí que debería darle otro beso para confirmarlo. Me mordí el interior de la mejilla asimilando la situación.

—¿Entonces? —pregunté volviendo mi vista al portátil donde ella seguía moviendo el bolígrafo rítmicamente entre los dedos.

—¡Que le escribas!

Una sonrisa vaciló en mis labios y ella me lanzó una mirada asesina a la vez que encendía el móvil y entraba en los mensajes.

—Vale, vale —concedí.

Entré a su chat que estaba entre los primeros y escribí un mensaje rápido antes de darle al botón de enviar y volver a dejar el móvil a un lado. Lara me preguntó qué había escrito y giré la pantalla hacia ella para que viese el escueto «¿Quedamos hoy?» que acababa de enviarle.

No había querido darle más largas a la situación. Llevábamos un par de días en los que simplemente nos habíamos mandado mensajes escuetos, en parte porque había estado muy ocupada y en parte por lo que había pasado. Enzo siempre me contestaba mandándome ánimos y preguntándome si estaba bien o necesitaba algo.

La respuesta a mi mensaje llegó tan rápido como había sido enviado.

Justo iba a preguntarte lo mismo

Sonreí al ver que no había dudado en decirme que sí desde el primer momento y me sentí aliviada al comprobar que nada había cambiado entre nosotros. También al comprobar que Enzo me había dado ese espacio por mí y no porque él hubiese estado enfadado.

—Uy la sonrisita —se burló mi amiga—. ¿Seguro que solo fue un beso? No me estarás ocultando los detalles interesantes, ¿no?

—Si te he llamado con un ataque de pánico por un beso, ¿cómo no me habría puesto con esos

detalles interesantes?

Ella se encogió de hombros dándome en seguida la razón y yo negué con la cabeza. Bloqueé el teléfono al ver que Enzo se había desconectado del chat y lo dejé en la cama para alargar el brazo y agarrar el vaso de zumo que tenía en la mesilla. Le di un sorbo y al otro lado Lara hizo lo mismo con su taza. Soltó una risita y supe que no se le había pasado nada bueno por la mente.

—En realidad tiene toda la pinta —susurró ella pensativa.

—¿La pinta? ¿De qué?

—De ser de los que folla bien —soltó sin cortarse un pelo.

Escupí el zumo ante su comentario. Sentí un calor inconfundible en la cara y no supe si fue porque estuve a punto de atragantarme o por el comentario de ella.

—¡Venga! Dime que no lo has pensado —sugirió.

No me dio tiempo de contestar a eso, ni de dejarme en evidencia al confesarle que sí, ya que justo en ese momento llamaron a la puerta y aproveché la interrupción para ahorrarme la respuesta. Salvada por la campana, como hubiese dicho mi abuela. Me levanté de la cama y dejé el ordenador a un lado para ir a abrir la puerta.

Lara, de manera obvia, no iba a dejar el tema hasta ahí sin antes hacer una última aportación:

—Siempre podrías comprobarlo —finalizó y juré que ella pensaba que era una opción brillante.

Lo que menos me esperaba cuando llegué hasta la puerta para abrirla fue que quien estuviese al otro lado fuese la misma persona de la que cuyas proezas sexuales mi amiga estaba hablando. El corazón me dio un brinco en el pecho. Allí de pie frente a mí estaba Enzo, con el pelo despeinado y sujetando los cascos en la mano. Me quedé un poco congelada al no esperarlo allí y él en seguida se hizo cargo de la situación.

—Hola —me saludó con un beso en la mejilla.

—Hola —reaccioné al fin—. Entra.

Enzo pasó a mi lado para entrar en mi habitación y cerré la puerta a mis espaldas. Me di cuenta de que el portátil seguía encendido y de que Lara seguía allí conectada y recé porque él no hubiese oído nada de nuestra conversación o moriría de la vergüenza. Corrí hasta mi cama para alcanzar el portátil, aunque mis movimientos fueron en vano porque él ya se había sentado en ella y hablaba con mi amiga de una manera tan familiar como si lo hubiesen hecho mil veces. Lara hizo una mueca al verme al lado de Enzo y se terminó el resto de su café de un trago.

—Ahora que ya estás acompañada te cuelgo —se despidió rápidamente—. Acuérdate de lo que te he dicho y pásáoslo bien.

Remarcó las últimas dos palabras haciendo que me pusiera nerviosa. Enzo no pareció notar el tono intencionado que Lara había usado y se limitó a sonreírle cuando ella colgó rápidamente. Agarré mi portátil para volver a ponerlo en mi escritorio y sentí la mirada de Enzo clavada en mí mientras lo hacía, siguiendo cada movimiento que mi cuerpo hacía desde donde estaba sentado en mi cama. Yo guardé un par de cosas en el bolso de clase y miré el reloj para comprobar que iba bien de tiempo.

—¿Estas lista? —preguntó a mi espalda.

—Tengo que terminar de arreglarme para ir a la academia.

Enzo se movió rápidamente y al girar la cabeza me lo encontré a mi lado. Sonrió y me dio uno de los cascos. Yo lo miré confusa, agarrándolo con una mano.

—Eso ya está solucionado.

—¿Cómo dices?

No estaba entendiendo nada de lo que estaba pasando.

Él dejó su casco sobre mi escritorio para agarrar mi chaqueta de la silla a nuestro lado y la pasó por mi espalda, pegándose tanto a mí que nuestros alientos podían rozarse. Yo dejé que lo hiciese porque me había dado cuenta de que cualquier mínimo contacto suyo me resultaba especial.

—Quiero que me acompañes a un sitio.

Y con el tono que usó solo pude asentir y dejarme arrastrar a su lado una vez más.

CAPÍTULO 42

Enzo

Sentía su aroma impregnarme mientras sus manos se sujetaban con fuerza a mí. La carretera estaba prácticamente desierta aunque no era muy tarde, pero al parecer casi nadie se dirigiría hacia donde nosotros íbamos precisamente un martes, lo cual hacía que fuera jodidamente mejor. Había contado los minutos para volver a verla desde que se fue corriendo de la tienda después de la conversación rápida que tuvimos, y también había estado más tiempo pendiente del móvil los últimos dos días que cuando era un adolescente durante los ratos en los que tenía muy pocas cosas más interesantes para hacer.

Por el espejo retrovisor veía cómo Vega contemplaba el paisaje y las calles por las que íbamos pasando, y también que de vez en cuando cerraba los ojos cuando el viento le agitaba el pelo, disfrutando de la sensación de sentir la brisa en la cara.

Y yo me había terminado de dar cuenta de que de lo que más disfrutaba yo era de verla a ella.

Un picnic en un lago me había parecido mejor opción después de que gracias a los «amables» consejos de mis amigos acabé entendiendo que la otra opción no hubiese sido la más acertada. Ellos decían que lo hacían por mí y que intentaban ayudarme, pero a ese punto dudaba que estuviesen haciéndolo por ser buenos amigos cuando en realidad no se habían molestado en disimular que estaban riéndose de mí al verme de aquel modo por una chica.

Porque yo nunca me había sentido así con nadie.

Ni siquiera con Marina.

Entramos por un pequeño camino de piedra hasta el sendero que daba al sitio y aparqué junto al pequeño lago que, como era de suponer, estaba totalmente vacío. Ayudé a Vega a bajarse mientras me echaba la mochila a la espalda y, después de guardar los cascos bajo el asiento, agarraba la mini nevera en la mano contraria a la que había entrelazado con la suya. Ella aceptó mi gesto con una sonrisa pequeña.

Me encantaba verla sonreír.

Y me encantaba todavía más que confiase en mí.

Que hubiésemos llegado a tener el tipo de confianza en el que yo podría haber planeado llevarla al fin del mundo y aun así ella hubiese agarrado mi mano para acompañarme. Sin dudarle un solo segundo.

—Echaba mucho de menos los paseos en la Vespa.

La miré al escucharla murmurar a mi lado. Le di un apretoncito en la mano que tenía junto a la mía.

—Tendré que hablar con tu profesora para que deje de explotarte tanto —exageré y ella negó con la cabeza con diversión—. Creo que también te ha echado de menos —comenté yo señalando la moto.

«Casi tanto como yo».

Aquellas palabras habían sido automáticas, sin embargo, se me acabaron quedando atascadas en la garganta y carraspeé intentando no sonar muy evidente. Ella pareció ignorar lo que yo había estado a punto de decir porque estaba ocupada inspeccionando el sitio con la mirada.

Apreté su mano contra la mía sintiendo el roce de su piel. Vega me sonrió y tiré de ella hasta la zona de merenderos que había donde solté las bolsas en la mesa y fui en su busca, donde se había quedado, de pie en la orilla del lago. Un impulso hizo que no pudiese evitar que la rodease con los brazos desde atrás y le plantase un beso en la mejilla en el mismo momento en que llegué a su lado.

Apenas se escuchaba sonido alguno más que el murmullo del agua y poco más. Me encantaban los sitios tranquilos como este, en los que el silencio me dejaba perderme en los ojos marrones de la chica que se giró hacia mí y me rodeó el cuello con los brazos en un gesto cariñoso. Sentirla así me hizo notar que la distancia entre nosotros no era, ni mucho menos, lo suficientemente grande como para que no tuviese que reprimir el impulso de pegar su boca a la mía al sentir cómo su perfume se me impregnaba en la piel.

Me di cuenta de que sus mejillas habían subido un par de tonos de intensidad y de que me miraba fijamente.

¿Estaría pensando en lo mismo? ¿Estaría pensando en que la besase?

—Gracias —musitó bajito.

Aparté un poco el flequillo que le caía sobre la frente, nuestras narices tan cerca que en un pequeño movimiento por parte de alguno de los dos y acabarían rozándose.

—¿Gracias por qué, bella? —indagué yo deslizando los dedos por la piel de sus mejillas.

—Por aguantarme.

¿Por aguantarla?

La mayoría de las veces Vega apenas era consciente de que todo lo que tuviese que ver con ella nunca iba a ser aburrido para mí. Ella era una de esas personas que llegan a tu vida para llenarlas de color, como una de esas estrellas que aparecen con la única intención de iluminar más tu vida.

Vega era ese tipo de persona que te termina brillando en los dedos.

A esas alturas ya ni siquiera sabía si podría vivir sin ella y me daba igual que para ello tuviese que conformarme solo con ser su amigo.

Un ratito después, Vega bailoteaba sentada en los merenderos mientras comía el sándwich que le había preparado. Me parecía curioso verla hacerlo porque me había dado cuenta de que era algo que acostumbraba mucho a hacer cuando algo le gustaba mucho. Sonreí al verla distraída en su baile y le di un bocado a mi sándwich.

—Al menos te ha gustado mi plan B.

Ella me miró con una interrogación en su mirada sin dejar de masticar su comida.

—Te iba a invitar al karaoke pero Mario me quitó las ganas.

—¿Por? —acabó preguntando en cuanto acabó con su comida.

—Porque canto como el culo —me sinceré.

Ella soltó una risotada al escucharme decir aquello. Hizo una bola con el papel que envolvía su comida y lo metió en una bolsa pequeña que tiraríamos luego a la basura. Me miró pensativa a la vez que lo hacía.

—No me lo creo —apuntó sin perder la sonrisa.

—¿El qué?

—Que cantes tan mal.

Negó con la cabeza y cruzó los brazos para dar énfasis a su teoría.

—A ver, canta algo —insistió.

Fue mi turno para reírme pero al ver su curiosidad decidí hacerlo y me aclaré la garganta ante su mirada atenta.

—No te rías —le pedí antes de empezar a cantar no muy alto.

Elegí una canción de amor casi inconscientemente. Sus ojos no se habían apartado de mí en todo ese instante. Vi que una risa vacilaba sobre sus labios y pensé que tal vez no hubiese entendido muy bien lo que decían aquellos versos.

Una canción.

Una declaración de intenciones.

—Podría haber sido peor —terminó murmurando con un deje de burla.

Aunque yo sabía perfectamente que en realidad ella era incapaz de burlarse de mí en serio.

—Me ha encantado esta sorpresa, aunque la quedada para el karaoke la dejamos para otro día.

—Por supuesto que no.

—Bueno, ya veremos —concluyó intentando ocultar una mueca de diversión.

Sonreí y negué con la cabeza a la vez que me inclinaba hacia la neverita para enseñarle el postre que había elegido.

—Tú te estás juntando mucho con Chiara —repliqué poniendo el helado frente a ella.

—Culpa tuya. Tú me la presentaste.

Se encogió de hombros y me quitó el bote de las manos. Yo la imité y le quité la cuchara de la mano cuando ya la tenía llena para llevarme el poco de helado a la boca. Saboreé el dulzor del chocolate en mi boca y me divertí verla fruncir el ceño reclamando su cuchara. Volví a hundirla en el bote ante su mirada inquisitiva.

—Me caes muy mal, italiano.

—Mientes fatal, bella.

CAPÍTULO 43

Vega

Él era de esos amores inciertos.

De los que sin ser el primero se sienten como el único.

De los que a veces sin algún motivo recuerdas y sonríes, porque es simplemente mágico.

Porque la magia siempre va mucho más lejos de todo.

De los miedos. De las dudas.

Y hasta del tiempo que todo eso dure.

CAPÍTULO 44

Vega

El sol brillaba todavía alto justo encima de nosotros aunque las ramas de los árboles estaban colocadas de manera que no nos daba de lleno, dejándonos un poco de sombra. Enzo se había acostado boca arriba en la manta de picnic que habíamos improvisado cerca de los merenderos donde habíamos almorzado y yo seguía comiendo helado mientras él se dedicaba a pasar las canciones que sonaban en un pequeño altavoz amarillo que había conectado a su móvil. Cuando la última canción que había seleccionado terminó le di un toquecito en la frente con mi dedo. Él abrió los ojos para mirarme.

—¿Puedo? —pregunté señalando el móvil con la cabeza.

Enzo se limitó a asentir y rápidamente solté el helado para empezar a toquetear la pantalla de su móvil, buscando algo que me gustase en Spotify.

Sentí un brinco en el pecho al ver una Playlist con mi nombre y la curiosidad me hizo pulsar e investigar las canciones que tenía en ella. Me di cuenta de que había guardado la mayoría, por no decir todas, las canciones que habíamos escuchado juntos y ese gesto me hizo demasiada ilusión. Había guardado mis canciones y grupos favoritos, y cuando vi una canción que me convenció lo suficiente le di al botón de reproducir antes de volver a enfocarme en mi helado.

Enzo hizo un mohín al reconocer los primeros acordes.

—¿Por qué todas las canciones que pones son tristes?

Me limité a encogerme de hombros dejándola sonar. No quise confirmarle que la había elegido de sus guardados aunque supuse que lo debería de haber sabido bien. Me gustaban las canciones que transmiten cosas, aunque fuesen cosas tristes como Enzo decía.

Al fin al cabo la música es eso, ¿no? Emociones.

Como todo en la vida.

Como todo lo que en realidad importa.

Creo que no sería capaz de vivir sin música. Debería considerarse algo esencial. Las canciones transmiten muchas cosas, esconden recuerdos en cada acorde.

Como este.

Porque a partir de aquel momento esa canción, igual que muchas otras desde que lo conocía a él, me recordaría a ese instante en el que los dos estábamos sentados sobre la hierba. Al sabor del chocolate que aun cubría mis labios. Al suave tarareo que salía por la boca de él. Tan sutil que casi era imperceptible.

—¿No decías que no te gustaba? —comenté en voz alta intentando picarlo.

Enzo abrió los ojos de nuevo. Me miró un poco confundido y señalé el altavoz con la cabeza a la vez que la música seguía flotando entre nosotros.

—No he dicho eso, he dicho solo que es triste.

Se pasó una mano por el pelo, ya de por sí despeinado.

—Pues yo te veo muy feliz.

—Pero eso no tiene nada que ver con la canción.

Algo parecido a un pellizco se asentó en mi estómago al escucharlo decir eso. No quise pensar

mucho en lo que significaban esas palabras, pero acabé dejando el helado a un lado. Enzo se incorporó un poco y acercó su mano a mi cara para pasar el pulgar por encima del labio llevándose lo que quedaba de chocolate.

Un escalofrío hizo que se me pusieran los vellos de punta.

Solo un simple roce de Enzo hacía que miles de mariposas revolotearan sin parar.

No sabía desde cuando eso era así. Y tampoco ayudó mucho lo que me dijo después de eso.

—Eres preciosa —susurró apartando su mano de mi boca solo para acariciarme la mejilla con dulzura—. Me gustas cuando te sonrojas.

—Pues me sonrojo todo el tiempo.

—Ya.

Sus ojos se fundieron con los míos mientras sentía su mano contra mi mejilla, suave, cálida. Aparté de nuevo mis ojos hasta el helado y lo levanté en su dirección intentando desviar el tema de conversación hacia otro lado a pesar de que no fue lo más inteligente que se me ocurrió.

—¿Quieres probar?

Enzo asintió. Parecía divertido al verme llevar la cuchara a su boca y no apartó los ojos de mí ni un momento. No sé qué se me pasó por la cabeza, pero de repente solo me apetecía probar el chocolate de sus labios, porque estaba segura que de esa manera sabría mucho mejor. Pero en el fondo sabía que era la mejor excusa que había encontrado para negarme a mí misma que lo que en realidad quería era besarlo de nuevo.

Que me moría por eso.

Él debía de estar pensando lo mismo porque lo vi tragar saliva sin apartar sus ojos de cada pequeño movimiento que yo hacía.

—Si sigues haciendo eso... —suspiró.

—¿El que?

—Mirarme así —confirmó—. Si sigues haciéndolo vamos a tener un problema.

Solté un pequeño suspiro.

Sus dedos seguían acariciando mis mejillas suavemente.

Sus ojos seguían conectados a los míos.

Los labios entreabiertos.

—¿Un problema?

Él asintió con la cabeza levemente y yo sentí que me faltaba la respiración por momentos.

—Sí, porque voy a tener que besarte.

Fijé mis ojos en su boca, viendo cómo su respiración se había vuelto un poco irregular. Era un sin vergüenza, de los que dice las cosas sin pensar. Pero estaba nervioso. Porque yo lo ponía nervioso.

Ni yo misma sabía en qué momento había llegado a gustarme tanto, ni de por qué me veía a mí misma suplicando que me besara a pesar de que no lo expresé en voz alta.

—¿Por qué iba a ser un problema?

Enzo detuvo caricias en mi mejilla para colocarme bien un mechón de pelo. Una sonrisa de lado llenó su cara.

—Porque no creo que tú quieras que te bese, porque dices que fue una tontería... —susurró cada vez más cerca de mi boca.

Notaba cómo mi corazón latía cada vez más fuerte mientras que yo no podía apartar mis ojos de Enzo.

De sus manos.

De su boca.

¿En qué momento había pasado de ser dulce a intentar provocarme? Porque lo estaba consiguiendo.

Pero no iba a besarme. Lo acababa de dejar claro.

Y eso me jodía porque era totalmente mi culpa.

Las palabras de Lara se me colaron en la mente como una ráfaga de viento. «Si fue un beso tonto como dices lo olvidáis, y si no... Le das otro para confirmar». Y aunque maldije en voz baja por su comentario me di cuenta de que al final mi amiga siempre tenía razón.

—¿Enzo?

Me temblaba la voz al llamarlo, pero al menos hizo que levantase su mirada hasta mí. No quise pensar demasiado lo que estaba a punto de hacer y a él tampoco le dio tiempo de reaccionar cuando agarré su cara entre mis manos y posé mis labios contra los suyos.

Lo tomé por sorpresa porque al principio no reaccionó, pero tras un par de segundos soltó un pequeño gruñido y enredó una mano en mi pelo, tirando de mí hasta él.

Me gustaba la sensación de su tacto e incluso me daba igual el rebujo de emociones que se me había asentado en el estómago desde que aquella idea impulsiva se me había pasado por la cabeza. Cerré los ojos mientras sus labios se movían firmes contra los míos.

Su mano en mi nuca y la otra en mi pierna.

Mis manos en su pelo, revolviendo un poco más sus mechones despeinados.

Se me erizó todo el cuerpo cuando en medio de un suspiro entrelazó su lengua con la mía, enviando descargas eléctricas por todo el cuerpo.

Haciendo saltar chispas.

Con la respiración agitada, Enzo se separó de mi boca, juntando nuestras frentes. El corazón todavía me latía enloquecido en el centro del pecho.

—Joder —murmuró sobre mi pelo mientras me apretaba más fuerte contra su pecho.

No era arrepentimiento lo que mostraban sus palabras. Tampoco pena.

Lo que en realidad transmitía era un gran «¿Qué estamos haciendo?», pero que en realidad en ese momento me importaba poco o nada. Y al parecer a él tampoco.

Porque solo importaba ese momento.

Solo importábamos nosotros.

Y solo importaba aquel beso.

CAPÍTULO 45

Enzo

Acariciaba el pelo de Vega mientras ella pasaba sus manos sobre mi pecho donde estaba apoyada. Los dos estábamos tumbados sobre la hierba. Todavía sentía el contacto de sus labios contra los míos y el corazón me retumbaba como loco bajo su mejilla.

Tenía que estar escuchándolo.

Ella tenía que estar viendo cómo causaba estragos en mí.

Los momentos a su lado se habían vuelto uno de los mayores motivos por los que sonreía. Ella había llegado a mi vida cuando la cubría una nube gris, para cambiarla por un cielo despejado.

Vega se me había metido bajo la piel, y de ahí sí que iba a ser difícil intentar sacarla.

Levantó un poco la cabeza para dirigirme una mirada tímida. Sus ojos se encontraron con los míos y suspiré.

Me encantaba. Vega me encantaba.

Los últimos acordes de la canción que yo había elegido se dispersaron, haciéndonos volver a la realidad pero sinceramente yo me hubiese quedado mirándola así cien canciones más.

Alargó la mano hasta que dio con el móvil para elegir su canción, nos estábamos turnando para elegir una canción cada uno. La que puso esta vez sí que la conocía, era de un grupo que sonaba mucho en la radio cuando viví en Valencia.

«De cero», así se llamaba aquella canción.

Me gustaban las letras de aquel grupo y me estaba gustando aquella canción. Había guardado algunas en las listas de Spotify después de que las había escuchado con ella.

Me pregunté a mí mismo si sería tan fácil para nosotros también si empezásemos todo de cero.

Si nos lanzáramos al vacío sin límites, solo para comprobar hasta donde nos llevaría aquello.

Aunque esa vez ya supiese la fecha de su cumpleaños.

Aunque esa vez ya la quisiera desde cero.

CAPÍTULO 46

Enzo

Dante estaba tranquilo en mis brazos mientras que su padre recolectaba las cosas del bebé para dárselas a Chiara que me escuchaba atentamente mientras las guardaba todas en el bolso del carrito. Llevaba allí un poco más de media hora viéndolos mover mil cosas para dejar todo listo cuando se fueran. Me habían llamado para encargarme al bebé y que ellos pudiesen salir a celebrar su aniversario y, de una manera muy sospechosamente práctica, Chiara había aprovechado la situación para obligarme a sentarme en el sofá porque tenía al bebé en brazos y estaba medio dormido. Su coartada perfecta para un interrogatorio.

—Tu madre es una lianta —susurré sobre la cabeza de mi sobrino.

Escuché cómo Mario murmuraba algo de fondo mientras preparaba algunos biberones para que me los llevase también y ella levantó la cabeza de lo que estaba haciendo hasta mí.

—Te he oído —replicó ella apuntándome con un pañal.

—Ya lo sé.

Chira puso los ojos en blanco y siguió con lo que estaba haciendo dos segundos antes, como si nada. Al sentir que suspiraba ya dormido, acomodé bien al bebé sobre mi regazo. Escuché a Mario reírse de nuestra conversación desde la cocina. Probablemente, a él igual que a mí, le estaba recordando mucho a cuando éramos más pequeños.

—¿Entonces la besaste?

Mi amiga se sentó en el sofá a mi lado y puso el bolso delante de nosotros en la mesilla.

—Ella me besó —la corregí—. Un día entra en pánico por un beso y al otro es ella la que da el primer paso —expuse en un susurro más para mí que para ellos.

Ella giró la cabeza para mirar a su marido y él le devolvió una mirada que no llegué a entender muy bien, y un momento después Mario se nos unió en el sofá con el biberón de Dante en la mano. Le di a su hijo y me crucé de brazos mientras los dos hablaban como si yo no estuviese allí.

—Se notaba ya —afirmó él.

—Cuestión de tiempo —le dio la razón ella.

—Por si no os habíais dado cuenta. —Agité las manos—. Sigo aquí.

Chiara me dio una palmadita en el hombro a modo de ánimo y me miró aguantando una sonrisa de suficiencia que a pesar de todo no pudo disimular.

—Ya lo sabemos —soltó como si nada imitando mi contestación de antes.

—Si fueses más listo estarías en otro sitio —añadió Mario al ataque de su mujer.

Parecía que se ponían de acuerdo para molestarme y estaba empezando a creer que era literalmente lo que hacían. Me levanté como un resorte.

—¡Oye, que vosotros sois los que me habéis pedido que os haga de niñera!

Chiara se ponía su abrigo al mismo tiempo que Mario dejaba el biberón del bebé sobre la mesa y lo mecía en brazos mientras me miraba a mí.

—Pero no tienes por qué quedarte en casa —apuntó—. Además, son tus obligaciones de padrino —añadió Mario devolviéndome al bebé.

—Que sepas que si algún día tengo hijos te las pienso devolver todas —aseguré.

Chiara rio mientras agarraba la mano de su marido y los dos salían por la puerta. Bajé la vista hasta Dante que me miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Qué hacemos tú y yo?



El sonido del carrito del bebé nos acompañó todo el camino desde la casa a la academia de Vega. Había quedado en recogerla después de que me asegurara que ella me ayudaría a cuidar del bebé y yo no pude decirle que no con tal de verla un rato.

—¡Joder! Colega, tienes un chupete.

Le quité espacio el pétalo de tulipán que se le había quedado pegado en la boca y el muy canalla me sonrió.

—No te comas las flores.

Soltó una pequeña risa y me miró entusiasmado con sus ojazos celestes. Le di un beso en la mejilla y al levantar la vista me di cuenta de que Vega ya había salido de clase y de que estaba de pie en la puerta de la academia, mirándonos divertida. En dos zancadas llegó a nuestro lado. Pasé una mano alrededor de su cintura acercándola a mí y le di un beso en la mejilla a ella también. Ella me sonrió por un momento antes de agacharse hasta el carrito para saludar a Dante.

—¡Mi bebé precioso!

Dante dio un pequeño chillido de emoción al verla. Lo levantó en brazos del carrito y le llenó la cara de besos. ¿Se podía estar celoso de un bebé? Vega sonreía meciendo al crío. Yo los miré a los dos, dándome cuenta de que dos de las personas más importantes en mi vida habían llegado por sorpresa, y hacía muy poco tiempo.

—Por cierto —llamé su atención y agarré los tulipanes que le había comprado porque me dijo que quería decorar bonita su habitación—, flores con babas. Cortesía de mi colega aquí presente.

Vega sonrió y negó con la cabeza antes de agarrar las flores con una mano y acurrucar al bebé con la otra contra su pecho. Él suspiró y entrecerró los ojos, parecía que el paseo lo había dejado adormilado.

—Cada día está más grande.

—Es un glotón —afirmé encogiéndome de hombros divertido—. Se ha tomado dos biberones antes de venir. Casi no llegamos a tiempo.

Vega soltó una risa flojita.

—Porque a ti no te gusta comer, ¿no? —se burló.

Empezamos a andar juntos alejándonos de la academia. Yo empujando el carrito y ella con el bebé en brazos. Yo no la rebatí, acabé dándole la razón.

—Bella, comer es uno de los placeres de la vida. Igual que dormir o...

No me hizo falta acabar la frase, mi sonrisa sugerente el sonrojo de su cara después me había dejado bastante claro que sabía lo que había querido decir aunque no lo hubiese hecho. Vega siguió andando en silencio aunque seguía roja y sostenía fuerte a Dante en sus brazos. Yo caminaba al lado de ella, sin poder quitarle los ojos de encima.

—¿Planes de peli y manta? —rompí el silencio en el que íbamos caminando.

Vega me miró y asintió con la cabeza.

—Pero elijo yo.

«Elije lo que quieras, si de todas formas solo te voy a mirar a ti».

CAPÍTULO 47

Vega

El sonido de Enzo trasteando en la cocina me acompañaba a medida que deslizaba el lápiz por el folio, trazando líneas sin sentido. No me gustaba nada de lo que estaba dibujando aquel día y estaba llegando rápidamente al nivel de frustración en el que nada acabaría gustándome al final.

Entre los dos diseños que Sandy me había pedido que hiciese, el primero había sido sencillo de crear, pero claro, no había tenido la presión encima. Había sido un dibujo cualquiera, que hice un día cualquiera.

Pero aquel no. Aquel era un encargo especial.

Enzo salió de la cocina con Dante en brazos y con el biberón preparado. Se sentó en el sofá a mi lado y me miró con curiosidad.

—¿Qué dibujas?

—Sandy me dijo que podía incluir dos diseños por mi cuenta —le expliqué—. Uno ya lo tenemos pero el otro...

Él miró con atención cuando señalé el cuaderno con la cabeza. Llevaba días pensando en ese diseño, pero simplemente no sabía cómo plasmarlo en el papel. Quería que fuese diferente al primero, pero a la vez que conservase el mismo estilo. Estaba empezando a agobiarme mucho la situación y mi cabeza ya no daba a más.

Enzo frunció un poco el ceño mirando mi bloc de dibujo y se volvió a sentar a mi lado, esta vez, con el bebé encima. Lo acomodó bien en sus brazos de manera que su mano derecha quedó libre para agarrar el bloc y mirarlo de cerca. Observé lo bien que se desenvolvía con ello. A pesar de que renegaba y luchaba por hacernos creer que se le daban mal los niños cuando era todo lo contrario. Solo había que ver lo a gusto que estaba Dante entre sus brazos mientras lo miraba fijamente.

—Te queda bien —no pude evitar murmurar.

Enzo levantó su mirada del bloc y la enfocó en mí. Señalé con los ojos al bebé, dándole a entender lo que había querido decir. Sonrió y alzó una ceja.

—¿Es una proposición, bella? —bromeó y yo sentí que me ponía roja—. Si es eso a lo mejor me interesa.

Una sensación extraña me recorrió por dentro.

—¿Tienes alguna idea en mente? —cambió de tema rápidamente.

Asentí con la cabeza y recuperé mi bloc. Pasé las páginas una por una hasta dar con el primer diseño que había hecho, el que a Sandy le encantó y me pidió ver en clase, y se lo enseñé a él.

—La idea es hacer algo que sea todo lo contrario a este.

Enzo lo miró con atención, yo giré el lápiz entre los dedos mientras lo hacía. El vestido era blanco, con muchas capas de tul y unas pequeñas costuras que simulaban flores. Todo lo que reflejaba era luz. La campaña no tenía un tema concreto definido, pero Sandy me había dicho que la colección final iría en torno a él y eso me emocionaba aunque me ponía nerviosa por igual.

—Pues lo contrario del blanco es el negro —argumentó Enzo. Puse una mueca, el negro no

era un color demasiado adecuado ni tampoco uno de mis favoritos para trabajar. Mi cara se lo dijo todo—. Vale, negro no. ¿Y azul marino?

Eso sí que podría ser. Apunté la idea en una esquinita del bloc, con la idea de intentar dibujarlo en cuanto acabásemos de planear algo.

—Azul marino y, ¿qué más?

—El otro es más pomposo, ¿no? —Asentí—. Pues este que sea más pegado.

—Y que sea sencillo pero que lleve muchos complementos —añadí entonces yo.

Enzo sonrió complacido cuando volví a enfocarme de lleno en el bloc. Dibujé siguiendo las anotaciones que había hecho y fui añadiendo también algunas cosas que se me ocurrían sobre a marcha. Dibujé sin parar bajo su mirada mientras él se recostaba un poco y colocaba a Dante, que se había vuelto a dormir, sobre su pecho con delicadeza para no despertarlo.

El sonido de que alguien llamaba a la puerta interrumpió nuestro silencio y con un gesto le dije a Enzo que abría yo. Al otro lado de la puerta Mario y Chiara me miraron curiosos, como si no se esperaran haberme encontrado allí. O como si, al contrario, se lo hubiesen esperado demasiado.

—Chico listo.

Mario apuntó a Enzo con un dedo mientras este otro escondía una sonrisa burlona. Dante se removió en sus brazos y abrió los ojos al notar que llegaban sus padres. Chiara soltó una carcajada a su lado y negó con la cabeza.

—Tú ni caso —me dijo a mí antes de volver su mirada a su hijo—. ¿Cómo está el bebé de mamá?

Dante abrió las manos y las estiró hasta su madre que lo cogió en brazos y le dio miles de besos.

—¿Cómo se ha portado? Enzo, me refiero—preguntó Mario mirándome a mí.

El susodicho le puso mala cara y se incorporó del sofá para quedar a su lado de pie.

—Qué gracioso, hoy estás que te sales.

Chiara los ignoró y acurrucó a su hijo entre los brazos.

—¿Quién es el bebé aquí? ¿Él o vosotros? —se burló.

—Definitivamente ellos —le seguí la corriente.

Enzo me miró con ojos suplicantes. Se movió a mi lado y mi pulso se empezó a descontrolar un poco. Mario y Chiara nos miraban con ojos curiosos.

—Bella, tú tienes que estar de mi parte, no de la suya —susurró pasando un brazo por encima de mis hombros y pegándose más a él.

Inspiré hondo, tratando de no pensar en lo cerca que estábamos.

En que su brazo me abrazaba contra él.

En lo bien que olía.

—¿Nos vamos, amor?

La voz de Chiara me hizo volver a la Tierra. Mario asintió y agarró el carrito del bebé.

—Creo... que yo también me voy —sugerí yo también en cuanto ellos cerraron la puerta al salir.

—Quédate un rato.

Dije que sí, pero noté que en un momento a otro el aire entre nosotros se había vuelto denso. Cargado de tensión. Ninguno de los dos había vuelto a sacar el tema de los besos y no sería yo la que lo hiciese.

Aunque me muriese de ganas de repetirlo.

Una y otra vez.

Enzo tiró de mí hasta el sofá, donde se sentó y me arrastró a su lado. Me encogí en sus brazos y apoyé la cabeza en su hombro. Quizás sí que debía quedarme. De todas formas, al final la peli había quedado en un segundo plano con Dante con nosotros. Aunque cuando sentí sus manos acariciarme el pelo y los brazos con delicadeza, me dije a mí misma que no era la película.

Era él por lo que quería quedarme, por más miedo que me diese pensarlo.

Lo miré mientras la veíamos, o al menos, mientras Enzo la veía, porque toda mi atención estaba en sus ojos verdes y en cómo sus manos se movían por mi cuerpo suavemente.

Pensé que ojalá pudiese quedarme así para siempre, con sus brazos envolviéndome toda la vida.

Y ni siquiera sé en qué momento acabó la película, porque en un instante me quedé dormida sintiendo un suave cosquilleo de algo nuevo.

Sintiéndolo a él.

CAPÍTULO 48

Vega

El sol que se colaba por la ventana me calentaba la piel y me acabé por incorporar un poco en la cama cuando sonó la alarma. Últimamente no dormía demasiado bien por culpa de los nervios de la Semana de la Moda, precisamente porque la semana era justo esa misma semana. El tiempo se me pasaba cada vez más rápido y me estaba dando cuenta de que eso era porque cada segundo que pasaba allí estaba siendo más que aprovechado.

Sandy y yo estábamos como locas terminando pequeños detalles y revisando los que ya teníamos listos. Los diseños llevaban días terminados, pero las dos insistíamos en revisarlos a cada momento en busca del más mínimo fallo que pudiesen tener. Ella estaba casi más emocionada que yo por presentar mis diseños, porque afirmaba que iban a ser las joyas del desfile. Me mareaba incluso pensar que miles de personas iban a ver mi trabajo, sobre todo porque hacía menos de un año ese trabajo solo había vivido encerrado entre las cuatro paredes de mi habitación.

Me metí a la ducha para despejarme un poco y arreglarme antes de ver a Sandy para desayunar y empezar a trabajar temprano. Tampoco quise tomarme más tiempo del necesario bajo el chorro de agua caliente, y al parecer había sido una buena decisión ya que apenas me dio tiempo a envolverme con una toalla cuando escuché mi teléfono sonar y por la hora supe exactamente quién era.

—Reina, ¿qué tal? —saludó Lara en cuanto descolgué.

—Buenos días.

Lara enfocó el teléfono de modo que pude ver con claridad donde estaba. Una sonrisa sincera se extendió por mi cara de manera automática. Ella estaba sentada en el suelo y apoyada en la butaca de mi abuela quien le estaba haciendo unas trenzas de raíz.

—Estoy acaparando a tu abuela aprovechando que no estás.

Mi abuela sonrió mientras seguía a lo suyo.

—Esta amiga tuya está medio loca. Le voy a decir que no venga más —murmuró ella escondiendo una sonrisa.

Lara frunció el ceño y mi abuela le dio un golpecito en la frente con cariño. Me hacía feliz verlas juntas. Mi amiga se había acostumbrado a ir a visitarla casi todos los días desde que yo estaba en Milán y desde su casa hacíamos videollamada para que mi abuela me viese. Entre eso y las veces que mis padres hacían lo mismo no había tenido que perder la comunicación con mi abuela y nos veíamos todo los días, aunque fuese a través de una pantalla.

Lo mejor de todo es que en ese tiempo ambas se habían cogido mucho cariño, aunque ya se llevaban bastante bien antes de que yo me fuera.

Lara es, literalmente, mi abuela si hubiese nacido en nuestra época.

Las dejé «discutiendo» mientras yo iba al armario en busca del vestido nuevo. Después de lo que hablé con Enzo me había dedicado exclusivamente a confeccionarlo. No se lo había enseñado a nadie, pero quería que ellas lo vieran primero. Volví hasta la cama donde tenía apoyado el móvil mientras que Lara y mi abuela seguían hablando entre ellas. Carraspeé

llamando su atención mientras sacaba el vestido de la percha y lo sostenía en alto.

—Hostia —musitó Lara y mi abuela la chistó para que no dijera palabrotas.

—¿Os gusta?

Me mordí el carrillo esperando que me dieran su opinión. A mí me encantaba pero claro, lo había hecho yo, así que mi opinión no era muy objetiva que digamos.

—Es precioso, mi vida.

La voz de mi abuela estaba llena de emoción.

Inspiré hondo al ver su reacción y que les gustaba tanto como a mí. Ese vestido era muy especial por todo lo que significaba: nuevas oportunidades, metas y sueños cumplidos.

Incluso Sandy me dijo que la única que merecía llevarlo puesto el gran día era yo y no aceptó un no como respuesta.

—Es el vestido que voy a llevar al desfile —les confesé a ellas por primera vez.

Lara juntó los labios en una sonrisa, intentando callarse lo que estaba pensando, pero que sus ojos gritaban. Mi abuela en cambio no se calló.

—Verás el italianillo cuando te vea —soltó de repente.

Abrí mucho los ojos y mi amiga disimuló su carcajada con una tos. La miré mal y simplemente se encogió de hombros con aire inocente.

—*She knows* —murmuró.

—¿*She knows* o tú se lo has dicho? —pregunté.

—Paso demasiado tiempo con ella, Vega. Se me escapa —se excusó—. Además, lo del beso no se lo dije.

Cuando se dio cuenta de que entonces sí que lo había dicho se tapó la cara y empezó a reírse a carcajadas que me acabó contagiando. Lara era mi mejor amiga, pero no era buena con los secretos ni guardándose los *spoilers* porque se le acababan escapando sin querer.

—¡Lara! —exclamé riendo.

Mi abuela empezó a reírse también mientras ataba las trenzas de Lara con una gomilla pequeña.

—Pues con más razón. Ese día vas a estar guapísima y vas con un acompañante guapísimo también.

Eso era cierto. Enzo no había dudado ni un momento cuando le propuse que me acompañase, aun sabiendo que le costaba un mundo pasar de sus vaqueros y ponerse un traje.

—¿Piensas que te voy a dejar sola en tu gran día? Yo voy a estar ahí contigo. Cuanto más cerquita mejor —había dicho guiñándome un ojo de manera coqueta.

Mientras guardaba de nuevo el vestido y pensaba en ello no pude evitar sonreír. Porque al pensarlo una sensación bonita me recorría el pecho y me recordaba una y otra vez que no estaba sola.

Que tenía muchas personas para mí dispuestas a darme una mano.

Que aunque decidiese irme a la Luna, a Marte o a cualquier sitio que se me ocurriese, no lo haría sola.

Sería Enzo el que me llevaría de la mano y de eso, para bien o para mal, estaba más que segura.

CAPÍTULO 49

Enzo

Me guardé el móvil en el bolsillo del delantal después de mirar la hora por quinta vez. Aquella noche sería el desfile de la Semana de la Moda y al final por pasar tanto tiempo con ella, Vega me había pegado los nervios por el gran momento.

Había quedado con ella en que se arreglase en mi casa, e incluso Chiara se había ofrecido a maquillarla y peinarla, así que ella, Mario y yo estábamos limpiando y recogiendo la tienda para poder cerrar temprano e irnos. Lo mejor era que al ser sábado solo abríamos hasta el mediodía, por eso teníamos que dejarla lista antes de ello.

Dante estaba allí con nosotros. Él dormía tranquilo en su sillita después de haber comido y haberse quedado frito en los brazos de mi amigo, mientras que nosotros limpiábamos intentando hacer el menor ruido posible para no molestarlo. El móvil empezó a sonarme en los bolsillos e intenté cogerlo rápido para no despertar al bebé. Todos suspiramos con tranquilidad al ver que seguía durmiendo como si nada. Con cuidado dejé la escoba junto al mostrador y contesté la llamada yendo hacia la puerta para poder hablar mejor y no en susurros.

—¿Diga? —descolgué la llamada.

—Buenas tardes, ¿hablo con Enzo Scianca?

Fruncí el ceño confundido. Me había causado curiosidad que el prefijo del teléfono fuese español, pero aquella voz me sonaba y me acababa de hablar en español, confirmando que la llamada me la estaban haciendo desde allí. Intenté hacer memoria de quien pudiese ser a la vez que contestaba.

—Soy yo.

La risa inconfundible que la persona soltó al otro lado me hizo darme cuenta de que sí conocía esa voz muy bien y reconocí a la persona que me estaba llamando, aunque no tenía ni idea del porqué.

—¿Cómo está mi milanés favorito?

—Soy el único milanés que conoces, Martín —rebatí yo burlesco.

—Por eso eres mi favorito —insistió él.

Negué con la cabeza divertido. Martín había sido uno de mis profesores de la universidad cuando estuve viviendo en Valencia hacía un par de años y también mi tutor todo ese tiempo. Siempre había sido un profesor muy entregado con lo que hacía y no tuve problemas con él, todo lo contrario, incluso llegamos a hacernos un poco amigos. Pero después de volver a Milán había perdido el contacto después de que me fui sin avisar y él me había llamado preguntando las razones que tuve para hacer aquello sin más, cuando solo me quedaban un par de asignaturas para graduarme.

—Antes de que me digas que no, te estoy llamando por lo que ya sabes.

No entendía las razones de esa llamada tanto tiempo después, ni porqué precisamente en ese momento cuando parecía un tema ya zanjado.

—No voy a volver, Martín —expuse tajante.

—Acabo de decirte que no me dijeras que no.

El profesor había usado un tono autoritario, pero incluso desde la distancia pude imaginar cómo sus labios se curvaban en una sonrisa en aquel momento.

—Hay una convocatoria nueva en Mayo. Te quedan solo un par de asignaturas y ya estaría, porque el trabajo final lo tienes acabado.

Había estado durante todo el curso buscando información y redactándolo bajo la supervisión de Martín. Me motivaba tanto el tema y la carrera en general que lo tuve terminado en un pestañeo, pero el hecho de volver era algo que todavía no me convencía.

Era la misma conversación que habíamos tenido entonces. Un pequeño esfuerzo y ya estaría, pero yo no sabía si me sentía con ganas de intentar nada.

—No sé. No creo que sea buena idea.

Miré por encima del hombro al sitio donde Chiara y Mario charlaban mientras me dedicaban miradas furtivas, señal de que estaban escuchando algo de la conversación.

—Si por alguna señal del destino cambias de opinión, este es mi teléfono. Los dos sabemos que esto es lo que te gusta. No tienes por qué renunciar a tus motivaciones por terceras personas.

Sabía demasiado bien que se estaba refiriendo a ella. A Marina. Porque a pesar de que no quise explicarle expresamente los motivos que me llevaron a esa decisión, supuse que los cabos se acabaron atando solos después de un tiempo. Sabía que lo había dejado todo después de romper con ella y todo ese tiempo después de todo todavía estaba reacio a recuperar todo lo que perdí por estúpido.

—Enzo, piénsalo.

Se despidió de mí antes de colgar y dejarme solo con mis propios pensamientos. Inspiré hondo, sus palabras habían calado hondo en mí y me pregunté si Martín tendría razón. Si todavía no era demasiado tarde para nada que no estuviese dispuesto a hacer.

Mi mirada fue directa a la calle y vi de lejos llegar a Vega, que me sonreía y llevaba en alto una percha en la que imaginaba que estaba el vestido que se pondría aquella noche.

Pensé que ella era valiente, mucho más que yo.

Estaba orgulloso de ella por haber puesto sus sueños por delante sin importarle las consecuencias.

Un nudo me comprimió el pecho.

¿Era esa la señal para que aceptase la oferta?

CAPÍTULO 50

Enzo

Chiara llevaba más de dos horas encerrada con Vega en mi habitación mientras se preparaba, y yo ya estaba empezando a ponerme un poco nervioso. Dante, que se había despertado, me miraba embobado desde su sillita mientras yo me cerraba los botones de la camisa. Vega me había ayudado a escogerla y yo había seguido sus consejos al pie de la letra porque, claramente, ella era la experta en el tema. Me peiné un poco con los dedos mientras volvía al lado de mi sobrino, quien de repente hizo un puchero antes de empezar a llorar.

—Espera, colega —susurré mientras lo desataba para cogerlo en brazos.

Lo levanté y lo sujeté contra mi pecho intentando mecerlo para que dejase de llorar. Dante se removía inquieto en mis brazos hasta que por un momento pensé que lo había logrado, pero antes de poder darme una palmadita de enhorabuena a mí mismo, empezó a llorar otra vez y lo hizo mucho más fuerte.

—Ya casi estamos —intervino Chiara que se asomó al salón—. Dale el chupete, está en el bolso de los pañales.

Ella se volvió a perder en mi habitación y yo procedí a rebuscar con una mano en el bolso, y con la otra sujetaba al bebé mientras intentaba mecerlo.

En cuanto lo encontré se lo puse y mágicamente dejó de llorar, acurrucándose en mis brazos y succionando el chupete con fuerza. Solté un suspiro de alivio. Me senté en el sofá con él en brazos y lo acurruqué contra mi pecho. Él se volvió a quedar dormido rápidamente. Lo miré fijamente mientras su respiración se volvía pausada y soltaba pequeños suspiros entre sueños.

Todavía me costaba imaginar que hacía tan poco tiempo él no estaba y que meses después se hubiese convertido en una parte esencial de mi vida.

La puerta de mi habitación se abrió poco después y Chiara salió primero con una sonrisa de oreja a oreja. Su emoción me puso nervioso.

—Te vas a morir —me susurró mientras me quitaba a Dante de los brazos y yo me levantaba del sofá.

Arqueé las cejas y ella asintió con la cabeza animadamente.

No me dio tiempo a replicar mucho más cuando vi a Vega salir de mi habitación hasta donde estábamos. Con los tacones repiqueteando en el suelo del apartamento.

Casi tuve que sujetarme la mandíbula para que no tocara el suelo. Esa mujer iba a matarme de verdad.

Vega llevaba un vestido azul marino con una abertura que dejaba su pierna derecha a la vista y le realzaba todas las curvas. El vestido tenía destellos brillantes que le daban un toque especial y además ella lo había complementado con el collar que le regalé por Navidad y unos pendientes preciosos que le había dejado mi amiga. También llevaba el pelo recogido en una trenza que le caía sobre un hombro y los ojos maquillados en tonos oscuros. Se había pintado los labios de color rojo y mi cabeza solo planeaba escenarios en los que terminaba quitándoselo a besos.

Podría haberme caído de culo en aquel momento si Chiara no me hubiese estado sujetando mientras daba saltitos de emoción. Intenté tranquilizarme un poco mentalmente antes de

acercarme a ella lentamente, que me miraba tímida.

Supuse que estaba nerviosa por todo y la había escuchado decirle a Chiara que ella nunca se maquillaba tanto y que se veía rara, pero yo la veía preciosa. Le di un beso en la mejilla y agarrando su mano la hice girar sobre sí misma.

—Voy a ser la envidia de esta noche, bella.

Vega me sonrió pareciendo un poco más cómoda con su apariencia.

—Lo mismo te digo, italiano —me piropeó y esta vez fue ella la que me besó en la mejilla—. Estás muy guapo.

Se sonrojó un poco al decirlo, así que debía de ser verdad.

—Voy por mi bolso y ya podemos irnos.

Asentí y ella se perdió de nuevo dentro de mi habitación para coger las últimas cosas que le faltaban. Chiara se acercó acechante hacia mí. Mucho había tardado en hacerlo para ser ella.

—Está guapa, ¿verdad? —preguntó con inocencia fingida.

—Al grano, que ya nos conocemos.

—Solo quería recordarte lo importante que es aprovechar las oportunidades que nos da la vida.

Me dio un par de golpecitos en el pecho remarcando sus palabras.

—Por si se te olvida.

Ella se encogió de hombros de manera inocente. Su mirada me hizo ponerme a pensar en lo que le habría dicho a Vega allí dentro y sentí cómo me empezaban a sudar las manos. Conociéndola, no había sido demasiado discreta. Fui a replicar cuando Vega salió y llegó hasta mi lado. Rodeé su cintura con el brazo mientras empezábamos a andar hasta la puerta.

—Enzo —me llamó mi amiga—. Oportunidades.

Negué con la cabeza antes de cerrar la puerta y bajar las escaleras con Vega de la mano.

CAPÍTULO 51

Vega

A veces los sueños pueden ser tan abstractos como una emoción.

Algo que está en nosotros y que la mayoría del tiempo puede ser difícil de expresar en voz alta.

Algo que poco a poco se va construyendo hasta convertirse en algo real y duradero.

Los sueños no son fáciles, pero sí son reales, sí existen. Solamente hay que creer en ellos.

CAPÍTULO 52

Vega

Aquel desfile me parecía demasiado. Todo aquello era mucho más de lo que me había imaginado. La gente entraba y salía ajetreada mientras muchos invitados iban llegando y ocupando sus sillas frente a la pasarela. Las luces de colores iluminaban toda la gran sala y la música fuera de calmarme estaba haciendo que me pusiera más nerviosa.

Enzo debió de notar que estaba en tensión porque apretó más la mano que me tenía agarrada y me sonrió cuando lo miré. Sus ojos me decían todo lo que necesitaba saber para estar tranquila. Muchas personas llevaban percheros gigantes con ropa, y de detrás de ellos salió Sandy, que llegó también corriendo a mi lado y me abrazó.

—¿Qué tal? ¿Nerviosa?

Supuse que era una pregunta retórica ya que el temblor de mis manos debía de haberle dado una clara respuesta, pero aun así asentí eufórica y escuché a Enzo reírse a mi espalda. Posó las manos sobre mis hombros y se inclinó hasta Sandy.

—Cuando íbamos entrando he tenido que sujetarla fuerte por miedo a que saliese corriendo —bromeó.

Lo miré tímidamente porque me daba un poco de vergüenza admitir que lo que había dicho no era tan broma como Sandy se esperaba. De verdad parecía que me fuese a desmayar en cualquier momento.

Otra ola de gente pasó por mi lado cargando maletas y accesorios mientras Sandy les iba dirigiendo e indicando donde tenían que ir colocando todo. Se giró hacia mí mientras lo hacía.

—Quiero que me ayudes a darle el visto bueno a algunas cosas —me pidió ella mientras me tomaba suavemente de la mano.

Miré a Enzo que me sonrió y asintió con la cabeza. Estaba tan guapo que me estaba costando horrores no mirarlo demasiado, aunque no podía evitarlo. Sandy me señaló con un dedo donde estaban preparando todo y la dejé ir mientras hablaba con él.

—Me sabe mal dejarte solo cuando has venido a acompañarme —murmuré.

Enzo me pasó sus brazos alrededor de la cintura pegándome a él. Acto seguido depositó un beso en mi hombro desnudo que casi hace que me diese un vuelco el estómago y empezase a temblar si los nervios del desfile no estuviesen haciendo ya el trabajo.

—Solo va a ser un momento. —Señaló la puerta por la que mi profesora había desaparecido—. Ve, aquí te voy a estar esperando.

Asentí y me deshice de su agarre. Él tiró de mí para darme un pequeño beso cerca de la comisura de los labios antes de dejarme ir.

Enzo era una pieza clave en mi vida, era uno de los mayores apoyos que yo estaba teniendo. Él se había preocupado por mí cada día, me había ayudado y me hacía sentirme querida en un sitio que estaba tan lejos de mi casa. Me quedé mirándolo antes de separarme de su lado y empezar a andar.

Sabía que todo era más complicado de lo que en un momento parecía.

Me di cuenta de que lo estábamos complicando todo porque me estaba enamorando de él.

Entré a la habitación que Sandy había señalado y miré a mi alrededor. En uno de los laterales había un perchero gigante del que colgaban demasiados vestidos, cada uno más bonito que el anterior. Paseé los dedos por ellos deleitándome de la suavidad de las telas y también buscando mi diseño. Eso era lo que yo había soñado, y por fin era real. No podía esconder mi sonrisa al pasar por el lado de las modelos quienes me devolvían la sonrisa mientras las maquillaban para salir. Escuché a alguien carraspear a mi espalda.

—¿Buscas esto?

Al girarme casi me da algo de la emoción. Una chica rubia llevaba puesto mi vestido y podía jurar que era mucho más bonito de lo que recordaba. Sandy se puso a mi lado y me dio un apretón en el hombro. Yo parpadeé intentando apartar las lágrimas.

—Te lo mereces —susurró sonriendo.

Me giré hasta ella y la abracé. Nunca podría olvidar la oportunidad que ella me había dado. Sin su ayuda nada de eso podría haber sido posible.

—Gracias, gracias, gracias.

Sandy se rio bajito y entrelazó sus manos con las mías.

—Solo quería enseñarte esto para que fueras la primera en verlo —confesó—. Ya aquí no hay nada más que hacer. Ve con él.

Enzo seguía justo donde lo dejé. Miraba con curiosidad a su alrededor, con las manos en los bolsillos del pantalón. Me acerqué sigilosamente a él y lo abracé desde atrás. Él cogió mis manos y las besó antes de darse la vuelta y abrazarme también a mí.

Desde el primer momento supe que mi familia no iba a poder estar aquel día pero aun así era normal que me sintiese triste por no tenerlos conmigo. Sin embargo, él estaba haciendo todo lo posible para que no notase su ausencia.

Con él siempre estaba feliz.

Enzo me apartó mi mechón de pelo rebelde que se había salido de la trenza y lo acomodó detrás de mi oreja. Sonrió mientras lo hacía y quise morderle la sonrisa.

—¿Vamos?

Entrelazó sus dedos con los míos y me dio un beso en la mejilla antes de dejar nuestras manos caer.

—Vamos.

Esa noche, de la mano de mi chico especial, todo lo que un día había soñado por fin empezaba a volverse una realidad.

CAPÍTULO 53

Enzo

Nuestros asientos estaban a pie de pasarela, donde se sentaban también los representantes de grandes marcas y compañías, y llevé a Vega de la mano mientras buscaba nuestros nombres escritos en las sillas perfectamente colocadas allí.

Debíamos vernos muy diferentes. Ella tan guapa y tan echa a ese sitio y yo que parecía un pez fuera del agua. Pero cuando de vez en cuando Vega me miraba y sonreía, me repetía a mí mismo que no podría estar en un sitio mejor que junto a ella.

Que con ella encajaba a la perfección.

Acaricié su mano con mis dedos suavemente, intentando transmitirle mi apoyo y algo de tranquilidad. La sentía temblar bajo la yema de mis dedos. Ella miraba todo de una manera tan intensa que me confirmó que todo eso era su mundo, que era para lo que definitivamente había nacido, si por alguna casualidad todavía no me había quedado claro, mientras que yo no podía apartar mi mirada de ella.

No podía dejar de mirarla.

Me había dado cuenta de que era algo que me pasaba mucho.

Mis ojos la buscaban en donde quiera que estuviese, en cualquier momento, y cuando la encontraban, luchar era en vano porque Vega siempre estaría en sus órbitas.

Las luces cambiaron de color dando paso al modelo principal de la colección que Sandy había presentado. Miré a Vega, la sentí temblar más fuerte a mi lado. Una chica empezó a desfilarse frente a nosotros con su diseño puesto. Sentí un tirón en el estómago, las ganas de llorar acumulándose en mi garganta y mis ojos se encontraron con los de ella.

Toda ella deslumbraba.

Pensé que no podría sentir más orgullo en el momento que la modelo se giró hasta donde estábamos sentados y le entregó un ramo de flores gigante. La gente aplaudía eufórica y me uní a su celebración. A nuestro lado, Sandy aplaudía emocionada mientras Vega abrazaba a la chica y luego la abrazaba a ella.

Vega era única.

Bonita.

Soñadora.

Así era cómo más me gustaba verla.

Y en el momento que vi una lágrima de felicidad correr por su mejilla, confirmé que a partir de ese momento, haría todo lo que estuviese en mis manos para que siempre fuese así.

CAPÍTULO 54

Vega

Sabía que mi vestido cerraría la colección aquella noche, pero realmente no fui consciente de ello hasta que lo tuve frente a mis narices.

Podía ver la emoción de Sandy, la de Enzo y la de todas las personas que nos rodeaban. Por primera vez en mi vida fui capaz de reconocer que eso que tanto me gustaba, eso con lo que tanto soñaba, merecía totalmente la pena.

Que realmente servía para eso, que me lo merecía.

Pensé en la cara de mi abuela al verme allí. Sabía que diseñar siempre fue uno de sus mayores sueños, y el que yo estuviese allí aquel día se lo debía en mayor parte a ella.

Pensé en mis padres, en la manera en que mi padre se estaría haciendo el fuerte intentando esconder las lágrimas igual que lo hizo cuando me gradué del instituto. En mi madre cantando y bailando en el salón de casa celebrándolo. Los echaba mucho de menos, pero venir a Milán había sido lo mejor que me podría haber pasado en la vida.

Volví mi vista hasta Enzo, que esperaba impaciente para poder felicitar me.

—¡Bella! Estoy muy orgulloso de ti.

Me abrazó y yo le rodeé la espalda con los brazos. Sonreí cuando nos separamos, y en el momento en el que lo miré a los ojos, brillantes de orgullo, se me encogió el corazón.

No sabía en qué momento había empezado a sentir tanto por él, pero lo hacía, y era real.

Mucho.

Tanto que lo único que pude pensar fue en cuanto me hubiese gustado besarlo en ese momento, aunque estuviésemos delante de toda esa gente.

Que me daba igual hacerlo.

Lo escuché llamarme, pero las palabras murieron en su boca cuando en un impulso enredé las manos en su nuca y lo atraje hasta mí, capturando sus labios con los míos.

Yo ya le quería y, aunque no creía en nosotros, no sabía si sería demasiado tarde para salvarme de aquello sin
pagar con demasiada cicatriz
Elísabet Benavent, *Un cuento perfecto*

CAPÍTULO 55

Enzo

Siempre había pensado que las cosas como el amor no estaban hechas para mí. Tampoco había sido algo que me quitase el sueño si tuviese que ser sincero.

Desde que era pequeño me había acostumbrado a ver el amor desde fuera, como un espectador. Había visto a muchos de mis amigos enamorarse. Veía cómo Mario miraba a Chiara todos los días y, a pesar de que cuando mi padre murió yo era muy pequeño, todavía podía recordar la complicidad que él tenía con mi madre y cómo le brillaban los ojos cuando la miraba.

Por eso cuando conocí a Marina quise creer que yo también estaba enamorado.

Quise experimentar en la piel y en el corazón ese cosquilleo que todos dicen que se siente.

Esa falta de aire y las mariposas que revolotean en la tripa.

Después de todo lo que habíamos vivido y de lo que nuestra relación nos había afectado, me dije a mí mismo que tal vez el amor no estaba hecho para mí. Me había resignado a seguir viéndolo desde fuera.

Lo había hecho hasta que llegó ella.

No lograba descifrar qué era esa presión en el pecho cuando estaba cerca de Vega.

El cosquilleo que me recorría cuando la miraba a los ojos y ella sonreía.

Eran más de las dos de la madrugada cuando llegamos a mi casa. Ninguno de los dos había hablado demasiado por el camino y me atrevería a asegurar que por las mismas razones. Había sentido su pulso acelerado bajo el agarre de mi mano desde que salimos del evento, y si yo podía sentirlo, seguro que ella también había sentido el mío.

No había logrado recuperarme de la sorpresa, del momento en que Vega posó sus manos sobre mi nuca atrayéndome hasta ella y me besó delante de toda aquella gente.

Ella.

La chica menos impulsiva que había conocido.

Ella que planeaba todo hasta el más mínimo detalle.

Mi mente repetía el momento una y otra vez e inconscientemente junté mis labios recordando el sabor de los suyos.

Encendí las luces a la vez que Vega entraba detrás de mí cerrando la puerta del exterior. Tenía que recoger sus cosas antes de volver hasta la residencia. Me quité la chaqueta de un movimiento y la tiré encima del sofá, donde cayó sin mucha gracia. Vega escondió una mueca de burla mientras se desabrochaba los tacones y se masajeaba los pies con un suspiro.

—¿Te duelen?

Ella asintió con ahínco mientras movía los dedos de los pies.

—No me siento los dedos pequeños.

Me reí mientras llegaba hasta ella. Vega pasó sus manos por encima de mis hombros y yo le rodeé la cintura con las mías. Sus ojos marrones brillaban más que nunca y se le marcaban los hoyuelos de una sonrisa que no podía disimular.

—Estoy muy feliz.

—Tú me haces feliz a mí.

A los dos nos tomaron por sorpresa mis palabras.

Era una confesión a medias, porque también lo había sido en parte para mí. Ni siquiera fui consciente de la verdad que encerraba aquella frase hasta que me vi a mí mismo pronunciándola en voz alta.

Llevé mis manos a su rostro, acariciando sus mejillas. No sabía si eso que sentía por Vega era amor, ni tampoco si me estaba enamorando de ella. Lo único que sabía era que ya no aguantaba ni un segundo más sin tocarla.

Bajé mi vista hasta su boca entreabierta y ella se acomodó el pelo de manera inconsciente. Fue el empujoncito que me faltaba para que un segundo después sus labios se encontraran con los míos. Enredé los dedos en su trenza, apretándola contra mi cuerpo, mientras ella jadeaba en mi boca.

Por un momento no existió nada más, solo nosotros.

Solo sus manos en mi pelo.

Solo las mías subiendo por su pierna siguiendo la abertura de aquel vestido que me tenía mal desde que se lo había visto puesto.

Vega suspiró sobre mis labios cuando mirándola a los ojos tomé su labio inferior entre mis dientes. Sonrió contra mi boca antes de retomar el beso que yo correspondí sin titubear como si necesitara su contacto para respirar.

Porque besarla fue volver a sentirlo todo con un solo roce de su boca.

Besar a Vega era diferente y sabía que después de haberla besado a ella, no querría besar a nadie más.

Acaricié su espalda descubierta con las manos, su piel erizándose al contacto con las yemas de mis dedos. Nuestros labios moviéndose en sintonía, como si estuviesen solo hechos para ello. Apoyé la espalda en la pared y en un movimiento rápido la atraje más a mí. Vega apoyó las manos sobre mi pecho a la vez que bajaba sus labios hasta mi mandíbula. Dejó un reguero de besos a su paso que me pusieron más nervioso de lo que ya estaba y apreté más mi agarre en sus caderas.

Cuando sus ojos volvieron a los míos me dio miedo lo que vi en ellos.

Me dio miedo ver cómo ella me miraba, porque estaba seguro de que era de la misma manera que yo la estaba mirando a ella.

Volví a besar su hombro desnudo mientras la abrazaba fuerte contra mí. Las emociones saliendo por los poros de mi piel. Mi voz sonó mucho más ronca de lo que la recordaba cuando al fin encontré las palabras.

—Tenemos que parar —murmuré.

—No quiero —refunfuñó antes de volver a besarme.

Pero teníamos que hacerlo. Porque yo al fin había tomado una de las decisiones más complicadas de toda mi vida hasta el momento. No quería dar un paso así con ella para luego tener que decirle que me iba a Valencia un tiempo. No quería que ella pensara que lo que pudiésemos tener no merecía mi atención.

Mis manos subieron por sus piernas hasta pararse un poco por encima de lo que cubría la abertura del vestido.

Quería eso. Quería besarla hasta que no pudiese más. Quería desnudarla y tocarla lento. Quería acariciarla hasta aprender de memoria cada tramo de piel, cada lunar y cada marca. Quería tantas cosas que no debía hacer.

Porque sabía que me iba a enamorar de ella.

Porque no me gustaba echar de menos.

Porque había prometido que no iba a volver a ser vulnerable.

Y ahí estaba, mandándolo todo a la mierda por una sola mirada de sus ojos marrones.

—Vega. —Me despegué de su boca y ella abrió los ojos para volver a mirarme—. Te juro que yo tampoco quiero, pero tenemos que parar.

—Enzo... yo —titubeó un poco—. Si no te gusto no pasa nada. Puedes decirlo, yo...

Jamás la había visto tan insegura. Quise darme una bofetada mental por haber sido un imbécil, por hacerla sentirse mal. Ella creía que no me gustaba mientras yo trataba de controlarme lo suficiente para no arrancarle la ropa allí mismo. Bajó la mirada avergonzada. Yo tomé su cara entre mis manos para que volviese a mirarme.

—Te estás equivocando.

Entrelacé sus dedos con los míos hasta llevarla a mi pecho. Posé su palma justo encima de mi corazón para que pudiese notar mi latir descontrolado.

—El problema no es que no me gustes lo suficiente. El problema es que me gustas muchísimo. Demasiado.

Acaricié sus mejillas y ella volvió a sonreír tímidamente. Sus labios estaban levemente hinchados a causa de mis besos.

—Voy a volver a Valencia para terminar los exámenes. Eres muy especial para mí, Vega, y no quiero irme habiendo empezado algo contigo porque te mereces mucho más, no algo a medias. —Seguí acariciando su piel mientras decía aquello—. Dime que lo entiendes, por favor.

—Lo entiendo.

—Vamos a tomárnoslo con calma.

Le di un beso corto en los labios antes de levantarla en brazos. Vega soltó un pequeño grito por la sorpresa y se agarró fuerte a mi cuello mientras reía a carcajadas.

—¿Estás loco? ¡Bájame!

Abrí la puerta de mi habitación con un pie mientras andaba con ella hasta mi cama. Mino nos miraba quieto desde su camita. Dejé a Vega en el suelo y ella me miró sin entender nada cuando saqué una camiseta del armario y se la di.

—No hemos dicho nada sobre dormir.

Ella sonrió cómplice antes de girarse y meterse en el baño para cambiarse y aproveché para cambiarme yo también. Rodeé su cintura con las manos cuando ella se tumbó a mi lado. Acaricié sus piernas desnudas por los sitios donde no llegaba mi camiseta.

—¿Puedo cambiar de opinión? —bromeé.

Ella golpeó mi pecho con una mano.

—Duérmete ya, Enzo.

Le di otro beso corto en los labios y ella gruñó. No era yo el único que estaba intentando controlarse y no debía jugar demasiado con fuego si no quería acabar quemándome.

—Enzo...

—Ya, ya. Era el beso de buenas noches.

Su cuerpo se sacudió por la risa. No creía que ella pudiese ver en la oscuridad que nos rodeaba que estaba sonriendo, y aun así descubrí que no era capaz de dejar de hacerlo.

Esa noche me di cuenta de algo en lo que llevaba tiempo evitando pensar. Supe que si no estaba enamorado de Vega, estaba muy cerca de estarlo.

CAPÍTULO 56

Enzo

—¿Lo tienes todo?

Vega se apoyó en el marco de la puerta de mi habitación. Levanté la cabeza a la vez que terminaba de cerrar mi maleta con la ropa. Tenía suerte de que en la fecha que estábamos cada vez se acercaba más el verano y me iba a ahorrar llevarme ropa de abrigo que era lo que más ocupaba. Asentí, empezando a ir hasta ella que tenía a Mino en brazos. Sostuve su barbilla, inclinándome para dejar un beso en sus labios. El sonrojo se extendió por sus mejillas hasta llegar a sus orejas.

Me gustaba besarla.

Me gustaba robarle besos cuando menos se lo esperase y hacer que se pusiera roja de repente, porque a pesar de todo ella no parecía molestarse con ello.

Sabía que le había dicho que íbamos a tomárnoslo con calma, pero no podía evitarlo.

—Sabes que te voy a echar de menos, ¿no?

—¿Sí? —fingió sorpresa y me miró por encima de su hombro mientras dejaba al cachorro en el suelo—. Pues yo a ti no.

Enarqué una ceja ante su mirada de indiferencia. Rodeé su cintura con las manos y Vega soltó una carcajada nerviosa. Mi boca se secó por la cercanía entre nosotros.

Las ganas floreciendo. Ella suspiró cuando sintió que me movía, eliminando la distancia que separaba mis labios de los suyos.

Su boca entreabierta esperando el beso.

—Eres una mentirosa —susurré dejando un beso en su comisura—. No puedes vivir sin mí.

Vega se rio más fuerte.

—Eso es demasiado egocéntrico hasta para ti.

Pasó sus brazos por mis hombros, susurrando sobre mis labios. Tragué saliva por su cercanía y por la manera tan fácil como había invertido los papeles, dejándome desprotegido ante su contacto. Se inclinó aún más para susurrarme.

—Eres tú el que no puede vivir sin mí, italiano.

Rompí al fin la distancia y la besé. La sentí sonreír sobre mis labios.

Alguien carraspeó a nuestra espalda y Chiara entró con Dante en brazos, que pataleaba feliz al vernos. Vega se acercó hasta ellos y cogió al bebé en brazos, llenándolo de besos. Los miré embelesado. Chiara se acercó hasta mí y me dio un puño en el hombro.

—Recoge la baba —se burló.

—Calla —le respondí riéndome.

Mi amiga aprovechó para abalanzarse sobre mí y abrazarme fuerte, tanto que me estaba asfixiando. Se separó bruscamente y me señaló con un dedo.

—Como se te ocurra desaparecer y no llamarnos voy a ir a buscarte para traerte de las orejas.

Solté una carcajada ante su mirada de desaprobación, a su espalda, Vega también ocultaba una sonrisa burlona. Tenía demasiadas razones para volver a Milán en cuanto acabase el último examen. No pretendía quedarme allí ni por asomo.

—Cuídala —le pedí señalando a Vega con la cabeza.

Chiara me sonrió con los ojos brillantes y asintió, ella se había tomado muy en serio el hecho de que nosotros estuviésemos intentando algo. Mario asomó la cabeza por la puerta en ese momento.

—¿Vamos?

Le había pedido que me llevase él al aeropuerto, así que agarré mi maleta y di un último vistazo a mi apartamento. Mino, Chiara, Dante, Mario y Vega. Estaba dejando atrás una parte grande de mi vida para luchar por los sueños que un día había perdido.

Y aunque supe que iba a valer la pena, también era consciente de que iba a extrañar mucho todo lo que dejaba en casa durante esos meses.

CAPÍTULO 57

Vega

La casa de Mario y Chiara era acogedora y hogareña. Ellos me habían conocido a través de Enzo, pero en ningún momento dudaron a la hora de incluirme en su vida. Me hacían sentirme en casa siempre y era de gran ayuda saber que iba a tenerlos a ellos aunque Enzo no estuviese allí.

Dante jugaba con un mechón de mi pelo mientras Chiara a mi lado le preparaba el biberón. Hacía un buen rato que Mario y Enzo se habían ido de camino al aeropuerto, y también desde que Enzo me avisó que ya estaba embarcando al vuelo. Chiara dejó el biberón sobre la mesilla baja y extendió los brazos para agarrar a Dante. Le quité el chupete antes de devolvérselo a su madre y él me dedicó una sonrisa monísima.

—Por lo que veo las cosas entre Enzo y tú van bastante bien, ¿no?

Apreté los labios en una sonrisa tímida, sintiendo la cara arder. Sabía que se refería al acuerdo que habíamos hecho de tomarnos lo que sea que estuviese surgiendo entre nosotros con calma para saber adónde llegaba todo eso y yo tenía claro que con Chiara no tenía razones para ocultar o fingir las cosas, pero aun así me daba un poco de vergüenza.

Sobre todo porque lo preguntó de manera pícaro y recordé que entró justo cuando nos estábamos besando.

—Pero no te pongas roja, mujer —me animó, aunque no pude evitarlo—. El amor es muy bonito, no tiene porqué darte vergüenza.

Su tono de voz cambió y hasta su mirada se suavizó al tranquilizarme. Mi mente repitió sus palabras y se centraba solo en una que me parecía haber escuchado de ella.

¿Amor?

Formulé la misma pregunta en voz alta.

—¿El amor?

Ella asintió enérgicamente, afirmando mi pregunta. Sentí algo revoloteando en mi interior. ¿Estaba yo segura de que lo que sentía era amor?

La mirada de Chiara gritaba comprensión, como si ella supiese perfectamente la cantidad de emociones que estaban pasando en aquel momento por mi cabeza. Como si conociera de primera mano el sentimiento tan raro que se me había instalado debajo de la piel.

—Hay que estar muy ciego para no ver cómo te mira. —Se encogió de hombros, como si aquella afirmación fuese la verdad absoluta—. Y cómo te brillan a ti los ojos con él.

—No... no sé. Yo quiero mucho a Enzo, pero no sé si estoy enamorada de él —me sinceré—. Además, es muy pronto para eso.

Dante se había quedado tranquilo en los brazos de su madre y Chiara se levantó, dejando al bebé en su minicuna para volverse a sentar a mi lado.

—El amor no funciona así —negó y me sonrió—. No tiene un reloj que controla el tiempo para querer o no a una persona.

Me pasé una mano por el pelo recogiendo un mechón detrás de la oreja.

—A veces el amor llega cuando menos te lo esperas, como un huracán que arrasa con todo y solamente puedes dejarte llevar.

Pensé que tal vez Chiara tuviese razón, que aquello que ella acaba de decir podría ser la perfecta representación de lo que significaba Enzo en mi vida.

Un huracán que arrasa con todo.

Un huracán que llegó para cambiarla por completo.

—Yo no pensaba enamorarme del niño de ojos azules con el que jugaba de pequeña, y ahora tenemos un hijo —expuso ella queriendo darle sentido a su explicación, pero a mí ya me había quedado claro lo que estaba tratando de decirme.

Chiara tenía una de esas miradas que solo las madres tienen.

Una que hace que entiendan todo lo que pasa a su alrededor, por pequeño que fuese.

La mayoría de las veces parecía que ella se hacía la indiferente cuando en realidad ya iba varios pasos por delante.

Un tintineo de llaves y la puerta principal abriéndose hizo que saliese de mi ensoñación. Mario se asomó hasta el salón de la casa y dejó unas bolsas sobre la mesa antes de coger a su hijo en brazos para llenarlo de besos. Sentí un tirón de felicidad al ver cómo ella los miraba, con el cariño rebosando por sus ojos y yo me preguntaba si podría tener algo así un día.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Mario mientras se sentaba con el bebé sobre sus piernas.

Chiara me dio una mirada cómplice mientras sacaba la comida de las bolsas, y con Mario ya a su lado empezamos a cenar.

CAPÍTULO 58

Enzo

No tenía ni idea de cómo debía sentirme al volver. Al principio pensé que sentiría ansiedad, miedo u otras muchas cosas. No me hubiese imaginado la sensación que había tenido en el cuerpo mientras el avión aterrizaba, transportándome a su vez a unos años atrás. Un par de días atrás no hubiese sido lo mismo, pero lo único cierto fue que no sentía miedo, no sentía melancolía. Solo unas tremendas ganas de volver a comerme el mundo.

Recogí mi maleta de la cinta en cuanto la vi pasar y, con ella y mi mochila a la espalda, busqué la salida. Una carcajada brotó de mi garganta cuando vi al personaje que sujetaba un cartel con mi nombre y un mensaje debajo. Había insistido en venir a recogerme al aeropuerto en el momento que lo llamé para contarle que iba a ir, y yo no había tenido otra opción que aceptar que lo hiciese, porque sabía que igualmente acabaría haciendo lo que quisiera.

Martín me envolvió en un abrazo en cuanto llegué a su lado, dándome palmadas en la espalda de manera eufórica.

—¡Italiano cabezota! —exclamó al separarse de mí.

—¿No me dirás primero «hola»?

Mi profesor se ajustó las gafas redondas para mirarme fijamente. Estaba tal y como lo recordaba, como si nunca me hubiese ido y no hubiese pasado todo aquel tiempo desde la última vez que nos habíamos visto.

Ajusté mi mochila con la mano en el mismo instante que Martín me echaba un brazo a los hombros, andando hasta la salida por fin. La calidez de la ciudad era bastante a pesar de que ya casi se estaba haciendo de noche.

El profesor señaló un coche azul para hacerme un gesto y que me subiese en él. Metí mi maleta en el maletero del coche y cuando cerré la puerta del copiloto, él arrancó el coche para ponernos de camino a una pequeña residencia donde yo había alquilado una habitación para aquellas semanas. No era una de las mejores de la ciudad pero sí una de las pocas opciones que había encontrado a esas alturas del curso, además de que tenía mi propio espacio y era económico. No podía quejarme.

—Espero que vengas con ganas, no creas que porque me caigas bien vas a tener privilegios.

Martín acabó con el silencio que nos envolvía dentro del coche, haciéndome sonreír.

—Ni se me ocurriría pensarlo.

El aire de la ciudad se metía por la ventanilla del coche, despeinándome el pelo, y la radio emitía música bajita que hacía el viaje en coche mucho más agradable. Me fijé en el ambiente de la calle y en la gente que iba y venía de un lado a otro.

La parte mala había cubierto todos los buenos recuerdos que conservaba de ese lugar, aunque al volver podía recordar perfectamente la razón por la que decidí viajar y elegir aquel destino.

—¿Cómo va todo por casa? —se interesó Martín a mi lado, parándose a mirarme mientras el semáforo seguía en rojo.

Él me escuchaba atento mientras yo empezaba a contarle un poco de lo que habían sido los últimos años para mí y todo lo que había vivido en Milán desde mi regreso. Le conté cómo mis

amigos me recibieron de vuelta como si nunca me hubiese ido de allí y que me habían convertido en tío. Incluso llegué a enseñarle algunas fotos de Dante.

Le conté que estaba contento trabajando en una tienda y que había adoptado a un cachorro pequeño que un día me hizo conocerla a ella.

—¿Cómo es la afortunada?

—¿Vega?

El semáforo volvió a ponerse en verde y su vista se fijó en la carretera, pero pude ver cómo asentía moviendo la cabeza aunque no pudiese mirarme mientras yo hablaba.

—Ella es... ella. —Martín se rio un poco por mi comentario—. Es lista, es talentosa. Es preciosa, Martín.

Porque Vega era preciosa y yo no me cansaría de gritárselo al mundo entero.

El profesor me dio una sonrisa sincera que correspondí sin dudar.

—No sé de qué manera describirla porque siempre me quedaría corto.

Condujimos un poco más por la ciudad hasta ver el edificio que le había indicado. Martín entró en la calle y aparcó cerca de la puerta. Bajé mi maleta y me asomé a la ventanilla del coche para despedirme de él. Dudé si llamar o no al timbre y después de un par de segundos acabé haciéndolo.

Había vuelto hasta allí con un propósito por cumplir y no pensaba irme hasta conseguirlo.

CAPÍTULO 59

Enzo

Apenas había podido dormir más de unas pocas horas. Siempre era diferente la sensación de algo nuevo y costaba acostumbrarse a un sitio diferente después de todo, aunque de por sí ya me costaba dormir y el insomnio era una palabra común en mi vocabulario.

Tampoco me sorprendía mucho, después de lo bien que había dormido con ella cualquier otra situación era sencillamente peor.

Había aprovechado ese insomnio para levantarme y desayunar temprano con la intención de empezar a estudiar lo más temprano posible.

La facultad estaba tal y como la recordaba. La fachada de piedra me recibió y entré en ella con mi pequeña mochila a la espalda. Los alumnos pululaban por los pasillos. Algunos andaban con un café en las manos, otros compartían apuntes ajetrechos. Lo había echado de menos aunque no me gustase admitirlo.

El ambiente de la gente.

La sensación de estar allí.

Alguien me palmeó la espalda y me giré a su encuentro. De pie frente a mí, Martín me miraba a través de sus gafas de pasta, esbozando una sonrisa sincera.

—Bienvenido de nuevo.

Su bienvenida cálida me alegró y me hizo pensar una vez más que era lo que tenía que hacer. Señaló con la cabeza la clase y lo seguí dentro. Para mi suerte, él era el profesor que impartía una de las dos asignaturas que me faltaban, y, de alguna manera eso era un ánimo para mí. Algunos alumnos esperaban por Martín en el momento que entramos en clase, la mayoría inmersos en sus ordenadores y apuntes, preparando los exámenes que estaban próximos. Me senté y saqué un cuaderno para tomar algunos apuntes.

A medida que la clase avanzaba con las explicaciones de Martín y el sonido de las teclas de mis compañeros tuve una sensación que me calentó el pecho.

Una sensación que me decía que había tomado la decisión correcta.

Que debía luchar por lo que quería.

Y yo iba a luchar por mis sueños.

Iba a luchar por Vega.

Me despedí del profesor en cuanto acabó la clase y lo dejé hablando con un par de alumnos que se habían acercado a su escritorio a resolver dudas. Apenas mandé un par de mensajes rápidos a Chiara y a Vega para decirles que estaba bien y que no se preocuparan y omití el hecho de que apenas comí algo antes de meterme en la biblioteca. Pasé el resto del día allí, tratando de ponerme al día con los apuntes necesarios para estudiar.

Recolecté libros hasta llenar casi toda la mesa en la que me senté y había tomado más de cuatro cafés seguidos pero ya casi había acabado. Al levantar la vista vi que estaba prácticamente solo allí, a parte de un par de chicas y el bibliotecario que miraba el reloj y parecía contar los minutos para irse a su casa. Supe que también había empezado a anochecer porque los rayos cada vez más tenues del sol se colaban poco a poco por las ventanas más altas.

Decidí que entonces era hora de irme, ya que al fijarme en el reloj vi que faltaban pocos minutos para que fuesen las nueve de la noche y ya no sentía la mayor parte del cuerpo, además de que me moría de hambre.

Guardé mis cosas junto con un par de libros más y coloqué el resto en su sitio. Me sorprendió que mi tarjeta de la universidad siguiese funcionando cuando el bibliotecario la escaneó para el préstamo de los libros que había cogido y me despedí del hombre con un gesto que él imitó. Caminé por los pasillos en busca de la salida.

Un escalofrío me recorrió cuando sentí sus ojos sobre mí. Al levantar la vista la vi allí. Sus ojos azules se abrieron con sorpresa, supongo que porque yo era la última persona que se esperaba tener frente a ella aquel día. Y a decir verdad, yo tampoco hubiese imaginado, ni querido, encontrármela a ella.

Al ver a Marina avanzar hasta mí me quedé esperando los nervios, las mariposas e incluso el dolor que había experimentado la última vez. Pero al mirarla no sentí nada.

No encontré nada de la Marina a la que un día quise.

Nada, solo vacío.

Y me di cuenta de que ninguna de esas sensaciones llegarían nunca más.

No dolía porque para mí ella ya no era nadie. No significaba nada.

—Enzo —murmuró más para ella que para mí.

Sus amigos se habían adelantado con intención de dejarnos a solas, solo que yo no tenía ganas de estar con ella y mucho menos a solas. Seguí mi camino hasta la salida hasta que Marina se interpuso en mi camino, agarrándome de la muñeca.

—¿Podemos hablar?

Su voz parecía más dulce que la última vez, menos prepotente. Me giré hasta ella para verla bien. No había cambiado por fuera y aunque quisiera hacerme creer lo contrario, sabía que tampoco lo había hecho por dentro. Su pregunta sonó como una súplica, sin embargo, yo ya conocía la situación de primera mano y sabía que lo único que quería era ir ganando terreno contra mí. Me solté de su agarre de la manera más serena que pude.

—No lo creo. —Acomodé la mochila sobre mi espalda—. Entre nosotros ya está todo dicho, Marina.

—¿Y eso quién lo decide? ¿Tú?

La miré por encima del hombro. Sus orbes azules clavados en los míos fríamente. Sonreí, tensionado por su cinismo. No había hecho falta apenas unos segundos para que se cayera su fachada por completo frente a mí.

—Tú decidiste por los dos la última vez, no veo por qué yo no podría hacer lo mismo.

Ella hizo una mueca. No me gustaba ser un imbécil, pero mi paciencia tenía límites. No llegaba a comprender la necesidad que seguía teniendo de meterse en mi vida después de que ella misma fue la que ocasionó que todo se terminase cuando decidió engañarme, porque ella sabía que de todas las cosas retorcidas que se le hubiesen pasado por la mente hacer, una infidelidad sería la única que yo no le perdonaría.

Y aun así lo hizo.

—Estás siendo muy injusto, yo nunca quise hacerte daño.

—¿Yo? —exclamé al límite de mi paciencia—. Me alejaste de mi madre, de mis amigos y del mundo más allá de ti. Y cuando te aburríste de mí me diste una patada. Me aislaste de todo hasta que mi mundo solo daba vueltas a tu alrededor. Me fuiste infiel, Marina. ¡Por Dios! ¿Cómo querías que me sintiera?

Se removió inquieta, como si mis palabras hubiesen tenido algo de efecto en ella. Podría

haberla creído si no hubiese sido por la pregunta que hizo a continuación:

—¿Todo esto es por ella?

—No la metas en esto, Marina.

Me había costado tanto abrir los ojos que sentí lástima por el mismo Enzo que alguna vez se fijó en ella. Apreté la mandíbula conteniéndome, y aun así supe que mis palabras fueron para ella un golpe final.

—No te quiero volver a ver nunca más, Marina. Y es por mí. Porque me merezco algo mejor.

CAPÍTULO 60

Vega

Junio se abrió paso en cuanto menos nos lo esperamos. Habían pasado dos semanas desde que Enzo estaba en Valencia y de una manera irónica se me estaban haciendo eternas. A pesar de que estábamos todo el día hablando por mensajes y nos veíamos en videollamada por las noches no podía evitar echarlo muchísimo de menos.

Era raro a veces sentir tan lejos a la persona que había tenido más cerca esos últimos meses, porque Enzo es de esas personas que sin querer se convierten en casa.

Alguien en cuyos brazos yo había encontrado mi refugio.

Él me miraba sonriente a través de la pantalla de mi ordenador a la vez que yo cerraba algunas cajas que me quedaban por empaquetar. Las clases de la academia habían acabado y yo debía desalojar la habitación antes de volver a Madrid durante los meses de verano. Él me escuchaba atentamente mientras yo le contaba todo lo que había hecho ese día y se mostraba interesado por cada mínimo detalle.

Esa misma mañana había tenido la última clase con Sandy en la academia y después de que mis compañeros se despidieran ella me había parado para proponerme algo a lo que no me podía negar.

—¿Vas a ser su aprendiz en el siguiente curso?

Se sorprendió cuando se lo conté, era la primera persona en saberlo. Asentí y él esbozó una gran sonrisa. Lo que menos me hubiese esperado era que aquella despedida de clases fuese una bienvenida a un proyecto mucho más grande como lo era ese. Todavía me costaba imaginar que iba a trabajar haciendo lo que me gustaba y que iba a poder empezar a vivir de ello, aunque fuese poco a poco.

—Eso es increíble, bella —exclamó con emoción—. Tú eres increíble.

No me terminaba de acostumbrar a los halagos, aunque fuesen de su parte, y sentí el calor subirme por la cara hasta las mejillas y enfoqué mi vista de nuevo en las cajas para que no fuera tan notorio. Aunque Enzo me conocía y, por supuesto, lo había notado.

—¿Qué tal llevas el examen?

Ese era el último que le quedaba antes de acabar y solo esperar que saliesen las notas. Levantó una mano enseñándome un montón de folios del temario que estaba estudiando. Debía admitir que el Enzo estudioso me gustaba incluso más de lo que ya me gustaba normalmente, sobre todo porque me parecía que estaba guapísimo con las gafas y desde que me llamaba mientras estudiaba siempre las llevaba puestas.

—Espero que bien porque de tanto estudiar esta asignatura me van a subir las dioptrías.

Se quitó las gafas para masajearse el hueso de la nariz. Yo negué divertida ante su exageración. Me fijé en su habitación y en lo extraño que era no escuchar los pasitos de Mino correteando a su alrededor sonando en el parqué. El silencio en el que llevaba ese tiempo viviendo era extraño pero a la vez acogedor y en realidad a él le venía más que bien para estudiar sin que lo distrajesen demasiado.

—Dos días.

Su voz me hizo enfocarme otra vez en él y dejar de mirar las paredes blancas a su espalda.

—¿Dos días? —pregunté con curiosidad.

—Dos días para verte otra vez.

Su sonrisa ladeada hizo que el corazón me diera un salto en el pecho. Llevaba echándolo de menos desde que se fue, y con unas ganas enormes de verlo que habían ido en aumento desde que sabía cuándo sería nuestro reencuentro, y saber que él se sentía igual me hacía muy feliz.

—¿Los estás contando?

Mi pregunta sonó divertida pero la verdad es que la duda era más grande de lo que pudiese parecer.

—Desde que me subí al avión.

Escuchaba el latir descontrolado de mi corazón en los oídos. Enzo me miraba fijamente a través de la pantalla y sentí que me podría haber caído de culo si no llegaba a estar sentada. Carraspeé intentando sonar un poco indiferente antes de volver a bromear.

—¿Tantas ganas tienes de verme?

—Sí, aunque creo que tengo muchas más ganas de darte un beso.

Lo soltó de una manera tan automática que hasta él mismo se cortó un poco después de decirlo. Se pasó una mano por el pelo y yo seguí el movimiento mientras lo hacía.

—Para de decir esas cosas —le pedí.

—¿Te da vergüenza?

—Sabes que sí.

Sonrió un poco y empezó a recoger las cosas que tenía esparcidas por la mesa mientras yo lo miraba. Él no me quitaba la vista de encima a la vez que guardaba los apuntes y los subrayadores para dejarlos a un lado de donde su portátil lo enfocaba.

—¿Cómo están todos? ¿Mi ahijado?

No era yo la única que estaba echando de menos a Enzo.

Notaba cómo Mario extrañaba su presencia en la tienda y también cómo Dante miraba con curiosidad a mi alrededor cuando yo estaba con él, como si esperase ver a Enzo en cualquier momento. La mención del bebé me hizo dar un saltito para ir a buscar alegremente mi móvil. Chiara y yo aprovechábamos el momento de sacar a Mino para dar una vuelta también con él y quise enseñarle una de las últimas fotos que le había hecho a Dante, donde salía enseñando los pequeños dientes que le habían salido. Giré el móvil hasta él para que la viese y Enzo esbozó una sonrisa enorme que mantuvo mientras le contaba hasta el más mínimo detalle hasta que nos dimos cuenta de que sin querer se había hecho de madrugada y terminamos colgando.

Me tumbé en la cama sonriendo como una niña pequeña. El móvil vibró a mi lado con un mensaje.

Un día.

Bloqueé el teléfono y cerré los ojos. El corazón me retumbaba con fuerza en el pecho.

Sabía que me estaba enamorando irremediablemente de él, y también sabía que a esas alturas no quería hacer nada para evitarlo.

CAPÍTULO 61

Vega

—¡Abuela!

Un par de turistas miraron en mi dirección en el momento en que solté la maleta y empecé a correr por el pasillo del aeropuerto hasta la mujer de pelo canoso que me esperaba con los brazos abiertos. Al llegar hasta ella me envolvió en un abrazo y me apretó fuerte contra su pecho. Llevaba sin verla en persona desde año nuevo y aunque nos veíamos a diario virtualmente nada se podía comparar con eso.

—¡Eh! Yo también quiero.

Una Lara sonriente se nos unió y abrí los brazos para abrazarla a ella también.

Cuando me había llamado para decirme que me tenía una sorpresa pensaba que se había teñido el pelo rosa fosforito o se habría tatuado la cara de Harry Styles, porque definitivamente sería algo que ella haría, pero no me esperaba para nada aquello.

Me abracé más fuerte a mi abuela mientras sentía cómo la gente iba y venía en todas direcciones a nuestro alrededor.

—¿Cómo es que has venido tú también? —le pregunté a mi abuela mientras ella seguía repartiendo besos por mi pelo.

—Larita fue a buscarme a casa.

Lara asintió y agarrando mi maleta hizo un gesto con la cabeza para que fuéramos saliendo. Enganché mi brazo con el de mi abuela como me gustaba hacer de pequeña y con el otro agarré a mi amiga. Las había echado mucho de menos y sabía que ellas también a mí.

No sabía bien cómo les diría que tendría que volver a Milán en Agosto para poder ir preparando clases y materiales con Sandy.

Por una parte me daba pena volver a separarme de ellas, pero siendo totalmente sincera tampoco me veía volviendo a vivir en Madrid como si esos meses nunca hubieran pasado. Mucho menos cuando había comprobado que en Milán también tenía un hogar y gente que me quería.

No era su reacción la que más me preocupaba tampoco, sino la de mi madre. Tenía claro que al principio le iba a costar adaptarse de nuevo a la decisión pero que iba a entender que era lo que yo necesitaba hacer.

Iban a ser muchas noticias nuevas en poco tiempo, y esperaba que no se tomase del todo mal mi vuelta a Milán y el añadido de que iba a vivir con Enzo. Me había terminado convenciendo cuando le dije que iba a tener que buscar otra residencia porque no quedaba hueco para poder quedarme en la mía.

—Pero tu casa solo tiene una cama —murmuré muerta de vergüenza.

—Ya has dormido en mi cama antes, Vega —argumentó y no pude negarlo—. No va a ser ni la primera vez ni la última.

Y después de todo tenía razón.

Además, la residencia que encontrase iba a ser mucho más cara que el piso después de todo y mi sueldo tampoco iba a ser demasiado alto, o no tanto como para buscar cualquier otro sitio

para mi sola.

El calor de Madrid me golpeó en la cara al salir del aeropuerto. A pesar de que en Milán también había estado haciendo calor, se notaba la diferencia entre una ciudad y la otra. Se notaba que estábamos entrando en verano y el sol de Junio lo estaba demostrando.

—¿Has traído tu coche?

Lara asintió sacando las llaves del bolsillo y abriendo el maletero para guardar mi equipaje.

—Para que veas lo que te quiero.

Debía ser cierto, porque solo había visto a Lara conducir en un par de ocasiones contadas y porque eran de vida o muerte. Ella decía que Madrid no era lo mismo que Málaga y que prefería mil veces moverse en metro o en Uber si hiciese falta. Me guiñó un ojo y se montó en el asiento del conductor con mi abuela a su lado de copiloto. Yo subí después y me acomodé en los asientos de detrás mientras veía cómo interactuaban entre ellas.

Me hacía muy feliz verlas juntas porque las dos eran unas de mis personas favoritas en el mundo.

Mi amiga alargó la mano hasta la radio y las primeras notas de «Matilda» de Harry Styles flotaron dentro del coche, demostrando que mi teoría del tatuaje tampoco podría estar muy lejos de la realidad.

Reprimí una carcajada al ver a mi abuela tarareándola o, al menos, intentándolo al no tener ni idea de inglés.

Definitivamente, aquellas dos se apañarían bien sin mí.

Un mensaje me vibró en el bolso a la vez que escuchaba la canción sonar. Al ver que el mensaje de Enzo solo era una foto del reloj de su muñeca, señalando la hora, casi me da la risa tonta.

Bonita muñeca
Súper sexy

Tonta

Sonreí.

Luego somos los hombres los que no captamos las indirectas.

Acompañó el último mensaje con muchos emoticonos con los ojos en blanco y otros riéndose.

¿Que quieres un reloj nuevo?

Aguanté una carcajada al enviar el mensaje. Lara me dio una mirada corta por el espejo retrovisor. No se le iba una.

Casi

Que estoy contando los minutos, porque tengo ganas de verte

Sentí cómo el corazón empezó a latir más rápido en el pecho al leer aquel mensaje y noté un tirón en el estómago, como si algo se removiese en mi interior.

¿Eso era lo que todo el mundo describía como mariposas?

—¿Cuándo llega?

Levanté la vista del teléfono antes de volver a bloquearlo para ver cómo mi abuela que me miraba con ojos curiosos. Sus ojos me recorrieron entera hasta posarse en la mano que sostenía el teléfono al que le había estado sonriendo apenas unos segundos antes.

—Mañana.

Ella asintió con la cabeza sin dejar de mirarme fijamente.

—Mañana —repitió—. ¿Puedo darte un consejo?

—Claro —murmuré poco convencida.

Mi abuela pocas veces se ponía seria así que eso debía ser importante. Ni siquiera Lara hizo uno de sus comentarios ocurrentes, sino que siguió conduciendo en silencio mientras mi abuela se giraba un poco hacia mí para poder verme mejor.

—El amor es precioso sobre todo cuando te brillan los ojos como a ti, pero no sirve de nada querer si no se quiere bien —reflexionó en voz alta y sentí el corazón en un puño—. El amor es confianza, comunicación y muchas cosas más. Es saber corresponder a los sentimientos de la otra persona sin perderte a ti por el camino. No puedes olvidar eso nunca.

Cuando ella acabó de hablar el coche se quedó en un silencio especial, como pasa en esos momentos que son únicos. Mi abuela acariciaba mis nudillos con delicadeza y Lara me había dado una mirada significativa a través del retrovisor.

«No sirve de nada querer si no se quiere bien».

—Sabes que Enzo y yo no estamos juntos, ¿no?

El «todavía» resonó entre nosotras aunque no fue pronunciado.

Quise quitarle hierro a la seriedad del momento y ella soltó una risita antes de volverse hacia delante de nuevo.

—Bueno, es un consejo por si en algún momento lo necesitas.

Sin darme tiempo a replicar subió el volumen de la música y se volvió a concentrar en la carretera, pero a partir de ese momento yo solo pude pensar y pensar.

CAPÍTULO 62

Enzo

Llevaba días desconcentrado. Días en los que solo podía pensar y pensar de nuevo. Si ya de por sí mi cabeza siempre era un lío, ella lo había enredado todo mucho más de lo que ya estaba y después, sin saberlo, había sido capaz de ordenarlo.

Marina había aclarado mis ideas.

Aunque lo hubiese hecho de manera inconsciente.

Me había dado cuenta de que era incapaz de sentir nada por ella, ni siquiera resentimiento, porque estaba enamorado como un idiota.

Me había costado darme cuenta de que mis sentimientos por Vega eran más grandes de lo que me podría haber imaginado.

Me había enamorado de Vega.

No era capaz de decirlo en voz alta porque me daba pánico. Y era aquel miedo el que me acababa demostrando que lo que sentía por ella era lo más real que me había pasado en la vida.

Los últimos días en Valencia fueron raros. Los pasé estudiando y sobreviviendo a base de café a la vez que me dedicaba a esquivar a Marina por los pasillos de la facultad. Ella seguía insistiendo en hablar conmigo, pensando en arreglar algo que estaba roto desde hacía demasiado tiempo.

La voz por megafonía anunció que mi Ave estaba entrando en Atocha y me dispuse a buscar mi maleta para poder salir lo más rápido posible. La gente a mi alrededor empezó a hacer lo mismo con su equipaje.

Ese mismo día había tenido el último examen y apenas había descansado un par de horas después de él antes de salir corriendo hasta la estación.

Vega me había dicho que aprovechara y descansara ese día pero yo no aguantaba más tiempo sin ella.

Pensar en estar con ella en tan solo unas pocas horas marcaba una gran diferencia.

Un par de chicos salieron delante de mí a la vez que yo arrastraba la maleta hasta la salida. Sentía el bombeo de mi corazón cada vez más rápido al andar hasta la puerta, y se disparó cuando la vi allí, de pie esperándome. Una sonrisa le iluminó la cara y yo tuve que contenerme para no salir corriendo hasta ella como un niño pequeño. Sin embargo, al llegar a su lado fue Vega la que se lanzó a mi cuello abrazándome fuerte. La abracé de vuelta contra mi pecho e inspiré su aroma a vainilla.

Pensé que estaba más guapa desde la última vez que la vi, o que simplemente yo estaba más enamorado que entonces.

No le di tiempo de hablar cuando al separarnos agarré su cara entre mis manos y le di un beso corto en los labios. Se le encendieron las mejillas y solté una risa baja antes de robarle otro beso.

Sabía que nadie iba a fijarse en nosotros en medio de toda esa gente, pero aun así ella miró a su alrededor con un poco de vergüenza y se apartó con una sonrisa tímida cuando vio que tenía la intención de darle otro.

Fruncí el ceño haciéndola reír.

Me moría por ella.

Era la primera vez que estaba en Madrid y comprobé por mí mismo lo que todo el mundo aseguraba de la ciudad. Vega tiró de mi mano para que saliésemos de la estación y me guio hasta su coche. Mi curiosidad me hizo no despegar la vista de la ventanilla para no perderme detalle mientras ella conducía por la ciudad hasta una pequeña calle cerca de Malasaña donde estaba el piso de su amiga.

—¿Seguro que a Lara no le importa que me quede en su casa? —quise asegurarme mientras la seguía escaleras arriba.

—Claro, si fue ella la de la idea. Le faltó tiempo para dejarme las llaves y salir huyendo antes de que pudiese replicar.

Un leve tintineo de llaves nos acompañó hasta la puerta de la casa. Vega abrió y me invitó a pasar. Era un piso acogedor a pesar de ser pequeñito. Supuse que Lara tampoco necesitaría nada del otro mundo y que prefería estar sola y tranquila a compartir con alguien más un piso más grande.

Vega dejó las llaves en un pequeño cuenco que había en la entrada y encendió el aire acondicionado. Se recogió el pelo en una coleta, el flequillo le caía sobre los lados de la cara.

—¿Tienes hambre? —me preguntó sentándose en el sofá.

Negué con la cabeza y me senté a su lado. Vega recostó la cabeza sobre mi hombro y yo pasé un brazo por encima de sus hombros para pegarla más a mí.

—¿Sabes que mi abuela quería que te trajese un táper?

Soltó una risotada al recordar la escena y se tapó la cara contándomelo.

La acompañé en su risa y nuestras carcajadas llenaron el piso. Vega me miró todavía conteniendo una mueca divertida.

Yo acaricié su mejilla, apartando el pelo de su cara. La oí suspirar bajito y posé mis labios en su frente.

Ella se abrazó a mí con más fuerza, como si pensara que me iba a ir.

Yo la apreté contra mi pecho para que viese que no pensaba irme e inspiré fuerte.

Después del tiempo que había estado lejos de ella y todo lo que la había extrañado, estar así era lo único que necesitaba.

Lo había confirmado, Vega era mi hogar.

CAPÍTULO 63

Vega

—Deja de peinarte.

Enzo me miró ofendido y volvió a alisarse la camisa. Yo me reí más fuerte. La noche anterior había llegado tarde a casa después de que se nos fuera el tiempo hablando y poniéndonos al día de nuevo. Yo tenía pensados otros planes para hacer, pero en cuanto me levanté por la mañana mi madre había insistido en invitar a Enzo a comer en casa.

—Estoy nervioso —replicó.

Puso una mueca de desagrado al verme muerta de risa pero la cambió rápidamente al ver que alguien abría la puerta. Mi padre apareció en el umbral de la puerta y me envolvió en un abrazo cariñoso. Después se volvió hasta Enzo que contuvo el aliento al verlo acercarse y estrechar su mano. No me podía imaginar cómo Enzo podía pensar que no le iba a caer bien a este señor con personalidad de Golden Retriever y que nos abría la puerta con la cara llena de harina.

—*Hola, encantado de conocerte* —chapurreó mi padre en un italiano medio decente.

Después de todo le había servido el libro, sí. Enzo estrechó su mano de vuelta y con una sonrisa se dirigió a él.

—*Un placer conocerte*, Luis.

Mi padre asintió con la cabeza y se hizo a un lado cuando mi abuela apareció tras él para saludarnos también. No me di cuenta de que me había quedado paralizada mirando a Enzo hasta que ella me agarró de la mano para arrastrarme dentro de casa.

¿Por qué me parecía tan sexy escucharlo hablar en italiano?

Al escuchar cerrarse la puerta, mi madre salió de la cocina con el delantal y las manos llenas de harina y deduje rápidamente la apariencia de mi padre. Ella fue un poco menos discreta y abrazó a Enzo, saludando con dos besos en las mejillas.

—¡Qué ojazos! —lo halagó ella y Enzo sonrió avergonzado.

Mi abuela y yo nos reímos con complicidad.

Mis padres adoraban a Enzo y estuvieron toda la comida más pendientes de él que de otra cosa. Le preguntaron qué estudiaba y también cómo le iba con ello, además de muchas cosas más a las que él respondió encantado sin perderme a mí de vista. Yo también lo escuchaba atenta a pesar de saberme todas las respuestas.

La abuela me daba pataditas por debajo de la mesa con cada comentario indiscreto que soltaba mi madre y fingió una tos cuando ella le preguntó si tenía novia.

El corazón me dio un salto dentro del pecho cuando pronunció un «todavía no» con sus ojos clavados en mí.

Sabía que Enzo iba a conquistarlos a todos rápidamente, pero ni siquiera en mi mente llegué a imaginarme que se llevara tan bien con mi padre. Él y Enzo se habían sentado en el sofá juntos después de comer y llevaban horas hablando de quién sabía qué. Él se mostraba interesado por aquello que mi padre le contaba y solo desviaba su mirada de vez en cuando para mirarme a mí. Yo le sonreía y él me devolvía la sonrisa antes de volver a centrarse en lo que le estaba contando.

El timbre sonó y Lara entró como un torbellino. Abrazó a mi abuela, llenándole la cara de

besos y ella le hizo un hueco para que se sentase donde estábamos junto a nosotras.

—Te tengo una propuesta.

Cuando Lara había venido hasta mi casa a hacerme esa propuesta es porque sabía que yo no diría que sí tan fácilmente.

—Que miedo me das.

—Que poca fe me tienes, mala amiga —murmuró indignada—. Esta noche nos vamos a encontrar en un pub todos los de clase para celebrar el fin de exámenes. Tienes que venir.

Miré a Enzo y volví a mirarla a ella.

—No sé, Lara.

—Solo un rato —negoció en voz alta—. Una copa y te vas.

—¿Como la cerveza de Navidad? —le recordé.

Solo tendríamos un par de días más para que Enzo conociese Madrid y no quería trasnochar aquella noche para perder otro día durmiendo por estar cansados.

Al verme dudar acudió a Enzo que parecía divertido con nuestra charla y que nos miraba conteniendo la risa.

—Enzo, convéncela tú.

El aludido me miró y la comisura de sus labios se alzó en una sonrisa.

—¿Quieres ir? —averigüé y él solo se encogió de hombros ante mi pregunta.

—Adonde me lleves.

CAPÍTULO 64

Vega

Llegamos al pub en un par de minutos ya que estaba bastante cerca del piso de mi amiga. Era uno de los favoritos de Lara y al que solíamos venir juntas algunas veces. Anduve hasta llegar casi a la puerta con Enzo siguiéndome de cerca.

Desde fuera ya se podía escuchar la música y la gente animada. Casi todos estaban aprovechando los últimos días de fiesta para volver a sus casas y evitar el calor sofocante del verano madrileño.

Me detuve para mirarlo antes de entrar a buscar a Lara.

—Si en algún momento te quieres ir...

—Lo sé.

Me sonrió.

—¿Seguro que no te apetece hacer otra cosa?

Él me miró con un gesto divertido a la vez que fruncía el ceño.

—¿Tan raritos son esos abogados? —Negué con la cabeza a su ocurrencia—. Venga, que Lara nos está esperando —concluyó antes de depositar un beso en mi mejilla.

Agarré su mano con la familiaridad de quien lo ha hecho ya miles de veces, pero no pude evitar el pequeño chispazo de emoción que me recorrió entera al hacerlo. Él entrelazó sus dedos con los míos reafirmando el agarre para no perderme dentro, donde la gente bailaba divertida y nos bloqueaba el paso.

Enzo me seguía pegado a mi espalda y soltó mi mano para agarrarse a mis caderas en un intento de facilitarnos el paso en medio de todo el caos. No lograba ver a Lara entre tanta gente, pero un par de chicas, antiguas compañeras de la facultad me saludaron y se presentaron a Enzo. Él las saludó amablemente y a mí no me pasaron desapercibidas las miradas curiosas que nos echaban a ambos.

Nos logramos hacer hueco entre la gente y vi cómo al avanzar por la sala Lara nos vio y nos saludó animadamente en el momento que llegamos a su lado.

—¡Hola! —Me abrazó—. Gracias por convencerla —le dijo a Enzo dándole una palmadita en el brazo.

Él se mostró divertido con su gesto.

—Gracias a ti por dejar que me quede en tu casa.

—De nada —le quitó importancia y miró por encima de su hombro al muchacho moreno que la acompañaba—. Tampoco iba a dormir en mi casa hoy.

Levanté la vista para mirarlo mientras mi amiga seguía hablando sin parar. Entonces caí en cuenta de una cosa.

—Espera, ¿y Valentina?

Ella se encogió de hombros y le dio un sorbo a la copa.

—Día nuevo, cuenta nueva.

Lara siempre decía que ella no pensaba enamorarse, que ya lo había hecho una vez y había sido una pérdida de tiempo, pero no por eso dejaba de ser una romántica empedernida. Mi amiga

se volvió hacia el grupito de gente que la estaba llamando y luego de nuevo hacia nosotros.

—Ve, nosotros vamos a pedir algo.

Buscó la mirada de Enzo para confirmar que no nos importaba quedarnos solos y él asintió, para que un momento después ella se adentrara en la pista de baile seguida por el moreno.

—¿Qué quieres tomar? —me dirigí a él.

—Lo que tú te pidas.

La barra estaba casi tan llena como lo estaba el resto del local, y cuando el camarero nos atendió acabé pidiendo unos cócteles que llevaban lima ante su atenta mirada de aprobación. Aunque no dejé que se terminase la bebida antes arrastrarlo para que bailase conmigo, y él simplemente se dejaba llevar por el ritmo de la música mientras miraba como yo bailaba animadamente.

—Venga, ánimo.

Agarré su mano haciéndome girar a mí misma y luego haciéndolo girar a él.

Intenté que girara de nuevo pero en cuanto pasé el brazo por encima de su cabeza, no sé cómo, de repente me vi atrapada entre sus brazos que me apretaban contra él. Posó sus manos sobre mis caderas para acercarme más aun, con su mirada clavada en mis ojos y en mi boca.

—Estás muy cerca...

—Estoy mucho más lejos de lo que me gustaría estar —susurró prácticamente sobre mis labios.

Sus dedos acariciaron la piel descubierta de mi espalda y dejé de escuchar todo a mi alrededor. Incluso la música y las voces de la gente se volvieron insonoras gracias a los latidos desbocados de mi corazón.

Me había pasado lo mismo en Italia, cuando todavía éramos prácticamente unos desconocidos.

Ni siquiera escuché lo que Enzo me preguntó antes de quedarme mirándolo como una tonta. Al ver mi cara de confusión volvió a repetirlo. Apenas había unos pocos centímetros de distancia entre su boca y la mía.

—Te preguntaba, —Tragó saliva—, que si te gusta ese chico.

Giré la cabeza hasta el sitio donde me señaló con el mentón y vi a Fran, que nos observaba fijamente. No había caído en que él también iba a estar allí con el resto de compañeros y ni siquiera me había acercado a saludarlo. Enzo sabía que era mi amigo y también le había contado que Lara decía que yo le gustaba. Sin embargo, yo nunca pude evitar verlo solo como un buen amigo.

No sabía qué señales le habían hecho preguntar eso pero reafirmé mi respuesta negando con la cabeza para que le quedase claro que no. Él me apretó más contra su cuerpo y quitó el pelo que me cubría los hombros para dejar un beso sobre él. Sentía mi sangre correr como lava fundida.

—¿Y Marina? —me oí susurrar.

Era consciente de que la había visto. Sabía que ella había insistido en hablar con Enzo porque él mismo me lo había contado. Cerré los ojos intentando apartar de mi mente la seguridad que se había instalado al recordar eso.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó.

Suspiré mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas.

—¿Ya no te gusta?

Él se quedó callado simplemente mirándome, como si le costase reconocer lo que acababa de preguntarle, como si no tuviese sentido. Negó al darse cuenta de que mi pregunta iba en serio.

—¿No lo entiendes verdad?

Enzo se pasó la lengua por los labios mientras me miraba fijamente con esos ojos verdes. Pasó su mano por mi mejilla hasta retirarme un mechón de pelo de la cara.

—A mí la que me gusta eres tú.

No sé ni siquiera cómo pasó.

Solo sé que cuando apenas me di cuenta sus labios estaban sobre los míos y su mano en mi nuca, y que Enzo me estaba besando como si se hubiese estado conteniendo en todos los besos anteriores.

Me agarré a sus hombros como si necesitase sujetarme a algo. Como si necesitase comprobar que eso era real y que estaba pasando. Él apretó las manos sobre mis caderas y yo abrí la boca incitándolo a profundizar el beso. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo cuando tomó mi labio inferior con sus dientes sin dejar de mirarme.

Enzo sabía a lima y a alcohol, y tal vez también al amor de mi vida.

Dejó un beso en mi comisura.

Quería más. Necesitaba más.

Y al parecer él también.

Quise decir algo pero él me quitó las palabras de la boca.

—Vámonos de aquí, Vega —susurró con la voz ronca.

Todavía no sé bien cómo llegamos.

A trompicones.

Con su boca pegada a la mía.

Un par de pasos seguidos de un beso. Una risa y vuelta a empezar.

El tramo de las escaleras nunca me había parecido tan largo, al igual que el pasillo que recorrimos a oscuras, parándonos a respirar y a sonreírnos como dos adolescentes que acaban de descubrir lo que es el amor.

Enzo se separó de mi boca al llegar a la habitación para pegarme a la pared antes de capturar mis labios de nuevo. No supe bien donde habían acabado las llaves ni el bolso, pero era lo que menos me importaba al tener a Enzo pasando sus dedos por mis hombros desnudos, bajando los tirantes y besando los lugares por donde pasaban sus manos.

Cada pequeño pedazo de mi piel reaccionaba a su toque delicado, erizándose a causa de sus caricias.

Sentí sus manos por debajo de mi blusa, deshaciéndose de ella, y enredé las mías en su nuca, suspirando sobre sus labios. Él no dejaba de mirarme, como si no pudiese dejar de hacerlo, a la vez que yo desabrochaba los botones de su camisa.

Sus besos bajaron por mi cuello, repartiendo besos húmedos a su paso, y sus manos bajaron lentamente hasta el cierre de mi sujetador. Me lo quitó con facilidad, al mismo tiempo que seguía bajando sus besos por mi escote, haciendo que arquease la espalda para darle más acceso cuando su lengua recorrió uno de mis pechos antes de cerrar la boca sobre él. Un gemido escapó de mis labios cuando apretó el otro con su mano antes de dedicarle la misma atención.

Su pecho subía y bajaba acelerado y enredé las manos en su pelo moviendo su cabeza para mostrarle cómo y dónde me gustaba sentir sus caricias.

Metí mis manos por su camisa abierta y Enzo me ayudó a bajársela por los hombros. Él continuó besándome, bajando lentamente por mi barriga hasta depositar un casto beso sobre la cinturilla de mis vaqueros. Me miró fijamente mientras me los bajaba. Besó mis muslos de la misma manera que había hecho con mis pechos un momento antes.

Ni siquiera me estaba tocando donde yo quería que lo hiciese y sentía que estaba a punto de explotar.

—No sabes cuánto tiempo me he imaginado esto.

Di un respingo cuando paseó su boca sobre mi ropa interior para darme un pequeño mordisco antes de bajarla, desnudándome por completo. Cerró la mano en un puño sujetando la tela en ella y pasó la lengua por esa parte sensible dejándome sin aire.

Sus ojos viajaron por mis curvas de una manera tan intensa que por un momento tuve la intención de taparme, pero él me detuvo.

—No te tapes conmigo, bella — susurró sobre mis labios antes de dejar un beso dulce sobre ellos.

Aparté las manos despacio y Enzo se llevó una de ellas a los labios, dejando un beso. Acarició la curva de mis caderas y continuó bajando la mano entre mis muslos. Solté un jadeo involuntario en cuanto sus dedos me acariciaron con cuidado.

—Ojalá te vieras en este momento porque eres preciosa, toda tú.

—Bésame —le pedí.

Él hizo lo que le pedí sin dejar de acariciarme y yo me movía contra él inconscientemente, siguiendo el movimiento de su mano con mis caderas. Las mías se movieron a su pantalón y quitaron el botón en un movimiento ágil. Bajé mi mirada hasta donde su ropa interior se tensaba y posé una mano sobre ella. Enzo exhaló cuando comencé a tocarlo sobre los calzoncillos.

Nos movíamos en sintonía, intentando averiguar lo que le gustaba al otro, dónde se tensaba y con qué movimiento se le erizaba la piel.

Aceleró el ritmo de su mano cuando me notó temblar. Sentí sus dientes en mi hombro y no necesité mucho más para que todo explotase. Me besó, llevándose el sonido de mi orgasmo con sus labios y enredé mis piernas en su cintura cuando me levantó en volandas y se sentó en la cama conmigo encima.

Me notaba desmadejada, como si todavía no terminase de asimilar lo que estaba pasando entre nosotros. Enzo me guiaba sobre él a un ritmo lento pero preciso y yo moví mis caderas y frotándome sobre el bulto de su ropa interior. Me incliné sobre él, pidiéndole sin palabras que se tumbara y Enzo obedeció sin dudar.

Besé su pecho y él se tensó al sentir mi mano bajo sus calzoncillos, envolviendo su erección con mis dedos. Los bajó con una mano mientras que con la otra apretaba mis pechos que dolían reclamando su atención. Mi mano se movía intentando encontrar el ritmo perfecto para él, ese que lo hizo gemir bajito y llevar su mano a mi muñeca para hacerme parar.

—Si sigues haciendo eso...

Se rio entre jadeos haciéndome reír a mí también. Acto seguido rodeó mi cintura con las manos y rodó sobre la espalda para dejarme sobre la cama y se colocó entre mis piernas.

Sus ojos verdes reflejaban la excitación contenida mientras se frotaba contra mí. Sentí de nuevo el cosquilleo bajar sobre mi espalda hasta el punto exacto en el que se concentraba todo mi placer y me dije a mí misma que podría tener otro orgasmo solo con eso.

Mi vientre se contrajo de anticipación al ver cómo se retiró para sacar un preservativo del pantalón y contuve el aliento al ver cómo lo deslizaba en él sin apartar la vista de mí, en un gesto erótico que me encendió la piel más de lo que ya estaba.

Mi cuerpo se tensó cuando lo sentí empujar un poco, con el corazón laténdome en la garganta. Me besó y yo enredé mis dedos en su nuca. Suspiró sobre mi boca y lentamente se movió poco a poco hasta deslizarse por completo en mi interior. Tomé una bocanada de aire en el momento que sus caderas encajaron con las mías.

No era mi primera vez, pero una sensación nueva se asentó en mi pecho.

Una que estaba segura de que no tenía nada que ver con el sexo.

Enzo besó mi mandíbula, mis mejillas, mis párpados, y se mantuvo inmóvil dándome tiempo a que me acostumbrara a la sensación. Yo no necesitaba ese tiempo. Necesitaba sentirlo todo. Levanté un poco mis caderas para encontrarme con las suyas y él gimió. Clavó sus dedos en ellas para empezar a moverse dentro de mí.

Un suspiro entrecortado.

Su frente contra la mía.

Mis gemidos en su oído.

Rodeé su espalda con mis piernas profundizando su invasión.

Lo necesitaba más cerca.

Más adentro.

Más.

Mi espalda se arqueó en la cama y mis ojos se cerraron de manera inconsciente a causa del placer. Los susurros y los besos flotaban en el aire mientras nos volvíamos el uno al otro. Una y otra vez. Mis caderas se movían rítmicamente sobre él a la vez que él se movía en mí, encontrándonos en cada embestida.

—Eres preciosa —jadeó sobre mis labios antes de morderlos.

Me costó tragarme el «te quiero» que estaba tentando salir de ellos y solo lo besé.

Sentí la sensación del clímax formarse de nuevo en mi bajo vientre. Enzo pareció notarlo porque aceleró el ritmo arrancándome sonidos que ni yo misma sabía que podía hacer. No quería que ese momento terminase nunca pero el orgasmo me golpeó como una ola gigante y me deshice entre sus brazos al mismo tiempo que su nombre escapaba de mis labios. Él gruñó por lo bajo y siguió moviéndose hasta que momentos después encontró su propia liberación.

El corazón todavía me latía acelerado cuando volvió a posar sus labios sobre los míos. Abrí la boca profundizando el beso y Enzo pasó sus brazos a mi alrededor, abrazándome contra su cuerpo. Apoyé la cabeza sobre su pecho desnudo y escuché sus latidos desbocados.

Me había dado cuenta de que Enzo me había vuelto a enseñar muchas cosas que ya creía aprendidas y me hacía redescubrirlas a su lado.

Que el sexo no fue especial hasta que fue con él y lo acabé confirmando cuando se formó un silencio cómodo a nuestro alrededor y yo me quedé dormida con sus manos acariciándome el pelo, las piernas aun entrelazadas y nuestros corazones latiendo en sintonía.

CAPÍTULO 65

Enzo

Vega dormía a mi lado y, aunque no era la primera vez que lo hacía, sin duda se había convertido en la más especial, porque aquella vez marcaría el comienzo de muchas más.

Su respiración pausada acompañaba mis latidos y, sin poder evitarlo, paseé las yemas de los dedos sobre sus piernas desnudas, como si no pudiese dejar de tocarla mi un momento.

Porque había intentado dejarla dormir tras pasar la noche descubriéndola poco a poco.

Encontrándonos roce a roce.

Pero no podía.

Necesitaba volver a sentir su cuerpo. Necesitaba sus manos aferrándose a mí y las mías clavadas en sus caderas.

Necesitaba sentir cómo se deshacía entre mis manos, beberme sus gemidos.

La necesitaba a ella.

Es muy cierto eso que dicen de que la piel tiene memoria, porque a pesar de que ya había amanecido, todavía podía sentir su tacto sobre la mía. Porque ella me había hecho descubrir Madrid en sus labios. Había trazado el mapa de las calles sobre su cuerpo, y sus suspiros opacaron al completo los sonidos del exterior.

Necesitaba convencerme de que era real porque ella era la única que me había hecho sentir más con una caricia que en todas las experiencias que había tenido en mi vida.

Me quedé mirándola un rato hasta que Vega se removió en la cama, despertando poco a poco. Mis manos rodeaban su cintura y, a su vez, ella tenía una de sus piernas enredada entre las mías. El flequillo le caía despeinado sobre los ojos y se lo aparté con cariño. Besé su mandíbula y ella abrió los ojos lentamente, intentando adaptarse a toda la luz que entraba por la ventana.

—Buenos días —susurró y me dio una pequeña sonrisa somnolienta.

Se desperezó, incorporándose en la cama, pero rápidamente volví a agarrarla y pegarla a mí. Le di un beso pequeño antes de susurrarle sobre la boca.

—Buenísimos.

Atrapé sus labios y ella se rio contra mi boca. Vega correspondió casi de inmediato a mi beso y yo metí las manos debajo de la camiseta que le había prestado para dormir. Tiré de su cuerpo hasta que la tuve sentada a horcajadas sobre mí sin romper el beso.

—No puedes seguir teniendo ganas —musitó entre risas ayudándome a sacarle la camiseta por la cabeza.

—Es tu culpa. —Besé su hombro desnudo y ella arqueó la espalda pegando su pecho al mío —. Además, me quedé con ganas de una cosa anoche.

Vega me miró levantando una ceja y dio un pequeño grito cuando, con un movimiento rápido, le di la vuelta sobre la cama y quedé sobre ella. La besé en la boca y repartí besos por su abdomen hasta llegar a su ombligo.

Mis manos la fueron acariciando a la vez que mis besos bajaban por su cuerpo y mis dedos se enredaron en su ropa interior llevándomela conmigo. Levanté la vista hasta la suya y ella se tensó al adivinar mis intenciones. Sin apartar la mirada, bajé mi boca sobre ella y Vega dio un

respingo cuando sintió el primer roce. Sujeté sus caderas con mis manos y ella hizo un puño en las sábanas con las suyas.

La besé con la lengua hasta que la sentí temblar de nuevo, llevándome su sabor en mis labios. Su pecho subía y bajaba rápidamente intentando recuperar el aire que le faltaba, sus mejillas sonrojadas por el orgasmo.

Vega me dio un beso en el pecho desnudo y subió hasta besarme el cuello. Tuve que pararla porque, excitado como estaba, habría sido capaz de correrme sin que llegase a tocarme demasiado. Abrió los ojos cuando la hice parar, el deseo impregnado en sus orbes.

—¿Quieres seguir? —quise asegurarme porque, a aquellas alturas nos era más fácil seguir que parar.

Ella asintió y pasó los dedos por mi pelo para después bajar la mano y acariciarme las mejillas hasta llegar a mis labios.

—Sí.

Me gustaba lo que estaba viendo en sus ojos. Me encantaba lo que ella me hacía sentir. Alcancé un preservativo de la caja que había comprado días antes, cuando ni siquiera estaba seguro de que algo así podría pasar. Me lo puse mientras sus ojos seguían el movimiento de mis manos.

—Venías preparado, ¿no? —se burló.

Miré a Vega con curiosidad y ella señaló la caja de la mesilla. Yo le pellizqué el trasero pero solo conseguí que ella siguiera burlándose.

—Lo dices como si no hubieses ayudado a gastarlos.

Vega me dio un golpe en el pecho y entonces los dos nos reímos. Volví a besarla cuando todavía lo hacíamos.

Vega jadeó sobre mis labios en el instante en que levantando sus piernas para rodearme la cintura, entré en ella. Sus manos recorrieron cada centímetro de mi espalda con caricias y mis caderas se movían al compás de las suyas. Sentía todavía la sonrisa en sus ojos, gritándome que era ella y que eso era real. Mis movimientos se volvieron lentos, porque no quería que se acabase, porque necesitaba tenerla así toda la vida.

Su mirada conectó con la mía y sus orbes brillaban tanto que me recordaron a las muchas constelaciones que habíamos visto, aunque sin duda sus ojos eran más bonitos que todas ellas juntas. Sentí cómo me pedía sin palabras que acelerase el ritmo y nos giré, quedando con mi espalda pegada a la cama y Vega sobre mí.

Quería que se sintiera segura conmigo, que no tuviera miedo de dejarse llevar.

—Enzo —susurró.

—Marca tú el ritmo. Vamos a tu ritmo.

Mis manos sobre sus caderas guiaban el movimiento hasta que un momento después las dejé quietas. Ella se movió sobre mí buscando su propio placer y poco después estalló, llevándome a mí con ella.

Acabamos los dos tumbados en la cama, despeinados y jadeantes.

Ella sonrojada.

Yo feliz como no recordaba haber estado.

Me acarició la mandíbula con los dedos y el gesto me hizo bajar la mirada para volver a mirarla. En ese mismo instante, me pregunté a mí mismo en qué momento me había enamorado de esa morena de ojos marrones y por qué había tardado tanto en hacerlo.

Siempre dije que no sabía con certeza el momento en que me enamoré de ella. Decía que pudo ser el día que la llevé al planetario. O quizás el día que me encontré a mí mismo

escribiéndole un mensaje porque solo quería verla.

Pero creo que en realidad lo más probable fue que me enamorase de Vega en el momento que la encontré en la calle, cuando ella me sonrió aun sin conocerme.

Cuando no creía que el amor fuese algo para mí.

Lo que no sabía era que para poder conocer el amor antes tuve que conocerla a ella.

Me di cuenta de que hasta el silencio era cómodo con ella después de estar un rato simplemente acariciándonos lento.

—Voy a ducharme —rompió ese silencio dándome un beso y perdiéndose en el cuarto de baño.

Yo me quedé un momento más tumbado en la cama escuchando el sonido de la ducha y reprimí las ganas que de repente me entraron de seguirla hasta allí antes de levantarme y buscar mi portátil en la maleta. Se nos había hecho tarde después de todo y agarré mi móvil de la mesilla para mirar la hora en él. Si mis cálculos no fallaban, las notas finales deberían de estar ya publicadas.

Creo que llega a ser inconcebible la incertidumbre justo antes del momento en que me decidiera a descubrir si lo había logrado, o si ya debía dejar de intentarlo. Un subidón de adrenalina me invadió, acompañado por una sensación de inseguridad extraña.

Me pasé una camiseta por la cabeza justo antes de salir de la habitación y sentarme en el sofá con el portátil sobre las piernas. Desde allí se escuchaba todavía el sonido del agua de la ducha.

Volver.

Graduarme de la universidad.

Enamorarme.

No me hubiera imaginado ni en un millón de años que estaría viviendo todas esas cosas a la vez después de todo.

Escuché mi móvil sonar desde la habitación pero lo ignoré para enfocarme de lleno en lo que estaba haciendo. Mentiría si dijese que no estaba nervioso porque mis manos temblaban al teclear el código de acceso al campus virtual de la universidad y siguieron haciéndolo cuando el acta de las notas se abrió ante mis ojos.

—Joder.

Me subió un calor extraño por el cuerpo hasta llegarme a la cara. Era un calor de nervios porque teníamos el aire acondicionado puesto.

Volví a buscar mis datos en aquella lista para ver exactamente lo mismo que acababa de ver apenas cuarenta segundos antes.

Miré otra vez.

De fondo escuché de nuevo el móvil sonando pero se escuchaba mucho más lejos de lo que estaba en realidad, como si mis pensamientos hubieran vuelto huecos el resto de ruidos. Vega entró en el salón secándose el pelo con una toalla y con mi móvil en la mano.

—Ha sonado un par de veces —añadió sosteniéndolo hacia mí—. ¿Qué pasa?

Su gesto era de preocupación cuando se sentó a mi lado porque mi cara debía de ser un poema. No me salían las palabras.

Cumplir el sueño de mi vida.

Que ella estuviese a mi lado para vivirlo juntos.

Poder empezar a tener algo formaba parte de lo más importante de mi vida. Le di la vuelta al portátil para que ella misma lo viese. Vega soltó un chillido de emoción.

—¡Enzo! ¡Felicidades!

Me abrazó sacándome al fin una sonrisa en medio del shock inicial.

Una vez más me había vuelto a dar una lección. Porque en sus ánimos y en sus palabras de aliento yo había encontrado el apoyo que realmente había necesitado para arriesgarme otra vez a todo.

Y me había demostrado a mí mismo que todo el esfuerzo había merecido toda la pena, porque había sacado una matrícula de honor.

CAPÍTULO 66

Enzo

—¿Has sacado una matrícula de honor?! —chilló Chiara dando saltos de emoción.

Cuando salí un poco del shock decidí que era un buen momento para contestarle a quien fuera que estuviese llamándome por teléfono. Tenía algunos mensajes de mis amigos, pero las llamadas perdidas habían sido de Martín, mi profesor, que me llamaba para felicitar me por la nota y para confirmar que iría a la fiesta de graduación. Le confirmé que sí en una llamada corta y no pude evitar marcar el número de Chiara por videollamada para que fueran de los primeros en enterarse también.

Asentí con la cabeza para responder a su pregunta y Mario se rio detrás de ella por su reacción. Desde pequeña había sido bastante escandalosa para todo y solía hablar muy rápido cuando algo la emocionaba, pero Mario y yo la queríamos de todas formas. Le di un sorbo al café en el momento que ella giraba el teléfono en dirección a su marido para que entrase en mi campo de visión.

—Felicidades, señor graduado —me felicitó Mario que estaba terminando de darle la papilla de cereales a Dante.

—Espero que estéis pensando en subirme el sueldo ahora que estoy licenciado —respondí yo en tono de broma.

Me reí de la expresión que puso Chiara a su lado.

—¿Ya vas a sacar el Enzo arrogante a relucir? —se quejó falsamente.

Asentí con la cabeza y ella me sacó el dedo de en medio cuando empezaba a reírse.

—Oye, a todo esto, ¿y tu bella?

Vega me había dejado en el salón mientras que ella se secaba bien el pelo y se vestía, y fui a responder precisamente eso en el momento que Chiara levantaba las cejas haciendo énfasis en la pregunta y Mario, como buen cotilla, dejó el cuenco en la mesita antes de volver a su lado para sentarse con el bebé sobre las rodillas.

—Se está vistiendo —aclaré.

Por la cara que había puesto mi amiga supe que no diría nada bueno a continuación, y su sonrisita sugerente lo confirmó.

—¿Vestirse de quitarse el pijama o vestirse porque tú te has encargado de quitarle la ropa?

Mario le dio un codazo, poco disimulado porque lo vi perfectamente, ante su indiscreción pero aun así esperó pacientemente la respuesta. Eran unos cotillas y yo solo pude quedarme callado, pero al parecer mi respuesta silenciosa les dio toda la información que estaban buscando.

Como dicen, el que calla otorga.

—¡Lo sabía! —gritó ella dando una palmada. Dante a su lado empezó a aplaudir con las manitas imitando el gesto que acababa de hacer su madre—. Me debes veinte pavos.

—¿Habéis apostado, cabrones? —Miré a Mario ofendido—. Y gracias por la poca fe que me tienes.

—De nada.

Se encogió de hombros sin más y se levantó para dejar a Dante en su silla.

—Ya era hora después de todo este tiempo. Que decías que no, pero llevas meses coladito por ella y siendo más pesado que de costumbre.

Vega se asomó en el momento justo para escuchar la última frase. Me miró fijamente y yo aparté la vista un momento de la pantalla para mirarla también a ella. Seguí hablando aunque ella estuviera allí y supiese que entendía perfectamente lo que estábamos diciendo.

—No hace tanto tiempo y tampoco era tan pesado.

Chiara hizo un gesto levantando las cejas que podría jurar que solo le salía a ella y se metió de nuevo en la conversación para dejarme en evidencia.

—Chiara, ¿le gustarán los tulipanes? Chiara, ¿voy bien vestido así? Chiara... —intervino imitando mi voz.

—Vale, vale. Me acaba de quedar claro.

Escuché que Vega se rio por lo bajo y yo me pasé una mano por la cara haciendo lo mismo. Mario y Chiara se miraron el uno al otro antes de que él volviese a hablarme a mí.

—Bueno, nosotros colgamos que vamos a aprovechar para ir a ver a la abuela. ¿Nos vamos?

Mario se dirigió a Dante y este dio un grito de emoción.

—Cuidaos —me despedí de mis amigos y de mi ahijado.

El sonido de la llamada acabada apenas llegó a mis oídos cuando Vega ya se había sentado de un salto a mi lado. Dejé el móvil en la mesilla para poder enfocar mi mirada solo en ella.

—¿Coladito por mí? Es bueno saberlo.

Se hizo la inocente. Yo pasé mi brazo por encima de sus hombros, atrayéndola hasta mí. Vega se sonrojó e hizo una mueca con la boca. Yo me contuve y reprimí las ganas de mordérsela.

—Tampoco te lo creas tanto. Solo me gustas un poquito —contraataqué.

Ella dejó caer su cabeza sobre mi brazo y yo aproveché para darle un beso en la frente.

A veces no se es lo suficientemente consciente de la intimidación que pueden acarrear ese tipo de besos, la promesa de algo más que contienen en el fondo.

—¿Qué te gusta de mí?

Rompió mis pensamientos con su pregunta.

La miré, pensando por un momento en seguir bromeando y también podría apostar que era lo que ella esperaba que hiciese, pero decidí ser sincero aunque eso significara ponerme cursi en el camino. Hice que me mirara y comencé a hablar.

—Me encanta el sonido de tu risa. Que cantes bajito cuando algo te gusta mucho.

Ella me miró atentamente. Aparté un poco el flequillo para mirarla mejor y dejé un beso en la comisura de sus labios.

—Me gusta tu boca. —Le di otro beso—. Me gustan tus ojos. —Otro beso más—. Y me gustas tú. Mucho.

Sus ojos brillaron, intentando contener la emoción que no pudo expresar con palabras.

Sentí su respiración en el momento en que acercó su boca a la mía, siendo ella la que me besó con todo lo que supuso ese beso después de aquella pequeña confesión. Sujeté sus mejillas, mordiendo su sonrisa y la abracé fuerte. Vega sonrió y pasó sus brazos a mi alrededor, sus labios a milímetros de los míos.

—Nunca me imaginé que alguien me haría sentir esto —confesó en un susurro.

Su cabeza descansaba sobre mi pecho, a un par de centímetros de donde mi corazón todavía latía con fuerza por ella.

—¿Qué te hago sentir?

—Estrellas. Miles de estrellas.

CAPÍTULO 67

Vega

El sonido de la televisión había pasado a un segundo plano. Ninguno de los dos estaba pendiente al programa que se estaba emitiendo y tampoco nos importaba mucho. Enzo estaba acostado y su cabeza reposaba sobre mis muslos. Mis manos se perdían en su pelo dejando caricias lentas que solo interrumpía cuando me podían las ganas de darle un beso.

Me había acostumbrado a nuestros silencios.

Esos momentos en los que no hace faltar decir nada para sentirlo todo.

Y nosotros dos sentíamos con la mirada, con las yemas de los dedos.

Nosotros sentíamos todo en un suspiro, sin la necesidad de hablar para expresarlo. Con Enzo me había acostumbrado a eso, a que sus ojos me gritaran lo que sentía sin tener que expresarlo en voz alta.

Enzo abrió los ojos y su mirada conectó con la mía. Esperaba que él también supiera leerme a mí como yo lo hacía con él. Porque mis ojos en ese momento le gritaban que no sabía desde cuándo, pero lo quería y también que me aterraba no saber hacerlo bien.

A pesar de la comodidad, él sabía que mis silencios no solían ser tan largos porque siempre tenía algo nuevo que decir. Y él había demostrado que siempre tenía ganas de escucharme.

Siempre.

Se incorporó de mi regazo hasta que se sentó a mi lado. Tuve la intención de acurrucarme contra él pero, en un movimiento rápido, Enzo tiró de mí hasta que quedé sentada a horcajadas sobre él. Enterré la cara en su pecho y él me dio un beso en el cuello antes de obligarme a abandonar mi zona segura y mirarlo. Pretendía leerme con la mirada.

—¿Qué te pasa? —preguntó y pude distinguir un deje de preocupación en su voz.

Su mano derecha fue hasta mi mejilla y la acarició levemente. Posé mi mano sobre la suya y le di un apretón para reconfortarlo. No quería que pensara que me arrepentía de nada de lo que había pasado entre nosotros porque ciertamente no lo hacía. Le di un beso en la mandíbula que le arrancó una sonrisa y llevé mis manos a su pelo, despeinándolo. Sus dedos trazaban círculos en mi espalda y bajaban hasta mis piernas, acariciándome.

—Estoy pensando —admití antes de interrumpirme a mí misma con otro beso.

—¿En qué piensas? —insistió.

En que lo quería.

En que me había enamorado de él.

Pero de una manera absurda me dio miedo decírselo, como si me diese reparo después de todo lo que había compartido con él.

—Pienso que nunca habías estado en Madrid y estamos desperdiciando los días encerrados aquí.

El movimiento de sus manos paró sobre mis caderas y me dio una sonrisa socarrona.

—No creo que los estemos desperdiciando precisamente.

Se me escapó la risa. Me lo pensé un poco antes de apartar sus manos de mi cintura con delicadeza para ponerme de pie. Enzo miró mi movimiento desde su asiento en el sofá y yo no

dije nada antes de ir hasta la habitación a buscar mis zapatos. Me los puse y me até los cordones antes de tirar de su mano para que se pusiera de pie.

—Hoy me toca a mí ser tu guía turística —le anuncié con una sonrisa antes de verlo buscar también sus zapatos para poder irnos.



Muchas veces dicen que las personas no sabemos apreciar lo que tenemos y que no valoramos la mayoría de las pequeñas cosas. Bueno, pues en ese momento yo me estaba dando cuenta de lo cierto que era eso.

Madrid siempre había sido para mí casa, lo normal. No había sido consciente de cómo podrían verlo las personas de fuera ni de porqué para muchos otros era su ciudad especial, pero al ir descubriéndolo poco a poco junto a Enzo estaba empezarlo a verlo diferente.

Me gustó esa sensación de conocer a su lado, como aquellos recorridos que me llevó a hacer por Milán las primeras semanas desde que llegué allí. Me sentí una turista más, agarrada de su mano mientras nos hacíamos fotos en casi todos los sitios turísticos por los que llevaba pasando toda la vida, pero que tenían otro color con Enzo a mi lado. Hicimos varias paradas por toda la ciudad, desde la Puerta del Sol para tener la típica foto en el Kilómetro 0, a la Plaza de España y la Plaza Mayor. Recorrimos a pie Gran Vía y terminamos en el Retiro. Incluso lo convencí de alquilar una de las barquitas para dar un paseo y Enzo solo sonreía y me seguía encantado a lo que sea que se me ocurriese a continuación.

Después de dar mil vueltas, al final habíamos terminado tomando algo en un bar de Malasaña donde nos encontramos con Lara y con el chico de la noche anterior que se había presentado como Guille. El camarero apenas acababa de dejarnos los cafés cuando noté que mi amiga me dio un par de golpecitos con el pie por debajo de la mesa y me giré hasta ella.

—Si vas a casa de tus padres disimula un poquito.

Distinguí un deje de burla en sus palabras pero no entendí bien a lo que se refería en el momento.

—¿Que disimule el qué?

—Vega, —Lara se acercó la taza a los labios y murmuró para que solo las dos pudiésemos oírlo—, tienes cara de orgasmo. Orgasmos, con «s» —rectificó enfatizando esa última letra..

Noté que el café se me iba por otro sitio y empecé a toser. De todas las cosas que me podía haber dicho Lara, esa era la última que pensaba que iba a soltar. Me di cuenta de que varios ojos se habían posado sobre nuestra mesa para contemplar la situación y cuando me recuperé no sabía si estaba más roja por eso o por la vergüenza que me había dado.

Enzo puso su mano sobre mi rodilla y se inclinó hasta mí, lo que no me ayudó mucho precisamente a tranquilizarme.

—¿Estás bien?

—Perfecta —respondió Lara por mí—. Se le nota en la cara, mírala.

El chico a su lado la miró como si estuviese loca, pero al fijarme en Enzo me di cuenta de que él entendió perfectamente el doble sentido en las palabras de mi amiga y los dos empezaron a reírse con complicidad. Escondí la cara entre las manos.

Lo que me faltaba eran esos dos caraduras riéndose de mí.

Lara me hizo un gesto con la cabeza hasta la puerta, señal de que quería el cotilleo completo. Me giré hasta Enzo para decirle que acompañaba a mi amiga a fumar y él asintió dejando un beso en mi mejilla antes de seguir hablando con Guille. En la calle hacía menos calor que al medio día, pero seguía haciendo algo de bochorno por lo que esperé que Lara no tardase mucho

en fumarse el pitillo antes de poder volver dentro donde tenían aire acondicionado. Ella me miró encendiéndolo y dio una calada.

Viendo que yo no sabía exactamente cómo empezar, Lara empezó a hablar.

—Tampoco hace falta ser muy listo para adivinarlo. Estabais muy pegaditos en la pista de baile y a los cinco minutos ya no estabais. —Lara se giró hasta mí—. ¿Lo habéis hecho, no? Sabes que me lo puedes contar.

Le tenía mucha confianza a Lara, por eso era mi mejor amiga. Además sabía que no servía de nada negarlo.

—Un poquito —contesté con la boca pequeña.

—¿Un poquito? —Lara se rio—. ¿Cuánto es un poquito?

La miré fijamente mientras me mordía los labios y al parecer la respuesta se me debió de dibujar en la cara. Lara parpadeó antes de empezar a reírse a carcajadas. Varias personas a nuestro alrededor nos miraron curiosas por la risa escandalosa de mi amiga.

—Vale, supongo que prefiero no saberlo. —Mi mala cara la hizo fruncir el ceño—. ¿Cuál es el problema?

—Me da miedo cagarla, Lara —me abrí con ella.

—Joder, Vega. ¿Por qué vas a cagarla?

Había cambiado el tono al que yo llamaba «madre cabreada». Solía usarlo pocas veces conmigo pero cuando lo hacía sabía que iba a tener razón en lo que sea que me dijese.

Realmente ni yo misma lo sabía. Solo era consciente de que entre nosotros todo podía salir muy bien o muy mal, y la segunda opción era algo que no dejaba de dar vueltas en mi cabeza.

—Sabes que mi especialidad es cagarla —intenté que mis palabras sonaran menos duras conmigo misma de lo que en realidad eran.

Se había puesto seria para mirarme. Lara nunca se ponía seria.

—El día que te des cuenta del pedazo de mujer que eres vas a ver mejor muchas cosas.

La sinceridad tiñó sus palabras y al ver cómo me cambió la cara, Lara me dio un codazo amistoso.

—Sé que el miedo es humano, y es normal que tengas miedo de algo nuevo pero, Vega, el miedo no puede limitarte.

Señaló hacia dentro con la cabeza donde Enzo estaba sentado

—Y estás muy mona enamorada.

Ella cogió mi mano para darme un apretón reconfortante y yo hice lo mismo con la suya.

—Mientras los dos os queráis lo único que debe preocuparos es tener suficiente tiempo para hacerlo.

—¿Eso no lo habrás leído en un libro, no?

Ella apagó el cigarrillo y entrelazó su brazo con el mío para que empezáramos a andar de nuevo hacia dentro del bar.

—Calla, que me había quedado muy bonito —replicó.

Me dejé arrastrar hasta nuestra mesa donde esos ojos verdes me buscaban entre la gente y una vez más volvían a mí para dejarme sin aliento.

CAPÍTULO 68

Vega

Atocha estaba abarrotado de gente que iba y venía de viaje, algo normal para ser finales de Junio. Había gente que volvía a casa desde la capital y otros muchos que aprovechaban los días libres para irse a la playa.

Mi familia había insistido en ir a despedirme a la estación, alegando que iban a tardar en verme de nuevo ya que desde Valencia, Enzo y yo volvíamos directamente a Milán. A mis padres no les había sentado demasiado bien la noticia de que volviese a irme tan pronto, sobre todo a mi madre que decía que yo seguiría siendo su niña pequeña siempre. La abuela en cambio casi dio saltos de alegría cuando se lo dije.

—¿Me prometes que no vas a llorar más? —pedí a mi madre mientras la abrazaba antes de bajar hasta el andén.

Ella sorbió la nariz y me dio un beso en la frente. Papá pasó un brazo por encima de sus hombros y nos abrazó a las dos.

De reojo vi cómo Enzo hablaba de algo con mi abuela y sonrió cuando ella le dio un apretón en los cachetes antes de abrazarlo. Un sentimiento de plenitud se me instaló en el centro del pecho y me duró hasta mucho después de que ella me llenase también la cara de besos antes de dejarme ir y acabaran yéndose a casa los tres.

Al subir al tren, ayudé a Enzo a colocar nuestras maletas en la balda sobre nuestras cabezas y acto seguido me desplomé en el asiento con él a mi lado. Estaba cansada después de haber dormido poco y levantarnos temprano para que nos diese tiempo a recoger, almorzar y llegar al tren.

Miré a Enzo de reojo mientras él leía el libro que se había comprado de camino allí. No entendía cómo él estaba tan bien si habíamos dormido lo mismo, y tampoco me iba a poner a averiguarlo porque nos quedaban unas dos horas de viaje y yo pensaba aprovecharlas para dormir un poco. Bostecé y puse mi cabeza sobre su hombro. Enzo me miró a través de las gafas e intenté no suspirar por lo guapo que estaba con ellas. Me acosté disimuladamente sobre él y Enzo me dio un beso pasando un brazo encima de mis hombros para que yo me acurrucase mejor sobre su pecho.

Estaba segura de que no veía el libro conmigo encima suya pero en vez de quejarse me apretó más contra él, envolviéndome con su tacto y el olor de su colonia. Agarré su muñeca para ver de cerca la pulsera de hilo que mi abuela le había regalado, a juego con la mía.

—Adoro a tu abuela —afirmó en seguida.

Y lo mejor es que yo sabía que mi abuela lo adoraba a él.

Habían compartido solo unos pocos días juntos pero ya se notaba en ellos una complicidad que hacía que se me encogiese el corazón.

—Me recuerda mucho a la mía, ¿sabes? —añadió con tono melancólico—. Se llamaba Allegra.

Enzo hablaba poco de su familia pero cuando lo hacía sus palabras desprendían un cariño único. Se notaba a leguas que los echaba de menos. Le acaricié la mejilla antes de dejar un beso

ahí.

—¿Cómo era ella?

—Muy guapa a pesar de ser mayor y además lo guapa que era por fuera lo tenía también por dentro. Ella me heredó los ojos verdes.

Se señaló a sí mismo confirmando lo que acababa de compartir conmigo.

—Allegra, gracias por esos ojos tan bonitos —murmuré en alto.

Enzo se rio y yo le sonreí en respuesta.

—Ella era la que me cuidaba cuando mi madre trabajaba. Tenía una paciencia infinita conmigo, siempre me ayudaba a lavarme la cara y las manos antes de que mi madre llegara y le diese un infarto al verme.

Un Enzo pequeño vino a mi mente con el pelo alborotado, los ojos verdes y las mejillas sucias por haber estado jugando por la calle. Me los imaginé a él con Mario y Chiara haciendo trastadas y corriendo por las calles hasta que se hacía de noche.

—Por lo visto eres sinvergüenza desde pequeño.

—Hay cosas que nunca cambian.

Se encogió de hombros y volvió a hacer que me acurrucase.

—Duérmete ya, bella. No quiero que estés cansada por la noche.

Mi mente malinterpretó sus palabras e imaginó cantidad de posibilidades por las que sin duda no querría estar cansada más tarde. El calor se me subió a las mejillas y Enzo lo notó.

—Por la graduación —aclaró con una sonrisa sugerente.

—Por la graduación —repetí yo.

Me acarició el pelo suavemente y apenas me di cuenta ya me había quedado dormida.

CAPÍTULO 69

Enzo

El viaje en tren no se me había hecho tan pesado como otras veces, aunque sabía que la única razón de eso era que Vega había viajado a mi lado.

Había caído rendida sobre mí en el momento que el tren empezó a moverse, aprovechando el trayecto para dormir mientras yo leía. Habíamos llegado a Valencia a las casi siete de la tarde, lo que nos dejaba el tiempo justo para dejar nuestras cosas en el apartamento que habíamos alquilado para un par de días y cambiarnos rápido para la graduación.

La facultad estaba llena de gente, los profesores preparaban el acto de graduación y muchos de los graduados y sus familias que los acompañaban llenaban los pasillos y hacían fotos para tenerlas de recuerdo. Agarré la mano de Vega que andaba a mi lado y entrelacé sus dedos con los míos.

Me sentí orgulloso de que ella estuviese a mi lado en un momento así, guapísima con un vestido bohemio en tonos azules y el pelo recogido en un moño bajo que solo hacía que me entrasen ganas de estar besándole el cuello toda la noche.

Algunos de mis compañeros nos saludaron cuando nos los encontramos por el pasillo y nos felicitamos mutuamente antes de llegar hasta el Aula Magna donde harían la ceremonia y la entrega de diplomas.

Martín salió justo en el momento que Vega y yo nos disponíamos a entrar y me interceptó para felicitar me. Me abrazó y me dio unas palmaditas en la espalda. Mi profesor nos miraba a los dos, intercambiando la mirada de ella a mí antes de esbozar una gran sonrisa.

—Te veo bien acompañado —señaló Martín y se dirigió a Vega—. Soy Martín.

Vega correspondió su saludo con una sonrisa amable.

—Martín, ella es Vega. —Apreté nuestras manos entrelazadas para hacerla que me mirase—. Mi novia.

La sonrisa vaciló en los labios de ella, que parecía confundida y emocionada por momentos. El profesor me miraba con cara de orgullo, le había hablado de ella hasta la saciedad en los pocos ratos que nos habíamos encontrado y parecía alegrarse por el paso que había decidido dar.

—Hacéis buena pareja, chicos. —Miró el reloj de su muñeca y reanudó su marcha—. Nos vemos dentro.

Asentí y vi a Martín desaparecer por el pasillo. Otros de los profesores se unieron a él para terminar de ultimar detalles y muchos de los invitados empezaban a entrar para coger asiento.

Sentí un tirón cuando Vega soltó mi mano para colocarse frente a mí.

—¿Por qué le has dicho eso? —averiguó con cautela.

—¿Que eres mi novia? —Asintió para responder a lo que acababa de preguntarle. Parecía nerviosa—. ¿No quieres serlo?

Su única respuesta fue inclinarse hasta capturar mis labios con los suyos. Agarré su cara entre las manos y dejé un reguero de besos por su cara hasta terminar de nuevo en su boca.

—Habría estado mejor que lo preguntaras antes de presentarme como tal, pero sí —añadió soltándose de mi agarre para volver a darme la mano.

—Menos mal, porque si hubieras dicho que no, habríamos pasado unos días un poquito incómodos —murmuré con un deje divertido.

El acto de graduación fue sencillo y bastante íntimo. Subí a recoger el diploma cuando dijeron mi nombre por el micrófono, y desde allí vi cómo Vega aplaudía y los ojos le brillaban de la emoción. Me emocioné más al verla a ella que por mí, porque estaba orgullosa de mí y yo no habría sido capaz de haberlo hecho sin ella.

Se me llenaba la boca al presentarla como mi novia a todos los compañeros que se nos acercaban y ella sonreía tímidamente al escucharme hacerlo.

—Enhorabuena —me felicitó una voz cortante a mis espaldas.

Me giré hasta ella y asentí con la cabeza. Sabía que debía estar en la graduación pero no la había visto entre la gente, y sencillamente tampoco me había tomado la molestia de buscarla entre ella, porque no tenía la menor intención de verla. No sé si mi desinterés le molestó pero supuse que sí al darme cuenta de que Marina me miró de pies a cabeza y luego dirigió su mirada a Vega. A ella la miró por encima del hombro y simplemente la ignoró para volver a enfocarse en mí.

Una punzada de rabia me recorrió por dentro y le di un apretón en la mano a ella para que la ignorase.

—¿Podemos hablar? —preguntó tanteando el terreno todavía sin mirar a Vega.

Fui a replicar y decirle que no, pero sin darme tiempo de hacerlo Vega soltó mi mano. Protesté y ella me dio una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Voy al baño —susurró—. Habla con ella.

Y seguidamente se giró y empezó a alejarse de nosotros. No quería hablar con mi ex, pero tampoco quería montar una escena en medio de la celebración.

Vega prácticamente había salido corriendo para evitar la situación y no la culpaba, de cualquier manera no era plato de buen gusto para nadie. Seguí sus pasos hasta que la vi entrar al baño. La voz de Marina interrumpió el silencio de mis pensamientos.

—¿Quién es?

Confundido volví a mirarla a ella.

—Si eso es lo que tienes para decir no me interesa escucharte.

Di un paso en otra dirección pero ella se interpuso en mi camino. Sus manos agarraron las mías. Levanté la mirada para encontrarme de nuevo con sus ojos celestes.

—¿Qué más quieres, Marina? ¿No te cansas?

—Nada que tenga que ver contigo me cansa.

Bufé y me pasé una mano por la cara. No entendía su actitud ni su insistencia para hablar conmigo cuando había sido ella misma la que me había engañado y la que había roto la relación alegando que ya no me quería.

Marina era una de esas personas que nunca están contentas con lo que tienen en su vida. Cuando estábamos juntos me fue infiel porque al parecer yo no era lo suficientemente bueno para ella, pero cuando yo ya la había superado volvía a buscarme.

Como si fuese una niña caprichosa a la que le apetece cambiar de juguete.

—Yo creía que todavía teníamos una oportunidad. Podemos volver a intentarlo. Por favor —pidió posando sus manos a ambos lados de mi cara.

Me alejé de su roce y negué con la cabeza. Lo que menos necesitaba era tener un malentendido con Vega por su culpa. Era lo último que quería.

—Esto es ridículo, Marina.

Algunos de los asistentes de la celebración ya se habían fijado en nuestra conversación y a mí

no me apetecía seguir dando de qué hablar, pero entonces vi cómo ella apretó los labios en una línea fina. Sus ojos se clavaron como dagas sobre mí antes de perderse por el camino en el que Vega se había ido.

—¿Tanto te gusta esa o qué?

—¿Eso es lo que quieres saber? ¿Si ella me gusta?

—Sí, eso es justo lo que quiero.

Sonreí mientras negaba con la cabeza, impresionado por la hipocresía que teñían sus palabras ya que ella era la última persona a la que yo podría deberle alguna explicación.

Sin embargo, me di cuenta de que estaba yendo más lejos de mí y no pensaba permitir que juzgase a Vega o a lo que teníamos porque era lo mejor que me había pasado en mi vida.

—A mí Vega no me gusta, Marina. Estoy enamorado de ella.

Era más real solo porque lo había dicho en voz alta.

—La quiero.

Ella bufó y se dispuso a contraatacar pero yo la detuve.

—No. No quiero tus explicaciones. No me interesan —espeté—. Lo único que quiero es que me dejes en paz, Marina, de una vez.

Sus ojos se cristalizaron pero me dio igual. Ya no le creía nada.

Busqué con la mirada el sitio por donde había desaparecido Vega minutos antes. No tenía la menor intención de seguir en aquella fiesta y mucho menos de seguir hablando con Marina, pero no quise irme sin antes dejarle las cosas claras.

Suspiré y volví a mirarla.

Los ojos que alguna vez creyeron que pudieron verla con amor se clavaban en ella de una manera dura, de la misma manera que lo hicieron mis palabras.

—Te quiero lejos de mi vida, Marina —suspiré resignado—. Permítete pasar página de una vez, porque en lo que a mí respecta ya hace mucho tiempo que te dejé atrás. Cuídate.

CAPÍTULO 70

Vega

El sonido de las olas me hacía sentir tranquila, igual que los brazos de Enzo a mi alrededor. El olor del mar y sentir la arena bajo mis pies era una de mis sensaciones favoritas. Nos habíamos ido de la fiesta en cuanto yo salí del baño, y aunque intenté poner mi mejor cara, él había notado que me pasaba algo, y yo no quise ocultarle que por más que me avergonzase sentirme así, él tenía razón.

—Siempre he sido muy insegura. Desde que tengo uso de razón.

Levanté la mirada hasta él, que me acarició la mejilla con delicadeza sin interrumpirme.

—Por eso muchas veces no me gusta enseñar mis dibujos. Por eso te pregunto miles de veces si en verdad te gustan de verdad. Porque no me gusta pensar que lo dices solo para complacerme a mí.

Respiré hondo para llenarme los pulmones de aire. Ni yo misma sabía que necesitaba desahogarme hasta el momento en que estuve haciéndolo.

Había una sinceridad enorme en las palabras que estaba confesando, aunque fuera una de las pocas veces en las que me había atrevido a decirlas en voz alta.

—Hui de la escena, créeme que lo sé perfectamente, pero no me sentía capaz de quedarme allí contigo y arriesgarme a ver que seguías sintiendo algo por ella.

Inspiré hondo y él lo hizo a mi lado.

—Me costó mucho aprender a no compararme con los demás, a quererme a mí misma por lo que tengo y por lo que soy. Pero cuando vi a Marina no he podido evitar hacerlo. Y en mi cabeza se repetía una y otra vez que yo salía perdiendo en todos los aspectos.

Su cara decayó pero siguió sin interrumpirme. Sus caricias no se detuvieron en todo el tiempo en que estuve hablando, animándome a que me desahogara con él. Demostrándome que podía hacerlo.

—Hacía mucho tiempo que no me sentía así. Insignificante. Insuficiente. Por un momento volví a ser la Vega del instituto que se encerraba en el baño a llorar cuando alguien la miraba mal o la insultaba. Volví a sentirme vulnerable por más que me prometí que iba a estar bien.

Estaba tenso. Nunca lo había visto así y mi primer instinto fue acariciar sus manos lentamente intentando aliviar la tensión que sentía en todo su cuerpo.

—Creo que es algo que siempre va a ir conmigo. El autosabotaje. El pensar que no me merezco nada de lo bueno que me pase.

Enzo solo me escuchaba atento y me dejaba que hablase. Me abrí con él como nunca lo había hecho con nadie, ni siquiera con la psicóloga que estuve años visitando en mi adolescencia.

Una sonrisa triste llenó mi cara al tiempo que seguía hablando.

—No puedo evitarlo. Una parte de mí me dice que esto es lo que me merezco y la otra todavía se sigue preguntando por qué te gusto y por qué quieres estar conmigo, Enzo.

—Tú te mereces todas las malditas estrellas del universo, Vega. Y yo voy a estar ahí para recordártelo todos los días.

Una sonrisa fugaz escapó de mis labios. Con Enzo me sentía segura y en confianza. Sabía que

con él nunca me sentiría juzgada igual que yo tampoco podría juzgarlo a él.

—Si te estoy diciendo esto es porque pienso que no debe haber secretos entre nosotros porque nunca los ha habido, y si todavía quieres empezar algo conmigo no estoy dispuesta a que los haya ahora —confesé en un susurro—. Y, aun así, sé que por muy insegura que me sintiese hace un rato no tengo derecho de preguntar qué te dijo. Sé que lo que haya pasado es entre tú y ella, y no pasa nada.

Enzo me dio un beso en la frente antes de rodearme con sus brazos. Su abrazo me reconfortó porque me demostró sin palabras que me entendía, y que valoraba que yo me abriese con él aunque me costase.

Si íbamos a construir una relación juntos lo haríamos desde la confianza y el respeto que ya había entre nosotros desde antes, porque aunque decidiésemos darnos una oportunidad como pareja no podíamos olvidarnos de que antes de eso habíamos sido buenos amigos.

—Yo tampoco quiero secretos ni malentendidos, Vega. Y sí que tienes derecho de saberlo porque yo quiero contártelo.

—Enzo...

Quise pararle los pies pero no pude.

—Marina quería saber si todavía había una oportunidad entre nosotros. —Aparté la mirada. Enzo agarró mi cara entre sus manos—. Le he dicho que estoy enamorado de ti. Le he dicho que te quiero, Vega.

Sus pulgares se movieron en círculos sobre mis mejillas. Mi corazón se saltó un latido. Parpadeé intentando asimilar sus palabras.

Le había dicho que me quería.

Enzo estaba enamorado de mí.

—Ayer me dijiste que nunca habías sentido lo que sentías conmigo y a mí me pasa lo mismo. No sé cómo, no sé desde cuándo, pero la única verdad es que te quiero —susurró con sus labios casi pegados a los míos.

«Te quiero», dos palabras que se repetían en mi cabeza al ritmo de las olas que rompían en la orilla.

—Marina es mi pasado —añadió—. Tú eres mi presente y, si quieres, me gustaría que fueras parte de mi futuro.

A penas dejé que terminase de hablar antes de chocar nuestros labios.

Enzo recibió mi beso con ganas y tiró de mi cuerpo hasta que estuve sentada a horcajadas sobre él. Rompí el beso al tirar de su labio inferior entre mis dientes y el gruñó a la vez que apretaba las manos en mi cintura.

—No me hubiera imaginado que eras una exhibicionista, bella.

Me reí y escondí la cara en su cuello. Empecé a besarlo ahí y noté cómo se removía inquieto debajo de mí. Últimamente las cosas se nos iban rápido de las manos. Sus pupilas estaban dilatadas por el deseo cuando me separé de él e hice el intento de levantarme de su regazo. Enzo negó con la cabeza y me mantuvo donde estaba antes de rodar sobre la arena. Su cuerpo quedó sobre el mío.

—No creo que quieras una amonestación por alterar el orden público —dije sobre sus labios antes de volver a besarlo. Él correspondió a mi beso hasta que se apartó con una sonrisa.

—Entonces no hagas mucho ruido.

Y entonces mientras yo me reía, él volvió a besarme.

CAPÍTULO 71

Vega

El agua tibia me limpiaba la arena de la piel. Apenas eran las ocho de la mañana y ninguno de los dos había dormido nada, pero era algo que nos importaba poco o nada.

Cerré los ojos y me centré en el caer del agua sobre mí, empapándome el pelo que se me pegaba a la cara y a los hombros. Escuché cómo entraba en la ducha y poco después sus brazos me rodearon desde atrás, pegando mi espalda a su pecho.

Inspiré hondo al pensar cómo cambiaba la vida en un momento.

Poco tiempo atrás no hubiese podido ni siquiera imaginar aquel momento.

Me hubiese reído si me hubiesen dicho que estaría desnuda en la ducha con alguien sin sentirme incómoda, pero sosteniendo sus manos entre las mías, la incomodidad era lo último que podría sentir en ese momento.

Parecía simplemente increíble que hacía menos de un año no podía contemplar mi desnudez en un espejo sin sentirme insignificante.

Enzo apartó el pelo de mis hombros para dejar un beso allí. Sus dedos haciendo círculos sobre la piel de mi estómago. Murmuró bajito algo que no llegué a entender antes de posar sus labios en mi cuello. Yo llevé mi cabeza hacia atrás para apoyarme sobre él. Sus manos bajaron por mi cuerpo sin dejar de acariciarme.

—Me encantan tus curvas —susurró con la boca pegada a mi piel.

Llevé mi mano hasta su cabeza y enredé mis dedos en su pelo, mientras los suyos me recorrían el cuerpo con cariño. Pasó las manos por la curva de mis caderas y seguí su movimiento con la mirada. Subió hasta acariciar la curva bajo mis pechos.

Reprimí un suspiro al sentir cómo mi piel se despertaba bajo su toque.

Me dio la vuelta lentamente hasta que quedamos frente a frente. El agua todavía empapándonos la cabeza. Enzo me dio un beso corto en los labios y una sonrisa tonta me llenó la cara. Él pasó las yemas de los dedos por mis labios siguiendo la forma de mi sonrisa.

—Pero mi favorita sin duda es esta.

Mordí su dedo suavemente y él soltó una pequeña carcajada, su pecho agitándose a causa de la risa.

Lo callé con un beso.

Enzo me levantó en brazos sin separar su boca de la mía y pegó mi espalda a la pared. Se me escapó un jadeo al sentir el contraste frío de los azulejos en mi piel calentita por el agua de la ducha. Él aprovechó para profundizar el beso que acabó en otro jadeo cuando me mordió el labio inferior sin apartar sus ojos de los míos.

—Me vuelves loco.

—¿Sí?

Acaricié sus mejillas suavemente antes de dejar un beso en el centro del pecho.

—¿Te lo demuestro?

Levantó las cejas burlón y cuando menos me lo esperaba me dio un apretón en el culo que hizo que diese un respingo. Yo le devolví el movimiento con un golpe en el brazo muerta de risa.

—Eres un sinvergüenza.

—También soy todo tuyo, Vega.

Sonreí y agarré la manguera de la ducha para mojarle la cara. Enzo sacudió la cabeza, salpicando de agua en todas las direcciones. Me estaba riendo mucho más fuerte de lo que debería al ser tan temprano y esperaba no estar molestando a los vecinos, pero no podía evitarlo.

—¿Te cuento una cosa?

Me miró fijamente y yo a él con curiosidad. Me pareció muy niño la manera en cómo había hecho la pregunta.

—¿Qué cosa? —le seguí el rollo.

—Creo que ya tengo claro cuando me enamoré de ti.

No me esperaba que fuese eso lo que quería contarme. Alcé una ceja con curiosidad.

—Ah, ¿sí?

Enzo asintió como un niño pequeño.

—Creo que me enamoré de ti en el momento que te reíste de mi acento —confesó y noté emoción en su voz—. Estabas ahí con tu maleta y tu flequillo revuelto y te reíste de mí. Y lo peor es que a mí me dio igual porque estaba demasiado concentrado en mirarte como para que me importase.

Apartó de nuevo el pelo y me besó en la mandíbula, subiendo lentamente hasta mis labios.

—Te quiero. Más de lo que me habría podido imaginar —repitió mirándome a los ojos.

Todavía no había terminado de acostumbrarme a escucharlo decir que me quería, y mi corazón seguía reaccionando con un brinco cada vez que lo hacía. Me acurruqué contra su pecho, el agua seguía cayendo sobre nosotros mientras estábamos en silencio.

—Yo también te quiero, Enzo. Aunque a veces me da miedo.

CAPÍTULO 72

Vega

—Vega...

Noté cómo sus manos me acariciaban el pelo mientras yo seguía dormitando en la cama, apenas podía encontrar fuerzas para abrir los ojos. Enzo me dio un beso en el hombro desnudo y subió por mi cuerpo hasta dejar otro en mi cuello. Tenía la piel fría por el aire acondicionado y me quejé cuando pasó sus manos por debajo de mi cuerpo para acurrucarme un poco encima suya.

Aunque tampoco me importó tanto como para no rodear su cintura con las manos y pegarme un poco más. Apartó el pelo que me caía sobre la cara y me dio un beso pequeño en la punta de la nariz.

—Bella... —volvió a llamarme—. Vamos a llegar tarde.

Eso último sí llamó mi atención lo suficiente como para espantar mi sueño. Levanté la cabeza de su pecho para mirarlo y entonces reparé en que se había duchado ya y estaba vestido para salir a excepción de la camisa.

Me froté los ojos antes de alargar la mano hasta la mesilla y comprobar la hora en mi móvil: las siete de la tarde.

—¿Llegamos tarde? ¿Me has preparado una cita secreta?

Levanté las cejas con un gesto sugerente y él inclinó la cabeza para besarme.

—Es nuestra última noche aquí, tenía que ser especial —admitió—. Planeaba que cenásemos fuera pero creo que se nos haría demasiado tarde.

Fui a preguntar que adónde se suponía que íbamos a llegar tarde pero se adelantó a mis palabras sabiendo que pensaba insistir hasta que me lo dijese y abrió la aplicación de comida a domicilio.

—¿Qué quieres cenar? —me preguntó con una sonrisa inocente.

Me conocía demasiado bien.

—Pizza, —Levanté la cabeza para que me mirase antes de añadir—, con piña.

Cerró los ojos y empezó a reírse a carcajadas contagiándome a mí también. Sabía que odiaba la pizza con piña, como todos los italianos, y solo lo había dicho para molestarlo.

—Nuestra relación pende de un hilo en estos momentos.

Nuestra relación.

Todavía me seguía sonando raro cuando se refería a nosotros dos. Tenía una relación con el hombre que hasta hacía poco tiempo había sido mi mejor amigo. Con la persona que me había apoyado en todo incondicionalmente a pesar de que casi no me conocía.

Estaba enamorada de mi mejor amigo y no podía evitar pensar que poder tener un nosotros era lo más bonito que me había pasado en mucho tiempo.

Agarré la sábana para echarla sobre nosotros, sin intención todavía de levantarme de la cama, y menos cuando Enzo me abrazaba y podía acurrucarme encima suya. El olor a aftershave me inundó las fosas nasales y me pegué más a él, si eso era humanamente posible.

—¿Tienes frío? —preguntó dándome un beso en la frente.

—Un poquito.

—¿Y por qué no apagas el aire acondicionado?

Lo miré como si estuviera loco, aunque sus palabras tuviesen toda la lógica del mundo.

—Porque dormir con el aire fresquito y la sábana encima es lo mejor.

—No lo entiendo. Igual que no entiendo cómo te puede gustar la asquerosidad esa de la pizza con piña —bromeó y yo repliqué solo por llevarle la contraria.

—Está buena —lo piqué.

Enzo arrugó el ceño y negó con la cabeza pareciendo estar ofendido aunque su media sonrisa lo delataba.

—Ya. Por supuesto que no.

Cerré los ojos y lo abracé. Nos habíamos pasado el día en la cama y aun así me hubiera quedado mil horas más así. Pensé que a lo mejor podíamos cancelar el plan y quedarnos allí, pero al ver la cara de Enzo sabía que no iba a poder convencerlo.

—Venga, levántate o vamos a llegar tarde.

Se levantó de la cama y fue hasta su maleta para sacar una camisa que extendió sobre una silla para que se le fueran quitando un poco las arrugas.

Paseé los ojos por él de una manera poco disimulada mientras él se sentaba a mi lado para atarse los cordones de los zapatos.

—¿Dónde vamos?

Me incorporé en la cama y la sábana resbaló por mi cuerpo.

—A un sitio.

Se había puesto en plan misterioso y no había manera de sacarle información. Era simplemente imposible cuando se le metía algo en la cabeza. Si yo podía llegar a ser muy curiosa e insistente, él me ganaba escondiendo las sorpresas y manteniéndose firme a mis interrogatorios.

—¿No me vas a decir adónde? —insistí.

—No —negó y me dio un beso corto—. Es una sorpresa y como no te des prisa te quedas sin ella.

Me dio otro beso antes de salir de la habitación y yo acabé resignándome y saliendo de la cama para prepararme con una sonrisa bailando en mis labios.

—¿Puedo saber ya la sorpresa? —insistí perdiendo la poca paciencia que me quedaba.

Habíamos cenado en el apartamento, me había dado tiempo a vestirme y maquillarme y en ese momento estábamos dando una vuelta por el paseo marítimo y todavía ni se había dignado a darme una sola pista. Lo peor es que sabía que se estaba divirtiendo al ver hasta donde llegaba mi límite. Lo miré poniendo cara de cabreada y él se rio dándome un beso en la comisura de los labios. Metió una mano en el bolsillo de los pantalones y sacó dos papeles pequeños.

Una sonrisa se dibujó en mi cara.

—¿Eso son entradas? —Asintió—. ¿Para un concierto?

Volvió a asentir.

Me abalancé sobre él y lo besé. Enzo se rio contra mis labios cerrando las manos alrededor de mi cintura y yo lo atraje hacia mí por la nuca con intención de profundizar el beso. Se relamió los labios al separarse de mí con una sonrisa socarrona.

—Si me vas a dar las gracias así voy a tener que planear muchas sorpresas.

—¿De quién es el concierto?

—Un grupo que te gusta mucho —contestó.

Habíamos vuelto a empezar con los misterios.

Entrelacé nuestras manos cuando echamos a andar hasta el estadio en el que iba a ser el concierto. Nos encontramos con varios grupos de personas que iban en nuestra misma dirección y a lo lejos se distinguía la cola en la entrada.

—¿Morat?

Se rio y negó con la cabeza.

—Otro.

Entrecerré los ojos mientras lo miraba. Me gustaban demasiados grupos de música y si así pensaba que iba a poder adivinar rápido lo tenía claro. Al verme dudar me dio otra pista.

—Los que están de moda ahora. Los australianos.

Me llevé una mano a la boca todavía en shock. Las entradas eran muy difíciles de conseguir y menos con tan poco tiempo de antelación. Imposible. Era imposible.

—No... —murmuré en shock.

—Sí.

Desdobló las entradas y me las enseñó. El nombre del grupo escrito en toda la parte de encima y se me escapó una carcajada cargada de emoción. Saqué el móvil para mandarle una foto a mi amiga.

—Lara se va a morir cuando se entere, lo único que le falta es ponerle un club de fans a los Harvey.

Y Lara era capaz de hacerlo sin duda. Eran tres en aquel grupo, Ava, Zach y Cameron, pero a ella los que le gustaban eran Ava y Cam. Los dos hermanos eran bastante guapos y se parecían mucho excepto por los ojos. Ella los tenía celestes mientras que los de su hermano eran color miel.

—Siempre dice que no sabe si le gusta más él o ella.

—Típico de Lara —afirmó riéndose él también.

Sostuve las entradas en alto y al mirar a Enzo se me empañaron los ojos de la emoción. No tenía ni idea de qué había hecho en la vida para merecérmelo pero debía de haber sido algo muy bueno. Al darse cuenta, pasó un brazo encima de mis hombros y me atrajo a él para abrazarme.

—Deja de pensar lo que estés pensando.

Me dio un beso en el pelo y agarró mi cara entre sus manos para darme un beso pequeño.

—Sí te lo mereces.

Y la manera tan fuerte en la que me había enamorado de él fue lo único que pasó por mi cabeza al verlo a mi lado bailando y cantando entre la gente.

Apenas se sabía un par de canciones porque yo no paraba de ponerlas siempre pero parecía igual de emocionado que yo todo el tiempo.

El concierto se pasó entre risas y besos, y yo estuve más pendiente de él que de cualquier otra cosa porque al final mis ojos acababan buscándolo en cada nota y en cada acorde.

Lara me mandó un par de audios gritando y me dijo que si lo hubiese sabido me hubiese dado un par de tangas suyos para que se los tirara al pianista. Enzo se carcajeó cuando se lo dije y se alegró de no habérselo comentado entonces.

Las canciones fueron pasando y cuando escuché los primeros acordes de mi canción favorita miré a Enzo y le susurré al oído.

—Te la dedico.

Él sonrió y escuchó atento cuando la voz de Ava llenaba el ambiente entonando «Now you're back» y la gente coreaba el estribillo.

La canción se deshizo en el aire pero apenas fui consciente de ello porque mi cabeza estaba en Enzo y en la forma en que su beso me estaba cortando la respiración.

Hay gente que cree que somos las circunstancias que nos encontramos en la vida. Otros piensan que somos las decisiones que tomamos cada día. Yo no sé lo que soy, si un cúmulo de circunstancias o un puñado de decisiones.

Quizá un conjunto de ambas. O ninguna.

María Martínez, *Cuando no queden más estrellas que contar*

CAPÍTULO 73

Enzo

Mario y Chiara vinieron al aeropuerto a recogernos y apenas nos dio tiempo de bajar del avión cuando ya tenía a mi amiga colgada al cuello abrazándome y felicitándome por la licenciatura. Se notaba que ahora era madre porque lo primero que hizo tras su inmensa bienvenida fue mirarme con mala cara y empezar a peinarme el pelo que me caía sobre la frente despeinado mientras yo protestaba.

Mario vino a mi encuentro, o más bien en mi ayuda, en cuanto ella se separó de mí para abrazar a mi novia, a la que le repitió entre besos y abrazos que estaba muy guapa.

Eso no se lo pude discutir.

Mi amigo saludó con un abrazo también que terminó con una risita y unas palmadas en la espalda. Se burló del Enzo del pasado que le había dicho que no creía en el amor y, por qué no decirlo, también un poco del Enzo del presente al que el amor le había explotado en la cara.

Le quité a Dante de los brazos y le di un beso en las mejillas. Sus enormes ojos celestes como los de su padre me devolvieron la mirada en cuanto lo acurruqué entre mis brazos. El bebé se removió y balbuceó mirando hacia donde Chiara y Vega hablaban.

—Pesa más —le dije a Mario antes de mirar al bebé—. Te pesa el culo, colega.

Él soltó una pedorreta y una risa, como si hubiera entendido lo que le había dicho. Apenas me dio tiempo de darle otro beso en la cabecita antes de que Vega se acercara a nosotros y Dante chillase al verla para que lo cogiese en brazos. Ella se acercó y lo levantó en brazos, hablándole con esa voz tierna que solo usaba con él y con Mino. Chiara me dio un codazo.

—Cuidado que te la quita —bromeó y pasó un brazo por encima de sus hombros.

—Esa mujer me adora. ¿No has visto que soy irresistible? —Ella simuló una arcada—. Aunque no la juzgaría, Dante es buena competencia —le seguí el rollo.

—Claro que lo es, se parece a su madre.

Mario se acercó a nosotros empujando el carrito del bebé.

—¿Por qué no dejamos de competir por quién tiene el ego más inflado y vamos a casa? Os invitamos a un café y así recogéis a Mino, no hemos querido traerlo al aeropuerto para que no se pusiera nervioso.

Asentí y cargué con nuestras maletas hasta la salida.

Mario me llamó a la cocina con la idea de que lo ayudase con las tazas pero sabía que era su excusa para hablar conmigo de algo. Dejé a Chiara y a Vega charlando mientras me levantaba e iba a ver qué le pasaba.

La última vez que lo había visto tan misterioso fue cuando me dijo que su mujer estaba embarazada de Dante, aunque dudaba que esta vez fuera eso. Al llegar a su lado, estiré el brazo por encima de sus hombros para alcanzar unas tazas del mueble al tiempo que él ponía a funcionar la cafetera con la excusa de que iba a ayudarlo para que las chicas no preguntasen.

—Chiara le dijo el otro día a Gianna que te has graduado.

Mi espalda se volvió rígida con sus palabras, mis hombros en tensión. Dejé las tazas en la encimera y me apoyé sobre ella, intentando recomponerme. Su confesión me cayó encima como

un baldazo de agua fría. Mario me dio un par de palmaditas en la espalda para reconfortarme un poco.

—¿Y qué le dijo ella? —me escuché preguntar.

Sabía que ellos mantenían el contacto con mi madre porque eran los que me informaban a mí de cómo estaba ella y supuse que también lo harían al revés. Era de esperarse que siguieran hablando más que nunca porque a veces ellos necesitaban ayuda con el bebé y los padres de Mario vivían en la misma calle. Mario me miró y una sonrisa triste apareció en su cara. No dejó de trastear con las tazas mientras me hablaba, intentando tener las manos ocupadas como si lo necesitara.

—Que está orgullosa de ti, Enzo. Deberías hablar con ella.

Su voz cargada de emoción hizo que la culpa inundase cada poro de mi cuerpo.

Nada había sido igual desde que me fui a estudiar fuera.

Al principio nada había cambiado mucho entre nosotros, pero luego conocí a Marina y me centré tanto en ella y en lo que ella quería que descuidé por completo nuestra relación y la fui alejando poco a poco de mí. Las llamadas casi diarias pasaron a ser semanales y las semanales a mensuales hasta que un día simplemente dejé de llamar.

Sin más.

De repente me había dado cuenta de que llevaba meses sin hablar para nada con mi madre y lo fui dejando pasar hasta que cuando me di cuenta de que la estaba cagando, creí que ya no había nada que hacer.

E hice lo que mejor se me daba hacer en aquel entonces: tirar la toalla sin intentarlo.

La había dejado sola. Lo único que sabía recientemente de mi madre habían sido sus llamadas en Navidad y en Año nuevo, y la última me había hecho llamar a Vega para escuchar su voz y poder tranquilizarme. Pasamos de ser uno a convertirnos en dos extraños y sabía que si alguien tenía la culpa de eso, probablemente era yo y solo yo.

—Si te estoy diciendo esto no es para que te sientas mal. Es un consejo porque ahora que soy padre soy muy consciente de lo que se quiere a un hijo.

Dirigió la mirada hasta donde las chicas y Dante estaban. Una sonrisa se extendió en su cara al ver a su bebé.

—Tu madre te adora y puedo asegurarte que le duele más tu distancia que cualquier cosa que pudo ocurrir en el pasado.

Asentí haciendo mi mayor esfuerzo por no echarme a llorar como un puto crío. Porque aunque había sido un egoísta nunca había llegado a estar del todo solo. Y puede que quizás ni siquiera me lo mereciese pero a pesar de todo tenía una familia.

Tenía unos amigos que eran como hermanos para mí y que me habían dado la mano sin dudar en cada momento que lo había necesitado y que me habían dado un sobrino precioso.

Me había enamorado y tenía una novia a la que adoraba. Y a pesar de todo mi madre me seguía esperando.

Era un idiota afortunado.

Sorbí la nariz intentando ahuyentar las lágrimas y Mario me palmeó la espalda con cariño.

—Gracias por cuidarla.

—Siempre. —Miró hacia el salón—. Vamos antes de que Sherlock empiece a preguntar.

Dante se durmió acurrucado sobre Vega y decidimos que era mejor dejarlo dormir e irnos ya. De todas maneras también estábamos bastante cansados por el vuelo y no veía la hora de meterme en la cama. Recogimos las cosas de Mino para llevárnoslo a casa y Mario bajó con nosotros para acercarnos en coche mientras que Chiara aprovechaba para acostar al bebé. Saqué

las llaves del bolsillo y abrí la puerta con una mano a la vez que sujetaba a Mino con la otra.

—Bienvenida a nuestra casa.

Dejé a Mino en el suelo y dio una carrera por toda la casa, como si hubiera extrañado mucho estar allí. Vega entró con su maleta y una sensación de hogar me llenó el pecho. Podría sonar demasiado cursi pero me hacía muchísima ilusión vivir eso con ella por primera vez.

La experiencia de poder compartir un hogar juntos.

Abrir el armario y encontrar su ropa al lado de la mía, que colocase su cepillo de dientes junto al mío en el baño o que me llenase la casa de flores.

Me daba igual porque todo eso significaba que estaba con ella, y sabía que Vega sentía lo mismo.

Entró al salón y se apoyó en el sofá para desabrocharse las sandalias que llevaba puestas. Yo no pude evitar acercarme a ella y rodearla con los brazos desde atrás para apoyar su espalda contra mi pecho. Vega suspiró y le di un beso en la nuca, respirando sobre su piel que me inundó las fosas nasales con el olor de su perfume. Entrelazó sus dedos con los míos y se giró hacia mí. Era más bajita que yo, así que tuvo que ponerse de puntillas para darme un beso en la punta de la nariz como a mí me gustaba hacer con ella cuando me abrazaba medio dormida en la cama.

Compartir mi día a día con ella y saber que podía tenerla conmigo eran de las mejores cosas que me habían pasado en la vida, ella lo era, y se lo susurré al oído antes de atraerla hasta mí para besarla lento.

Era ridícula la manera tan sumamente rápida en la que me había acostumbrado a eso.

A besarla cuando quisiera.

A no tener que reprimir mis ganas de tocarla.

Vega tiró de mi labio entre sus dientes con una propuesta muda en su mirada y yo volví a besarla a la vez que andaba con ella a trompicones hasta mi habitación. La misma que se había convertido en nuestra en el mismo momento que la llave giró en la puerta y volvimos a entrar juntos a aquella casa.

No pude evitar dejarme llevar cuando sus manos encontraron el bajo de mi camiseta para ayudarme a quitármela. Inspiré hondo cuando la vi quitándose el vestido con la misma lentitud, y en cuanto este cayó al suelo, sus labios volvieron a chocar con los míos. El cansancio se me fue de golpe en el mismo momento en que me hizo moverme hasta que mi espalda chocó con la cama para poder sentarse a horcajadas sobre mí.

Subí mis manos por su espalda acariciándola, necesitando cada mínimo contacto que su piel me permitía mientras nos besábamos sin pensar en nada más, hasta que nuestras respiraciones alteradas resonaban por toda la habitación y lo único que importaba era sentir su piel bajo mis dedos.

Intenté ir despacio, con suavidad, pero al verla soltarse conmigo, el verla demostrar que confiaba en mí y estaba más segura cuando estaba conmigo hizo que mi autocontrol vacilara, y acabó por romperse cuando Vega me acarició con su mano y una sonrisa sugerente y yo solo pude pensar en fundirme en ella. Mis manos se movieron sobre las suyas y ambos nos deshicimos de la ropa interior con ansias, necesitando sentirnos como si hubiesen pasado años desde la última vez que nos tocamos.

Levanté un preservativo entre mis dedos a la vez que ella deslizaba sus manos por mis brazos hasta pararse en mi pecho.

El corazón me latía muy rápido bajo la palma de su mano. Vega lo alcanzó para ayudarme a ponérmelo entre besos desesperados, que hicieron que mi respiración se volviera más irregular de lo que ya estaba. Apoyó sus manos sobre mi pecho y sin apartar su mirada de la mía bajó sus

caderas sobre mí.

Empezó a temblar. Su cuerpo acoplándose al mío como si ese fuera su único objetivo.

Me mantuve inmóvil dándole tiempo para que se acostumbrase y ella trazó círculos lentos sobre mi pelvis que me hicieron concentrarme mucho para no terminar en ese mismo instante. Levanté mis caderas para encontrarme con las suyas y ella se movió sobre mí hasta encontrar el ritmo que necesitaba. Le mordí la boca sin dejar de moverme y ella gimió. Nos movimos juntos hasta que la sentí estremecerse y se dejó ir, poco antes de que yo lo hiciese también.

Debería de haberme dormido como lo había hecho ella, con sus piernas entrelazadas con las mías.

Debería estar tranquilo dejar de pensar, sin embargo, no dejaba de darle vueltas a las cosas que no me dejaban dormir hasta que sin darme cuenta ya se había hecho de madrugada.

Acabé levantándome para no despertar a Vega con mis vueltas en la cama.

Y no fue hasta que la brisa de la calle me acarició la cara que fui consciente de todo lo que necesitaba respirar.

CAPÍTULO 74

Vega

Me removí en la cama al no notar a Enzo a mi lado. Llevábamos solo pocos días durmiendo juntos pero me había acostumbrado tan rápido que mi cuerpo parecía reaccionar y saber cuándo él ya no estaba a mi lado.

Me incorporé en la cama frotándome los ojos y vi que la puerta estaba entornada, ya que se colaba un poco de luz del exterior en la oscuridad del dormitorio. Escaneé mi alrededor en busca de alguna prenda para ponerme y me pasé una camiseta de Enzo por la cabeza antes de salir de la habitación en su búsqueda. Lo encontré sentado junto a la ventana del balcón con los ojos cerrados.

Él no me notó llegar, los pies descalzos no hacían demasiado ruido en el suelo del piso, pero notó mi presencia en el momento que me senté a su lado y apoyé la cabeza en su hombro. Enzo me devolvió la mirada y yo le sonreí cuando me apartó el pelo de la cara para dejar un beso en mi frente.

—¿Te he despertado? —murmuró con la voz ronca por el sueño.

Negué con la cabeza y él me atrajo hacia su cuerpo para abrazarme. El calor del día dejaba unas noches fresquitas en la ciudad y por la ventana entraba una brisa agradable que nos acariciaba la piel al estar sentados allí.

—¿Qué te pasa? —le pregunté buscando sus ojos.

Enzo hizo un gesto con la cabeza para quitarle importancia pero yo sabía que si no podía dormir era porque había una razón detrás que no se lo estaba permitiendo, así que seguí insistiendo.

—Se que no te gusta mostrar tus sentimientos y que te cierras en banda porque quieres parecer invencible, pero no está mal no sentirse bien a veces.

Recorrí su barba con mis dedos hasta llegar a su mejilla. La acaricié lentamente y él acarició mis nudillos con su mano.

—Nos pasa a todos y está bien. Me tienes a mí. Siempre.

Mis palabras parecieron ablandarlo un poco porque noté cómo su mirada cambiaba a medida que me escuchaba decirle aquello. Apoyó su cabeza sobre la mía después de dejar un pequeño beso en mi frente. Le encantaba hacer eso.

—Mario me ha dicho algo hoy que me ha dejado pensando y no puedo dormir —confesó al cabo de un rato.

—¿Quieres hablarlo?

No quise forzarlo porque sabía perfectamente que le costaba abrirse con los demás, sobre todo cuando no se sentía bien, pero quería que sintiese que podía contar conmigo si así lo quería.

Que yo iba a estar ahí para él si eso era lo que necesitaba.

La tristeza de sus ojos se intensificó mientras me explicaba la situación que tenía con su madre, lo culpable que se sentía por haberla alejado y el miedo que le daba poder llegar a sentirse rechazado con ella. Pero yo por lo poco que había escuchado a Enzo hablar de su madre estaba casi segura que el rechazo sería una de las últimas cosas que él podría recibir de ella.

Fuera lo que fuese que hubiese pasado entre ellos.

Y después de que Mario había hablado con él esa misma tarde, me había quedado más que claro. Sopesé mucho las palabras que tenía en mi mente antes de decirlas.

—Si quieres un consejo, yo te diría que no malgastes el tiempo con ella —empecé diciendo y él volvió a levantar la cabeza para mirarme mientras lo hacía—. Siempre dices que te gustaría haber tenido más tiempo con tu abuela, pero tu madre sigue aquí.

—Lo sé, pero no puedo evitar sentirme mal por todo.

Apoyó su cabeza sobre mi pecho y me rodeó con sus brazos. Enredé mis dedos en su pelo, acariciándolo lentamente y él suspiro bajito.

Sentirse mal es una mierda, yo lo sabía perfectamente porque más de una vez lo había experimentado en mi propia piel. Entendía lo que estaba sintiendo.

—A veces cuando no me siento del todo bien o he tenido un mal día, me gusta sentarme en silencio a leer un libro o a escuchar música. Desde que era muy pequeña han sido como mi pequeño refugio.

Seguí mi caricia en sus mejillas y Enzo agarró mi mano entre la suya para dejar un beso sobre ella.

—Piensa un poco, seguro que tú también tienes uno.

Se incorporó de nuevo hasta que sus ojos quedaron a la altura de los míos. Pareció pensarlo un momento antes de encogerse de hombros como si lo tuviese claro desde siempre.

—A mí me gusta estar contigo. Cuando tengo un mal día o siento que todo es una mierda solo intento pensar en ti. —Hizo una pausa corta antes de seguir hablando—. Así que, supongo que eres tú. Tú eres mi refugio.

Rodeó mi cuerpo con sus manos abrazándome de nuevo y apoyé la cabeza sobre su pecho desnudo. Le di un golpe en el mismo aguantando un puchero.

—Me vas a hacer llorar.

Noté su risa sobre mí al tener los labios apoyados sobre mi frente.

—Si lloras tú, voy a llorar yo. Así que no te lo aconsejo —añadió todavía riéndose.

Lo llevé de la mano hasta la cama mientras él protestaba como un niño, pero no se quejó en cuanto lo hice acostarse a mi lado y se pegó a mí. Pasé una de las manos por el pelo que le caía despeinado por toda la cara y la apoyó sobre mi hombro.

Su respiración se había acompasado al quedarse dormido y luego fui yo la que no quería dormir por no dejar de mirarlo.

Una de sus piernas se había colado entre las mías y rodeaba mi cintura con un brazo, pegándome a él. Pasé los dedos por su barba de un par de días y lo noté removerse bajo mi toque. Le di un beso en la mandíbula y murmuró algo en sueños apretándome más contra él.

Reprimí una risa y cerré los ojos.

El olor de Enzo mezclado con el de las sábanas me envolvió y entre sus brazos acabé durmiéndome yo también.

CAPÍTULO 75

Enzo

El sol brillaba fuerte cuando al fin me desperté. Había perdido la cuenta del tiempo en el que había dormido tanto. El lado de mi cama estaba vacío lo que me confirmaba que era lo bastante tarde como para que Vega hubiese decidido levantarse y dejarme dormir a mí.

Me levanté y la encontré sentada en el sofá con una taza en la mano mientras que con la otra acariciaba a Mino que se había acostado en su regazo. La miré por un momento mientras apoyaba la espalda en el umbral de la puerta.

Vega me sonrió al verme y yo me acerqué a ella para darle un beso en los labios. Mino ladró y yo reprimí una risa acariciándole el lomo.

—Yo te doy de comer y tú me robas a mi novia. Te parecerá bonito —refunfuñé en broma.

Vega se rio al tiempo que el perro volvía a ladrar y me buscaba nervioso para que jugase con él. Le acaricié la cabeza y correteó por la casa antes de volver a mis pies para que le diese otra caricia antes de sentarme al lado de Vega en el sofá.

Le quité la taza y le di un sorbo antes de poner mala cara. Ella ni se inmutó y siguió comiendo su tostada.

—No sé cómo te puede gustar el café así.

El café para ella era una rutina irremplazable por la mañana, lo había aprendido en el tiempo que llevábamos compartiendo juntos, tanto cuando estuvimos de viaje como en los días que ya llevábamos viviendo juntos desde que volvimos a Milán. Le encantaba el café, y lo peor es que lo tomaba negro y con apenas un par de cucharadas de azúcar.

Para mi gusto estaba asqueroso pero ella me lo volvió a quitar para darle otro trago sin hacer siquiera una pequeña mueca.

—Me ayuda a mantenerme despierta.

—Yo conozco algunas maneras más interesantes para mantenerte despierta —bromeé poniendo ojitos.

Sonreí al ver cómo se le encendían las mejillas con mi comentario y me pegué a ella robándole un beso. Subí mi mano por su pierna hasta llegar a donde no le cubría la falda y ella se estremeció con mi toque pero me apartó.

—Ni se te ocurra —susurró agarrando mi cara entre sus manos y manteniendo sus labios a centímetros de los míos.

Volvió a besarme y se levantó del sofá para dejar la taza en la cocina. Yo la seguí y me serví una taza de café, con leche y azúcar por supuesto, mientras ella fregaba la suya y la dejaba escurriendo. La miré mientras ella se secaba las manos en un trapo y seguidamente llenaba su botella de agua antes de meterla en el bolso que había agarrado del perchero de la entrada poco antes.

—Me tengo que ir —se dirigió a mí—. He quedado con Sandy para hablar de la nueva campaña.

Recogió las cosas que le quedaban en la encimera y otras que había dejado en la mesa del salón y, con el bolso colgado en un brazo, empezó a prepararlo a la vez que yo la seguía hasta la

puerta para despedirla.

—¿Estás mejor? —me preguntó apartando la vista de lo que estaba haciendo para mirarme a mí.

Mis ojos conectaron con ella y vi en sus ojos que el tema le preocupaba. Sabía perfectamente que se refería al bajón de la noche anterior.

Después de hablar con ella había conseguido dormirme pero no me notaba del todo descansado porque mi cabeza todavía seguía en marcha.

Quise que se quedara tranquila y aunque no era del todo verdad, asentí con la cabeza, a lo que ella respondió poniéndose de puntillas para darme un beso antes de irse.

El sonido de la puerta al cerrarse me hizo volver a conectar con la conversación que habíamos tenido la noche anterior y con todo lo que me tenía pensando sin poder parar. No sabía bien si lo que pretendía hacer era lo mejor o no, pero después de haberlo pensado mucho me dije a mí mismo que era lo que se sentía correcto.

El teléfono dio un par de tonos antes de que su voz me recibiera al otro lado de la línea. Inspiré hondo armándome de valor hasta que fui capaz de hablar.

—Hola, mamá.

CAPÍTULO 76

Vega

Al bajar de casa me di cuenta de que nunca había visto las calles tan llenas como aquel día. Miles de turistas paseaban por allí e incluso los bares y cafeterías estaban más llenos que de costumbre. Supuse que era debido a la temporada alta de vacaciones y que al parecer una gran mayoría había escogido Milán como destino para pasarlas.

Sandy estaba sentada en un terraza con su iPad y un café delante cuando me vio llegar. Sorteé las mesas de alrededor hasta llegar hasta la suya y nos saludamos con un abrazo.

—¡Qué guapa estás! —exclamó al soltarme y volver a sentarse en su sitio.

Dejé el bolso a un lado de nosotras y me senté frente a ella en la mesa a la vez que Sandy empezaba a hablar emocionada, diciéndome que el tiempo en casa me había sentado muy bien e hizo un par de insinuaciones de que tal vez lo mejor había sido la compañía.

Sonreí tímidamente, dándole la razón de manera inconsciente.

Ella levantó la mano para llamar al camarero y que tomara nota de lo que queríamos y en cuanto este volvió a irse ella siguió a lo suyo y toqueteó un par de veces más el iPad hasta que lo dejó a un lado junto con el lápiz con el que estaba escribiendo en él.

—Bueno, quería enseñarte un par de ideas pero quiero ver primero las tuyas porque por lo poco que me has contado por teléfono sé que me van a encantar.

No habíamos perdido la comunicación en el tiempo que había llevado fuera de la ciudad y a pesar de que no había adelantado tanto como hubiese pretendido, había estado mandándole pequeños esbozos y comentándole nuevas ideas cada vez que hablábamos.

—Llevo trabajando en ellas desde Junio, aunque llevan en mi cabeza muchísimo más tiempo.

Trasteé en mi bolso en busca de la carpeta con los bocetos del proyecto. La abrí y extendí por la mesa los diseños en los que llevaba poco más de dos meses trabajando. Estaban hechos a ratos pero a ella parecieron gustarle mucho, porque Sandy me miraba con una sonrisa, intercalando su mirada entre los dibujos y mi cara.

—Mi idea es ampliar el rango de tallas en esta colección y a partir de esta en todas las siguientes —expuse firmemente—. Añadir tallas más pequeñas y grandes de lo que ya disponemos en el mercado.

Ella asintió dándome a entender que estaba de acuerdo con mi idea. Seguro que a todos nos han hecho alguna vez en nuestra vida un comentario hiriente sobre nuestro cuerpo y nuestro aspecto.

«Te sobra de aquí», «Deberías comer más», «Si estuvieras más delgada, estarías más guapa».

Son comentarios que la mayoría de las veces van disfrazados de consejos que no han sido pedidos, sin importar lo que a la persona pueda llegar a afectarle o no.

Quizás esas palabras pueden clavársele a alguien como un puñal, a pesar de que no se digan con mala intención, porque nadie sabe lo que pasa en la vida de los demás.

Y, por supuesto, nadie tiene derecho a opinar sobre un cuerpo que no es el suyo.

Aunque a veces a la gente se le olvide.

Todos los cuerpos son bonitos. Todas las medidas son perfectas.

Aunque me había costado, yo había empezado a verme y aceptarme tal y como era y mi intención era intentar que mucha gente más lo hiciese. Sabía que no tenía en mis manos el poder absoluto para cambiar los estándares tan amplios pero quería al menos aportar mi granito de arena.

—Todos tenemos derecho a vestir cómo nos dé la gana —afirmé.

Sandy asintió y me miró con orgullo. Sabía que lo que quería hacer era un proyecto ambicioso y también muy caro, porque al ampliar el rango de tallas se multiplicarían los gastos y el trabajo pendiente para que todo fuera perfecto, pero estaba dispuesta a hacer todo lo que estuviera en mis manos para conseguirlo.

El camarero dejó los cafés que habíamos pedido sobre nuestra mesa y Sandy dio las gracias antes de volver a dirigirse a mí.

—¿Te he dicho ya que eres maravillosa?

—Solo quiero ser justa con la gente y conmigo misma —respondí y era verdad.

Ella pareció sopesar algo por un momento antes de volver a hablar.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —preguntó llevándose la taza de café a los labios.

Me encogí de hombros a la vez que ella la volvía a dejar en la mesa.

—Enzo trabaja hasta las siete.

Ella asintió y se levantó, recogiendo su bolso y la carpeta y señalándome con un dedo.

—Pues vamos, tenemos trabajo que empezar.

CAPÍTULO 77

Vega

Semanas después.

Septiembre fue un mes de cambios en mi vida, de nuevos comienzos. Fue un mes en el que sin pensarlo muchos de mis sueños se seguían cumpliendo y otros estaban llegando aunque ni siquiera lo supiera todavía.

Me había acostumbrado demasiado rápido a mi nueva vida.

A vivir con Enzo.

A trabajar mano a mano con Sandy.

A aprender a ver Milán como un hogar, tal vez de una manera más definitiva.

Por supuesto que echaba de menos a mi familia y a Lara, pero no podía evitar sentirme orgullosa de haber encontrado otra pequeña familia allí.

La colección de Invierno iba más avanzada que nunca ya que Sandy y yo no habíamos tenido un respiro desde que empezamos con ella, pero todo el esfuerzo estaba mereciendo la pena al poder ver los resultados de nuestro trabajo.

Habíamos ampliado tres tallas más pequeñas y tres más grandes de los patrones de tallas usuales y me sentía muy orgullosa de cómo estaba quedando ese proyecto. Sandy miraba unos bocetos y agarró un lápiz para marcar un poco más algunas de las costuras que quería que se vieran una vez se empezara a coser.

—Tengo algunos para primavera —le dije mientras marcaba las medidas en una de las telas —, podríamos empezar con ellos en Noviembre.

Ella levantó la vista para mirarme por unos segundos antes de volver a lo que estaba haciendo.

—Tú céntrate en esto, en Noviembre quién sabe lo que pase.

—¿A qué te refieres? —me interesé pero me ignoró.

Siguió con lo suyo como si no acabase de soltarme una indirecta como una casa de grande. Levanté la cabeza de lo que estaba haciendo para darle una mirada confundida. Ella simplemente negó la cabeza y volvió al boceto, dejándome curiosa y un poco preocupada también.

No mencionó nada más sobre ello en el resto de la tarde, ni tampoco cuando nos despedimos en la puerta de la academia y yo seguí dándole vueltas a lo que sea que Sandy había insinuado de camino a casa pero todos mis pensamientos se dispersaron en el momento de abrir la puerta y encontrarme a Enzo hablando por teléfono apoyado en la encimera de la cocina.

Colgué el bolso en el perchero y él sonrió al verme mientras seguía hablando con la persona al otro lado de la línea.

—Vale. —Dirigió su mirada a la puerta viéndome entrar y sonrió—. Sí, es ella. Mañana hablamos. Sí. Adiós mamá.

Colgó el teléfono y vino hacia mí. Había retomado el contacto con su madre hacía poco, y aunque hasta ahora solo hablaban por teléfono, sabía que le había costado dar ese paso pero también podía ver lo feliz que lo hacía eso.

Y verlo feliz me hacía feliz a mí también.

Llegó a mi lado en dos pasos y me agarró de las mejillas para besarme con entusiasmo. Sonreí

sobre sus labios a la vez que Enzo no paraba de darme besos cortos.

—Voy a tener que hablar seriamente con Sandy para que deje de robarme a mi novia —susurró cuando dejó de besarme y me envolvió en sus brazos.

—Exagerado.

Él seguía trabajando en la tienda y solía salir mucho más temprano que yo, que intentaba aprovechar al máximo los días para que me rindiera mucho cada hora. Me dio un beso en la frente y agarró mi mano para llevarme hasta la cocina donde estaba preparando la cena.

Se puso a cortar un poco de queso para echar a la ensalada César que ya tenía casi lista y yo picoteé de algunos. Mino correteó alrededor de mis pies para darme la bienvenida y lo levanté en brazos. Le di un trocito de queso a él también.

—¿Podéis dejar de comer los ingredientes, vosotros dos?

Me crucé de brazos al ver que Enzo puso una mueca de falsa indignación y dejé al perro en el suelo para lavarme las manos y ayudarlo a terminar la cena.

Bostecé un par de veces sin poder evitarlo y él me daba miradas furtivas, intentando ocultar que le preocupaba que me exigiera demasiado en el trabajo.

—No sé si me gusta tanto silencio de tu parte —murmuró sin dejar lo que estaba haciendo.

—Sandy estaba un poco rara hoy pero no creo que sea nada.

En realidad no estaba tan segura de que no fuera nada, pero estaba demasiado cansada como para distraerme más pensando en ello. Solo quería cenar, una ducha e irme a la cama.

—Estoy tan cansada que creo que si cierro los ojos soy capaz de dormirme de pie.

Pasó un brazo por encima de mis hombros y me acercó a él. Me dio un beso en el pelo y un apretón reconfortante.

—Tenéis que tomaros un respiro de vez en cuando. El mundo no se hizo en dos días.

—Hablas como mi padre. —Dejó un beso en la comisura de su boca—. Vamos a cenar que me muero de hambre.

Y a pesar de que era feliz con él, a veces lo sencillo que era me asustaba mucho. Lo fácil que nosotros lo hacíamos todo.

La costumbre.

Los besos que habían dejado de ser sólo besos para significarlo todo.

Se dice que antes del huracán viene la calma, y el nuestro estaba mucho más cerca de lo que ninguno de los dos se llegaba a imaginar.

CAPÍTULO 78

Enzo

El momento de reencontrarme con mi madre había vivido en mi cabeza durante los últimos tres años. Me había acompañado en la imaginación cada vez que podía, obligándome a pensar de más.

A veces pensaba que era por lo que añoraba y otras que era una forma de torturarme recordándome como yo me había encargado de que aquello no sucediera, pero lo que tenía muy claro es que lo que en aquel momento estaba viviendo no era ni de lejos lo que mi mente muchas veces se había imaginado.

Porque a pesar de haber estado hablando con ella por teléfono casi a diario no se comparaba con vivirlo y poder volver a verla en persona.

Miré hacia el frente, donde la puerta de la casa me daba de nuevo la bienvenida y una sensación reconfortante me llenó el pecho. Sentí la nostalgia invadirme al recordarme jugando allí en mi infancia, o en el momento que crucé el umbral por última vez sin saber que no volvería en bastante tiempo.

Casi pude verme a mí de pequeño esperando a que mi madre llegase de trabajar sentado junto a la nonna.

La calle seguía igual que siempre y si alargaba un poco la vista podía ver a lo lejos la casa de los padres de Mario también.

Me adelanté y toqué el timbre. La puerta se abrió casi inmediatamente después de hacerlo y me encontré con mi madre tras el umbral en el que muchas veces más me había esperado durante toda mi infancia y adolescencia.

Distinguí un par de arrugas más en su cara desde la última vez que nos vimos pero estaba guapa igualmente. Cuando ella sonrió, todo lo que pensaba decirle, todas las palabras se me atascaron en la garganta.

Era incapaz de describir la cantidad de sensaciones y sentimientos agolpados que me recorrían por dentro en ese mismo instante.

No encontraba la manera con la que poder describir lo que estaba sintiendo.

Mamá me miró con los ojos brillantes y yo me quedé quieto, sin saber muy bien cómo reaccionar. Con las emociones desbordándose por cada poro de mi piel. Fue ella la que acortó la distancia entre los dos y me rodeó con sus brazos. Yo la abracé de vuelta y ella me apretó más contra su pecho.

Parecía casa.

Olía como casa.

Después de tanto tiempo.

Seguí a mi madre hasta dentro, donde la casa de mi infancia volvió a recibirme como si no me hubiese ido de allí en ningún momento, como si hubiese estado esperando todo ese tiempo a que volviese y no quisiera que yo encontrase que faltaba cualquier objeto en su lugar.

Los recuerdos, los muebles y las fotos.

Todo seguía estando igual.

Me quedé mirando las fotos que tenía colgadas en la pared y que lo habían estado desde que tenía uso de razón. Acerqué la mano hasta una en la que salíamos papá, ella y yo de pequeño. Precisamente en esa que me quedé mirando no debía de tener más de dos años.

—Te pareces mucho a él —escuché su voz a mi espalda.

La mirada de mi padre era preciosa en esa foto. La forma en la que nos miraba a los dos, como si no tuviera sentido mirar nada más.

Me giré hacia mi madre que me miraba con ilusión aunque la nostalgia se había encargado de teñir sus palabras. Muchos de mis rasgos los había heredado de él, y según ella y por lo que había escuchado de mi abuela años atrás, también compartíamos mucho en cuando a personalidad.

Le sonreí a mi madre, o al menos intenté hacerlo. Sabía y era consciente de cómo ella lo seguía queriendo, a pesar de todos los años que ya había aprendido a vivir sin él.

Que había tenido que hacerlo.

No me quería ni imaginar cómo sería esa sensación porque de manera inmediata mis pensamientos iban hasta Vega y no sabía si a aquellas alturas sería capaz de poder vivir sin ella.

—Ya casi no tengo recuerdos suyos —confesé con pesar.

Acababa de cumplir cuatro años cuando él murió en un accidente de coche. Solo tenía un par de imágenes tuyas en la memoria y apenas podía recordar el sonido de su voz o afirmar que lo que mi mente reproducía algunas veces era real.

Todo era, simplemente, muy borroso.

—Eras muy pequeño, cariño —susurró.

Me apartó el pelo de la cara suavemente y una sonrisa se extendió por la tuya al acariciar mi mejilla. Un contacto simple, tímido, que nunca habría podido imaginar que extrañaba tanto hasta ese momento.

Agarré su mano con la mía y le devolví la caricia en ella.

—Te he echado mucho de menos, mamá.

—Y yo a ti, tesoro.

Y con esa simple frase, pude volver a sentirme completo por primera vez en mucho tiempo.

CAPÍTULO 79

Vega

—Sabes que no tienes motivos para estar nerviosa, ¿verdad?

Enzo frenó y posó los pies en el suelo para mantenernos en equilibrio al llegar al sitio de aparcamiento de motos cerca de la casa de su madre.

A mí no se me habían quitado los nervios desde que me preguntó si quería ir a comer a casa de su madre porque Gianna quería conocerme. No había dejado de dar vueltas por la casa toda la mañana, sin encontrar ninguna distracción en la que enfocarme, y tampoco había podido distraerme trabajando porque era domingo y mi único día libre. Hasta Mino había seguido mis pasos nerviosos de un lado a otro con curiosidad al no saber bien lo que estaba haciendo.

—No es tan fácil sabes. No se conoce a la madre de tu novio todos los días.

Me quité el casco y puse mis manos sobre él para impulsarme y él me siguió con la mirada al verme bajar de la moto. Agarré su casco cuando me lo tendió para tener las manos libres, pero no pude esperar a que acabase de poner pusiera el candado antes de empezar a andar calle abajo.

Me noté el corazón en la garganta y sé que Enzo notó mi cuerpo tensarse en el momento que llegamos a la puerta de la casa de su madre.

Me había repetido hasta el cansancio que no tenía nada de lo que preocuparme pero no había servido de nada, yo seguía estando nerviosa y su solución fue agarrar mi cara entre sus manos para robarme un pequeño beso.

—Deja de distraerme —repliqué aunque me había hecho sonreír—. ¿Crees que le voy a caer bien?

—Que sí. —Me dio otro beso—. Además, el mito de las suegras no es cierto. La mía me adora.

—Porque eres un pelota —argumenté y él se encogió de hombros orgulloso.

La puerta se abrió incluso antes de darnos la oportunidad de llamar al timbre. Su madre apareció frente a nosotros con un delantal colgado y una sonrisa. Se adelantó para abrazar a Enzo con cariño antes de enfocar su vista en mí.

Me tomó desprevenida cuando envolvió sus brazos sobre mí para abrazarme a mí también.

—Tenía muchas ganas de conocerte —me dijo antes de mirarle a él de reojo—. Me han hablado muy bien de ti.

Carraspeó un poco al sentirme descubierto y a mí se le encendieron un poco las mejillas del apuro. Me parecía bonito que le hablase a su madre de mí, y me sentí querida por ella a pesar de que apenas me conocía solo por lo que su hijo le habría contado, pero a ella no pareció importarle mucho cuando me apartó de la puerta y de Enzo para llevarme dentro.

Enzo me miraba con las palabras «te lo dije» escritas en su cara y yo solo pude asentir para darle la razón y dejarme querer por Gianna.

Su casa era preciosa, llena de recuerdos en cada rincón. En cuanto entramos, Gianna se puso a lo suyo y nos dejó solos mientras yo miraba a mi alrededor con curiosidad. Me acerqué a una mesita baja en la que había algunos marcos con fotos. Me llamó mucho la atención una de un bebé cachetón con unos ojos verdes que a esas alturas yo ya conocía demasiado bien.

—¿Este eres tú? —le pregunté al sentir su presencia a mi espalda.

—¿Quién más es así de guapo?

Fue toda su respuesta.

Me giré para mirarlo y Enzo rio en el momento en que puse los ojos en blanco con su ironía y volví a dejar la foto en su sitio.

—Y tan presumido —intervino Gianna a nuestra espalda empezando a reírse también—. Sentaos que se enfría. Cojo el postre y vuelvo.

Enzo le quitó la bandeja que llevaba para dejarla en la mesa e hizo un gesto para que se sentara ella.

—Voy yo.

Me dio un apretón cariñoso en la mano antes de alejarse para ir a la cocina por el postre que había dicho su madre. Gianna se sentó a mi lado en la mesa, dejando el sitio del otro lado a su hijo y me miró con ternura.

—Me encanta cómo os miráis los dos —admitió y pareció aliviada al decirlo.

La voz de mi suegra interrumpió el silencio cómodo que se había formado a nuestro alrededor.

Gianna era todo lo que había imaginado. Intentó integrarme desde el principio y hacerme sentir parte de ellos en cada pequeño momento que pasábamos juntos. Era una persona que transmitía mucha paz con solo una mirada.

Como diría Lara, «daba muy buenas vibras».

—Gracias. —La mano de Gianna se cerró sobre la mía en un apretón cariñoso—. Necesitaba verlo feliz después de tanto tiempo.

Escuchaba a Enzo trastear en la cocina y a pesar de que dudaba que se hubiese enterado, ella lo dijo en un tono bajito. Se me encogió el corazón con la emoción que escondían sus palabras.

Se habían echado tanto de menos el uno al otro en silencio.

Le devolví el apretón en la mano, tratando de reconfortarla.

—No me des las gracias.

Mi mirada fue hasta Enzo que venía hasta nosotras con otra bandeja en las manos. Me sonrió en cuanto sus ojos se posaron en mí.

—Él me hace mucho más feliz a mí.

CAPÍTULO 80

Vega

Aquel 25 de Septiembre fue especial. Fue el primer cumpleaños que pasé fuera de casa. Cuando todavía no me imaginaba que sería el primero de muchos.

Me sentí un poco triste, a pesar de que encantaba mi nueva vida y de que Enzo me había despertado dándome mil besos para desearme un feliz cumpleaños, pero en momentos como ese era cuando más echaba de menos a mi familia.

Me gustaba el sentimiento de ser independiente, pero sabía que al final del día no sería nada sin ellos, aunque fuera desde la distancia iban a estar ahí siempre.

Mi teléfono no había dejado de sonar en toda la mañana con mensajes y llamadas entrantes para felicitarme. Mis padres me habían dicho que mi regalo estaba en camino y Lara me había hecho una videollamada desde la casa de mi abuela. Casi me puse a llorar cuando las dos empezaron a cantarme «Cumpleaños feliz».

Al echar la vista atrás era casi increíble la manera tan extrema cómo había cambiado todo en un año, y lo que iba a seguir cambiando.

Dejé a Enzo en la tienda de camino a la academia y él me dejó irme a regañadientes cuando ya teníamos los labios hinchados de tantos besos. Sandy también me recibió con un abrazo al llegar antes de seguirla hasta nuestra mesa de trabajo entre risitas que no llegué a entender en el momento.

Aproveché buena parte de la mañana para adelantar al máximo el trabajo que nos quedaba por entregar, aunque Sandy no me dejó hacer mucho más cuando se acercó a mí y prácticamente me echó.

Ni siquiera era la hora de comer ni nada por el estilo, pero supe que estaba confabulada con Enzo en el momento que bajé hasta la calle donde él me esperaba con los cascos en la mano, apoyado sobre la pared de piedra y de repente tuve una sensación de *dejà vu* enorme.

—Estaba trabajando, ¿sabes? —le hablé con un tono falso de reclamo.

Él me abrazó cerrando sus brazos en torno a mí y me dio un beso en la punta de la nariz.

—¿Alguna queja?

—Ninguna.

Sonrió y me retiró el pelo de la cara antes de ponerme el casco. Subí a la moto detrás suya y me abracé a él cuando arrancó. Había echado de menos los paseos en la moto el tiempo que habíamos estado en España, y después de volver tampoco es que hubiésemos tenido mucho tiempo como para perdernos por ahí sin tener que preocuparnos por nada.

Los dos habíamos gestionado el tiempo a veces trabajando mucho y otras comiéndonos a besos.

Agradecí haber pensado en ponerme la sudadera que él me trajo porque el aire que nos rozaba la piel con la moto en marcha hizo que me entrase un poco de frío.

Pensé que quizás había sido el mismo destino el que nos había llevado a aquel sitio en el que hacía ya tiempo nos habíamos dado el primer beso, sin saber que sería el primero de muchos más, pero la cara de Enzo me dijo que nada de eso había sido una casualidad y que de hecho

había pensado bastante en todo.

Entrelacé mis dedos con los suyos cuando con un gesto me pidió que agarrase su mano y en aquel instante, al mirarlo supe que el deseo que le pedí a aquella estrella fugaz hacía tiempo que se había cumplido.

—Cierra los ojos —pidió después de que nos sentáramos en el suelo.

—¿Es tradición o algo hacerme cerrar los ojos antes de darme un regalo? —pregunté con un deje de burla en mis palabras.

—Tú ciérralos —volvió a pedir.

Hice lo que me pedía y me puse las manos sobre ellos para evitar la tentación de volver a abrirlos antes de tiempo. Escuché el sonido de los árboles a los que el viento les movía las hojas antes de oír un chasquido familiar y seguidamente su voz.

Enzo me miraba con una sonrisa en su cara y en las manos sostenía una magdalena con una vela en el centro. Le había dicho que no gastase dinero en una tarta que probablemente solo acabásemos comiendo los dos, a pesar de que igualmente repartiríamos entre nuestros amigos y su madre.

La emoción hizo que fuese incapaz de decir nada, sabiendo que no podría hacerlo sin ponerme a llorar.

—Feliz cumpleaños, bella. —Había encendido la velita con un mechero—. Pide un deseo.

Lo miré y me aguanté el pelo antes de inclinarme a soplar la vela.

Cerré los ojos con fuerza para que mi deseo se cumpliera.

«A ti. Toda mi vida».

CAPÍTULO 81

Vega

Octubre llegó casi sin ser esperado y con él, el plazo de la entrega de la colección de invierno. Llevábamos meses preparándolo todo hasta el más mínimo detalle y estábamos contentas con el resultado a pesar de que mi perfeccionismo nos había dado más de un quebradero de cabeza innecesario.

Sin embargo, lo que sin duda no me esperaba era que la colección iba a tener, ni de lejos, la acogida que tuvo desde el momento en que la sacamos.

Todo el mundo estaba hablando de nosotros.

Revistas, blogs, *influencers*.

Hacia casi una semana que la colección había llegado a tienda y gran parte de ella ya se había agotado haciendo que la gente se volviese loca. Estábamos en boca de todos y a veces la sensación daba más miedo de lo que llegaba a emocionar.

Sandy me miraba desde su silla del escritorio pero yo no podía despegar la vista de la página del periódico que me había puesto delante nada más entré a su despacho.

—La colección sale en el periódico con una foto de mi cara —repetí como si al decirlo en voz alta pudiera volverse más real. Parpadeé sin poder creérmelo todavía—. Esto es increíble.

Y no solo el periódico, habían traducido la noticia a nivel internacional y hasta Lara me había llamado al móvil emocionada por ello.

—Lo es, pero no es eso de lo que quería hablarte —admitió ella.

Dejé el periódico a un lado y metí la mano en mi bolso para buscar el móvil y ponerlo en silencio porque no paraba de sonar. Lo dejé bocabajo en la mesa antes de enfocarme de nuevo en Sandy que me miraba de una manera un poco extraña viniendo de ella.

—¿Qué pasa?

Decidí ser directa y simplemente preguntárselo.

—Hay algo que todavía no te he contado.

Sentí los nervios florecer en mi estómago y aumentaban con cada mirada nerviosa de su parte. No sabía si ella estaba esperando a que yo dijese algo, pero preferí esperar a que fuese ella la que diese el primer paso y hablase. Apreté los labios en una línea fina, sintiendo el calor subirme por el cuerpo con cada vez más velocidad.

Entonces Sandy soltó la bomba.

—El patrocinador ofreció un contrato para trabajar con su marca en Nueva York.

—Pero eso es genial, ¿no?

Quise gritar de la emoción. Al trabajar con un patrocinador todo el trabajo era mucho más sencillo ya que a pesar de tener la idea principal y coordinarla se contaba con mucha más ayuda y manos que cuando se desarrollaba un proyecto de manera más personal.

—Lo es —me dio la razón—. Por lo pronto sería un año trabajando con ellos pero se puede prorrogar.

Asentí, escuchando atentamente lo que ella me estaba contando. Un año y posiblemente más trabajando en Nueva York que era otra de las capitales de la moda y de la mano de un

patrocinador era una de las mejores noticias que Sandy podría haber recibido.

No entendí su actitud ni su duda al comentármelo.

—Entonces, ¿la academia?

Fue el único cabo suelto que pude encontrar.

—Podemos terminar nuestro compromiso, por eso no hay problema —respondió de manera inmediata.

¿Quería cerrar la academia? Yo hubiese pensado que quizás podría encargarse de las dos cosas a la vez y yo también podría ayudarla a hacerlo aunque fuese desde la distancia.

—¿Terminarlo? ¿Qué tiene que ver con que te vayas a Nueva York?

Ella me miró con una mueca de confusión. O no nos estábamos entendiendo, o era yo la que se había perdido en algún punto de la conversación porque mi cabeza no paraba de dar vueltas intentando asimilar todo.

Sandy sacó una carpeta pequeña de uno de los cajones de su escritorio y rebuscó los papeles de dentro.

—Vega, no me has entendido.

Me puso los folios de lo que parecía un contrato de trabajo delante.

—La oferta es para a ti.

CAPÍTULO 82

Enzo

Mi madre tarareaba al ritmo de la música y yo la miraba remover la comida mientras cortaba algunas verduras a su lado. Me había acostumbrado a visitarla a menudo siempre que podía, y a ir los días que tenía libres en el trabajo para cocinar con ella mientras Vega trabajaba.

Meterme a la cocina con ella a mi lado me hacía recordar mucho mis años de instituto y de antes de independizarme cuando a diario entrábamos en la cocina los dos y hacíamos de ella nuestro templo.

Esa era una de las muchas cosas que me había dado cuenta de que había extrañado demasiado.

Una canción antigua en italiano sonaba en la radio y mi madre aprovechó el silencio que había dejado al acabarse para hablar.

—¿Sabes que las vecinas han venido a felicitarme porque mi nuera salió ayer en el periódico?

Vega y ella habían congeniado mejor de lo que me podría haber esperado. Me gustaba escuchar cómo a mi madre se le llenaba la boca al hablar de ella a todos como su nuera, porque a mí me pasaba lo mismo y me hacía la misma ilusión presentarla a todos como mi novia.

Dejé el cuchillo a un lado en la tabla de cortar para volverme hacia ella que removía lo que se estaba cocinando en la olla y mirarla.

—¿No te han pedido un autógrafo? —bromeé haciéndola negar divertida con la cabeza—. Yo voy a enmarcar la foto en el salón de mi casa, más bonita que la mi graduación de secundaria es y esa tú la tienes por ahí puesta.

Mamá rio con mi ocurrencia pero el sonido del teléfono silenció su risa al inundar la cocina y los dos nos miramos, mi madre hasta arriba de harina por la masa que estaba preparando. Me hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta que daba al salón, donde el teléfono no dejaba de sonar.

—¿Me lo acercas, tesoro? —me pidió metiendo las manos bajo el grifo para lavárselas un poco antes de contestar.

Me asomé al salón y miré a mi alrededor buscando donde estaba el teléfono cuando vi que descansaba sobre la mesa. Estiré la mano para agarrarlo, pero sin poder evitarlo mis ojos se enfocaron en un sobre medio abierto que había justo al lado.

Me guardé la curiosidad por un momento y le acerqué el teléfono antes de que la llamada se cortara, y mi madre respondió volviendo a la cocina.

Volví a mirar aquel sobre.

Sabía que estaba mal lo que estaba a punto de hacer, pero me tomé el atrevimiento de desdoblar el papel de dentro y empezar a leerlo. Darne cuenta de lo que era hizo que se me cortara el aire por un momento, dándome la sensación de que de repente el aire me llegaba difícilmente a los pulmones.

—Enzo, necesito que acabes de cortar las verduras.

Había terminado la llamada y volvía a estar enfrascada en su tarea. Debió de extrañarse que yo no volviese a la cocina y que ni siquiera contestase, así que vi cómo mi madre se asomó otra vez al salón para llamarme y cómo se paralizó al verme con el dichoso papel en las manos.

—¿Qué es esto, mamá?

La voz me salió más temblorosa de la garganta de lo que me imaginaba.

Su cara se volvió pálida en cuestión de pocos segundos.

Supuse que era porque no pretendía decirme nada de lo que ponía ahí y la rabia me cegó poco antes de dar paso a una sensación extraña que me hizo empezar a temblar.

Cerró los ojos y suspiró fuerte.

Notaba mi corazón retumbar cada vez más fuerte en el pecho.

—Siéntate, Enzo. Tengo que contarte una cosa.

CAPÍTULO 83

Vega

No había podido volver a concentrarme después de la charla con Sandy, que me dejó nerviosa por el resto del día. Apenas habíamos adelantado trabajo, solo habíamos estado planteando y sopesando lo grande que era aquella oportunidad para mí.

No aguantaba la emoción por contarle todo a Enzo, tanto que incluso salí antes de la academia para llegar cuanto antes con él.

Subí las escaleras hasta casa casi corriendo con la carpeta en las manos.

La cabeza me iba a mil por hora.

No dejaba de darle vueltas a todo lo que había pasado en tan poco tiempo, y tal vez, en lo que iba a seguir pasando pronto. Las condiciones del contrato eran mejores de lo que me habría podido imaginar antes de que Sandy se sentara a mi lado y lo analizáramos un poco por encima.

No veía el momento de llegar y ver qué pensaba Enzo.

Sabía que él se alegraría tanto como yo por una oportunidad así.

Todavía tenía que pensarlo un poco más y hablarlo con él antes de dar una respuesta definitiva. Lo único que me hacía dudar era él.

Quería que viniese conmigo.

Ojalá él quisiese venir conmigo.

Abrí la puerta con el manojito de llaves y las manos temblándome. Al mirar a mi alrededor me sorprendió encontrar la casa casi en penumbra cuando me había acostumbrado a llegar y que Enzo me estuviese esperando en la cocina, empezando a preparar algo de cena que acabaríamos cuando yo llegase.

Lo busqué con los ojos pero no estaba por allí.

Dejé la chaqueta en el perchero junto con el bolso, aunque la carpeta seguí llevándola en las manos. Como si me diese miedo soltarla.

Mino vino en mi busca y me agaché para hacerle arrumacos.

—¿Dónde está Enzo, Mino? —le pregunté y el perro ladró como si quisiera darme la respuesta.

Le acaricié el morro y di un vistazo por el salón. Desde allí pude distinguir que la luz de la habitación sí estaba encendida y supuse que entonces Enzo estaría allí.

Abrí la puerta despacito por si lo encontraba acostado. Solía darle migraña a veces y no quería molestarlo si ese era el caso, pero para mi sorpresa lo encontré sentado en la cama con la cara apoyada sobre sus manos.

Levantó la cabeza al verme llegar y le sonreí un poco.

Él no me devolvió la sonrisa.

—¿Te sientes mal? —quise saber.

Negó con la cabeza y levantó la mano hacia mí, llamándome a su lado. Me parecía que estaba actuando raro y me empecé a preocupar. Dejé la carpeta sobre la cama y tomé su mano con la mía.

Enzo tiró de mí hasta tenerme frente a él y me abrazó, apoyando su cabeza sobre mi pecho.

Me mordí los labios tratando de aguantarme las ganas de preguntarle qué lo tenía así, pero sabía que era inútil forzarlo a que hablara.

Necesitaba su tiempo y su espacio y yo estaba dispuesta a dárselo.

Pasé los dedos por sus mechones rebeldes, haciéndole pequeñas caricias. Si me necesitaba me iba a tener siempre.

—No puedo perderla otra vez —habló muy bajito con la cara contra mi ropa.

No entendía a lo que se refería, pero su tono de voz me había despertado un sentimiento extraño dentro del pecho. Seguí acariciándolo lentamente y lo noté inspirar fuerte. Me agaché frente a él y puse una de mis manos en su mejilla para que me mirase.

Tenía los ojos brillantes, como si hubiese estado mucho rato llorando.

—¿Enzo? —prácticamente supliqué para que hablara.

—Está enferma —empezó—, y si no hubiese visto unos análisis ni siquiera me habría enterado, Vega.

—¿Gianna? —pregunté y él asintió—. ¿Enferma? ¿Qué le pasa?

Se pasó las palmas de las manos sobre los ojos. Supuse que los debería sentir bastante irritados.

—No lo sabemos. Está esperando los resultados de una biopsia.

Joder.

De todas las cosas que podría haber pensado que iba a encontrarme al llegar, esa fue la última que se me hubiese pasado por la cabeza. Su preocupación me partió en dos, pude sentir el miedo en cada sílaba que pronunciaba.

—¿Cáncer? —cuestioné flojito, como si decirlo en voz alta fuese a atraerlo.

—Eso creen.

Y la mirada de dolor que me dio después hizo que los ojos se me llenaran de lágrimas a la vez que lo hacían los suyos. Me abalancé sobre él y lo abracé lo más fuerte que pude.

El sollozo que se le escapó contra mi cuello fue lo que acabó por desatar mis lágrimas también. Lo sentí temblar entre mis brazos y me rompí con él. Yo tenía que ser su refugio en aquel momento más que nunca.

Abrí los ojos después de un rato, ni siquiera había sido consciente de en qué momento los había cerrado.

De manera instintiva mi vista viajó hasta los pies de la cama.

Mis ojos se posaron en aquel sobre que contenía una puerta a un sueño, pero al mirar a Enzo no pude, y decidí que tendría que esperar otro momento.

Otro día. Se lo diría otro día.

CAPÍTULO 84

Enzo

El otoño se estaba empezando a hacer notar trayendo una ola de frío y lluvia con él. Mino no dejaba de jugar a mis pies, intentando saltar en todos los charcos que se iba encontrando por la calle. Los últimos días habían sido calurosos aunque no tanto como lo habían sido en el mes de Septiembre. Llovía un poco todavía, empezando a notarse el cambio de clima en la ciudad.

Al ver que empezaba a llover de nuevo después de que llegué a casa decidí ir a recoger a Vega porque sabía que no había llevado paraguas al trabajo y a mí no me costaba nada ir por ella.

Me gustaba cuidarla igual que ella hacía conmigo.

Aunque a decir verdad, quizás era una pequeña excusa para poder verla antes de tiempo.

Los últimos días nos habíamos visto menos de lo que me gustaría entre mis idas al hospital con mi madre y nuestros trabajos, a pesar de que Vega estaba ahí en cada pequeño paso que yo daba. Me había demostrado que estaba conmigo en todo momento y que no pensaba dejarme solo ni un momento, aunque yo a veces intentase hacerme el duro para no preocuparla más de la cuenta.

Pero la única verdad era que últimamente la tranquilidad que necesitaba solo me la podía dar ella.

Vega y su risa.

Vega y sus besos.

Su voz diciéndome que todo iba a estar bien tan convencida de ello que hacía que yo llegara a creérmelo.

Vega salió charlando con un par de chicas que supuse serían alumnas del nuevo curso y me sentí orgulloso al verla tan desenvuelta y feliz con lo que estaba haciendo. Las chicas se despidieron de ella antes de perderse calle abajo y en ese momento fue cuando sus ojos repararon en mí.

Sonreí y ella hizo lo mismo.

Me adelanté para alcanzarla cuando la vi venir hacia mí porque había empezado a llover otra vez y la cubrí bajo el paraguas para que se mojara lo menos posible. Le rodeé la cintura con un brazo para pegarla más a mí y que quedara más cubierta por el paraguas, otra pequeña excusa para estar más cerca de ella. Me incliné para rozar mis labios con los suyos.

—Voy por mis cosas y nos vamos, ¿vale? —me informó sonriendo antes de dejar otro beso en mis labios.

Asentí y ella volvió a perderse dentro del edificio en el mismo momento que Sandy salía. Despidió a otros alumnos antes de saludarme a mí. Mino seguía correteando a nuestros pies y ella lo miró con diversión.

—¿Qué tal? —me preguntó a mí.

Vega había hablado con ella de la situación porque se había empeñado en no dejarnos solos en ningún momento. Insistía en acompañarnos y yo no podía negarme porque su presencia me apoyaba y me reconfortaba.

No podría haber encontrado a nadie mejor que ella y a veces pensaba que no me la merecía.

—Bien, dentro de lo que cabe —respondí con sinceridad.

Hacía unos pocos días que mi madre había empezado el tratamiento. Los resultados de la biopsia habían confirmado el diagnóstico hacía un par de semanas y yo no terminaba de aceptarlo del todo, ella sin embargo, se había mostrado fuerte y tranquila haciendo que yo me sintiese ridículo al compararnos.

Empezó a tratarse sin miedo, con una fortaleza que no sé si yo hubiese logrado tener en su lugar porque por increíble que pudiese sonar, creo que aquel día pude haber llorado yo más de lo que lo hizo ella. Sujeté su mano en el hospital en todo momento, no quería dejarla ni un segundo sola, aunque en realidad era consciente de que había sido ella la que me había sostenido a mí todo el tiempo.

Sandy me dio una sonrisa amable.

—Espero que todo sea leve. —Asentí a modo de agradecimiento—. Es una pena lo de Nueva York, pero le he dicho a Vega que no se preocupe por eso, que llegaran más oportunidades.

—¿Lo de Nueva York?

Fruncí el ceño confundido al no entender de qué estaba hablando. No sabía a qué se estaba refiriendo con eso y me extrañó demasiado que Vega no me hubiese comentado nada.

A Sandy le cambió la cara al darse cuenta de mi confusión.

—¿No... no te lo ha contado?

Negué.

Vega no me había mencionado nada sobre Nueva York ni nada por el estilo, por el contrario sí que me había contado y estado enseñando diseños en los que estaba trabajando para la colección de primavera y se la veía muy emocionada con eso.

Intenté convencerme de que lo que fuese no debía de tener importancia para ella o de otra manera lo sabría. Vega y yo no teníamos secretos.

Pero su expresión y la manera en la que la estaba viéndola plantearse si lo que acababa de decirme había provocado un problema hizo que mi curiosidad se despertara.

—Sandy, ¿qué pasa con Nueva York?

CAPÍTULO 85

Enzo

Los días desde aquella tarde se pasaban más lentos que de costumbre, creo que por el tiempo que llevaba pensando en cómo iba a resolver todo lo que teníamos entre manos. Las mañanas en la tienda eran de las pocas cosas que hacían que mi cuerpo se relajara y mi cabeza dejara de darle vueltas a mi existencia completa cada pocos segundos.

Me notaba mal.

Estaba agotado tanto mental como físicamente, y Mario me había obligado a reducir mi jornada laboral para que no colapsara un día de aquellos.

Le había insistido a Sandy hasta que había acabado contándome lo del contrato. La oportunidad que podría abrir más de una puerta de cara a un futuro y no sabía cómo sentirme al no llegar a comprender que Vega no me hubiese dicho nada de eso considerando lo importante que sonaba.

No quería que ella estuviese escondiéndolo por mí porque yo no tenía derecho a retenerla si quería irse, pero tampoco podía irme con ella.

—¿Quieres tomarte el resto del día?

La voz de mi amigo me sacó de mis cavilaciones. Negué con la cabeza.

—Al menos trabajar me mantiene la mente ocupada un rato.

Y Mario no pudo negarse porque sabía que era la verdad.

Era el único al que le había contado la situación. Confiaba mucho en Chiara pero no quería que se enterase hasta que yo no tuviese una decisión finalmente tomada, y eso me estaba tomando más tiempo del que imaginé.

Mario y yo pasamos la tarde hablando de ello. Me agobiaba todo en mi vida en aquellos momentos, y mis dudas estaban divididas entre mente y corazón. Había pensado mucho lo que debía hacer. Casi demasiado.

Y todos esos pensamientos me llevaban a una conclusión clara.

—¿Estás seguro de que quieres eso? —me preguntó.

—Es lo que debo hacer. Es lo que ella se merece, Mario.

Mi amigo asintió y me dio un abrazo antes de dejarme que me fuese a casa.

—Si me necesitas, solo tienes que llamarme.

—Lo sé —repetí para que se quedase tranquilo.

Anduve el camino de vuelta en una nube.

Sintiendo cada paso como si fuera el último de mi vida.

Tratando de alargar lo más posible la vuelta sabiendo lo que me esperaba al llegar a casa.

Mino me recibió eufórico y me agaché a darle mimos que él correspondió porque tal vez también sintió que yo los necesitaba. Lo dejé en el salón y me metí en la cocina tratando de callar mis pensamientos y empezar la cena que tal vez no nos comeríamos después de todo, pero para al menos hacer tiempo hasta que ella llegara y tuviese que expresarlos en voz alta.

No tenía ni idea de cómo iba a poder hacerlo.

La puerta se abrió con un chasquido y Vega entró como un huracán, alcanzándome en la

cocina y saludándome con un beso en la boca. No quise soltarla cuando se separó y hundí la cara en su cuello, deseando poder quedarme así para siempre.

La abracé contra mi pecho y me tragué el nudo que apretaba mi garganta antes de decirlo.

Vega dio un respingo en mis brazos al escucharme decirlo.

—Creo que tenemos que hablar.

CAPÍTULO 86

Vega

La luz de la cocina me recibió en cuanto abrí la puerta de casa, y con ella la silueta de Enzo en la cocina con el cachorro a sus pies.

Dejé rápido las cosas en la entrada antes de llegar a abordarlo. Llevábamos todo el día sin vernos y había contado uno a uno los minutos que me iban quedando para hacerlo.

Lo saludé con un beso que inmediatamente él correspondió y sentí sus brazos anclarse a mi alrededor antes de que hundiese la cara en mi cuello. Le acaricié la nuca con los dedos y creí que lo oí suspirar.

—Creo que tenemos que hablar —murmuró todavía sin apartarse.

Me separé de su abrazo para mirarlo un poco confundida. El tono que había utilizado me había puesto los vellos de punta y lo primero que se me pasó por la cabeza es que algo le había pasado a su madre.

Probablemente palidecí porque noté cómo un peso se me asentaba en los hombros y por su expresión supe que Enzo también lo había notado.

—¿Ha pasado algo?

Movió la cabeza para negar a mi pregunta.

Su negación hizo que me tranquilizara pero no lo suficiente. Lo notaba raro y no sabía cómo sentirme ni qué esperar. Tiró de mi mano hasta el sofá y me hizo sentarme en él.

Sus dedos acariciaban mis nudillos suavemente mientras el silencio envolvía el lugar.

Notaba la sangre correr por mis oídos y me estaba poniendo cada vez más y más nerviosa.

—Sé lo del contrato de Nueva York —rompió el silencio.

Me tensé en mi sitio.

Probablemente estaría enfadado por habérselo ocultado, pero yo había decidido no decirle nada del contrato a Enzo porque había renunciado a él. No tenía sentido hablar de algo que no iba a pasar.

La decisión ya estaba tomada.

—¿Por qué no me lo contaste, bella? —insistió viendo que yo me había quedado callada.

—Porque no lo he aceptado —contesté firmemente su ceño se frunció con mi respuesta—. Vendrán más oportunidades y mejores, prefiero centrarme en las siguientes campañas por ahora.

El movimiento de las caricias cesaron sobre mis manos para hacerme que me centrara por completo en su mirada.

—Sabes que es una gran oportunidad. Y sabes que deberías irte.

Me dolió el tono que utilizó y también la manera en la que la voz se le había acabado por romper al pronunciar la última frase.

Sus palabras fueron como un golpe.

A lo mejor no fue su intención pero habían sonado más frías de lo que nunca lo habían hecho, y las mías mucho más convencidas de lo que yo en realidad estaba.

—¿Qué quieres decirme, Enzo? Háblame claro.

Afirmaría que de no haber estado sentada el suelo me hubiese recibido en alguno de esos

momentos.

Él miró el sobre blanco que había sobre la mesa y provocó que de manera inmediata mi vista se deslizase también hasta él y siguiera las manos de Enzo cuando lo recogió y lo depositó en las mías. Los dedos me temblaron al abrirlo y al ver su contenido.

Un billete de avión.

Solo de ida.

—No —negué rotundamente. Notaba ya las lágrimas agolpárseme en los ojos—. No voy a irme.

Sus manos agarraron mi mentón, levantando mi cara y obligándome a mirarlo.

—Vega, escúchame.

Negué con la cabeza efusivamente y sus manos se movían a la misma vez que yo lo hacía.

No quería mirarlo.

No quería escuchar las razones que le habían llevado hasta allí, que nos habían arrastrado hasta ese punto.

El sobre se arrugó en mis manos de la fuerza con la que lo estaba apretando entre los dedos.

—No quiero irme, Enzo —volví a decir.

Él frunció el ceño y yo levanté la cabeza del sobre arrugado hasta él.

—Vega.

—No puedo irme —casi grité.

El suspiro sonoro que salió de su boca retumbó por toda la casa. Ni siquiera Mino se había subido al sofá con nosotros como solía hacer todas las noches cuando acabábamos de cenar y yo me acurrucaba encima de Enzo hasta que sin querer me quedaba dormida.

Me dolía pensar en que no quería perder eso aunque significara renunciar al contrato del patrocinador.

—Escúchame. Sí puedes —insistió—. Vas a ir. Vas a cumplir tus sueños.

Seguí negando.

No entendía bien el momento en el que el día se había torcido de esa manera. Esa misma mañana nos habíamos despedido en la puerta de casa a regañadientes, contando los besos que nos quedaban por darnos y que guardaríamos para cuando volviéramos a vernos más tarde. Sus caricias me escocían sobre la piel, porque algo muy dentro me decía que quizás esas iban a ser las últimas que recibiría de su parte.

Que de alguna manera cruel eso se estaba convirtiendo en una mala despedida.

—Vas a irte a Nueva York y vas a triunfar como la artista que eres —repitió.

—Enzo, por favor —sollocé.

La moda era mi sueño y esa era una gran oportunidad. Yo lo sabía, y él también. Pero no así. No de esa manera.

—Tus sueños son tuyos, de nadie más.

Esas palabras se me grabaron en la piel y en la memoria. Dejé el sobre encima de la mesa frente a nosotros y Enzo sostuvo mis manos en las suyas, y en aquel momento, solo cuando vi en sus ojos que la decisión ya llevaba tiempo tomada, sentí las lágrimas deslizarse por mis mejillas.

Él las limpió con delicadeza con sus manos.

—No voy a permitir que renuncies a tus sueños ni por mí, ni por nadie —insistió—. No me necesitas, bella. Siempre has brillado por ti misma.

CAPÍTULO 87

Enzo

Vega no podía dejar de llorar. No me imaginaba que fuese una persona de las que se pone histérica y pierde el control, pero verla sentada a mi lado llorando en silencio me había roto más que si se hubiese desquitado conmigo.

A veces pensaba que quizás hubiese preferido que me gritase, que dijese algo. Verla así me estaba destrozando por dentro.

No soportaba verla llorar.

No soportaba ser yo el causante de aquellas lágrimas.

Y lo peor es que no se llegaba a imaginar las ganas que tenía de irme con ella, o de pedirle que no me dejase solo. Pero no pude hacerlo.

—Dime que lo entiendes, por favor —casi le rogué.

Volvió su cara hacia mí y yo me sentí peor de lo que ya lo hacía al ver su mirada dolida.

—Ni se te ocurra decirme que lo haces por mí. Estás tomando decisiones solo.

—Tú y yo sabemos que en el fondo tengo razón.

Su cuerpo se agitó al escucharme, como si las palabras hubiesen producido en ella un impacto, un choque que le confirmaba que no había nada más que hacer. Por más que a los dos nos doliera. Lloró más fuerte, y con cada sollozo suyo yo me rompía un poco más. Pero era lo que tenía que hacer.

Sus sueños estaban por encima de todo.

Hasta por encima de mí.

—Escúchame, bella. Yo solo quiero que seas feliz.

Se me rompió la voz. Llevaba un rato aguantándome las ganas de llorar porque uno de los dos debía ser el fuerte en aquella situación, y si ella necesitaba romperse yo la sostendría.

—Soy feliz contigo, Enzo.

Cerré los ojos al escucharla y me pasé las manos por la cara y por el pelo. Sabía que si la miraba me iba a arrepentir.

«No me hagas esto joder».

—Esto no funciona así, cariño —insistí.

Su cuerpo se agitaba entre sollozos.

—Sé que ahora estarás pensando que soy un imbécil, pero yo lo que no quiero es que te condiciones por mí. No quiero que estropeemos lo que tenemos cuando dentro de veinte años te culpes a ti misma y a mí por no haber aprovechado la oportunidad.

Suspiré hondo.

Cada momento que pasaba se me hacía cada vez más y más difícil mantenerme firme.

Dos lágrimas gruesas rodaron por sus mejillas. Yo quise apartarlas de nuevo con las manos pero ella giró la cara.

—A lo mejor ahora no lo entiendes, pero estoy haciendo esto por nosotros, porque te quiero —continué.

Soltó una risa amarga en medio de las lágrimas.

—¿Estás rompiendo conmigo porque me quieres?

—Sí.

Vega apartó la mirada pero yo la agarré de las mejillas para que volviese a mirarme. Me ardía la garganta con las ganas que tenía de decirle mil cosas más.

Que era el amor de mi vida.

Que nada me había dolido tanto como aquella decisión.

Pero de mi boca solo salió un susurro.

—Me vas a tener siempre, aunque sea como un amigo.

Negó con una sonrisa triste asomando de su boca.

—Yo no quiero ser tu amiga, Enzo. Tampoco sé si puedo serlo.

Yo tampoco lo sabía, pero prefería mil veces eso que perderla por completo.

Asentí, tragándome el nudo de la garganta.

—Yo no puedo prometerte un futuro ahora mismo cuando no sé lo que va a pasar con mi presente. Ya te lo dije una vez, tú no te mereces nada a medias.

Pareció calmarse un poco en el momento que se acercó lentamente a mí y se metió entre mis brazos.

Me dije que era nuestro pequeño oasis en medio de la tormenta que seguíamos atravesando. Le di un beso en el pelo y la abracé fuerte.

Hubiera fundido su cuerpo con el mío en aquel abrazo si eso hubiese sido posible.

La miré y en ese mismo instante, en el silencio de mi salón entendí que el amor era eso. Darlo todo por la persona que quieres sin que te importe sacrificar lo que tú quieres en el camino. Poner su felicidad por encima de la tuya.

Y el amor que yo sentía por ella siempre iba a ser más grande que lo que yo quisiera.

Vega era el amor de mi vida.

Rompimos nuestro abrazo en silencio. Nos miramos como si ninguno supiera lo que debía decir y yo no quise terminar aquel silencio con alguna tontería que se me ocurriese.

Preferí quedarme callado.

Ella se inclinó hacia mí y capturó mis labios con un beso.

Sería mentira decir que yo no quise ese beso. Hubiese querido ese y los que nos quedaran de por vida.

No pude evitar corresponderla. Tampoco quise evitarlo.

No sabía cuántos besos nos quedaban por delante y tampoco quería contarlos. Me daba pánico hacerlo. Sus manos se movieron bajo mi camiseta y su beso bajó por mi mandíbula. Agarré sus manos por debajo de la prenda sin saber bien cómo manejar la situación.

—Vega.

—Por favor —susurró con su boca pegada a la mía. Llevó mis manos a su cintura, colándolas por dentro de su camiseta—. Por favor —repitió y la voz se le rompió al decirlo.

Su súplica fue la última gota que me hizo perder la paciencia. Y lo mandé todo a la mierda.

Posé mi mano sobre su nuca y la besé, llevándome el sabor salado de sus lágrimas en la boca. No pude negarle ese momento porque hubiese sido como si me lo negara a mí mismo.

Yo la necesitaba a ella.

Y ella me necesitaba a mí.

Y si aquella vez iba a ser la última oportunidad que tendríamos de estar juntos, si eso era una despedida, iba a aprovecharla hasta el último segundo.

Vega hizo que me sentase en el sofá para colocarse encima de mí. Segundos después ni siquiera sabía dónde había ido a parar la ropa, y tampoco me importaba porque ella había

movido sus caderas contra mí, acogiéndome en su interior.

Cada beso me sabía más a despedida que el anterior y cada caricia me hacía recordar todos los momentos que sabía que no iba a olvidar en mi vida. Vega clavó sus uñas en mis hombros y yo me moví más rápido dentro de ella.

«Es solo que hablas gracioso. Me gusta tu acento». Se me escapó un sollozo que escondí con un beso.

«Yo también te quiero, Enzo. Aunque me de miedo». Me miró mientras se movía sobre mí, encontrándonos.

«Martín, ella es Vega. Mi novia». No pude evitar las palabras que se me escaparon de la boca.

—Te amo —susurré.

Vega movió sus caderas contra mí y yo gemí, clavando mis dedos en su cintura.

—Te amo —repetí aun sabiendo que me había oído la primera vez.

Su sollozo me confirmó que me había escuchado y me sentí tan cabrón por hacerla llorar en un momento así que no pude evitar estampar mi boca con la suya, intentando llevarme sus pensamientos aunque solo fuese por un instante.

Hicimos el amor lento, como nunca. Sentía cómo ella me miraba, intentando grabar en su retina aquel momento, como si necesitase llevárselo con ella para siempre. Yo intentaba tragarme sus gemidos, guardándomelos en la piel y en la memoria, sabiendo que un amor como el suyo no se olvida.

Sintiéndome más suyo que nunca.

Sabiendo que lo sería para siempre.

La llevé a la cama cuando se quedó dormida sobre mí poco después. No quise que amaneciera. Recé por que aquella noche fuese la más larga del mundo, que me diese más tiempo para quererla.

La abracé contra mi pecho intentando olvidar la sensación de vacío con la que llevaba cargando varios días y cerré los ojos por un momento, sabiendo que la magia se esfumaría en el momento que ambos los abriésemos de nuevo.

Porque lo peor de todo era que la quería demasiado, y esa era la mayor razón por la que no la podría retener conmigo.

CAPÍTULO 88

Vega

No sé qué me dolió más de aquella despedida. Todavía seguía sin saberlo. Me había despertado entre sus brazos cómo llevaba meses haciendo y quise pensar que lo que había pasado la noche anterior no era real.

Que no era más que una pesadilla. Una de la que me iba a acabar despertando tarde o temprano.

Pero estaba más que despierta y todo seguía igual, aunque intentase convencerme de otra realidad.

Enzo me ayudó a recoger mis cosas en silencio porque yo se lo pedí, y a pesar de que en su cara veía que tenía todavía muchas cosas por decir, lo aceptó y ni siquiera insistió en hacerlo.

Cuando la última maleta estuvo cerrada me incorporé y me eché el bolso sobre el hombro. Le había pedido que me mandara por correo lo que fuese que se quedara allí a casa de mis padres.

Él me prometió que lo haría y yo le había prometido que no iba a llorar más, y lo había cumplido hasta el momento en que sus brazos se cerraron a mi alrededor y me abrazaron.

No volvió a besarme y sin embargo ese abrazo fue uno de los momentos más íntimos que tuvimos nunca.

—¿No vas a desearme buena suerte? —le pregunté tan bajito que apenas escuché mi propia voz.

No sabía si me habría escuchado hasta que me contestó con el mismo tono de voz bajo que yo había utilizado con él.

—No la necesitas.

¿Cómo se suponía que iba a olvidarme de él?

La única persona de la que había estado enamorada de verdad.

El que me había enseñado a experimentar el amor del que todos hablan en mi propia piel, y el mismo que había acabado rompiéndome el corazón en pedazos muy pequeños.

Dolía que hiciera esto. Aunque lo hiciese por mí.

Dolía que la única persona por la que podría haber sido capaz de renunciar a todo fuera la que más creía en mí.

Tus sueños son tuyos, de nadie más».

No dejé que me acompañase al aeropuerto. No iba a soportar otra despedida allí.

Pedí un taxi y a él le pedí el favor de que me despidiese de Mario, Chiara y el bebé, porque tampoco me sentía capaz de hacerlo yo.

Me permití volver a ser una cobarde después de todo ese tiempo en el que había aprendido a sentirme invencible y apagué el teléfono en el momento que las llamadas de Chiara empezaron a iluminar mi pantalla.



La primera semana fue dura. Puede que una de las peores de mi vida.

Tuve que acostumbrarme a estar sola y a conformarme con lo que había después de haberlo

tenido todo.

Tuve que acostumbrarme de nuevo a dormir sola y a no tener a nadie que me despertara a besos con sabor a café, ni dormirme sobre un pecho firme mientras unas manos me acariciaban el pelo.

Tuve que volver a acostumbrarme de nuevo a cosas que no sabía que ni siquiera extrañaba.

Todo el mundo habla del dolor que hay detrás de un amor que no es correspondido, pero nadie cuenta que duele más quererse y no poder hacerlo.

Que siempre va a doler más saber que era la persona correcta, en un momento muy equivocado.

Nadie te cuenta la cara mala de la vida, que a veces el amor no es tan bonito como lo pintan en las películas y en los libros.

Nadie se atreve a confesar en voz alta que a veces el amor es una herida profunda que por mucho que creas que está curada sigue sangrando de vez en cuando.

Para mí Enzo era esa herida. Y algo muy en el fondo me gritaba que podría tardar toda la vida en aparecer la cicatriz.

Nueva York era una ciudad de ensueño, y aun así todavía no me había animado a salir de casa a verla.

Me había refugiado en mí. Había vuelto a leer, después de años sin hacerlo, porque necesitaba dejar de pensar.

Necesitaba sacarme el huracán que me había acampado en el centro del pecho. Necesitaba dejar de sentirlo cerca a pesar de estar a más de miles de kilómetros de distancia.

La segunda semana no mejoró mucho. Enzo seguía ahí, en cada pequeño paso que yo daba.

Intenté sacudirme el dolor de encima y aunque sabía que iba a ser difícil hacerlo, me atreví a ponerme un abrigo y salir a pasear. Me tomé ese tiempo para mí. Visité museos que solo había visto en pelis, comí helado y me perdí por la Quinta Avenida.

Aprendí que no pasa nada por estar sola en medio de una marea de gente.

Aprendí a estar bien con mi soledad.

Y aprendí a no sentirme mal por ello.

Volví a dibujar. Las ideas volvieron a mi cabeza y decidí volcarme en ellas para no tener tiempo de ponerme a pensar en todo lo que no fue.

No quería pensar en el «¿Y si...?» porque solo me haría más daño a mí misma.

La tercera semana fue la decisiva. Me quité la pena como pude de encima y decidí que iba a salir a comerme el mundo. No sabía nada de Enzo pero decidí volver a darme una oportunidad y llamé a Chiara. Ella y Mario se alegraron mucho de oírme y suspiraron aliviados al saber que estaba bien. Era consciente de que le dirían a él que habían hablado conmigo y aunque no les pedí que lo hicieran me dio cierta tranquilidad saber que iba a quedarse tranquilo al saber que yo estaba bien, y que estaba viviendo gracias a él.

La siguiente campaña llegó más pronto de lo que me esperaba y aproveché que no tenía distracciones en las que entretenerme para empezar a trabajar con más ganas que nunca. Me gané rápidamente a mis compañeros y congenié bastante bien con ellos.

Gracias al trabajo conocí a mucha gente nueva. Incluso hice amigos. Y poco después de eso me di cuenta de que a pesar de todo me gustaba mi trabajo.

Me gustaba mi nueva vida. Me gustaba esa ciudad.

Aunque lo echase de menos.

Aunque lo siguiese queriendo.

Y me sentí muy orgullosa de mí misma, porque por fin lo estaba consiguiendo. Yo sola.

Supe que Enzo tenía razón cuando me dijo que yo brillaba sola. Lo quería pero no lo necesitaba para poder ser feliz, me tenía a mí misma para eso.

Iba a cumplir todos mis sueños. Iba a vivir. Como me había hecho prometerle y como me había acabado prometiéndolo a mí misma.

Por mí y por él.

Porque pasase lo que pasase en mi vida, Enzo siempre iba a tener un hueco dentro de mi mente y de mi corazón.

CAPÍTULO 89

Enzo

Diciembre 2022

Aquel año volví a reafirmar mi pensamiento de lo poco que me gustaba la Navidad.

Otras veces no había tenido un motivo en particular para odiarla, pero esa en especial solo había comido en silencio durante la cena antes de volver a casa con mi madre agarrada a mí y había esperado pacientemente a que ella se durmiese en el sofá para poder despejarme un rato solo.

El aire frío me helaba la cara, y los huesos me dolían por la humedad que se percibía mezclada con el ambiente de todo el día lluvioso. Probablemente me habría acabado resfriando por culpa de estar allí sentado, pero necesitaba al menos sentir el frío en la piel para asegurarme de que todavía podía sentir algo. Por poco que fuese.

Llevaba casi dos meses sin verla.

Y eso me estaba matando.

Al menos sabía que estaba bien, que estaba empezando a vivir libre y que lo estaba disfrutando. No quise saber si ella les preguntaba por mí a Mario y a Chiara porque me daba miedo escuchar una negativa como respuesta.

Prefería conformarme con lo poco que sabía antes que hacerme daño a mí mismo por buscar respuestas a algo que solo iba a reabrir la herida.

Le di otra vuelta a mi móvil en la mano. La pantalla parpadeaba a la misma vez que el corazón me latía fuerte en el centro del pecho desde el instante en que vi aquel mensaje.

No debió darme tantas esperanzas una simple felicitación de Navidad, pero había sido el pequeño paso que me había alegrado en medio de toda esa odisea.

—¿Qué haces aquí afuera?

Giré la cabeza hacia la voz de mi madre, que se había asomado a la puerta de la azotea para buscarme. Llevaba una manta envuelta a su alrededor y empezó a andar con pasitos cortos hacia mí.

Me levanté para ayudarla y ella me dio una mala mirada sosteniendo que podía sola, por más que yo la viera más débil de lo que habría imaginado verla nunca.

Señalé el telescopio pequeño que tenía a mi lado para responder a su pregunta. Lo había rescatado esa misma tarde de mi habitación de la infancia en la que llevaba varias semanas quedándome y era la excusa perfecta que había encontrado para aislarme de todo un rato.

Sentí una palmadita en mi pierna y apreté otra vez la pequeña joya que sostenía en mis dedos y el movimiento hizo que se me encogiera el corazón. No iba a olvidarla en mi vida.

—Ten —me dijo mamá tendiéndome una taza con chocolate—. De pequeño te encantaba cuando estabas triste.

Al parecer eso de que no me pasaba nada no había sido lo suficientemente convincente como para que alguien me creyera. Agarré la taza aunque dudaba que pudiese dar apenas un par de sorbos. Tenía el estómago revuelto.

Casi tanto como la cabeza.

Debió notar mi culpa en todo lo que estaba pasando porque me rodeó los hombros con su brazo y me dio un beso en el pelo. Pero no podía evitar sentirme un imbécil. Siempre acababa haciéndole daño a las personas que más quería.

—Deja de pensarlo.

—No sabes lo que estoy pensando —la contradije.

—Sé más de lo que querías que supiera. —Volví a mi posición y la miré dudoso—. Soy tu madre, Enzo. Conmigo no tienes que fingir.

Y entonces de repente tuve ganas de llorar. No serviría de nada fingirlo y a mí no me estaba haciendo nada bien callármelo.

—La echo mucho de menos —susurré conteniendo el nudo que se había formado en mi garganta.

—La quieres mucho —no sonó como una pregunta, más bien fue una afirmación.

—Más que a mi vida —murmuré dejando escapar una sonrisa triste.

Abrí mi mano revelando el anillo. Lo había escogido en una tiendecita pequeña en los días que estuve estudiando fuera.

Iba a ser un regalo de Navidad. Tal vez también hubiera sido una promesa.

Aunque en aquel momento ya no fuese nada. Mi madre me miró seria, cómo nunca la había visto. Los ojos se le cristalizaron.

—Perdón —me pidió en un hilo de voz—. Por haber tenido que elegir entre ella y yo.

La abracé de nuevo cuando empezó a llorar. Me había acostumbrado a verla fuerte, a que aceptara con una sonrisa lo que viniera, y no me había dado cuenta de que ella lo estaba haciendo por mí.

Que detrás de esa coraza de mujer fuerte se escondía el miedo.

Le sequé las lágrimas con los pulgares antes de volverla a abrazar contra mi pecho, como si de esa manera pudiera protegerla mejor de lo que viniese. Le dije que no tenía nada que perdonarle, que la vida a veces era injusta pero que mi lugar estaba con ella. Que no la podía dejar sola.

A pesar de que quería a Vega.

Porque aunque dolía, en el fondo sabía que si pudiese volver el tiempo atrás, volvería a tomar la misma decisión mil veces más.

CAPÍTULO 90

Enzo

Enero 2023

El frío de la calle me golpeó los huesos y me cerré el abrigo a pesar de que solo tendría que andar hasta el final de la calle desde casa de mi madre hasta la de los padres de Mario. Di un último vistazo hacia la puerta y me coloqué el regalo de mi sobrino bajo el brazo.

El tiempo parecía haber pasado en un parpadeo desde que nació hasta ese día.

Su primer cumpleaños. Que no podía haber sido más diferente a lo que había imaginado.

Solo un año atrás habíamos estado esperando juntos a que Dante entrara en nuestras vidas. Un año atrás solo éramos ella y yo.

Hacía un año que yo había empezado a enamorarme de ella. Y ahora simplemente no estaba.

Llamé a la puerta cuando llegué a su altura y Mario me recibió con un apretón reconfortante.

—¿Cómo sigue Gianna?

—Un poco mareada, le daba pena perderse el cumple de Dante pero ha preferido quedarse en casa.

Mario asintió y me hizo entrar al salón. Los padres de mi amigo me pararon para preguntarme cómo estaba mi madre ya que ellos preferían darle un poco de espacio los días después de que ella recibiera el tratamiento para no molestarla con su visita. Estaba muy agradecido con ellos por estar siempre al pendiente y ayudarme, porque aunque lo intentaba a veces sentía que no podía con todo.

Una risa familiar me llenó los oídos, haciendo que me acercara hasta donde Chiara y Dante hablaban con ella.

Me conformaría con escuchar su voz aunque fuese a través de una pantalla.

Me conformaría con lo que ella pudiese darme.

Dante reía escuchándola hablar y yo sentía por un momento que se me iban a doblar las rodillas de la impresión. Cuatro meses.

Cuatro meses sin verla.

Cuatro meses sin Vega.

—Está enorme —la escuché decir—. Me da mucha pena no poder estar ahí para celebrar su primer añito.

Dante me vio y agitó los brazos para que yo fuese hasta él. Aguanté la respiración con tal de no hacer ruido y poder seguir escuchándola.

—Nosotros también te echamos de menos, Vega. —Chiara me miró a mí al decirlo. —Todos nosotros.

Y por el carraspeó que se escuchó supe que ella sabía que se refería a mí. Que yo estaba allí y que estaba escuchándola. Por supuesto que lo sabía.

—Mándame fotos cuando sople las velas, y pásáoslo muy bien —hizo una pausa, dudando si seguir hablando o no—. Os quiero mucho. A todos.

Vega colgó y tuve que disimular mi mala cara. Escucharla después de tanto tiempo me había creado cierta nostalgia, pero no quise estropear la fiesta por mis problemas. Dejé el regalo de

Dante sobre la mesa y fui hasta él.

—¿Cómo está mi colega favorito?

Chiara lo dejó en el suelo y agarró sus manitas para que pudiera dar unos pasos hacia mí sin caerse, hasta que estuvo cerca y yo pude sujetarlo por ella. El bebé vio el papel en el que su regalo estaba envuelto y quiso agarrarlo porque le llamaron la atención los dibujos que lo adornaban.

—Lo siento —se disculpó mi amiga al verme afligido.

Agarré a Dante en brazos cuando se tropezó y le di un beso en el cachete a la vez que su madre se ponía de pie.

—Antes de ser mi novia también fue vuestra amiga. Que yo ya no esté en su vida no significa que vosotros también dejéis de estarlo.

Prefería que ella supiese que seguía teniéndolos en todo, y de alguna manera así me seguía teniendo cerca también a mí.

—Solo quiero que sepas que puedes ser sincero conmigo. Tu dolor no es menos válido por que no lo demuestres. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —me sinceré—. Gracias.

Ella vino hasta mí para hacerle carantoñas a su hijo que ya se revolvía inquieto en mis brazos para que lo dejase corretear.

—Poca gente hace lo que tú has hecho por ella.

—Solo espero que merezca la pena.

Ella me pasó una mano por los hombros y apoyó su cabeza en mi brazo.

—Ojalá.

Ojalá ella pudiese cumplir todos sus sueños y sus metas.

Ojalá viviese sin límites.

Ojalá todavía pudiese haber un nosotros.

Y ojalá volviese a verla.

La gente suele decir que el tiempo lo cura todo. No es cierto. El tiempo funciona como la marea. En ocasiones es baja y suave y sube calmada. Otras sube de golpe, con fuerza, e inunda lo que encuentra a su paso.

María Martínez, *Tú y otros desastres naturales*

CAPÍTULO 91

Enzo

Noviembre 2023

La sala de espera estaba en un completo silencio que solo se veía interrumpido por el repiqueteo de mi pie derecho sobre las losas del suelo. Mi madre posó su mano sobre mi rodilla intentando que me calmase un poco, pero la ansiedad que sentía se me clavaba en el pecho, y llevaba haciéndolo desde que habíamos recibido la llamada del oncólogo hacía un par de días.

—Respira, Enzo —me pidió mamá cuando se dio cuenta de que no podía controlar ni siquiera el flujo de aire que entraba y salía de mis pulmones.

—Eso intento —admití en voz baja, avergonzado por no poder ser de más apoyo para ella.

Los ojos de mi madre se clavaron en mí y una sonrisa silenciosa se dibujó en su boca. Su piel se había vuelto un par de tonos más pálida desde que había comenzado el tratamiento, y un pañuelo de seda cubría la caída del pelo que había sufrido hacía casi un año atrás. Le di un pequeño apretón a su mano y ella recostó la cabeza contra mi hombro.

Habían sido meses difíciles. Meses de dudas y de incertidumbre.

Meses en los que la ansiedad y el miedo me hacían despertarme en medio de la noche creyendo que la iba a perder. Esa sensación que te hiela la sangre cuando cada vez que íbamos a revisión siempre nos daban la noticia de que había que alargar un poco más las sesiones.

—Todo va a salir bien, tesoro.

La voz de mi madre no mostraba dudas. En estos meses me había demostrado que era una de las personas más fuertes que iba a conocer en toda mi existencia. No borraba su sonrisa con las malas noticias. Gianna Scianca se limitaba a asentir y a coger impulso para seguir luchando.

Sin cansarse.

Cada maldito momento.

—Te quiero mucho, mamá —susurré esas palabras que me había acostumbrado a no callar.

—Yo también te quiero, Enzo. Con todo lo que soy.

La puerta de la consulta se abrió entonces, y una enfermera rubia que sujetaba una carpeta llamó el nombre de mi madre indicándonos que ya había llegado el turno de su cita.

Me levanté con ella, y esperé a que entrase primero antes de cerrar la puerta de la consulta a mi espalda y tomar asiento a su lado.

El olor a desinfectante era tan fuerte dentro que no era capaz de notar cualquier otra cosa.

—¿Cómo te encuentras, Gianna?

El Doctor Moretti había sido el oncólogo de mi madre desde que recibió la noticia del cáncer y la derivaron a medicina específica.

—Con muchas ganas de vivir todavía, doctor.

Las palabras de mi madre hicieron que me escocieran los ojos. Ella lo notó y agarró mi mano bajo la mesa.

—Me alegra oírte decir eso —afirmó el médico levantándose de su asiento y haciéndose con una carpeta nueva—. Tengo noticias para vosotros.

Empujó la carpeta en nuestra dirección. A medida que mamá la abría y buscaba con la mirada

la parte en la que se revelaba esa noticia, mi corazón latía enloquecido en la garganta, donde un nudo enorme no paraba de formarse a su misma vez.

Mi madre se quedó estática cuando pareció leer los resultados. Su médico asintió con la cabeza y una enorme sonrisa surcó toda su cara.

—Estás limpia, Gianna. El cáncer se ha ido por fin.

La sensación de que un peso gigante abandonaba mi cuerpo me recorrió por completo.

Mi madre se permitió llorar, esta vez de una alegría enorme, después de todos esos meses en los que había evitado hacerlo. La abracé fuerte, mientras no podía controlar los sollozos que agitaban mi cuerpo.

Porque al saber que ella iba a seguir conmigo y sana, había sido una de las piezas clave que necesitaba para sentirme menos vacío.

Aunque sabía que debía luchar por esa última parte que me necesitaba si quería volver a estar completo de una vez por todas.



Chiara se lanzó a mis brazos en cuanto abrí la puerta de la casa de mi madre. Se me escapó una risa y dejé que me abrazase durante más tiempo del que solía hacerlo, reconfortándola a ella también de esa manera. Mario, que llevaba en brazos a su hijo, hizo lo mismo en cuanto su mujer me soltó para abrazar ahora a mi madre.

—Es la mejor noticia que podríamos haber tenido nunca —añadió mi mejor amigo antes de separarse de mi abrazo.

—Sin ninguna duda.

Dante me miraba con curiosidad, esperando a que yo le dijese algo a él esta vez. Se rio a carcajadas en cuanto empecé a hacerle cosquillas en la tripa y se agarró a mi cuello demostrando que era su turno de abrazar.

Con casi dos años, mi sobrino llegaba a tener más inteligencia emocional que muchos adultos. Daba abrazos muy sentidos a las personas que más quería y había aprendido muchas frases con las que yo acababa muriendo de risa la mayoría del tiempo.

—¿Me quieres mucho, colega?

Él no levantó la cabeza de mi hombro mientras seguía abrazándome.

—*Shi*.

Gianna y Mario se quedaron con nosotros a cenar, y celebramos entre muchas risas y anécdotas que una nueva etapa de nuestra vida acababa de comenzar.

Acabamos la noche en la cocina, después de haber despedido a mis amigos y a un muy dormido Dante en la puerta. Mi madre apagó el grifo después de pasarme el último plato que acababa de lavar.

Clavó su mirada en mí, esperando a que yo acabase lo que estaba haciendo y pudiese conectar con la mía.

Sabía en qué estaba pensando, porque yo también llevaba pensando en ella desde el mismo instante en que salimos del hospital aquella misma mañana.

—Creo que no hace falta que te diga lo que debes hacer, ¿verdad?

Me conocía demasiado bien como para no saber que llevaba planeando algo desde entonces.

—No, no la hace —admití—. Solo que me desees suerte con ella.

Mi madre negó con la cabeza.

—Donde hay amor la suerte solo es un factor añadido.

Y mi amor por Vega no había cambiado ni un poco en todo el tiempo que llevaba sin ella.

Podría jurar incluso que lo único que había hecho era aumentar.

Que cada mensaje suyo alimentaba de alguna manera la esperanza de que algún día todo volvería a ser como ella y yo habíamos imaginado.

Tenía muy claro que iba a luchar por Vega y por nosotros.

Y que iba a hacerlo hasta volver a verla.



Mino ladró y corrió hasta mis pies para que lo acariciara. Hacía meses que había dejado de ser un cachorro, pero en muchos aspectos seguía comportándose como uno. Dejé mi abrigo en el perchero y di una palmadita en el sofá para que mi perro se sentara conmigo en él.

Quedaban unas tres semanas para Navidad y yo llevaba días dándole vueltas a una idea que no me dejaba de rondar la cabeza.

Busqué su contacto entre todos los números que tenía guardados en mi móvil, y pulsé para llamar en cuanto lo encontré. En apenas un par de tonos escuché su voz al otro lado.

—¿Enzo?

Su voz sonaba confundida. No sé si porque fuese justamente yo el que la estaba llamando o porque no me había fijado que era más de medianoche cuando había decidido hacerlo.

—Lara —la saludé confirmando que era yo—. Lo siento por la hora, ¿te pillo bien?

—No te preocupes —le quitó importancia—. ¿Ha pasado... algo?

La vacilación en su voz me dijo que tal vez estuviera imaginando lo peor.

—Necesito que me hagas un gran favor.

CAPÍTULO 92

Vega

Diciembre 2023

Hacía años que no nevaba en Madrid, sin embargo aquella tarde una capa blanca cubría las calles de lo que un día había sido mi hogar. Llevaba un par de meses en los que la nieve había estado presente en mi vida y me había terminado acostumbrando a ella como lo había hecho con todo Nueva York. Madrid me había recibido de vuelta como lo hacía siempre, cálido y reconfortante, a pesar del frío que estaba haciendo en la ciudad.

Inspiré hondo y los pulmones se me llenaron con el aire frío de la calle antes de volver a marcar el número de Lara en mi teléfono. Era la segunda Navidad que viajaba hasta casa y Lara me había hecho prometer que sería nuestra tradición Navideña ir al mercadillo juntas.

Pero al llamarla, el móvil daba un par de tonos y terminaba yéndose a buzón.

Había estado de pie frente a la entrada del mercadillo de Navidad de la Plaza Mayor casi cuarenta minutos pero aun así seguía esperando. Entré y me perdí entre los puestos para intentar hacer tiempo, aunque una pequeña parte de mí me decía que la tardanza de mi amiga era totalmente intencionada.

Muchas familias paseaban por allí ojeando los puestos y haciendo las últimas compras próximas a Nochebuena y yo miraba el móvil de vez en cuando para ver si mi amiga daba señales de vida. Acabé guardándolo cuando me convencí a mí misma de que no iba a venir.

Un escalofrío extraño me recorrió el cuerpo.

Me dije a mí misma que era imposible. Pero lo sentí incluso antes de girarme.

Supe que estaba ahí sin la necesidad de verlo, como si mi cuerpo todavía pudiese reaccionar a su presencia después de más de un año sin verlo.

No sabía qué sentir ni cómo reaccionar. Tampoco si de verdad quería que fuese real, que él estuviese ahí.

Que después de tanto tiempo hubiese ido a buscarme.

El corazón me retumbaba fuerte en los oídos y una pequeña voz en mi interior me gritaba que lo hiciese, que me girase. Ahí estaba, tan guapo como lo recordaba.

Y yo, tan enamorada de él como el primer día.

A pesar de que no estaba tan cerca podría haber afirmado que sus ojos brillaban más que todas las luces de Navidad juntas.

No me había dado cuenta de que estaba temblando hasta que el movimiento hizo que mi bolso resbalara y cayera al suelo con un golpe seco. Me agaché a recogerlo pero unas manos lo agarraron antes de que yo lo hiciera.

Sabía que era él, su aroma lo había delatado pero quería seguir negándome hasta convencerme a mí misma de que no era real.

De que todo aquello era una ilusión, al fin y al cabo no sería la primera vez que mi mente fantaseaba con algo como aquello, pero cuando levanté la vista no pude seguir negando lo evidente. Enzo estaba allí.

—Enzo.

—Bella.

Los dos hablamos a la vez.

—¿Qué haces aquí?

Tenía más barba de lo que recordaba y se había cortado el pelo. Mis ojos lo recorrieron de arriba abajo para ver cómo su mirada se perdía en mi boca, haciendo que me pusiera mucho más nerviosa de lo que ya estaba, si pudiese haber sido posible.

—He venido a recuperar algo que creía perdido.

La manera en la que lo dijo hizo que miles de mariposas revolotearan en mi estómago.

Era raro volver a tenerlo tan cerca.

Hablar con él como siempre después de unos mensajes escuetos en Navidad y en nuestros cumpleaños.

Lo más curioso era que después de la distancia me seguía sintiendo en casa a su lado a pesar de haber estado todo ese tiempo tratándonos como dos extraños.

—Lara, ¿no? —pregunté aunque ya sabía la respuesta.

Él asintió confirmándolo. Sabía que ella había tenido algo que ver en aquella encerrona, y no estaba segura de si prefería matarla o estarle agradecida por el resto de mi vida.

—Estás preciosa, bella.

La sonrisa que se le dibujó en la cara me transportó a Milán, al día que nos conocimos en medio de miles de extraños para encontramos entre la multitud. Mi mente repitió sus palabras una y otra vez.

Lo había echado mucho de menos.

Varios copos de nieve cayeron sobre nosotros y la gente empezó a formar alboroto a nuestro alrededor, emocionada porque estuviese nevando de nuevo.

Sonreí mirando sobre mis hombros y volví mi vista hacia Enzo de nuevo, para encontrarlo sonriendo todavía hacia mí.

—Te he echado de menos —no pude evitar decir.

—Y yo a ti. Cada. Maldito. Segundo.

Cerré los ojos al sentir sus dedos acariciando mis mejillas. Volví a abrirlos cuando empezó a hablar de nuevo.

—Antes de bajarme del avión tenía claro todo lo que quería decirte, pero ha sido llegar y verte... Y se ha ido todo a la mierda.

Se pasó una mano por el pelo, despeinando los mechones más de lo que ya estaban.

—Sé que no puedo llegar así de repente otra vez y hacer como si este tiempo no hubiera pasado. Que soy consciente de que puede que hayas seguido con tu vida y de que yo mismo te pedí que lo hicieras, pero no quiero ni pensarlo mucho —se paró a mitad de la frase.

—¿Por qué? —lo incité a que siguiera hablando.

Quería saber si todavía valía la pena luchar por nosotros.

Enzo me miró a los ojos. Su mirada más profunda de lo que la recordaba y la manera en la que su mano me acarició la mejilla me erizó la piel cuando lo oí susurrar:

—Porque te sigo queriendo.

«Y yo a ti».

—Todo lo que tengo, Vega. Todo lo que soy —su voz bajó varios tonos—. Es tuyo. Soy tuyo. Di un paso hacia él. Él dio un paso hacia mí.

—Pensaba que no te iba a volver a ver.

—Lo sé.

Otro paso al frente.

Una de sus manos se cerró en torno a mi cintura.

Inspiré hondo.

—Yo también te sigo queriendo, italiano —confesé en un susurro—. No vuelvas a dejarme nunca más.

Negó efusivamente con la cabeza. Me retiró un mechón de pelo de la cara y apoyó su frente contra la mía.

—¿Te vas a quedar conmigo?

—Para siempre —prometió.

Su boca sobrevolaba la mía, sin saber bien si debía dar el primer paso.

Todo se iluminó con un roce de mis labios contra los suyos, como el primero que lo empezó todo. Sus ojos me buscaron y los míos le dieron el permiso que buscaba.

Me besó.

Lo besé.

Nos buscamos para volvernos a encontrar en aquella tarde de invierno. Rodeados de gente y rompiendo los besos entre risas.

Porque dicen que la vida hay que vivirla con emoción, y yo había encontrado mis ilusiones y mis motivos.

Hay un dicho popular que dice que lo que es para ti vuelve cuando menos te lo esperas y Enzo había vuelto para demostrarme otra vez lo que una vez creí que ya sabía.

Que después de todo el camino recorrido merecía la pena luchar por lo que se quería sin miedo y sin límites.

Y que para mí era y siempre sería él.

EPÍLOGO

Enzo

Primavera 2024

—Bella, sabes que me encanta que duermas encima de mí, pero ya vamos a aterrizar.

Bajé la cabeza para susurrarle aquello en el oído, pero su sueño era tan profundo que ni siquiera se dio cuenta. Los demás pasajeros habían empezado a sentarse al escuchar las órdenes de las azafatas y Vega se quejó contra mi pecho cuando le di un beso en el cuello que la hizo retorcerse y abrir los ojos.

—¿Qué hora es? —preguntó todavía algo adormilada y se frotó los ojos.

Me incliné para ponerle el cinturón y dejé un beso pequeño en sus labios.

—Las doce de la mañana en hora parisina.

Habíamos salido a las diez de la noche de Nueva York y llevábamos casi diez horas de vuelo hasta París por un desfile que Vega tenía en la ciudad. Era uno al que yo podía acompañarla y le había propuesto quedarnos unos días más después de pedir unos días en mi trabajo.

Ese era uno de los pocos viajes largos que nos planteábamos hacer juntos, sin contar las visitas a sus padres y a la mía, y a Mario y Chiara que nos esperaban siempre después de Navidad en Milán.

Pero no podía quejarme de las muchas escapadas que hacíamos a otros estados del país y a las que en su mayoría nos acompañaba también Mino.

Nuestra vida en Nueva York era mucho más sencilla de lo que nos habíamos imaginado cuando yo hice mis maletas para irme con ella sin dudarlo. Ella había conseguido un buen puesto en una de las empresas de moda y estilo de la Gran Manzana y yo por primera vez podía decir que estaba trabajando en lo que más me gustaba en uno de los planetarios más famosos de la ciudad. Mino también se había adaptado rápidamente al cambio de vida y al apartamento que habíamos decidido comprar después de habernos puesto de acuerdo con su dueño tras llevar casi dos años alquilando.

Podría ser una locura, pero solo de pensar que teníamos nuestro hogar, nuestro propio trocito de mundo juntos, hacía que cualquier esfuerzo mereciese mil veces la pena.

—Creo que ese es nuestro coche.

Señalé el hombre de traje que sujetaba un cartel con el nombre de Vega. Ella asintió y arrastró una de las maletas que acabábamos de recoger de la cinta mientras yo la seguía llevando la otra. Cuando llegué a su lado ya se había presentado con el chófer que era el que nos llevaría a nuestro hotel y el mismo que se encargaría de recogernos más tarde para llevarnos al sitio del desfile.

Ninguno de los dos estábamos muy acostumbrados al trato que daban en este tipo de eventos y al menos yo me sentí bastante extraño cuando el hombre vestido de traje se empeñó en abrirnos la puerta trasera del coche para que pudiésemos subir. Vega parecía adaptarse mucho mejor a todo ello, aunque no dejaba trabajar ni un momento y había vuelto a encender su iPad para revisar otra vez todos los pasos del evento y la lista de pendientes que quedaban por hacer.

Puse mi mano en su rodilla y le di un apretón cariñoso. Ella levantó su vista de la pantalla para mirarme.

—Relájate —le pedí.

Su mano cubrió la mía con una caricia.

—Estoy relajada —rebatí pero su tono de voz advertía todo lo contrario.

La atraje para que se acurrucara contra mí y ella suspiró, pero apagó de nuevo el aparato antes de guardarlo en el bolso.

El cielo de París estaba cubierto de nubes pero las calles seguían estando llenas de turistas y locales por todos lados. El coche siguió recorriendo grandes avenidas mientras nosotros solo mirábamos por la ventana en silencio.

—Gracias por acompañarme —murmuró todavía sin soltarme cuando el coche paró frente a la entrada de nuestro hotel y escuchamos al chófer sacar nuestro equipaje del maletero.

—Siempre —respondí yo y el hombre interrumpió el beso que le robé al abrir la puerta para que bajáramos.



El sonido de las gotas de lluvia tintineaba en los cristales de la habitación a la vez que Vega hablaba por teléfono pegada a ella. La veía moverse de un lado a otro mientras escuchaba y se quedaba quieta cuando llegaba su turno de hablar.

Yo seguía tumbado en la cama después de que nos quedásemos dormidos en cuanto acabamos de comer, cansados por el vuelo, pero me fijé en que Vega ya se había cambiado de ropa y también parecía haberse duchado mientras yo había seguido durmiendo un rato más.

Me sonrió, teléfono en mano, cuando se dio cuenta que ya había despertado y se despidió antes de colgar y dejarlo en la mesa con flores que adornaba la estancia. La silueta de la torre Eiffel se distinguía en la distancia desde la vista de nuestro balcón pero mi mirada estaba en Vega y en cómo se había acercado de nuevo a la cama para sentarse a mi lado.

—¿Te he despertado? —inquirió inclinándose para darme un beso y apartarme un poco el pelo despeinado.

Negué con la cabeza para darle respuesta a lo que acababa de preguntarme al mismo tiempo que cerraba mis brazos sobre su cintura para acercarla a mí y que quedase tumbada sobre mi cuerpo.

Ella se empezó a reír cuando su pelo cayó hacia delante entre los dos como una cortina y apoyó las manos en mi pecho para incorporarse y poder mirarme mejor.

—Te quiero —le dije bajito y ella repitió las mismas palabras refiriéndose a mí.

Quería que a ella nunca le pudiese caber la mínima duda de que era así, de que la quería más que a mí mismo y que se lo iba a repetir siempre si así le iba a quedar claro.

El miedo del principio de quererla se había ido por completo y ya no quedaba ni siquiera rastro de él porque Vega lo había espantado.

Se separó de mi abrazo después de darme un último beso dándome unas palmaditas en el hombro.

—Ve a ducharte —me pidió y yo obedecí al instante levantándome de la cama con ella encima.

La dejé allí rebuscando el maquillaje en las maletas de equipaje que estaban abiertas sobre el suelo frente a la cama y me metí en el baño para empezar a prepararme.

Escuché cómo ponía música cuando me metí a la ducha y seguía escuchándola cantar cuando salí del baño solo con los pantalones del esmoquin puesto y frotándome el pelo mojado con una toalla pequeña.

No quise molestarla y me dediqué a abotonarme la camisa mientras la veía enfocada en el

maquillaje que se estaba haciendo y no fue hasta que estuvo conforme con el resultado que había conseguido que su atención se centró en mí que estaba acabando con lo mío.

Dejó la bolsa cerrada de nuevo en la maleta y me miró de arriba abajo con una sonrisa.

—Qué guapo —me halagó al verme atarme la pajarita del esmoquin negro que había escogido para la ocasión.

El pelo ondulado le bailó en la espalda cuando la hice girar para ver mejor su atuendo. El vestido se le pegaba a las curvas y los tacones repiqueteaban en el suelo a la vez que giraba con mi mano sobre la suya.

La atraje hacia mí para darle un beso sobre el hombro desnudo y nos mecimos como dos idiotas enamorados al ritmo de la canción que seguía sonando desde su móvil en algún rincón de la habitación.

—Soy un idiota con suerte.

El teléfono fijo de la habitación sonó y Vega lo descolgó para contestar. Suspiró al colgar y pude sentir sus nervios cuando se volvió hacia mí para decirme que ya habían llegado a por nosotros.

Era la primera vez que estaba en París aunque fuese uno de los destinos más populares para ir de viaje, y aun así podría afirmar que la mayor parte de edificios en los que había entrado compartían ese aire de realeza y sofisticación dentro.

Muchos parecían palacios por la excesiva decoración y vidrieras que en su mayoría adornaban los techos.

El hotel en el que nos estábamos quedando también era así, al igual que la galería de arte que habían elegido para la celebración del desfile.

Si había pensado que aquel de la Semana de la moda había sido gigante, en el mismo momento que Vega y yo entramos de la mano en aquel, me di cuenta de lo equivocado que había estado.

Las luces brillaban tanto que llegaban al punto de casi cegarte cuando ibas andando entre invitados y flashes de los periodistas que pululaban por allí en busca de noticias nuevas y entrevistas a los diseñadores colaboradores de la velada.

A mí no me sonaban mucho, pero un par de caras que debían ser conocidas se acercaron a saludarla a ella y también a mí que la acompañaba, y unos periodistas pidieron permiso para sacarnos un par de fotos y hacerle unas preguntas a ella.

—Todo esto me parece irreal —confesó bajito cuando los periodistas se alejaron dejándonos seguir nuestro camino y yo me reí al verla a ella hacerlo.

—Es lo mínimo que te mereces.



—Esto me recuerda a cuando vivíamos en Milán.

Su voz me hizo abrir los ojos y me di cuenta de que estaba quedándome dormido al sentir el sol sobre la piel y sus dedos pasar suavemente por mi pelo.

A mí también me recordaba a Milán.

A las tardes infinitas soñando tumbados sobre la hierba o a los paseos en la moto cuando ninguno de los dos sabía que nos íbamos a terminar enamorando del otro.

Me recordaba a Milán y a la vez era bastante diferente el ambiente de aquel sitio donde muchas más personas compartían nuestro momento juntos y también estaban tumbados en manteles sobre la hierba y charlaban animados frente a la torre Eiffel.

Me incorporé un poco a su lado y me saqué el móvil del bolsillo para que nos hiciésemos una

foto. Estaba llenando la galería de recuerdos de aquel viaje y Vega se burlaba de mí cada vez que me veía con intención de sacar otra foto cuando siempre me había mostrado más reacio a ellas.

Pasó sus manos sobre mi cuello para posar a la cámara y pulsé un par de veces el botón antes de abalanzarme sobre ella para terminar besándola sobre la manta de picnic mientras ella se reía a carcajadas y la gente nos miraba con curiosidad. Recosté mi cabeza sobre su pecho y ella empezó a pasar de nuevo sus dedos por mi pelo como había hecho un rato antes.

Me hubiese quedado el resto del día así con ella, el resto de mi vida si hubiese podido, pero acabamos levantándonos a regañadientes para no perder el vuelo y tener suficiente tiempo de recoger el equipaje antes de tener que irnos camino al aeropuerto.

Recogí la manta del suelo y me la coloqué bajo el brazo para poder entrelazar así los dedos de Vega con los míos.



Era el último día que habíamos tenido en la ciudad antes de volver de nuevo a la rutina. Me gustaba París, más de lo que pensé, pero me gustaba más la sensación de hogar que daba aquel apartamento que nos esperaba a unos cuantos kilómetros de distancia.

Las maletas ya estaban hechas y yo me encargué de agruparlas todas a un lado de la puerta para que solouviésemos que salir cuando nos avisaran de recepción que nuestro taxi había llegado. Vega estaba en el balcón deleitándose con las últimas vistas de la ciudad y yo me uní a ella abrazándola desde su espalda.

—Estos días han sido muy especiales —afirmó dándose la vuelta para mirarme a los ojos.

Yo le aparté el pelo de la cara para darle un beso porque no me aguantaba y Vega me devolvía la mirada que de repente no podía apartar de ella.

Me separé un poco de ella con la intención de hacernos una última foto y vi cómo se ponía nerviosa y luego empezaba a reírse cuando vio que era el móvil lo que sacaba del bolsillo.

No le pregunté el porqué de su risa porque preferí inmortalizarla para siempre en aquella última foto.

—Por un momento he pensado que ibas a sacar un anillo.

Ese había sido el motivo de los nervios, y de la risa que los siguió de cerca. Levanté la vista de la foto para mirarla con cara de indignación pero el sentimiento no llegó a mis ojos y acabé echándome a reír también.

—¿No te quieres casar conmigo?

Ella sonrió y negó con la cabeza, divertida por la situación, pero sin saber por qué me encontré a mí mismo esperando la respuesta a la preguntaba que se me acababa de escapar de la boca, y me di cuenta de que solo quería esperar un sí de su parte.

Ella se dio cuenta de lo que mi mirada reflejaba y lo siguiente que preguntó sí lo hizo en serio.

—¿Quieres casarte?

Me encogí de hombros intentando quitarle peso a la situación pero en realidad algo en mi interior me gritaba que sí, que lo quería todo con ella y que si ella quería casarse, me casaba sin pararme a pensarlo dos veces.

No dijo nada más cuando el teléfono de la habitación sonó ni en el camino al aeropuerto, y no soltó mi mano hasta que horas más tarde ya habíamos embarcado al avión y adormilada se volvió a acurrucar contra mí para que yo la sostuviera fuerte.

Sus palabras salieron en un hilo de voz.

—Creo que sí me gustaría casarme contigo, italiano —confesó en un susurro.

Y esa pequeña confesión fue la que me hizo empezar a plantearme de verdad demasiadas

cosas.



Mino ladró al escuchar la puerta de la entrada abrirse y dio una carrera desde la cocina hasta allí para recibir a Vega. Ella lo saludó con cariño y dejó su bolso de trabajar en el mueble de la entrada antes de venir a ver qué estaba haciendo yo. Me limpié las manos con un trapo antes de que ella llegase a mi lado para no tener que preocuparme por manchar su ropa cuando la abrazase y la besase como llevaba queriendo hacer desde que me había despedido de ella en la puerta de nuestra casa esa misma mañana.

—Qué hambre —fue lo primero que dijo después de separarse de mi boca haciéndome reír.

Agarré de nuevo la cuchara de madera para mover la pasta que estaba haciendo porque sabía que le encantaba y que ese día seguro que le apetecería después de llegar cansada.

Yo casi siempre solía llegar antes de trabajar que ella y aprovechaba para adelantar lo que tuviésemos que hacer para que no nos preocupásemos luego. Le dije que fuera a cambiarse y para el momento que ella bajó de nuevo yo ya había colocado nuestros platos en la mesita baja frente a la tele y la esperaba allí.

—Tengo un novio increíble —murmuró acabando de comer y levantándose para recoger los platos y llevarlos a la cocina.

Yo me levanté con ella y dejé el resto de platos a su lado mientras Vega abría el grifo del fregadero.

—Mi novia es más increíble aun —le discutí—. Su nombre sale en internet.

—Mi nombre no sale... —Se calló al ver cómo yo alzaba una ceja y me sacaba el móvil del bolsillo—. ¿En serio?

Toqueteé la pantalla hasta entrar en la página web y se lo enseñé.

—Joder.

—¿Lo ves? Deberíamos haber apostado, podría haber ganado algo interesante —añadí yo.

Me acerqué hasta que la tuve pegada a mi cuerpo y Vega me rodeó el cuello con sus brazos. Le aparté el pelo de los hombros y le di un beso allí. Ella suspiró sobre mis labios que estaban a escasos centímetros de los suyos.

—¿Y qué ibas a apostar? —preguntó en tono inocente aunque se mordió el labio inferior intentando no reírse mientras esperaba que yo le contestase.

«Que me dijeras que sí».

—¿Quieres la respuesta real o la romántica? —bromeé en cambio y ella me dio un golpecito en el hombro antes de volver a lo que estaba haciendo y empezar a fregar los platos.

Me coloqué a su lado para ir secando las cosas que ella me iba dando en silencio mientras que mi cabeza empezaba a ir a mil kilómetros por hora.

Hacía casi un mes desde que volvimos de París y no habíamos vuelto a hablar de casarnos desde entonces, pero yo por mi parte había hecho mi investigación.

Quería casarme con Vega y quería una vida con ella.

Había hablado con Lara, que casi me reventó un tímpano por teléfono cuando le conté lo que había planeado.

Mi madre y Chiara no se habían quedado atrás y en cierta parte me daba miedo que se les terminase escapando la sorpresa por la emoción, sobre todo porque Lara un día casi lo hace, pero mágicamente pudo cambiar el tema a tiempo.

Me paré a medio camino en lo que estaba haciendo y me planteé si lo que estaba pensando no era una locura demasiado grande.

Sabía que en realidad el momento perfecto nunca iba a llegar, porque todos lo eran si estaba con ella así que decidí que iba a hacerlo.

Hiné rodilla y me saqué el anillo del bolsillo de la sudadera.

Llevaba años guardándolo para ese mismo momento.

Escuché que el agua del grifo dejaba de caer, aunque el sonido era hueco, amortiguado por el sonido del bombeo de mi corazón en las orejas.

Ella me miró con curiosidad y pude ver cómo le empezaban a brillar los ojos con lágrimas de emoción.

—¿Qué estás haciendo, Enzo?

Su risotada incrédula resonó en toda la estancia, haciendo que una sonrisa enorme se me dibujase en la boca.

Yo tuve que aclararme la voz y aun así la noté mucho más ronca de lo normal cuando finalmente pude hacerle la pregunta más importante de mi vida.

—¿Te casas conmigo, bella?

AGRADECIMIENTOS

No sé bien cómo empezar unos agradecimientos porque siendo sincera nunca me imaginé escribiendo unos. Quien diga que escribir una novela es fácil, miente. Más cuando es una novela en la que dejas tanto de ti como me ha pasado a mí con Miles de estrellas. Sé que no ha sido ni la primera, ni la última idea que se me pasó por la cabeza escribir. Pero sí fue la que me hizo sentir tanto que tuve que quedarme desde el prólogo hasta el último punto de la historia.

Poder tener esta novela en papel me ha llevado tiempo, esfuerzo y muchos quebraderos de cabeza. Días en los que me replanteaba todo y otros en los que no creía ni en mí ni en la historia. Ahora ellos ya han dejado de ser solo míos y son también un poquito vuestros. Espero que los arropéis como se merecen porque son muy especiales.

A la primera persona a la que le tengo que dar las gracias es a mi amiga María, porque sin ella esta historia ni siquiera hubiese tenido un final. Gracias por creer en mí siempre, por leer los capítulos y fangirlear con ellos y por recordarme que sí podía con ello cada vez que yo pensaba lo contrario.

A mi amiga Kamila, que representa todo lo bueno que se le puede pedir a una amistad a distancia. Gracias por tus buenas vibras y por tu apoyo incondicional siempre.

Gracias a mi madre, a mi abuela y a mi tía Desi. Por emocionaros conmigo y presumir de escritora en cada ocasión posible. Os quiero mucho.

A mis amigos: Ana, Esther, Mari, Sandra, Pablo y Carlos. Gracias por ser siempre ese gran apoyo que necesito y por creer en mí y mis sueños.

A mi grupo de Radio Patio: Ro, Noe y María. Gracias por vuestros consejos y por ayudarme a salir de dudas. También por aguantar mis quejas y por estar siempre al pie del cañón.

A mis lectoras de Wattpad, que con cada comentario me hacían llegar el cariño hacia mí y hacia mi historia. Vosotras hicisteis posible esto.

Por último te quiero dar las gracias a ti, lector. Por apoyar mi sueño hasta el final, hasta el momento en el que se ha hecho material después de tanto tiempo. Gracias por el apoyo. Siempre.

PLAYLIST

«Still Falling For You» — Ellie Goulding
«The Night We Met» — Lord Huron
«Heather» — Conan Gray
«Mind Over Matter» — Young the Giant
«It'll Be Okay» — Shawn Mendes
«Happier» — Ed Sheeran
«They Don't Know About Us» — One Direction
«Dancing Queen» — ABBA
«No Se Va» — Morat
«Grace» — Lewis Capaldi
«Mejores Amigos» — Year ft. Morat
«Bajo La Mesa» — Morat
«Un Año» — Sebastian Yatra ft. Reik
«Wildest Dreams» — Taylor Swift
«Cuando Nadie Ve» — Morat
«Always Remember Us This Way» — Lady Gaga
«De Cero» — Morat
«September» — James Arthur
«I Don't Wanna Live Forever» — ZAYN ft. Taylor Swift
«Quite Miss Home» — James Arthur
«No Hay Más Que Hablar» — Morat
«Car's Outside » — James Arthur
«Love Of My Life» — Harry Styles
«All Of The Girls You Loved Before» — Taylor Swift
«NASA» — Camilo ft. Alejandro Sanz
«Enchanted» — Taylor Swift
«El Mismo Aire» — Camilo ft. Pablo Alborán
«Un Beso En Madrid» — Alejandro Sanz ft. TINI
«I love you, I'm sorry» — Gracie Abrahams

CAPÍTULOS EXTRA

¿Sigues teniendo ganas de leer a Enzo y a Vega?

En mi perfil de Wattpad puedes encontrar capítulos extra que cuentan un poquito más de su historia. Puedes encontrarlos buscando Ainohafp en la aplicación o escaneando el Código QR que aparece debajo.



SOBRE LA AUTORA

Ainoha Franco Pérez (@ainohabooks) nació en Sanlúcar de Barrameda, Cádiz (6 de diciembre del 2002). Desde pequeña sintió una gran conexión con la literatura y los libros, por eso actualmente se encuentra acabando el grado de Estudios Ingleses en la universidad de su provincia natal. Empezó a escribir y publicar en Wattpad a finales del año 2021 y ya cuenta con tres obras disponibles en su perfil. «Miles de estrellas» es su primera novela autopublicada.



@ainohabooks



@ainohabooks



Ainohafp